

PHILIP LARKIN

Jill

Traducción de Marcelo Cohen

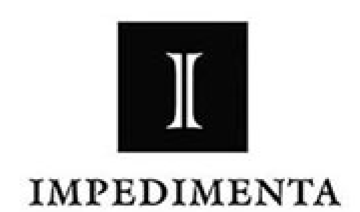
Jill



PHILIP LARKIN

Traducción del inglés a cargo de

Marcelo Cohen



La obra maestra de Philip Larkin, el autor de «Una chica en invierno». Una novela de campus, agridulce, cruel e implacable, que nunca ha dejado de seducir a sus lectores.

«Philip Larkin desarrolla en Jill un mundo repleto de palabras que funcionan como las imágenes más desgarradoras y bellas.»

The New York Times

«Jill es una búsqueda del conocimiento de uno mismo, un aprendizaje sobre el amor y la pérdida.»

The New York Times

A James Ballard Sutton

Introducción

I

HACE POCO UN CRÍTICO ESTADOUNIDENSE[1] señaló que *Jill* era el primer ejemplo de un hito característico de la novela británica de posguerra: el del héroe desplazado de clase obrera. Si esto es cierto (y de hecho parece el comentario de un honrado observador de tendencias), puede que el libro tenga suficiente interés histórico para justificar su reedición. Sin embargo, aunque esa observación sea certera, me veo obligado a confesar que fue algo no intencionado. Lo que pretendía en 1940, más que exagerar las diferencias sociales, era minimizarlas. El origen de mi héroe, aunque parte integral de la historia, no constituía el meollo de la historia.

La verdad es que esta clase de diferencias tradicionales preocupaban más bien poco en el Oxford de entonces. Estábamos (quizá haga falta recordarlo a los lectores estadounidenses) en el segundo año de la guerra. Había empezado el reclutamiento de los muchachos de veinte años, pero todos sabían que en poco tiempo llegaría el turno a los de diecinueve y dieciocho. Entretanto, los universitarios aptos para el servicio podían tener por delante tres o cuatro trimestres como máximo y si querían hacerse oficiales se entrenaban medio día a la semana con el Cuerpo de Instrucción de no uniformados (más adelante les dieron uniformes y tuvieron que entrenarse un día y medio a la semana).

La vida en el *college* era austera. La rutina del período de preguerra se había roto, en algunos aspectos los cambios fueron permanentes. Todo el mundo pagaba las mismas tarifas (en nuestro caso, doce chelines diarios) y comía lo mismo. Debido a las ordenanzas del Ministerio de Alimentación, la ciudad no tenía mucho que ofrecer en materia de alimentos y bebidas caras, y las fiestas universitarias, como los bailes conmemorativos, se habían suspendido indefinidamente. A causa del racionamiento de la gasolina, nadie iba en coche, y era difícil vestirse con estilo por el racionamiento de ropa. Aún había carbón en los depósitos a la puerta de nuestras habitaciones, pero el racionamiento de combustible pronto lo haría desaparecer. Hacer cola para conseguir un trozo de pastel o un cigarrillo después del desayuno, tras haber pedido los libros en la Bodleiana, se convirtió en una costumbre.

Como cada trimestre llegaban estudiantes nuevos, difícilmente podía existir la figura del novato; las diferencias de antigüedad se difuminaron. Tipos tradicionales como el esteta o el campechano fueron aniquilados de manera implacable. La mayoría de los catedráticos jóvenes estaban en el servicio militar, y los mayores se hallaban muy ocupados o eran demasiado distantes para entablar contacto con nosotros, de modo que a menudo estudiantes de un *college* compartían tutor con los de otro, con quienes en otros tiempos no habrían coincidido en ninguna reunión social. Quizá lo más difícil de asimilar fuera la casi total ausencia de preocupación por el futuro. No había la necesidad de plantearse los apremiantes dilemas en torno a la enseñanza o la administración pública, la industria o América, el mundo editorial o el periodismo; en consecuencia, apenas había ambición profesional. Los asuntos del país marchaban tan mal, y tan lejana era la posibilidad de una paz victoriosa, que cualquier esfuerzo invertido en

labrarse un porvenir tras la guerra se consideraba poco menos que una absurda pérdida de tiempo.

Aquel no era el Oxford de Michael Fane y sus magníficas encuadernaciones ni el de Charles Ryder y sus huevos de chorlito. Sin embargo, poseía una cualidad distintiva. La falta de *douceur* se equilibraba con la falta de *bêtises,* ya fueran en forma de ceremonias universitarias o extravagancias de estudiantes (todavía recuerdo la conmoción que me causó, durante una visita a Oxford después de la guerra, ver a un estudiante con una capa azul celeste y melena hasta los hombros, y comprender que todo había empezado de nuevo), y creo que en consecuencia nuestra perspectiva era más veraz. A una edad en que la jactancia hubiera sido normal, los acontecimientos nos bajaban despiadadamente los humos.

II

Yo compartía habitaciones con Noel Hughes, con quien acababa de pasar dos años irreverentes en el Modern Sixth, pero mi compañero de seminario era un desconocido corpulento y de tez pálida, con un fuerte acento de Bristol, cuya ridícula risa chillona siempre estaba presta a celebrar sus propios exabruptos.

Norman no toleraba la disciplina, ni la propia ni la impuesta, y no era infrecuente, al volver de una conferencia que había comenzado a las nueve, encontrárselo todavía en bata, noventa minutos después de la hora del desayuno, pellizcando con desconsuelo una rebanada de pan duro y bebiendo té sin leche. Enterarse de dónde había estado yo (Blunden, tal vez, sobre biografía) no contribuía a animarlo. «Oír a ese maricón es perder el tiempo… Yo valgo más que ese maricón.» Tras echar un vistazo a la taza vacía arrojaba los posos al hogar, desalentando aún más el fuego, y volvía a

coger la tetera. «Un caballero —sentenciaba con dignidad— jamás bebe las heces del vino.»

Desde el principio Norman se dedicó a fustigar mi carácter y mis creencias. Cualquier acción o incluso palabra que implicara respeto por virtudes tales como la puntualidad, la prudencia, la frugalidad o la respetabilidad provocaba un sonoro rugido como el del león de la Metro y la acusación de *bourgeoisisme;* la cortesía ostentosa producía un efecto de coro celestial en falsete, y la sensibilidad ostentosa, el consejo de «escribir un poema al respecto». Durante unas semanas me sentí incómodo y contraataqué con argumentos previsibles: de acuerdo, pero suponiendo que en realidad fuera hipocresía, la hipocresía era necesaria, qué pasaría si todo el mundo… Después me di por vencido. Norman trataba a todos igual, pero no por eso dejábamos de quererlo. Ciertamente, las burlas más graciosas las reservaba para su persona. Como todos nosotros (excepto tal vez Noel), tenía más claras las aversiones que los gustos, pero, mientras los demás atravesábamos un proceso de adaptación, el rechazo de Norman a su nuevo entorno era total. Al principio esto acentuó su influencia sobre nosotros; con el paso del tiempo, tendió a aislarlo. En realidad, no dio la impresión de hacer lo que le gustaba hasta que estuvo en Polonia con una Brigada de Amigos, después de la guerra.

Pronto inventamos al «becario de Yorkshire», un personaje que encarnaba muchos de nuestros prejuicios, y conversábamos con su monocorde tono rapaz cuando íbamos y veníamos del despacho de nuestro tutor, Gavin Bone. «Estás recibiendo la mejor formación del país, muchacho.» «Sí, claro, pero no hay que estirar más el brazo que la manga.» «El domingo estuve tornando el té con el decano. Le di a entender que he leído su libro.» «No pierdas nunca la oportunidad de causar buena impresión.» «¿Sobre qué obra has escrito?»

«Sobre *El rey Lear.* ¿Sabes?, yo he *hecho El rey Lear.*» «¿Sí?» «Sí.» Es probable que esta comedia procurara a Norman un mayor desahogo emocional que a mí, pues él había pasado por las manos del difunto R. W. Moore en el instituto de Bristol, pero yo conocía el mundo de los becarios lo bastante bien para disfrutar con el juego. No puedo imaginar qué pensaba de nosotros Gavin Bone. Ya débil de salud (murió en 1942), nos trataba como a los dos tontos de lugar que, esforzándose mucho, podían volverse desagradables. El mayor elogio académico que recibí antes de licenciarme fue: «El señor Larkin es capaz de comprender las cosas si se las explican».

Durante los dos primeros trimestres la mayoría de nuestros amigos eran de otros *colleges;* Norman tenía un grupo en Queen's, mientras que yo me reunía con otros chicos de Coventry o compartía veladas de jazz con Frank Dixon, de Magdalen, y Dick Kidner, de Christ Church. Sin embargo, a comienzos del tercer trimestre, Norman, que había estado mirando ociosa mente el tablón de anuncios de la residencia, advirtió que se mencionaba a un recién llegado, un tal Amis.[2]

—Lo conocí en el instituto, en Cambridge… Un tipo sensacional.

—¿Cómo es?

—Le gusta disparar.

No comprendí lo que quería decir hasta unas horas después, cuando, mientras cruzábamos el primer patio polvoriento, un joven rubio bajó por la escalera tres y se detuvo en el último peldaño. Al instante, Norman apuntó hacia él la mano derecha a modo de pistola y dejó escapar un breve ladrido ronco a modo de disparo; no como es en realidad, sino como habría sonado un sábado por la tarde en un cine donde proyectaran una película con la banda sonora desgastada.

La reacción del joven fue inmediata. Apretándose el pecho con un rictus de dolor, estiró un brazo hacia la pared y empezó a caer lentamente hacia delante, deslizando los dedos sobre la piedra labrada. Cuando ya estaba a punto de derrumbarse sobre la pila de la lavandería (en aquella época las lavanderías de Oxford seguían un sistema que, según la descripción de James Agate, consistía en recoger cada dos semanas y entregar cada tres, de modo que por lo general el *college* estaba sembrado de bultos en tránsito en uno u otro sentido), se enderezó y vino corriendo hacia nosotros.

—He estado practicando uno nuevo —dijo en cuanto acabaron las presentaciones—. Oíd. Así suena un disparo en un barranco.

Prestamos atención.

—Y así suena un disparo en un barranco cuando la bala rebota en una roca.

Volvimos a prestar atención. Norman mostró su admiración soltando una risotada estridente. Yo me quedé callado; por primera vez me sentía en presencia de alguien con un talento mayor que el mío.

Nadíe que hubiese conocido a Kingsley en aquella época habría negado que lo que más lo distinguía era ese don para la imitación imaginativa. Lo suyo no eran los números de «imitaciones» al estilo de *La Hora de las Variedades* de la BBC (aunque, de hecho, hacía una imitación muy graciosa del hombre que solía imitar al coche que atravesaba un rebaño de ovejas que estaban imitándolo a él); más bien usaba ese talento como una forma rápida de convencer a los demás de que algo era espantoso, aburrido o absurdo: el camarada local («esssabsoluuutamente obvio»), el tenor irlandés («en el cielo del ponieeente»), el sargento mayor universitario («adelannnte,

hijo»), un locutor rdiofónico ruso leyendo un boletín inglés para el frente oriental («douzhe morteres de campo»), cuya voz sufría una lenta distorsión hasta tornarse ininteligible, para luego recuperar repentinamente la claridad («confrontaciummmpf jompf vamcss general Von Paulus»). Con el tiempo el repertorio se fue ampliando. «Recuérdame —concluía una carta que escribió una vez acabada la guerra—, cuando nos veamos, que te haga *César y Cleopatra.*»

Las películas eran siempre un material de primera: la de gángsteres (con numerosos tiroteos), sobre todo una versión enteramente protagonizada por figuras de la Facultad de Inglés de la universidad; la película sobre la falta de trabajo (en su mayor parte muda); la de submarinos alemanes (*«Wir haben sie!»*), y una en la que Humphrey Bogart alumbraba un sótano con una linterna. Un día, después de la guerra, Kingsley, Graham Parkes y Nick Russel se dirigían al Lamb and Flag, cuando un motociclista que a todas luces iba al mismo lugar estacionó su vehículo junto al bordillo. Cuando hubo recorrido un trecho de acera en dirección a la arcada, Kingsley (a falta de algo mejor, deduzco) hizo el ruido de la moto que no arranca. El hombre se detuvo en seco y se quedó mirando la moto. A continuación, volvió sobre sus pasos y se arrodilló junto a ella. Minutos después entraba en el pub con expresión alicaída. La obra maestra de Kingsley, de tan ardua ejecución que solo se la oí dos veces, incluía a tres alféreces, un conductor originario de Glasgow y un *jeep* que, tras pararse en algún lugar de Alemania, se negaba a arrancar de nuevo. Las dos veces la risa me dejó fuera de combate.

A partir de entonces todos mis amigos eran del *college,* y una fotografía tomada el verano siguiente, en el jardín bajo el sol, me recuerda hasta qué punto nuestras conversaciones diarias estaban animadas por las pantomimas de Kingsley. En

primer plano se ve al propio Kingsley agachado, con la cara contraída en una máscara pavorosa y empuñando una daga invisible: «Soldado japonés», reza la anotación que hice, pero he olvidado por qué. Edward du Cann está arrancando con los dientes el seguro de una granada de mano imaginaria *(En la retaguardia del enemigo,* uno de los documentales rusos de Kingsley); Norman y David Williams interpretan su número «Primero el presente»,[3] Wally Widdowson adopta con rigidez la curiosa postura de pulgares en el cinturón («Oficial ruso»: ¿sería su papel en *En la retaguardia del enemigo?)* y David West («Oficial rumano») intenta representar el dicho, común en la época, de que todo soldado raso rumano llevaba un pintalabios de oficial rumano en el macuto. Los demás están enfrascados en el eterno juego bélico de la pandilla.

Con esto no quiero decir que Kingsley nos dominara. En realidad, sufría hasta cierto punto el conocido sino del humorista: nadie lo tomaba en serio. La «faceta seria» de Kingsley era política. En los días de la Semana de Ayuda a Rusia, cuando la bandera con la hoz y el martillo ondeaba en Carfax junto a la británica, se convirtió en director del boletín del Club Universitario del Trabajo y en calidad de tal publicó un poema mío. (Un segundo poema, mucho menos ambiguamente ambiguo, fue tachado de morboso y malsano por el comité.) Cuando estaba de un humor pendenciero, Kingsley podía ser (de manera deliberada) muy irritante, sobre todo para los que pensaban que hasta que la guerra acabase había que prescindir de la política partidaria. A veces era objeto de risas entusiásticas y de violentos insultos en una misma noche y por parte de la misma gente. Yo compartía sus convicciones hasta el punto de que un par de veces por semana, después de la hora de cierre del club, iba a tomar café a la sala social que tenían en High Street.

Con respecto al jazz no teníamos discrepancias. Jim Sutton y yo habíamos reunido en casa una pequeña colección de discos y la habíamos llevado a Oxford (él estaba en el Slade; luego se exilió al Ashmolean), de modo que no había por qué prescindir de nuestro sonido favorito. En esa época, hasta que en 1941 se creó el Rhythm Club y empezaron las *jam sessions* públicas, no había en Oxford muchas posibilidades de asistir a conciertos de jazz, pero siguiendo el consejo de Frank Dixon yo había encontrado unos pocos discos descatalogados en Acott's y en Russell's (entonces eran dos tiendas), y por lo general siempre había un gramófono en marcha en alguna de nuestras habitaciones. El entusiasmo de Kingsley fue inmediato. Supongo que dedicábamos a unos cientos de discos esa temprana pasión diseccionadora que normalmente se reserva a las artes más consolidadas. «Fíjate en la súplica abyecta de la segunda frase…» «Lo que esta mujer está cantando en realidad es el sonido *de una malicia viscosa.*» «Russell entra justo sobre el primer compás de Waller. En el tocadiscos de Nick lo oirás mejor.» «¿No es fabuloso cómo Bechet…?» «¿No es fabuloso cómo la trompeta…?» «¿No es fabuloso cómo Russell…?» Russell, Charles Ellsworth, «Pee Wee» (n. 1906), clarinetista y saxofonista extraordinario era, *mutatis mutandis,* nuestro Swinburne o nuestro Byron. Comprábamos cuantos discos pudiéramos encontrar en los que tocara él y, literalmente, soñábamos con poseer piezas similares del sello American Commodore. Se decía que alguien que acababa de ingresar en la marina mercante había dado en Nueva York con la tienda de discos de Commodore, donde el «propietario» le había presentado a uno de los «muchachos que ayudan a hacer estos discos»; en efecto, apoyado en el mostrador estaba nada menos que… Mucho después Kingsley admitió que había enviado a Russell una carta entusiasta. Le dije que daba la coincidencia de que yo

había escrito a Eddie Condon. Nos miramos con recelo.

—¿Te contestó?

—No… ¿Y a ti?

—No.

Al final de cada trimestre siempre se iba alguien. A veces se trataba de una falsa alarma: Edward du Cann se marchó en diciembre de 1942, agitando alegremente la mano desde el asiento trasero de un taxi, pero regresó el trimestre siguiente; poco después de volver se tragó un alfiler y tuvieron que llevarlo de urgencia al hospital. Sin embargo, con más frecuencia la partida era definitiva. A Norman lo destinaron a artillería e irónicamente se encontró en la clase de regimiento donde después de la cena se disparaban los revólveres a troche y moche. A Kingsley lo enviaron a transmisiones, donde a la hora de haber llegado, un comandante lo amonestó por tener las manos en los bolsillos. Seguía habiendo muchos amigos, pero los jóvenes de nuestra edad comenzaban a escasear. Perdí contacto con los recién llegados, entre los cuales, según se comentaba, había «un tipo llamado Wain». Años después John me dijo que en aquella época nuestro trato se limitó a una breve y ácida conversación, durante un almuerzo, sobre *Boogie Woogie Stomp* de Albert Ammon y la poesía de George Crabbe. Si es cierto, se perdió una gran oportunidad.

No conocí a Bruce Montgomery hasta casi mi último curso. Por una parte, era sorprendente: por lo general la amistad era automática entre estudiantes que cursaban el programa completo de humanidades. Por otra, no lo era: el ambiente estilo lenguas modernas-sala de teatro-música clásica-hotel Randolph en el que se movía Bruce era incompatible con el mío. Por supuesto, yo lo había visto por ahí, pero no se me había ocurrido pensar que fuera un estudiante de pregrado, no

en el sentido en que lo era yo. Con una insignia de vigilante de ataques aéreos y un bastón, se movía muy tieso y distante, dentro de un riguroso triángulo formado por la conserjería del *college* (en busca de cartas), el bar Randolph y sus habitaciones en Wellington Square. Durante su primer año había compartido tutor con Alan Ross; tras haber observado que lo primero que hacía el profesor era dar cuerda a un pequeño reloj que tenía sobre el escritorio, una mañana aprovecharon su retraso para darle cuerda ellos mismos. El tutor era un hombre enérgico, y tengo entendido que el resultado fue desastroso. Sin embargo, cuando yo cursaba el último año hacía mucho que Alan se había ido a la Marina y Bruce, al igual que yo, era una especie de superviviente. No por ello me sentía menos cohibido ante él. Como «el señor Austen», Bruce tenía un piano de cola, había escrito un libro titulado *El romanticismo y la crisis mundial* y pintado un cuadro que colgaba de la pared de su sala, y era un magnífico pianista, organista e incluso compositor. Durante las vacaciones de aquella Semana Santa se había pasado diez días escribiendo, con su plumilla y su portaplumas de plata, un relato detectivesco titulado *El caso de la mosca dorada.* Lo publicó al año siguiente bajo el nombre de Edmund Crispin y así inició una de las diversas carreras en las que triunfó.

Tras esta formidable fachada, no obstante, Bruce guardaba su aspecto más frívolo, y pronto nos encontramos pasando la mayor parte de nuestro tiempo en común doblados de risa en taburetes de bar. Cierto, yo no tenía en gran estima a Wyndham Lewis, el escritor favorito de Bruce por entonces, y mi admiración por *El festín de Baltasar* siempre fue tibia, pero sentía no poco entusiasmo por John Dickson Carr, Mencken y *Pitié pour les femmes.* En contrapartida, le hice oír discos de Billie Holiday y lo persuadí de que ampliara su círculo de

locales de copas. Una noche, el celador de la universidad entró en uno de ellos y a mí me pillaron sus secuaces en una puerta lateral; Bruce, por su parte, se metió en una especie de cocina, se excusó ante alguien que estaba planchando y esperó a que la costa se despejara. «¿Cuándo aprenderás —me reprochó más tarde— a no actuar por iniciativa propia?»

A veces me pregunto si Bruce no constituía para mí un curioso estímulo creativo. Durante los tres años siguientes estuvimos en contacto casi continuamente, y yo escribí sin parar, como no lo había hecho hasta entonces ni volvería a hacerlo. Incluso en el último curso, cuando solo faltaban unas semanas para los exámenes finales, empecé un relato inclasificable titulado *Líos en Willow Gables,* que Bruce y Diana Gollancz llegarían a leer después de una velada en el Lord Napier. Es posible que el vivificante epicureísmo intelectual de Bruce fuese el catalizador que yo necesitaba.

III

Empecé a escribir *Jill* aquel otoño, a los veintiún años, y tardé aproximadamente uno en acabarla. Cuando se publicó en 1946, no despertó ningún comentario público. Kingsley, que por entonces había vuelto a Oxford, me escribió para decirme que le había gustado mucho, y añadía que la encuadernación le recordaba a la de *Adiestramiento en transmisiones: telegrafía y telefonía,* o tal vez a la de las *Orationes* de Cicerón. Más tarde me comunicó que había visto un ejemplar en una tienda de Conventry Street, entre *Desnudos y sin vergüenza* e *Ivonne, la de los tacones altos.*

Al leerla de nuevo en 1963 he suprimido algunas cosas sin importancia, pero no he añadido ni reescrito nada, exceptuando alguna palabra de vez en cuando y la restitución de unas leves obscenidades que el editor original desaprobó.

Espero que todavía tenga derecho a la indulgencia que tradicionalmente se concede a las obras juveniles.

P. L. 1963

---

[1]. James Gindin, *Postwar British Fiction,* Cambridge University Press, 1962. *(Todas las notas son del traductor.)*

[2]. Kingsley Amis, el novelista y poeta con quien Larkin participó en El Movimiento, tal vez la tendencia poética más notoria de los años cincuenta en Gran Bretaña. Amis y Larkin serían íntimos amigos hasta la muerte de este.

[3]. No inventado por Kingsley. Véase no obstante su cuento «The 2003 Claret», en *The Complete Imbiber,* Putnam, 1958.

Jill

La localización temporal y espacial de esta historia —la Universidad de Oxford durante el trimestre de otoño de 1940 — es más o menos real, pero los personajes son imaginarios. Como, pese a su longitud, sigue siendo en esencia un relato poco ambicioso, se ha eliminado la división en capítulos en favor de una mera narración con pausas de descanso.

Sentado en el rincón de un compartimento vacío, John Kemp viajaba en un tren que avanzaba por el último tramo de línea antes de Oxford. Eran casi las cuatro de un jueves de mediados de octubre y el aire empezaba a volverse denso, como sucede en otoño antes del atardecer. El cielo había cobrado un aspecto severo, cubierto de nubes opacas. Cuando no se lo impedían los gasómetros, otros vagones o los ennegrecidos puentes de Banbury, John miraba el paisaje, fijándose en las arboledas que desfilaban a toda velocidad. Cada hoja tenía un color particular, desde el ocre más pálido hasta casi el púrpura, de modo que los árboles se distinguían con tanta nitidez como en primavera. Los setos aún estaban verdes, pero las hojas de las enredaderas trenzadas en ellos habían cobrado un amarillo enfermizo y en la distancia parecían flores tardías. Pequeños brazos de río ondulaban por los prados, flanqueados por sauces que cubrían el suelo de hojas. Pasarelas vacías cruzaban las aguas.

Todo permanecía frío y desierto. Los cristales de las ventanas aún llevaban estampada la huella azul del paño de la limpieza, y John desvió su mirada hacia el compartimiento. Era un vagón de tercera, los asientos rojos olían a polvo y locomotora y tabaco, pero el ambiente estaba caldeado. Desde la pared de enfrente lo contemplaban las fotos del castillo de Dartmouth y de Portmadoc. John era un muchacho de dieciocho años, menudo, de rostro pálido, con el suave pelo claro peinado como los niños, de izquierda a derecha. Reclinado en el asiento, estiró las piernas y hundió con fuerza las manos en los bolsillos del barato abrigo marrón. Las solapas se retorcieron y de los botones arrancaron algunas arrugas. Tenía el rostro delgado, y quizá tenso; la expresión de su boca rozaba la rigidez, el ceño levemente fruncido. John

carecía de exuberancia, solo el cabello sedoso, suave como un vilano, le daba un aire bello.

Llevaba todo el día viajando y estaba hambriento, pues apenas había comido. Por la mañana, al salir de su casa, en Lancashire, se metió en los bolsillos dos paquetes de bocadillos preparados por su madre la noche anterior, uno de papel blanco con los de huevo, y otro de papel marrón, que contenía los de jamón; ambos estaban firmemente atados con cordel, aunque no aplastados. A la una menos cuarto estaba sentado en un compartimiento lleno, sin esperanza de cambios en los siguientes cincuenta minutos, y, como le daba vergüenza comer delante de desconocidos, se dedicó a observar con ansiedad a los otros pasajeros para ver si alguno daba señales de empezar a comer. No parecía que nadie se dispusiera a hacerlo. Un hombre se abrió paso para ir al comedor, pero los demás —dos ancianas, una joven hermosa y un viejo sacerdote que leía y anotaba un libro— permanecían plácidamente sentados. John no había viajado mucho y, por lo que sabía, comer en un medio de transporte público era de mala educación. Intentó leer, pero a la una, desesperado, se precipitó hacia el servicio y, tras encerrarse en él, comenzó a zamparse los bocadillos, hasta que un furioso martilleo en la puerta lo obligó a arrojar el resto por la ventanilla, tirar innecesariamente de la ruidosa cadena y volver a su asiento. Su regreso bien habría podido ser la señal convenida, pues la más baja y gorda de las ancianas dijo con tono alegre: «¡Bien!», tomó una bolsa de cuero, de la que extrajo dos servilletas, bocadillos, pastelillos de fruta y un termo, y junto con su compañera se dispuso a despachar las provisiones. Mientras tanto, la joven hermosa había sacado unos toscos bollos de queso envueltos en papel de plata, e incluso el sacerdote, con un pañuelo remetido en el cuello, se llevaba a la

boca galletas desmenuzadas. John apenas se atrevía a respirar. Había advertido que las ancianas intercambiaban miradas y, mientras pasaba con gesto abatido las páginas de *Sueño de una noche de verano,* esperó a que llegase lo que era inevitable: el caritativo ofrecimiento de comida. En efecto, cinco minutos después notó un codazo suave y vio que la más baja y gorda de las dos mujeres se inclinaba hacia él con un paquete y una servilleta. Tenía la cara sonrosada y una sonrisa que mostraba los dientes postizos.

—¿Quieres un bocadillo, hijo?

El traqueteo del tren ahogó algunas palabras, pero el ademán era elocuente.

—Mmm… No, gracias… Es muy amable… No, gracias… Yo…

No podía explicarle que había arrojado su almuerzo por la ventanilla del servicio. La mujer seguía tendiéndole el paquete agitándolo con decisión.

—Vamos, hijo… Hay de sobra… Debes de tener hambre.

Llevaba una blusa de color crema bajo la chaqueta beige de viaje y un broche de acero en el cuello. Como John seguía expresando con señas y palabras que declinaba su amable ofrecimiento, la anciana retiró los bocadillos y abrió el bolso.

—No estarás enfermo, ¿verdad? —Una mano rechoncha hurgó en el bolso, entre cartas, llaves, un pañuelo perfumado con lavanda y un frasco de comprimidos—. Si te duele la cabeza, aquí tengo sales aromáticas… Recuéstate…

A esas alturas John aceptó un bocadillo, porque prefería cualquier cosa a que le refrescaran la frente con agua de colonia y lo hicieran sentarse junto a una ventanilla abierta. La joven hermosa lo miraba divertida mientras se chupaba la

punta de los dedos, e incluso el sacerdote, que estaba pelando una manzana roja con una navaja de plata, se detuvo para observarlo con expresión jovial. Al final se vio forzado a aceptar no solo tres bocadillos de las ancianas, sino también un trozo de pastel de la joven y un cuarto de la manzana del sacerdote. Masticó con la vista clavada en el suelo sucio, completamente humillado.

De modo que ahora, cuatro horas más tarde, tenía hambre, pero faltaba tan poco para llegar que la inquietud lo disuadió de ponerse a comer. El tren parecía ganar velocidad, como si supiera que se acercaba a su destino, y avanzaba deprisa con un traqueteo regular. John miró por la ventanilla y vio a un hombre que se adentraba en un campo con una escopeta, y a dos caballos junto a un portón; cuando la vía se aproximó al canal, comenzaron a aparecer hileras de casas. Se puso en pie y divisó la ciudad más allá de los solares, los jardines traseros y los rimeros de carbón cubiertos de hojas muertas. Los muros de ladrillo rojo resplandecían con una suave calidez que en otro momento el muchacho habría admirado. Ahora estaba demasiado nervioso. El tren pasó traqueteando junto a puentes de hierro, campos de coles y una fábrica pintada con enormes letras blancas que John no se molestó en leer; el cielo estaba manchado de humo; el vagón se bamboleó bruscamente al deslizarse sobre un par tras otro de agujas. Un disco de señales. La velocidad pareció aumentar mientras se precipitaban hacia la estación tomando una larga curva flanqueada de material rodante, entre el cual John divisó una vagoneta que había visto cerca de su casa. Luego los aleros del andén, un griterío amortiguado, el paso más lento de los rostros mientras él bajaba del portaequipaje la pesada maleta, el temblor de la frenada y el chorro de vapor.

—Oxford —vociferaba un mozo—. Oxford —repetía

recorriendo todo el andén, pues a causa de la guerra habían quitado los carteles con el nombre de la estación.

John se bajó.

No se dio prisa en atravesar el control de billetes y, cuando salió de la estación, ya no quedaban taxis. Parado en la acera, no lamentó retrasarse un poco, pues era la primera vez que iba a vivir en la universidad y sentía tanto miedo que, si hubiera tenido la oportunidad, habría vuelto corriendo a su vida anterior. El hecho de haber trabajado durante años para que llegara ese momento no importaba; si no podía regresar a casa, habría preferido vagar por ahí, acercarse poco a poco al *college,* en cuyo registro figuraba como becario.

Durante ese último momento de vacilación contempló la ciudad, mientras oía cómo a sus espaldas un joven discutía con un mozo por la pérdida de una bolsa de palos de golf. Lo que veía no le pareció demasiado notable; había vallas publicitarias con anuncios de legumbres y del ATS, el cuerpo auxiliar femenino, gente que se empujaba para subir a un autobús rojo, un pub de ladrillos lustrosos. Un poni tiraba calle abajo de un carro chirriante; el hombre que sostenía las riendas flojas era apenas una figura inclinada en el turbio crepúsculo. John buscó con la mirada *colleges* y edificios antiguos, pero solo logró divisar a lo lejos un par de agujas. Observó a una mujer que compraba verdura a unos cincuenta metros. A su lado, en el bordillo, descansaba la maleta.

Estaba repleta con todas sus posesiones y pesaba muchísimo, motivo por el cual se veía obligado a coger un taxi, cosa que nunca había hecho. Solo había despachado antes el juego de té en una caja. Todo lo demás lo había metido en la maleta, que era como un pequeño baúl con asa. Pesaba tanto que a duras penas podría acarrearla más de veinte metros.

Esperó nerviosamente. El conductor del primer taxi dio marcha atrás sonriendo y apagó el motor mientras John le indicaba la dirección del *college.*

—Lo siento, jefe. Voy a tomar el té.

—Ah.

John regresó a la acera. El segundo taxista aceptó llevarle y, tras un viaje breve y veloz, lo dejó en su destino por dos chelines.

John le entregó media corona y, temiendo que el hombre intentara darle los seis peniques del cambio, franqueó la verja para entrar en los soportales del *college.* Oyó que el taxi se alejaba.

El ruido del tráfico se había atenuado un poco. Reconoció el patio (pues había estado allí una vez) y miró alrededor.

Debo preguntarle al conserje dónde está mi habitación, se dijo para aplacar su creciente azoramiento. Es lo primero que hay que hacer.

Así pues, dejó la maleta y atravesó la puerta de la serie de habitaciones cercanas a la verja que servían de alojamiento al conserje. Era allí donde se dejaba el correo, y unas cuantas hojas manoseadas con horarios de trenes y guías telefónicas colgaban de una pared para uso de los estudiantes. John recordó al conserje, un hombrecillo irascible con bigotes rojos y corbata militar, y lo vio apoyado contra la pared, conversando con dos jóvenes. Estaba mejor vestido que él.

—A mí no tienes que contármelo. No; a mí no tienes que contármelo. Eso mismo es lo que yo estuve diciendo todo el trimestre anterior.

—De todos modos, nadie se tomará la molestia de hacerlo —repuso lánguidamente uno de los jóvenes—. Al menos nadie

que esté en sus cabales.

—Pues te diré una cosa… —empezó el conserje con tono aún más malhumorado, pero al ver a John se interrumpió—. ¿Sí, señor?

John tragó saliva y los dos jóvenes se volvieron para mirarlo.

—Mmm… Acabo de llegar… Mmm… Podría usted… Mmm… mis habitaciones.

—¿Cómo, señor? —preguntó el hombrecillo acercando una oreja—. ¿Cómo dice? —John había enmudecido—. Novato, ¿verdad?

—Sí…

—¿Nombre?

—Mmm… Kemp…

—¿Kent?

El conserje tomó una lista y recorrió los nombres con la uña del pulgar; los dos jóvenes seguían mirando a John como si para ellos no tuviera ninguna importancia especial. Parecieron transcurrir horas hasta que el conserje exclamó:

—¡Kemp! Kemp, ¿verdad? Sí, habitación dos, escalera catorce. Con el señor Warner. Esa es la suya, señor —añadió al ver que John no se movía—. Catorce, dos.

—Mmm… ¿Dónde?

—Patio del Fundador, segundo arco a la izquierda. La escalera catorce está a mano derecha. No hay pérdida.

John retrocedió murmurando las gracias.

¿Quién era el señor Warner?

Eso era algo que había temido, si bien no demasiado, porque había cosas más inmediatas por las que acobardarse.

Había pensado que, una vez que encontrara su habitación, siempre tendría un refugio, un lugar donde retirarse y ocultarse. Al parecer no iba a ser así.

¿Quién era el señor Warner? A lo mejor era un joven callado y estudioso.

La noticia le inquietó tanto que olvidó preguntar al conserje si había llegado la caja con el juego de té, y sin más cogió la maleta y partió en la dirección indicada. El patio era de grava y estaba rodeado de habitaciones por tres lados, con la capilla y el comedor en el cuarto. Las ventanas estaban oscuras y vacías; varios pasajes abovedados, con blasones y volutas, conducían a otras partes del edificio, y de vez en cuando una paloma echaba a volar desde la cornisa cubierta de hiedra escarlata. Resollando por el peso de la maleta, John pasó bajo un arco, donde una placa conmemoraba la guerra anterior, y se encontró en un conjunto de claustros, en medio de los cuales se alzaba la estatua del Fundador, rodeada por una baranda de hierro. Sus pasos retumbaban en la piedra y se puso a andar de puntillas, sin pensar que en pocos días el sonido acabaría resultándole familiar. En ese patio interior el silencio era casi absoluto, solo roto por el sonido lejano de un gramófono. Se preguntó quién era el Fundador y quién era el señor Warner; tal vez un pobre becario, como él.

A la derecha del patio había tres escaleras. La última era la catorce. Los números estaban recién pintados. También eran recientes los nombres pintados en una lista al pie de cada escalera. John los leyó con temor: Stephenson, Hackett y Cromwell, el Hon. S. A. A. Ransom.

La siguiente era la catorce. Kemp y Warner.

Lo que lo asustó no fue tanto ver la puerta (la habitación número dos estaba en la planta baja) como el hecho de oír risas y ruido de tazas al otro lado. ¡Había gente dentro! Aplicó la oreja a una puerta y luego a la otra, pero era indudable que el ruido salía de la suya. Dejó sigilosamente la maleta en el suelo y ya se disponía a huir —pues habría preferido llamar al timbre de una casa extraña antes que entrometerse allí—, cuando de pronto la puerta se abrió y salió un joven con una tetera en la mano.

John retrocedió.

—Yo… Mmm…

—Hola, ¿me buscabas?

El joven era más alto y fornido que John. Tenía el pelo oscuro, peinado hacia atrás, la mandíbula cuadrada y sin afeitar, la nariz gruesa y los hombros anchos; John sintió una punzada de desconfianza. Vestía un traje de paseo gris oscuro y camisa azul, y en la mano derecha llevaba un anillo de oro de forma cuadrada. Había cierta arrogancia en su porte; estaba muy erguido.

—Mmm… —John hizo un gesto tenso e inexpresivo—. Esta es… Creo que esta… Me llamo Kemp.

—Ah, ¿tú eres Kemp? ¿Cómo estás? Yo soy Warner. Chris Warner.

Se dieron la mano.

—Estamos tomando el té. Dentro hay bastante gente. Me temo que me he apoderado del lugar. —Empezó a llenar la tetera con agua del grifo—. ¿Vienes de la ciudad?

—De Huddlesford —respondió John, sin saber que la «ciudad» era Londres.

—Ah, sí. ¿Bien el viaje?

—Sí…

John se percató avergonzado de que en la habitación habían dejado de hablar y el grupo escuchaba la conversación que tenía lugar fuera.

—Bueno, entra y toma una taza de té, si es que queda, claro. —John siguió al joven—. Amigos, ha llegado el señor Kemp, mi media naranja. Te presento a Elizabeth Dowling, Eddy Makepeace, Patrick Dowling y Hugh Stanning-Smith.

John dirigió una sonrisa a cada cara, obnubilado. Los otros lo miraron y también sonrieron.

La habitación era amplia y bien ventilada, y parecía una leonera. Habían servido el té sobre la alfombrilla de la chimenea y el suelo estaba sembrado de tazas y platos sucios, mientras sobre la mesa se amontonaban trozos de papel de embalaje, migas de media barra de pan, un frasco de mermelada, una pila de libros y otras cosas recién sacadas del baúl abierto que había junto a la ventana. Tras la pantalla de la chimenea ardía un buen fuego. La habitación era más espaciosa que cualquiera de las de la casa de John.

Miró primero a Elizabeth Dowling, porque, además de ser una chica, era la única cuyo nombre había oído bien. Tenía los hombros anchos y facciones armoniosas, y estaba sentada en un extremo del sofá. Llevaba el rostro cuidadosamente empolvado, los labios pintados de rojo y los costados de la dorada cabellera peinados hacia arriba, de manera que formaba un adorno rígido, como una especie de casco. Su mano derecha yacía inmóvil, con un cigarrillo encendido entre los dedos, y vestía un traje de *tweed* a cuadros.

A continuación, miró a Eddy Makepeace, que llevaba una

corbata de seda amarilla con un alfiler en forma de herradura. Su cara, juvenil y salpicada de granos, expresaba gran seguridad en sí mismo y estupidez, y tenía los ojos saltones.

Patrick Dowling, cuyo leve parecido con Elizabeth indicaba que eran parientes, estaba reclinado con actitud taimada y miraba a John con un descaro desagradable. Hugh Stanning-Smith tenía la voz suave y los dedos blancos.

—Eres insufrible, Chris —dijo Elizabeth, irritada—. Mira que llenarla tanto… Tardará horas en hervir… Horas y horas… Y me muero por otra taza.

John se la quedó mirando, pues nunca había oído ese arrullo autoparódico del sur, y sintió que se encontraba en un ambiente extraño.

—Creo… —murmuró, mientras buscaba una excusa para irse—. Creo que…

—Come un poco de pastel. —Christopher puso bruscamente un buen trozo en un plato y se lo tendió—. Anda, quítate el abrigo y siéntate —añadió con amabilidad—. Pat, levántate y deja el sillón al caballero.

—No te preocupes —se apresuró a decir John, a quien no le faltaban ganas de tomar asiento—. Me he pasado el día sentado.

—Pat también —gorjeó Elizabeth—. Es un holgazán.

—Y piensa pasarse toda la noche sentado.

Patrick soltó una risotada desconcertante y repentina, y luego se metió un trozo de pastel en la boca. Como nadie hacía ademán de levantarse, John se quitó el abrigo y se apoyó contra la pared.

—¿Vienes de muy lejos?

Elizabeth había pronunciado cada palabra con suma claridad, como si hablara con un extranjero, y alzó la vista hacia John. Este le miró los labios y se dio cuenta de que en realidad eran mucho más finos de lo que parecían con el carmín.

—De Huddlesford.

—Mmm. Un buen trecho.

Como John no añadió nada más, la conversación se apartó de él.

—Chris, ¿qué estabas diciendo de Julian? —preguntó Eddy removiéndose con fastidio en su sillón—. ¿Se ha alistado como voluntario?

—Sí, en transmisiones.

—Ah, claro. Ya me parecía que por algo debía de ser.

—No lo dudes.

—¿Por qué? ¿En transmisiones no hay peligro? —preguntó Elizabeth con aire inteligente, mientras dejaba caer la ceniza del cigarrillo en su platillo—. ¿Es eso lo que queréis decir?

—No puede haberlo si Julian…

—¿Es ese que nos encontramos en la ciudad, Chris? —Elizabeth se volvió hacia Christopher Warner. Este, que amontonaba descuidadamente los platos, puesto que la merienda más o menos había acabado, asintió con la cabeza—. En el Cinderella, ¿no?, a la salida del teatro.

—Lo que Lizzie quiere decir —intervino Patrick con sarcasmo— es que Julian…

—¡Cállate! —Elizabeth hizo ademán de arrojarle un cojín y frunció los labios—. Eres un marrano.

Por un segundo su mirada se cruzó con la de John, y bajó la vista al regazo. Por lo demás, el ambiente en la habitación era casi el mismo que antes de que él entrara.

John había terminado el pastel y no se atrevía a pedir más, de modo que se dedicó a mirar la estancia. Era grande, de diseño admirable, pero descuidada en los detalles. Las ventanas de un lado daban al patio del Fundador (se veía la estatua) y las del otro, como más tarde descubriría, al jardín del Rector; de ellas colgaban largas cortinas hasta el suelo. Las paredes estaban revestidas de paneles y pintadas de color crema; a los lados de la chimenea había sendas estanterías y el mobiliario consistía en una mesa, un escritorio, dos sillones y un sofá.

Las pertenencias de Christopher estaban desparramadas por doquier. Además de libros y ropa, había sacado al azar otros objetos del baúl y los había dejado en cualquier parte: un frasco de loción capilar, una raqueta de *squash,* un montón de revistas ilustradas. Había varios cuadros apoyados contra la pared y, detrás del sillón de Eddy, otra maleta, abierta y casi vacía.

A pesar del gran fuego y el cómodo mobiliario, no era una sala acogedora. John se imaginó leyendo un libro de ensayos junto al hogar, mientras fuera nevaba, pero las ventanas eran enormes, se filtraba el aire y la habitación nunca acababa de calentarse.

Los cinco estaban arrellanados en torno a la lumbre, mientras John permanecía de pie detrás de ellos, junto a la pared. Cuando volvió a prestarles atención, se dio cuenta de que, contrariamente a lo que creía, no se habían olvidado de él. Mientras su mirada perpleja pasaba de una cara a otra, cada uno desviaba rápidamente la vista; de hecho, el tal Eddy había

estado mirándolo con una sonrisa alelada. John se sonrojó; sí bien consideraba natural que no le hicieran el menor caso, no podía creer que estuvieran señalándolo y riéndose entre ellos. Sin embargo al parecer era lo que estaban haciendo.

—¡Deprisa, tetera! —exclamó Elizabeth, impaciente.

John la miró con suspicacia, pero ella, con los párpados bajos, se limitó a cruzar las piernas y estirarse la falda. ¿Acaso imaginaba cosas? Todos tenían un aire despreocupado. Christopher Warner —John había empezado a estudiarlo más que a los otros, porque sabía que ya estaba unido a él— estaba sentado junto a la chimenea, con la vista clavada en la alfombra, y de vez en cuando miraba a Eddy de reojo. El silencio en la conversación se ensanchaba segundo a segundo. ¿Qué sucedía?

Con cautela, sintiendo una incipiente aprensión aturdidora como el inicio de un mareo, se miró de arriba abajo y, tras comprobar que tenía los pantalones abotonados y que no había nada anormal en su aspecto, se ruborizó aún más e intentó erguirse en una postura marcial. Luego pensó que era una tontería, y cruzando las piernas y desviando la vista hacia la ventana adoptó un aire de indiferencia. Eddy Makepeace se aclaró la garganta con un sonido agudo y artificial. Elizabeth sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz con cuidado, como para no estropearse el maquillaje. Christopher tendió su pitillera de plata y dijo con una sonrisa nerviosa:

—¿Alguien quiere un cigarrillo?

Sus palabras quedaron ahogadas por el rumor de la tetera, pues el agua ya hervía, y Christopher se apresuró a retirarla usando un pañuelo. Todo el mundo cogió su taza y se estiró o cambió de postura.

—Caramba, ha tardado siglos —exclamó Elizabeth

intentando disimular el silencio que acababa de romperse, y tendió su taza con gesto infantil—. A mí, Chris, a mí. Anda, sírveme.

—Primero las visitas —repuso Christopher Warner llenando una taza para John—. ¿Le pones azúcar? —Se interrumpió para cambiar la tetera de mano—. Maldita sea, cómo quema.

—Mmm… sí, gracias. —Aún rabiosamente rojo, John se devanaba los sesos buscando algo que decir—. Sabes… Mmm… Fíjate qué curioso, creo que los dos hemos traído la misma clase de tazas.

Lo interrumpió una risotada tan estrepitosa y repentina que dio un respingo y miró alrededor, asustado. Todos se reían de lo lindo. Elizabeth volvió a coger el pañuelo y, llevándoselo a los ojos, empezó a desternillarse de risa. Eddy Makepeace dejaba escapar breves carcajadas como ladridos, que resultaban irritantes porque sonaban forzadas. Hugh Stanning-Smith contenía la risita con educación y Patrick Dowling miraba a John de reojo con una mueca burlona y taimada.

—¿Qué… qué ocurre? —exclamó John, a quien la sorpresa hizo comportarse por primera vez con naturalidad.

Más carcajadas. Su perplejidad provocó un nuevo ataque de risa aún más grosero que el primero, como si un humorista, después de contar un chiste, hubiese procedido a sentarse sobre el sombrero.

—Dios mío —exclamó por fin Christopher Warner casi sin aliento, quitando el pañuelo del asa de la tetera para secarse los ojos—. ¡Señor! Querido amigo, estos son tus cacharros. —La cara se le retorció en otro espasmo de risa, y unos borbotones se transformaron en tos—. Dios mío, voy a derramar… —Dejó la tetera y un poco de líquido cayó al mantel desde el pitorro—. Oye, tienes que perdonarnos. No

tengo vajilla. Me temo que hemos abierto tu caja y estrenado tus cosas… Oye, espero que no te moleste…

John comprendió enseguida. Como todos los que iban a entrar en Oxford, había recibido una carta de la administración con una lista de los artículos domésticos que debía llevar a la residencia: dos juegos de sábanas, un servicio de té, vinagreras, etc. Tres semanas atrás su madre había insistido en que pasaran una tarde comprándolo todo; había sido una excursión conmovedora, que, pensaba John, había significado mucho más para ella que para él. Como colofón habían tomado el té en el café de un cine, con pastelitos y todo.

La mayoría de las cosas que habían comprado estaban sucias y diseminadas por la habitación; a John le asombraba haber tardado tanto en reconocerlas. La caja (ahora la veía) estaba detrás del baúl de Christopher; la habían roto al abrirla sin el menor cuidado, de modo que no podría volver a usarla como pensaba. Así pues, aquellos eran sus platos y tazas; su filtro de café (atascado con hojas de té); su resplandeciente tetera, ennegrecida por el fuego; su cuchillo para el pan, su azucarera.

—Dios mío, creí que no iba a caer nunca —barbotó Eddy Makepeace secándose sus ojos saltones—. Demonios, qué gracioso.

Elizabeth Dowling volvió a prorrumpir en carcajadas.

—Y la cortesía exquisita con que… —Tragó saliva para ahogar la risa—. Ha sacado el tema con tanta delicadeza… Dios, ¡Dios mío!

John tomó un sorbo de té, que estaba caliente y le quemó la boca. Se daba perfecta cuenta de que se referían a él en tercera persona, pero el juego expresaba su estado de ánimo. Mientras seguía atrapado en esas risas, solo quería huir como pudiera y

esconderse.

—Oye, amigo, no te habrás enfadado, ¿verdad? —preguntó Christopher Warner con un tono de ansiedad que parecía halagador.

—No… Claro que no…

—Caray, si no hay por qué enfadarse —dijo burlonamente Patrick Dowling—. Ha sido la mar de divertido. Debe de haber pensado que tenía visiones.

—¿De verdad no tienes nada, Chris? Eres terrible. Yo me pasé días y días en Harrod’s decidiendo colores, diseños y esas cosas. Si alguien se atreviera a romperme… Vamos, te aseguro que lo…

Riendo estruendosamente, Christopher reanimó el fuego de un puntapié y se sentó en la alfombrilla.

—Bueno, solo compré vasos, así que podemos compartirlos.

—Desde luego, Chris —dijo Eddy Makepeace con malicia.

—Qué quieres que te diga. La lista que envían haría reír a un gato. Vajilla para el desayuno y vajilla para el té. ¿Qué se creen, que nadamos en dinero? Al final todo acabará roto o estropeado. No, yo solo cogí de mi casa unas jarras de cerveza y varias copas de jerez… que Dios se apiade del hijo de puta que me las rompa. Bueno, Kemp puede usarlas cuando quiera.

John balbució algo. Estaba demasiado turbado por ser el centro de la situación, y por el hecho de que se hubiese pronunciado la expresión «hijo de puta» ante una chica, para percatarse de los sentimientos que se desataban en su interior. Cuando lo hizo, encontró una tempestad de ira, vergüenza y autocompasión. Mientras la frívola conversación giraba en torno al mismo tema y al fin lo abandonaba, se encontró mirando el filtro de café, que Warner había usado para colar el

té, y sintiendo pena por él como si los dos hubieran sufrido del mismo modo. Lo que neutralizaba su impulso de escapar era el hecho de que no tenía ningún lugar adonde ir. De ahora en adelante esa sala era su hogar.

—¿Qué dan en el cine? —preguntó Eddy Makepeace, mientras dejaba caer la ceniza del cigarrillo en la taza.

John miró con creciente desaliento los ojos saltones y la cara llena de granos. Pensó que había llegado a un lugar donde absolutamente nadie era como él. Dejó la taza en la mesa y continuó callado.

Esperar que se fueran le parecía demasiado pedir, pero poco antes de las seis se levantaron por fin y se marcharon. Christopher los acompañó hasta la verja. Ya hacía rato que había caído la tarde y John oyó el eco de las risas en los claustros. En cuanto los otros salieron se sentó abatido en el sofá, entre el fárrago de tazas sucias, sintiendo que, si se quedaba mucho tiempo solo, se echaría a llorar. Pero ese sentimiento se trocó en alarma apenas oyó que Christopher volvía, porque la idea de vivir con un desconocido lo estremeció. ¿Tendrían que compartir el dormitorio? Él nunca lo había hecho, y era muy tímido. Además, lo único que Christopher Warner le inspiraba era desagrado.

—Bien —dijo Christopher con brío tras cerrar de un portazo —. Creo que casi todo este desorden es obra mía… Oye, echa un poco de carbón al fuego, por favor.

John obedeció. Christopher Warner empezó a transportar pilas de ropa al dormitorio sin hacer demasiado caso a John, que se había arrodillado torpemente ante su ridículo semibaúl y sacaba sus cosas.

—He cogido la segunda cama. Supongo que no te importa, ¿verdad? —dijo Christopher cuando se cruzaron en el umbral.

La segunda cama era la que estaba más lejos de la puerta y más cerca de la lámpara.

—No, claro.

Mientras oía cómo Christopher estrujaba papel de embalar, John dejó sus tres camisas en un cajón y echó una mirada al dormitorio. Era pequeño y tenía dos camas, un lavabo y un gran armario ropero. En la repisa de mármol del lavabo Christopher había alineado sus enseres de afeitar, que John estudió detenidamente. ¿Qué era la «loción para el afeitado»? ¿Y los «polvos de talco»?

—Me alegra que hayas conocido a algunos de mis amigos —dijo Christopher, mientras seguía arreglando la sala. Tomó el primero de una serie de cuadros enmarcados y miró las paredes en busca de clavos—. Los conozco mucho de la ciudad… Patrick y Elizabeth son hermanos. Y Hugh es amigo de Patrick. Yo fui al instituto con Eddy… Al Lamprey.

—Ah, claro.

—Un buen lugar. Un lugar de narices. —Christopher colgó el primer cuadro y retrocedió limpiándose las manos en el pantalón—. Estupendo. Es grabado, ¿sabes?

John nunca había oído hablar del instituto Lamprey, pero miró el grabado con deferencia, mientras Christopher colgaba otros tres, dos de los cuales eran equipos del Lamprey en los que aparecía él.

—Ahora esto parece más un hogar. Oye, lo siento, supongo que tú no tienes ninguno.

—No, no, descuida.

—Temía que fueras de esos que quieren tener todas las paredes llenas de mamarrachos modernos. Es un rollo tener que compartir, ¿verdad?

John hubiera considerado la frase excepcionalmente grosera de haberla pronunciado él. En boca de Christopher Warner, que estaba buscando el mechero para encender un cigarrillo, no lo parecía.

—Nunca verás a los catedráticos compartir habitación. Eso solo pasa cuando hay guerra. —Una nube de humo le tapó la cara y luego se desvaneció—. Desde luego, los comprendo.

—¿Qué estudiarás?

—Literatura inglesa.

—Sí… Yo también.

—Por eso estamos juntos. —Christopher echó otro vistazo a la habitación—. Creo que ahora está bastante ordenada.

Ya estaba oscureciendo y la sala se llenaba de sombras. Christopher puso una pila de revistas en la estantería sin el menor cuidado. Campanas distantes y cercanas dieron la media, y el sonido atravesó dulcemente arcadas y tracerías de piedra hasta llegar a los oídos de John. Inclinó la cabeza, pensando en palabras como «ángelus» y «refectorio».

Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante.

Un hombre flaco y de aspecto delicado que llevaba un delantal entró y se detuvo junto a la puerta.

—Buenas noches, caballeros. Soy el sirviente.

—Ah, sí. Encienda la luz, por favor. Muy bien. Me llamo Warner. Este es Kemp.

John bajó tímidamente la cabeza.

—Voy a poner las tablas de oscurecimiento, señor. Si tuvieran la bondad de fijarse… Estoy seguro de que cuando

los días se acorten querrán hacerlo ustedes mismos.

Observaron cómo colocaba los tablones de madera contrachapada en las ventanas del dormitorio y cerraba los postigos de la sala. Después, el hombre empezó a recoger la vajilla usada en una bandeja trabajando diligente y metódicamente.

—¿Saben ustedes que tengo que llevarme sus guardapolvos? —preguntó levantando la vista—. Para la limpieza…

—Oh, desde luego. ¡A nosotros no nos servirán de gran cosa!

—Claro que no, ¿verdad, señor? —El sirviente recogió el pan y el azúcar—. No creo que quieran ustedes hacer mi trabajo además del suyo, ¿verdad?

—No; desde luego que no. —Se rió con suavidad, como si le doliera el pecho—. La cena es a las siete, caballeros. ¿Tienen las togas?

—Sí…

—No. Yo no… —John miró a Christopher y al sirviente con cara de sorpresa, pues con la tensión de la hora anterior había olvidado una regla que le había inquietado sobremanera: en el comedor todo el mundo debía usar la toga de su grado.

—¿Usted no la tiene, señor? ¿Es usted becario? Le traeré una. Es solo un momento, si tiene la bondad de esperar.

Recogió la bandeja y salió cerrando la puerta con suavidad. John se sentía aliviado tanto por la promesa del hombre como por el hecho de que Christopher hubiese estado allí para tratar con él. No le había hecho mucha ilusión tener que pasar por la experiencia desconocida de hablar con un sirviente.

—La mía me la dio el conserje por medio dólar —explicó Christopher recogiendo un burujo de tela negra. Bostezó—. Voy a la sala de estudiantes. Un tipo me dijo que allí se consigue jerez.

Después vino la cena en el gran comedor, donde hileras de estudiantes con togas negras aguardaron en pie ante las mesas con manteles blancos, mientras se leía una oración en latín para bendecir los alimentos. Durante la comida John apenas alzó la cabeza, aunque era consciente de las conversaciones banales, el ruido que hacían los sirvientes al transportar fuentes y bandejas llenas de jarras, y los óleos de marco dorado que colgaban de los paneles. Acabó los tres platos a toda prisa, esperó a que alguien saliera y luego se marchó.

Christopher Warner había cenado con Patrick Dowling en la mesa de los no becados, y ambos seguían sentados ante sus cervezas cuando John abandonó el comedor, de modo que este volvió a su habitación para estar por fin solo. A la luz eléctrica, las paredes de color crema parecían poco acogedoras. Después de quitarse la toga se sentó en el sofá, pero enseguida se levantó, nervioso como un gato en una casa nueva, y miró alrededor. Una desalentadora melancolía crecía en su interior, una gran soledad. Era la certeza de no tener un lugar más acogedor e íntimo adonde ir que esas habitaciones que tanto lo deprimían, sobre todo porque no eran solamente suyas. Allí no habría forma de hacerse fuerte contra el resto de lo desconocido, pues en cualquier momento Christopher Warner podía entrar y preparar café en su cafetera o romperle un plato al intentar hacer algún juego de malabarismo. Había confiado en que al menos siempre tendría su propia habitación, con un fuego y las cortinas corridas, donde podría tener ordenados sus escasos libros, llenar un cajón con fichas y ensayos (en tinta negra con las correcciones en rojo, sujetos

con pinzas metálicas) y pasar el curso sin que lo molestaran hasta el invierno. Al parecer no iba a ser así.

Nadie diría que aquí viven dos personas, pensó contemplando la habitación. Christopher había puesto un estuche de cuero con material para correspondencia sobre el escritorio, un cenicero de piedra ornamentada sobre la repisa de la chimenea y un par de cojines de seda en el sofá. Sus pantuflas forradas de lana estaban junto a la carbonera. John había dejado las suyas debajo de la cama porque eran muy viejas. Era extraño cómo la ropa de los demás se ennoblecía y mejoraba con el uso; la suya solo se volvía andrajosa y raída. Buscó en toda la sala señales de su propia presencia, pero encontró muy pocas. No había muchas más en el dormitorio. Al menos tenía una cama para él solo, con el pijama bien doblado en la cabecera, pero lo primero que llamaba la atención era la bata roja de Christopher y su toalla, y en el armario, sus bufandas y camisas resplandecientes.

Picado por la curiosidad empezó a inspeccionar los efectos de Christopher para intentar deducir de ellos el carácter del dueño. ¿Quién era? Un joven rico de Londres. En el peine había algunos cabellos, y los cepillos estaban en un estuche de cuero. John abrió y cerró el pasador. Los bolsillos de las chaquetas colgadas detrás de una cortina estaban vacíos, pero las prendas llevaban la etiqueta de un sastre de Londres y John acarició con interés la tela y los botones de cuero. Los dos cajones de Christopher no eran reveladores; además de las camisas y la ropa interior, había un batiburrillo de calcetines y corbatas de seda, cuellos, un juego de puños y gemelos, una pila de pañuelos de hilo blanco. También había unos paquetes sin abrir de hojas de afeitar y cuatro preservativos. Se sintió tan alarmado como sí hubiera encontrado un revólver cargado.

Volvió a la sala y echó un vistazo a los estantes, donde

Christopher había amontonado de cualquier modo algunos objetos, entre ellos, libros. Eran unas obras completas de Shakespeare, *A Shropshire Lad,* de Alfred Edward Housman, *Ómnibus de humor,* un libro de Siegfried Sassoon y un par de novelas de detectives. En el interior de las cubiertas se leía «Christopher R. W. Warner», escrito con letra oblicua y apretada, no falta de carácter. Encima de los libros había una raqueta de *squash* en su tensor y cinco o seis cuadernos con el nombre del instituto Lamprey estampado en gruesas letras góticas. John abrió uno y leyó lo siguiente:

> Así pues, vemos que al crear el personaje de Shylock Shakespeare se desvió de su intención original, y en lugar de un prestamista cómico construyó una figura de dimensión trágica.

Al darse cuenta de que él había escrito algo muy semejante, John experimentó una extraña emoción, en parte rivalidad y en parte afinidad, junto con una punzada de decepción por el hecho de que algo que en un tiempo lo había enorgullecido fuera del dominio de cualquier desconocido.

Detrás de los libros encontró un mazo de naipes, un periódico y un par de zapatos de goma.

Pensó que probablemente el estuche con material de correspondencia le diría más, de modo que se acercó al escritorio y encendió la lámpara de lectura. Sin embargo, aparte de hojas de bloc, sobres y postales en blanco, solo contenía una carta y la foto de una muchacha vestida de blanco con la dedicatoria: «A Christopher con amor» escrita al dorso. John la miró con curiosidad. La carta terminaba con un «Con todo mi amor» y no llevaba firma, pero después de leerla entera concluyó que era de la señora Warner, la madre de Christopher. Estaba fechada el 9 de octubre en una casa de Derbyshire, donde al parecer la señora Warner pasaba unos días con unos amigos jugando al golf y viendo llover.

Finalmente Elspeth se había alistado en el Servicio Naval Femenino. John se fijó en la perfecta y elaborada caligrafía, y después de guardar la carta y cerrar el estuche fue hasta un pequeño estante triangular en un rincón de la sala, donde Christopher había puesto una foto de sus padres. La mujer que aparecía en ella era morena y llamativamente atractiva, y aparentaba mucha menos edad que la que debía de tener. Poseía una mandíbula ancha como Christopher y una expresión cordial que coincidía con el estilo de su carta, que era tan desenfadada como si Christopher fuera un igual, un simple compinche o un amigo de la familia, totalmente distinta de la clase de cartas que John habría relacionado con sus padres. Claro que él nunca había recibido ninguna, porque nunca había estado lejos de su casa.

Abandonó la investigación sin saber muy bien por qué, consciente únicamente de que había sido infructuosa. Christopher Warner le parecía tan lejano y hostil como antes. Lo que había buscado era una señal de afinidad entre ambos, pero no la había encontrado, y también una prueba de debilidad —un diario, cartas de amor— que lo resarciera de la mala pasada del juego de té. La debilidad, de hecho, habría sido una afinidad. Se detuvo en medio de la amplia sala sin saber qué hacer, viendo su cara en el gran espejo que había sobre la chimenea y, detrás, la foto del señor y la señora Warner en su marco doble. Entonces recordó que aún no había escrito a sus padres y se sentó al escritorio contento con la tarea.

> Queridos mamá y papá:
>
> Llegué a las cuatro sano y salvo. En este momento estoy sentado en mi habitación, que comparto con un joven llamado Warner. Es bastante grande y está en el patio del Fundador. Mi juego de té también llegó bien, y ya lo hemos usado. Todavía no hay nada que hacer, porque oficialmente el período escolar no empieza hasta el domingo.

Espero que estéis bien.

Con cariño de vuestro hijo.

JOHN

Después decidió añadir una nota:

Los bocadillos estaban muy buenos.

Y por fin escribió la dirección en el sobre:

Sr. y Sra. J. Kemp

King Edward Street, 48

Huddlesford

Lancashire

Le puso un sello azul. Salvo el aleteo del fuego entre los carbones, reinaba en la sala un silencio tan completo que, cuando se sentó a leer, empezó a retumbarle en los oídos, haciéndole esperar nerviosamente el menor sonido. Le parecía oír incluso el zumbido de la luz eléctrica. El tiempo transcurría con una lentitud intolerable; cada minuto parecía cuatro veces más largo de lo corriente. Ignoraba si quería que Christopher Warner volviese; no era tanto que él desease verlo como el hecho de que, si regresaba, eso demostraría cierto sentimiento de camaradería, e incluso la voluntad de compensarlo por las heridas que le había infligido aquella tarde. Al cabo de un rato dejó de lado *Sueño de una noche de verano* y abrió la puerta para escuchar la noche. Bajó cautelosamente los escalones hasta el patio. Si alzaba la mirada desde el recinto de piedra, veía el cielo repleto de innumerables estrellas temblorosas, y solo se oían sonidos extraños a lo lejos: aullidos de borrachos en una calle distante, algo que bien podría haber sido un disparo y, desde algún lugar de este *college,* el llanto histérico de un disco de jazz. Donde él estaba todo era silencio; un viento ligerísimo acariciaba la hierba y los pilares de piedra, y desde el jardín del Rector llegaba el murmullo inquieto de los

árboles. Se preguntó si algún día todo aquello le procuraría tranquilidad y placer.

A las nueve y media se acostó, incapaz de soportarlo más tiempo. Como la jornada había sido agotadora, se durmió enseguida, a pesar del extraño olor de las sábanas, pero hacia la medianoche un terrible estruendo en la sala lo arrancó del sueño. Aterrorizado, pensó que era una pandilla que venía a gastarle una novatada y humillarlo, y se disponía a levantarse tembloroso de la cama cuando la puerta del dormitorio se abrió y Christopher entró tambaleándose y encendió la luz. Tenía el pelo enmarañado y una expresión feroz, y ni siquiera reparó en la presencia de John. Lo primero que hizo fue usar ruidosamente el orinal, mientras resollaba como si acabara de participar en una carrera; después se quitó la corbata, la chaqueta y el resto de la ropa. Una vez en pijama, se inclinó sobre el cubo y vomitó copiosamente tres veces. Por último, se tumbó en la cama, donde, tras mucho farfullar y removerse, dejó escapar un eructo como un desgarrón en una lona y se quedó dormido.

Fuera lo que fuese que John esperaba, de ningún modo era aquello, y permaneció varios minutos temblando de horror bajo la luz tenue, hasta que comprendió que debía apagarla. Con infinita cautela, evitando mirar tanto el cubo como a Christopher Warner, se levantó de la cama y bajó suavemente el interruptor. En la oscuridad, la pesada respiración de Christopher y los ronquidos que lanzaba de vez en cuando le resultaban aterradores.

Por grande que fuera su desdicha mientras intentaba conciliar el sueño, encogido en la oscuridad, mayor era el miedo que sentía. El corazón le latía desbocado por temor a que Christopher se levantara y se acercara a él bamboleándose, y cuando al fin logró dormirse soñó con persecuciones y

ataques brutales. Cada vez que el reloj del *college* daba la hora se agitaba inquieto.

Cuando a las siete y media el sirviente los llamó, John llevaba casi dos horas despierto, oyendo el chirrido de las ruedecillas de los muebles y el ronroneo del aspirador mientras el hombre limpiaba la sala, y antes que eso oyendo el silencio roto por el canto lejano de un gallo y viendo cómo la luz de intensidad creciente se colaba por las rendijas de los postigos. Había repasado todos los acontecimientos de la víspera, que comparados con sus otros recuerdos eran asombrosamente vívidos: el resto de su vida se presentaba como un pensamiento efímero sin importancia alguna.

La forma de su ropa sobre la silla lo deprimía; los ronquidos y resoplidos de Christopher lo asustaban. No quería seguir con esa nueva vida. Ya temía lo que se avecinaba: temía que lo convocasen formalmente, temía el desayuno, temía todo cuanto le aguardaba si lo comparaba con las bagatelas que ya había experimentado. Cuánto más placentero habría sido volver atrás, aun cuando el pasado fuera a esas alturas borroso y vago. En efecto, el único recuerdo que le venía a la mente era el de una tarde, meses atrás, en que su madre había ido al médico dejándole un huevo para el té; él lo había puesto en la mesa de la cocina, mientras buscaba una sartén, y antes de que pudiera evitarlo el huevo había rodado hasta el borde y se había estrellado contra el suelo.

No obstante, cuando el hombre abrió los postigos y John se lavó con agua fría y se vistió, su temor remitió un poco y echó una mirada vacilante a la cama de Christopher Warner. Dormía profundamente, con la boca entreabierta, el pelo enmarañado y la mandíbula sombreada de barba. El hedor a cerveza era perceptible, y de pie a su lado John lo vio tan diferente que no pudo sino sentir que la relación que habían trabado el día

anterior había sido un espejismo y ahora se hallaba ante un completo desconocido. ¿Debería despertarlo? Titubeó, incómodo, mientras en su cabeza oía la voz de Warner inquiriéndole: «¿Por qué demonios no me has despertado para el desayuno?».

—Warner —dijo, nervioso.

No hubo respuesta.

—Ejem… Warner —repitió tocándole levemente el hombro —. Despierta.

Hubo un lento movimiento en la cama; Christopher soltó un gruñido. Cerró la boca. Abrió los ojos y trató de levantar la mano para frotárselos.

—¿Eh? Brrr… Ah. ¿Qué hora es?

—No… no lo sé. Debe de ser casi la hora del desayuno.

Christopher consultó el reloj de muñeca, que no se había quitado, y tras un momento de reflexión empezó a darle cuerda, como si estuviera componiendo una respuesta.

—Gracias. No iré a desayunar.

—Ah… Bueno… Lo siento…

—Estoy bien —lo tranquilizó Christopher, y se dio la vuelta mientras John se retiraba, ruborizado por su propia estupidez.

John desayunó entre un grupo de cohibidos becarios de primer curso y no habló con ninguno. Por alguna razón no podía apartar la vista de Patrick Dowling, que también era becario pero no se sentaba con ellos, sino en la mesa del resto de alumnos. Vestía un elegante traje de paseo y no devolvía la media sonrisa que John le dedicaba cada vez que sus miradas se cruzaban.

Después del desayuno, John entregó su cartilla de racionamiento en la administración de la universidad, miró en el tablón de anuncios hasta ver su nombre y volvió a las habitaciones. Christopher, que ya estaba despierto en la cama, lo llamó.

—¿Eres tú, Kemp? ¿Qué hora es?

—Mmm… Cerca de las nueve.

—Se me ha parado el reloj. ¿Podrías traerme un vaso de agua?

—Sí, claro

John llenó un vaso para enjuagarse la boca y se lo tendió.

—Gracias —dijo Christopher, y lo bebió arrugando la frente —. Ah, ahora estoy mejor. ¿Vine trompa anoche?

—Mmm… No te…

—¿Vine trompa? ¿Estaba mareado?

—Ah, sí… Estabas…

—Lo suponía. —Christopher le devolvió el vaso vacío y guardó silencio un instante—. A eso de las nueve y media fuimos a un pub y pedimos unas pintas. Nada más probarla le dije a Eddy: «Oye, esta cerveza parece pipí». Él estuvo de acuerdo. Luego le dije: «Si hay algo que me pone trompa es la cerveza que sabe a pis». No entiendo cómo pudimos seguir. —Hizo un mohín de resignación y bostezó—. ¿Qué hora dices que es?

—Cerca de las nueve.

—¡Dios mío!

La cama crujió cuando se sentó en el borde. Sus pies buscaron las zapatillas por su cuenta, mientras se rascaba la

cabeza. John se sintió reconfortado al verlo tan afable y volvió a la sala, donde un fuego vigoroso ardía en el hogar y unas franjas de luz del sol caían sobre la deslustrada alfombra.

—Esta… Esta mañana tenemos que ver al tutor.

—¿Qué?

—Es que… Hay un aviso… Tenemos que ir a ver al tutor.

—¡Maldita sea! ¿Cuándo?

John creyó que había preguntado «¿Dónde?», y respondió:

—En sus habitaciones, a las once.

—Tengo una cita a las once.

Christopher salió del dormitorio con su bata escarlata y fumando un cigarrillo. Fue hasta la chimenea y se acuclilló ante el fuego.

—Qué fastidio, maldita sea. ¿Sabes dónde vive?

—No… En alguna parte del *college*…

—Dios, eso espero. Figúrate si tuviéramos que atravesar toda la ciudad para verlo.

—Somos los dos únicos nuevos que cursan Literatura Inglesa —dijo John mirando la pantalla de la chimenea y atusándose distraídamente el pelo.

Sin hacerle caso, Christopher se sentó en el sofá hasta que terminó el cigarrillo. Después encendió otro y salió de la habitación con una toalla y los artículos de afeitado. Dio un portazo y se puso a cantar histriónicamente a voz en grito:

Vedle en la Cámara de los Comunes…

aprobando leyes contra el crimen…

El eco de su voz se fue alejando por los claustros, hasta que

otros ruidos lo ahogaron.

La actitud amistosa de Christopher alivió a John. Vio la carta que había escrito la noche anterior y, preguntándose dónde estaría el buzón más cercano, salió a despacharla. No sabía que en la residencia del *college* había uno, pero le apetecía dar un paseo y se puso a mirar con curiosidad las tiendas, las anchas calzadas blancas y los lustrados llamadores de las puertas de las casas particulares. Hasta los nuevos refugios antiaéreos de ladrillo rojo tenían un aspecto atractivo al sol, y le parecieron tan bonitos como los edificios antiguos, con sus torres y ventanas alargadas. De pronto tuvo la sensación de que Oxford iba a gustarle; el abatimiento empezó a desvanecerse y caminó por la ciudad silbando para sí. De vez en cuando veía una librería y se paraba a mirar el escaparate.

Hacia las once volvió la aprensión, y al entrar en la alfombrada sala del tutor apenas se atrevió a levantar la vista. Christopher hizo algunas observaciones banales sobre el tiempo y las habitaciones cuando se sentaron, y John miró nerviosamente alrededor, fijándose en un gran libro ilustrado de heráldica que el tutor había dejado a un lado cuando ellos entraron. Era un hombre alto y cadavérico, de movimientos lentos y demasiado tímido para hacer ninguna indicación clara, y solo mediante esa clase de indicaciones condujo la conversación hacia la literatura y, antes de que John tuviera tiempo de alarmarse, se encontraron hablando del trabajo del trimestre. Christopher tenía una expresión seria y ceñuda y, para sorpresa de John, sus breves respuestas revelaban que no sabía casi nada; sin embargo, su confianza en sí mismo parecía aumentar con cada reconocimiento de ignorancia, y su actitud daba a entender que el tutor era para él un viejo amigo íntimo que se empeñaba en hablar tediosamente de literatura. John se guardó de mostrar el orgullo que sentía cada vez que tenía la

oportunidad de responder que sí, que había leído esto o aquello.

El tutor abrió una libretita, y justo en ese momento sonó el teléfono del escritorio. Mientras el hombre iba a atenderlo con movimientos cansinos, John observó la habitación. Estaba decorada en tonos rosa y gris, y la clara estantería de roble hacía que pareciera más bien un salón. En el lugar donde podía darle el sol había una cabeza de niño hecha en bronce, y lo cierto era que John no había visto tantos libros en su vida salvo en la biblioteca pública. Al pensar que todos pertenecían a un solo hombre miró al tutor con interés renovado y percibió el atisbo de una forma de vida diferente. ¡Cuán distintas debía de ver las cosas!

—Sí —dijo el tutor al teléfono—. Sí, sí. —Colgó el auricular y volvió junto a ellos—. Me temo que por el momento no podré atenderles individualmente. Desde el trimestre pasado un colega de otro *college* se dedica —explicó con una leve sonrisa formularia— a un trabajo de naturaleza muy diferente y me han asignado a muchos de sus alumnos… Sí… Así pues… ¿Los viernes a las once les iría bien a los dos?

Les entregó una lista de libros para leer junto con el tema de un trabajo y, en cuanto salieron, Christopher se alejó corriendo para tomar un café, deteniéndose tan solo a arrojar la toga en la habitación.

Una vez solo, John se sumió en la ociosidad. Después de comer paseó por los jardines —aún conservaban un débil vestigio de su belleza estival— y luego se sentó en su habitación y meditó sobre el tema del trabajo. Al cabo de un rato se puso el abrigo y salió a caminar por la ciudad. Entonces, ¿no habría nada más hasta el viernes siguiente, una semana más tarde? ¿Qué iba a hacer? Desperdiciar tantas

horas del día no parecía correcto. ¿Qué debía hacer? ¿Ponerse a trabajar enseguida? ¿Qué hacía el resto de la universidad? Al mirar alrededor vio a decenas de estudiantes que entraban en cafeterías y librerías; llevaban flamantes bufandas universitarias y hablaban a voz en grito. Para alejarse de ellos descendió por High Street hasta el río y se paró en el ancho puente, desde donde se veían los árboles de las riberas y el agua que corría velozmente al pie de los muros de piedra. Más allá, un cisne hundía el cuello en la maleza. Plantado junto al pretil, John se quedó ensimismado en la serenidad del paraje contemplando las hojas muertas que arrastraba la corriente.

Hacia el final de la tarde ya estaba cansado de su propia compañía y al volver al *college* se alegró sinceramente de encontrar a Christopher Warner en la habitación. Había empezado a admirarlo, hasta el punto de que el disgusto del día anterior se disipaba con rapidez y ahora incluso prefería verlo allí. Su compañero estaba de nuevo medio borracho. Sobre la repisa de la chimenea había una botella de cerveza abierta y Christopher, en mangas de camisa, manipulaba con torpeza una radiogramola que había llegado durante la ausencia de John. Arrellanado en un sillón, Patrick Dowling lo observaba al tiempo que bebía de otra botella y, al entrar John, desvió la vista hacia él con indiferencia.

—Ya está, ahora veamos si el maldito trasto… Caray, ¿dónde está el…? —Christopher puso el volumen al máximo y una música de piano ensordecedora inundó la sala. La bajó—. Ahora está mejor. Sí, muy bien. ¿Y ahora qué? ¿No piensa seguir? ¡No! El maldito trasto se ha atascado de nuevo.

Sin molestarse en levantar la tapa, propinó una fuerte patada al aparato y la aguja saltó y se desencalló, pero esta vez fue el mecanismo el que se rebeló y el disco dejó de girar. Christopher soltó una retahíla de blasfemias y se llevó la

botella a los labios.

—Eres imbécil, Chris —dijo Patrick con voz pastosa—. ¿Qué quieres? No hace ni dos horas que la tienes. —Miró a John con ojos turbios—. Hola Kemp, o Hemp, o como te llames.

—Hola —saludó John con timidez.

Christopher Warner se volvió hacia él.

—Oye, Kemp, mira esta maldita radiogramola… Solo lleva aquí desde las tres y ya no funciona… He hecho todo lo que he podido. No sé qué le pasa. ¿Para qué carajo se creen que pagué treinta chelines?

—Mmm… Qué barata, ¿no?

—No la ha comprado, idiota —terció Patrick con tono ofensivo—. Por ese precio la alquilan por un trimestre. ¿No vas a probar a darle un porrazo?

John se libró de la obligación de responder debido a la irrupción de otro joven, un estudiante de segundo, que llevaba gafas y un fajo de papeles en la mano.

—Perdonen la intrusión, caballeros —dijo con tono solemne después de carraspear—. Tengo el honor de representar a la Unión de Oxford. ¿Está alguno de ustedes interesado en esta organización? Si así fuera, he traído un folleto…

—Ah… —Christopher, que estaba desanudándose la corbata, se detuvo—. Eres uno de esos que andan por ahí repartiendo papeluchos, ¿no?

—Si quiere decirlo de un modo grosero, señor. La suscripción cuesta treinta chelines por trimestre y permite usar gratuitamente los servicios de la Unión, como las salas de lectura y escritura, las mesas de billar, la biblioteca, el bar…

Creo que este último, señor, será particularmente atractivo para usted…

—Oye, muchacho —lo interrumpió Christopher soltando las puntas de la corbata y avanzando hacia el visitante—, puede que yo parezca un poco bobo, pero si algún día quiero pagar treinta chelines por el privilegio de echar un trago será porque el fin se acerca. Adiós.

—De todos modos —repuso el joven retrocediendo—, le dejaré lo que usted gusta de llamar «papelucho» para que lo hojee en sus sin duda largos momentos de ocio. —Mientras hablaba, miraba fijamente a John, como esperando que lo apoyase, pero este observaba a Christopher con una sonrisa e intentaba contener las ganas de reír—. Buenas tardes, caballeros. Los dejo con su jolgorio báquico.

Mientras la puerta se cerraba, Christopher soltó un estruendoso eructo.

—¿Quién es ese mamón? —exclamó—. Empiezo a estar harto de estos tipos. Sí, hasta las mismas narices. —Se remangó la camisa y se dejó la corbata suelta alrededor del cuello—. ¿Dónde está la cerveza, Pat? No nos la habremos bebido toda…

—Queda una —respondió Patrick, sacando una botella que había escondido bajo el sillón.

Christopher desenroscó el tapón y bebió. Su jovial insolencia era contagiosa; John se hubiera reído de buena gana por la forma en que había tratado al de la Unión, aun sabiendo que de haber estado él solo no habría tardado en despedirse de los treinta chelines. Además, le emocionaba el hecho de que no tenía nada que temer de Christopher —o eso pensaba— si estaba dentro de su círculo de amigos. Le pasó por la cabeza la idea de Christopher como protector, como un gran perro que

se mostraba feroz con los desconocidos. Resultaba extraño que el asunto de las tazas de té empezara a borrarse de su memoria y apareciera ahora como una de esas cosas inofensivas que Christopher hacía sin pensar. Nunca había visto a una persona tan despreocupada.

El ascendiente que Christopher ejercía sobre él le libró de llevar a cabo varias acciones que le parecieron innecesarias en cuanto oyó los reparos de su amigo. El primer domingo del trimestre, por ejemplo, acababa de descolgar la toga cuando Christopher, que estaba en el sofá, se volvió hacia él.

—¿Qué se cuece?

—Un sermón para los de primero. ¿Tú no…?

—No tenía ni idea.

—El rector ha dicho que espera que vayamos todos.

—Menudo iluso —comentó Christopher, y volvió a su revista.

—¿Crees que la gente no irá?

—Yo no, desde luego.

John colgó de nuevo la toga y se puso a escribir cartas, una a sus padres y otra a su hermana, que era maestra de escuela en Manchester. Luego, como había sacado de la biblioteca uno de los libros recomendados por el tutor, se sentó a leer y tomar notas. Christopher estuvo bostezando, leyendo y fumando hasta las doce, hora en que se levantó para salir. Mientras se ponía el gran abrigo jaspeado, señaló:

—Es bonito ese clasificador. Supongo que pronto tendré que conseguirme algo por el estilo.

—¿Te gusta? —preguntó John, sorprendido, y levantó la vista.

—Muy bonito.

—Creo que en la tienda quedaba uno. ¿Quieres que…?

—Oh, no. No te molestes. ¿Vas avanzando con eso? ¿Me dejarás echarle un vistazo cuando acabes?

—Sí, desde luego.

Sin embargo, cuando al día siguiente John volvió a casa con un clasificador idéntico de la misma papelería, Christopher había olvidado la conversación, a juzgar por el entrecejo fruncido con que lo examinó.

—¿Yo? ¿Yo dije eso?

—Bueno, sí. —John notó que se sonrojaba—. Creía que lo habías dicho.

—No me acuerdo, la verdad. —Christopher lo miró con recelo, como si de algún modo John intentase engañarlo—. De todos modos… el caso es que ahora no tengo suelto. Te pagaré esta noche.

John sintió un escalofrío súbito, como si una puerta se hubiese abierto para revelarle que la soledad seguía aguardándole; por un momento vislumbró el yermo páramo donde moraría si no tenía a Christopher como amigo; por un momento fue como si John le importara un rábano a Christopher Warner. Aquella noche, en la mesa de los becarios, oyó que se referían a Christopher como «ese pendenciero de Warner», lo que en cierto modo pareció resarcirle. Mientras comía, lo oía hablar a voces en una de las mesas de los alumnos no becados.

En efecto, a últimos de la primera semana Christopher se había consolidado como el más alborotador de los recién llegados, y la gente había adoptado una actitud ante él acorde con esa fama. John no podía sino admirar la desenvoltura con

que trataba a los empleados; con el conserje hablaba de carreras de caballos y bebidas, mientras que, con Jack, el sirviente, mantenía largas conversaciones sobre la hora de levantarse, siempre con un tono de guasa que a John le parecía muy divertido.

—Buenos días, Jack.

—Buenas tardes, señor. Por fin levantado.

—¿Qué dices, Jack?

—He dicho por fin levantado, señor. Ya era hora.

—Vaya forma de agradecérmelo.

Christopher se fumaba un cigarrillo de pie junto al fuego, en pijama y con aire satisfecho, mientras Jack trajinaba ruidosamente en el dormitorio haciendo las camas y vaciando los cubos. Luego exclamaba:

—Oye, Jack, haz primero la mía. Ha sido un día muy duro, estoy que me caigo.

—Oh, señor, no lo dudo. Menudo ajetreo ha tenido. Y hace demasiado frío para usted.

—¿Demasiado frío?

—Muchísimo, señor. Caerá fulminado en cuanto ponga un pie en la calle.

—Vaya, Jack, me estás asustando.

—Disculpe… —Jack reaparecía con la bayeta y el repugnante cubo de agua sucia, y se detenía un momento en el otro extremo de la sala para tomar aliento—. Debería intentar levantarse a la misma hora que yo, solo de vez en cuando, señor. A las cinco en punto. Entonces sabría lo que es el frío. Corta hasta la respiración.

Entonces Christopher se echaba a reír y ofrecía un cigarrillo a Jack, que siempre lo aceptaba y se colocaba detrás de la oreja, donde el cabello empezaba a volverse cano. John había oído decir que padecía de los pulmones.

—Es un buen tipo, Jack —comentaba Christopher cuando la puerta se cerraba.

Aunque John consideraba a Christopher su único amigo, todos sus días eran igual de anodinos que si viviera la anónima vida de hostal de los universitarios, sobre todo porque no tenía a nadie con quien hablar durante las comidas, pues Christopher y Patrick se sentaban a otra mesa. Al final vino a llenar ese vacío otro becario llamado Whitbread, que una noche le comentó durante la cena:

—Vaya jaleo que arman esos.

—Perdona… ¿Qué has dicho?

—Digo que vaya jaleo que arman esos. Una pandilla insoportable, supongo.

—Oh, yo comparto habitaciones con Warner —explicó John con una risita.

—¿De veras? Eso sí que es mala suerte. ¿No puedes pedirle al decano que te cambie?

—Oh, es un buen tipo cuando lo conoces —dijo John con desenfado, jugueteando con un trozo de pan—. No es mala persona.

—Los tipos como ese no hacen bien a nadie ni a sí mismos —sentenció Whitbread.

Tenía la cara pálida, extrañamente parecida a la de un lirón, con barba hirsuta y gruesas gafas con montura de acero; hablaba con el acento monótono de Yorkshire, que

erróneamente hizo suponer a John que tenía sentido del humor. Este dedujo por su ropa que no era de familia acomodada y recordó una carta (aún la llevaba en el bolsillo) en la que su madre expresaba la esperanza de que hiciera amigos «de su misma posición». Con un acceso de indignación comprendió que se refería a gente como Whitbread.

—Claro que el *college* acepta a unos cuantos tipos como él para mantener el tono —continuó Whitbread, que hurgaba en las natillas con la cuchara—, pero saben que somos nosotros los que ponemos la carne en el asador.

Al parecer John le había caído bien, y cuando acabaron de cenar lo invitó a tomar café en su habitación. Cruzaron juntos el patio, tan oscuro como la boca del lobo, Whitbread alumbrando el camino con un farol de bicicleta, y subieron a unas pequeñas habitaciones en la buhardilla, donde ardía un débil fuego. La mitad de la sala tenía el techo inclinado, el azogue del espejo estaba desconchado y por la puerta entreabierta del dormitorio John vio un pijama azul y blanco pulcramente doblado sobre la cama. Whitbread entró en él, llenó la tetera con la jarra y, mientras el agua hervía en el hornillo de gas, se sentaron a conversar junto al fuego.

—Los demás alumnos no son muy afables, ¿verdad que no? —dijo Whitbread separando las rodillas—. Cuesta conocerlos. Claro que hay que elegir a los amigos con cuidado. No es bueno juntarse con millonarios.

—Bueno, yo no he elegido a Warner —repuso John, levemente sonrojado.

—No; no me refería a ti —dijo Whitbread mirándolo con franqueza a través de las gafas—. Claro que no lo has elegido, y no tienes más remedio que verlo. Pero, si aceptas un consejo, debes ser tajante y ponerlo en su sitio. No puedes permitir que

te fastidie el trabajo.

—¿A ti te resulta fácil trabajar aquí?

—Pues sí. —Whitbread parecía desconcertado.

La tetera hervía y, cuando Whitbread se levantó para preparar el café, John se fijó en la sorprendente robustez de sus hombros y sus brazos.

—Los primeros días no hice nada, hasta que me adapté un poco, pero ahora he establecido un horario… Bueno, es fácil. —Whitbread vertió agua hirviendo en dos tazas, añadió un poco de extracto de café y lo removió muy deprisa—. Caray, no querrás ser uno de esos que empiezan a gandulear en cuanto consiguen la beca. Eso es solo la mitad de la batalla. —Sacó una bolsa de galletas y le ofreció a John—. Las traje de mi casa. Anda, coge dos.

Comieron y bebieron café mientras hablaban de las becas que habían conseguido. John se enteró de que a Whitbread le habían concedido un año más que a él, ya que su instituto contaba con una dotación más cuantiosa.

—Si quisiera podría ganar algo de dinero —afirmó Whitbread con una sonrisa de gnomo—. Nada más fácil.

—¿Y por qué no lo haces?

—No hay que ser avaricioso. Además, no conviene tener fama de buitre. Los profesores te respetan si tienes que pasar más apuros de lo corriente, pero no les gustan los miserables. Hay que adaptarse a las circunstancias.

—Sí, claro.

John estaba reclinado en el sillón —una figura menuda—, con el café entre las manos, mirando una vez más la habitación. No había cuadros; un almanaque colgaba encima

del escritorio, donde descansaban un texto clásico abierto, un diccionario y algunas fichas. Todos los libros de la estantería eran clásicos, salvo unas cuantas ediciones baratas de obras populares y cinco grandes manuales con el escudo del *college,* pedidos en préstamo a la biblioteca. Sobre la repisa de la chimenea había una tarjeta con el programa de los sermones que los predicadores de la universidad darían durante el trimestre. Whitbread apuró enseguida su café y preparó un poco más. Mientras lo hacía, se oyó un golpecito en la puerta y otro becario llamado Jackson asomó la cabeza.

—Oh, lo siento. No sabía que tenías una visita… ¿Has acabado con las fichas de Tácito?

—Pasa y toma un café —dijo Whitbread con una amplia sonrisa, y sacó otra taza del armario—. Sí, ya casi he acabado.

—No, si no te importa… Es que estoy trabajando… No debería parar…

—Anda, entra solo cinco minutos. Kemp no tardará en irse. Yo me pondré a leer a las ocho y media.

De modo que Jackson, que usaba un curioso cuello rígido, entró y se sentó, y los tres bebieron el café poco cargado y hablaron del *college.* A John le sorprendió lo mucho que sabía Whitbread, no solo sobre la historia del *college,* sino también sobre otros estudiantes, los profesores y las condiciones presentes de la propia universidad. Por ejemplo, sabía que Christopher venía del instituto Lamprey y conocía la consideración social del Lamprey como escuela privada (era menor de lo que John había supuesto); sabía que la bodega del comedor de los cursos superiores estaba mejor provista que la del comedor de los cursos inferiores; sabía por qué clase de faltas azotaban a los alumnos en otros tiempos; sabía adónde habían llevado los antiguos candelabros de plata por si Oxford

sufría un ataque aéreo. John estaba impresionado, pero también un poco incómodo. Lo que lo incomodaba era la vehemencia de Whitbread; era como ver a alguien rebañando el plato con un trozo de pan.

Se despidieron a las ocho y media en punto; Jackson volvió a su habitación con las fichas de Tácito y Whitbread apagó la luz principal, de modo que la sala quedó a oscuras, salvo el charco de luz que la lámpara de lectura formaba en el escritorio.

John observó cómo desenroscaba la pluma y se acomodaba en la silla, como alguien a punto de hacer un examen.

—Gracias por el café —dijo, y preguntó con curiosidad—: ¿Hasta qué hora vas a trabajar?

—Oh, no muy tarde. Hasta las once quizá.

John bajó a tientas por la escalera, viendo la luz que se colaba por debajo de las puertas y oyendo la música de los transistores, que se permitía tener encendidos hasta las nueve. Mientras caminaba por los claustros hacia su habitación, se sentía sumamente deprimido por aquel vislumbre de una vida dura y tenaz, y muy a su pesar reconoció la admiración que le inspiraba Whitbread. Recordó su propia disciplina de estudio y lo enfureció su incapacidad para continuar con ella; se acordó también de su hogar y del orgullo que había producido a sus padres verlo trabajar y ser premiado. Por primera vez desde que había llegado al *college* la infancia y la vida familiar se le aparecían con nitidez; casi le parecía oír el tintineo de los vagones en la vía muerta más allá del jardín trasero y el estruendo de los timbres eléctricos sonando simultáneamente en todas las aulas de la escuela.

Mientras subía por la escalera catorce, decidió que trabajaría sin pausa hasta la hora de acostarse.

Sin embargo, en la habitación encontró no solo a Christopher y a Patrick, sino también a Eddy, que había llevado a otro antiguo alumno del Lamprey, un tal Tony; aunque Eddy y Tony no se habían quitado los impermeables, era evidente que no se marcharían hasta tarde. La culpa era de Christopher; sentado de través en un sillón, se negaba perezosamente a salir; no tenía dinero, decía, y en el cine no había nada que valiera la pena. Con un humor inmejorable, agitó un cigarrillo encendido ante sus amigos.

—Vosotros sois inquietos, tipos nerviosos —sentenció—. Cálmate, Eddy. Intenta contener esas ganas de ir de un lado a otro. Pasemos una noche tranquila en casa por una vez. Patrick, ¿qué tal si vas a la despensa y traes unas cervezas? Nosotros somos los anfitriones, ¿no?

—Las compraré a tu nombre —dijo Patrick al salir.

—No conozco a nadie más tacaño que Patrick —afirmó Eddy aflojándose el cinturón del impermeable—. ¿Tienes suficientes cigarrillos?

Christopher se estiró hacia atrás para abrir un cajón del escritorio y sacó una caja sin estrenar que contenía doscientos.

—Sí, es un tacaño, pero por lo demás es buen tío. ¿Queréis uno? —añadió tras romper el sello de la caja y tenderla abierta, hacia sus amigos.

—¿De dónde es? —preguntó Tony cogiendo un cigarrillo.

—De ninguna parte en especial. ¿Sabéis que hasta el otro día no me enteré de que es católico? Los domingos por la mañana va a misa y tiene que saltarse el desayuno.

—Anda que yo iba a hacerlo.

—Bueno, de todos modos, allí les dan algo de comer.

Mientras la broma se dilataba en un murmullo de risitas, Eddy y Tony acercaron más sus sillas al fuego, estiraron las piernas y exhalaron el humo en largas bocanadas satisfechas. Patrick regresó con una gran cesta de mimbre llena de botellas y la dejó sobre la alfombrilla de la chimenea. John, sintiendo que debía justificar su presencia, sacó jarras del armario, incluida una para él, y las repartió.

—Ah, gracias, amigo —dijo Christopher—. Oye, Pat, ¿de veras has puesto todo esto a mi nombre?

—Ve a comprobarlo si quieres —contestó Patrick con una mueca—. ¿Estás de nuevo en descubierto?

—Pues esto cuesta un riñón —se quejó Christopher sacando del cesto unos botellines de cerveza negra—. Necesitamos un abridor. ¿Hay alguno en el cajón, John?

Hay numerosos pasajes musicales en los que la orquesta, que hasta ese momento se ha limitado a murmurar y jugar con un tema secundario, de pronto se concentra y se eleva para estallar en un claro tono mayor, en una clara marcha triunfal. Cualquiera de esos momentos habría descrito con precisión lo que sentía John mientras, inclinado sobre el cajón, se repetía una y otra vez que Christopher lo había llamado por su nombre de pila. Al volverse apenas pudo contener una sonrisa. Lo más gracioso de todo era que sin venir a cuento acababa de recordar las palabras de Whitbread: «Debes ser tajante y ponerlo en su sitio».

—Gracias. —Christopher cogió distraídamente el abridor—. Bien, acercad esas jarras.

—Yo prefiero la cerveza rubia —dijo Eddy.

—Esas cuatro son de la despensa de los mayores —explicó Patrick señalándolas con la boquilla de su pipa—. Se las pedí a

Bill a propósito. Yo voy a probarla.

—Muy bien —dijo Christopher, y sirvió.

Tony —su apellido era Braithwaite— era una de esas personas que se alborotan y exaltan con solo oler el alcohol. Con la jarra de cristal entre las manos, reía de tal modo que su rizado pelo rubio ondeaba y sus anchos hombros no paraban de sacudirse.

—¿Os acordáis de cuando Potty Hurst llevó un conejo blanco y el bicho se quedó tieso en el suelo, sin moverse de puro miedo?

—Dios mío, sí. Me había olvidado de Potty Hurst.

—Y Baxter creyó que era un trozo de papel y se agachó a recogerlo. El bicho pegó un salto de diez metros y el pobre Baxter se llevó tal susto que se dio un golpe en la cabeza contra el escritorio.

La conversación siguió girando en torno a Lamprey, y Patrick (el único, aparte de John, que no había estudiado allí) se dedicó a llenar su pipa con una sonrisa sardónica, apretó expertamente el tabaco en la cazoleta y cerró la bolsa con cuidado.

—Una vez armamos una buena en mi instituto. El problema es que no recuerdo cómo empezó ni por qué. Solo sé que una de esas ratas asquerosas que hacen de celadores jugó una mala pasada a nuestro dormitorio. Algo relacionado con un partido, creo.

Los otros le escuchaban complacidos, sin mirarlo.

—El caso es que una noche, después de que apagaran las luces, cuatro o cinco de nosotros lo llamamos (en nuestro instituto los celadores dormían aparte), y allí mismo le afeitamos los pendejos.

Eddy soltó la risita.

—Caramba —dijo.

Patrick sonrió.

—Le hicimos creer que íbamos a castrarlo. Caray, nunca he visto a un tipo tan pálido. Estaba blanco como el papel, como esta maldita pared. Y lo peor era que no podía hacer nada. No es precisamente la clase de cosa que…

—¡Ja, ja! —bramó Tony—. Dios, claro que no.

—Pues al amigo Chris se le daban bien los trabajos nocturnos —explicó Eddy frotándose un ojo con el dedo—. Todas las noches, cuando se apagaban las luces, oíamos crujir su cama. «¿Adónde vas, Chris?» «A dar un paseo.» Un par de horas después: «¿Eres tú, Chris?». «Claro.» «¿Dónde has estado esta noche?» «Oh, dando vueltas por ahí.» «¿Lo has pasado bien?» «Regular, gracias.» Regular, ¡ja, ja, ja! Era un demonio, este Chris.

Christopher esbozó una leve sonrisa, como si estuvieran elogiándolo.

—Ah, qué tiempos —murmuró.

La brillante estructura de brasas se derrumbó en el hogar y Patrick añadió carbón y dos maderos pequeños. Después vació la pipa y volvió a encenderla. Arrellanados en actitud divertida, los cuatro siguieron ociosamente con la conversación; daba la impresión de que estiraban el tema a falta de otro mejor. Las historias que contaban eran lujuriosas, alegres y alocadas, y John descubrió que ejercían un fuerte efecto físico en él. Estaba sentado en una silla dura, encogido, con los puños sobre las rodillas, atenazado por el terror irracional que se apoderaba de él cada vez que oía hablar de experiencias que a él lo habrían dejado atónito. La vida que

describían le resultaba muy primitiva. Intentó imaginarse llevando esa clase de vida, pero por fortuna la imaginación se le oscureció antes de que pudiera sentir el sabor de la imposibilidad. Lo asombroso era que de vez en cuando percibía en sus voces una nota de pena, incluso de nostalgia. Cuando por un momento dejaban de intercambiar impresiones y costumbres, suspiraban y se quedaban mirando con tristeza el fuego, como un grupo de exiliados que se habían reunido lejos de su patria. Poco a poco, el propio John empezó a comprender el motivo de su pesar, a medida que la idea de lo que habían perdido se definía en su mente. Para él aquella era una vida turbulenta y pródiga, irreverente si se comparaba con la suya; le parecía que en sus años escolares ellos habían conseguido más de lo que él conseguiría hasta el fin de sus días. Maltratados al principio, habían vivido para ser opresores cuyo deseo más violento podía satisfacerse de inmediato, lo cual sin duda era la cumbre de la ambición. A medida que el retrato crecía en su mente, lo adornaba con leves pinceladas, hasta que se volvió tan irreal como la pintura en colores chillones de una batalla antigua, pero él no era consciente del engaño y miraba a los muchachos con respeto y curiosidad. El granujiento Eddy, el moreno Christopher, sin afeitar como un boxeador; el egoísta y sonriente Patrick, e incluso Tony Braithwaite; a sus ojos todos tenían algo de pintoresco, como veteranos de una antigua guerra.

Más tarde, cuando ya se habían bebido casi toda la cerveza, Eddy y Christopher se enzarzaron en una pelea por dinero. Christopher insistía en que Eddy le debía quince chelines, y se limitaba a contradecir las negativas del otro con una sonrisa perversa, estirándose en el sillón y propinándole pataditas en la espinilla.

—Déjalo ya —dijo Eddy.

—Devuélveme los quince chelines.

—Te digo que lo dejes.

De repente Eddy se echó hacia delante, y agarró el tobillo de Christopher, se puso en pie de un salto y, arrancándolo del sillón, lo hizo caer al suelo con un ruido sordo. Los otros se levantaron, alarmados. Aplicando toda su fuerza Eddy consiguió mantener el pie de Christopher en alto, mientras le sonreía.

—Quieto, imbécil.

Sin embargo, Christopher se retorció y dio un tirón de improviso, agarró a Eddy por las piernas y los dos rodaron furiosamente sobre la alfombra, derribando una botella medio llena. Se les oyó jadear y maldecir mientras se golpeaban con la intención de hacer daño al otro, porque los dos estaban bastante borrachos. John, nervioso, permanecía de pie detrás de su silla, mientras Patrick estaba apoyado contra la chimenea con las manos en los bolsillos.

Christopher era, con mucho, el más fuerte, y en un momento inmovilizó con una llave a Eddy, que quedó indefenso, con la cabeza inclinada y el cuello y las orejas coloradísimos. Con un regocijo repentino Christopher descargó todo su peso sobre su presa, Eddy soltó un grito y Tony dio un paso alzando una mano, pero al cabo de pocos segundos la increíble escena había acabado. Eddy se sentó en la alfombrilla de la chimenea y, mientras se prendía a la corbata el alfiler con forma de herradura exclamó: «Dios mío, Chris, eres un cerdo»; entretanto, Christopher se peinaba ante el espejo y John recogía tres peniques y un portaminas que habían caído durante la pelea. Al ponerlos sobre la mesa reparó en su jarra sin usar; Christopher no se había dado cuenta de que había cogido una para sí y no le había ofrecido cerveza.

A John siempre le pesaba que no pasaran más tiempo juntos. Después de su primer seminario propuso con timidez que dieran un paseo por los jardines, pero Christopher dijo con cierta brusquedad que había quedado con unos amigos y se marchó. Sin embargo, fue ese mismo pesar lo que lo invadió cuando al día siguiente el tutor le envió una nota para pedirle que por favor fuera a verlo.

—Entre, señor Kemp. —El tutor sonrió amablemente, manteniendo un dedo en el libro que estaba leyendo en ese momento—. Siéntese. Quería preguntarle si no preferiría que en adelante lo recibiera a usted solo.

—¿Solo?

—Solo, sin el señor Warner.

—Pues… Mmm… No; creo que no, señor. —Estaba pasmado y hablaba sin pensar.

—¿Está seguro? ¿No cree que en cierto modo el arreglo actual lo perjudica?

—Oh, no, señor.

El tutor se cubrió los ojos con una mano y se frotó la frente. Su largo cuerpo estaba vestido con un tosco traje de *tweed* verde.

—Bien, como usted quiera. Por mí no habría ningún inconveniente. —Aguardó unos segundos, pero John, que tenía la mirada fija en las tenazas y el badil muy bruñidos de la chimenea no dijo nada—. De acuerdo. Eso es todo lo que quería decirle.

John salió y echó a andar por los claustros; donde las sombras de las columnas se atravesaban en su camino, mientras la toga le ondulaba por detrás. Al pie de la escalera catorce se encontró con Christopher y le contó lo que el tutor

le había dicho.

—Espero que le hayas parado los pies.

—Oh, sí, claro.

—Bien hecho. Debe de pensar que si nos coge solos podrá apretarnos para que trabajemos más.

—Me alegra que pienses que he hecho bien.

Christopher asintió con un gesto rápido y se alejó con las manos en los bolsillos y la cabeza erguida. John se quedó mirándolo un momento antes de dirigirse a sus habitaciones. Cuando colgó la toga detrás de la puerta, aún temblaba levemente, en parte por el nerviosismo que le producía cualquier contacto con la autoridad, en parte por el placer de haber hecho un favor a Christopher. Si algún objeto tenían los días vacíos que transcurrían sin norte era complacer a Christopher y ganarse su aceptación. Cada vez que lo veía entrar en la sala, John no podía por menos de alegrarse y prepararse para reír; no esperaba que lo incorporaran a sus conversaciones, pero consideraba un privilegio que le permitieran escuchar cuando ellos, con el cuello de la americana levantado, hablaban de lo que iban a hacer por la noche. Su presencia, como el olor del cuero o de las telas finas, le producía una sensación aguda. La noche previa al segundo seminario, quince días después de que se hubieran conocido, Christopher tomó las fichas de John, se sentó bajo la lámpara con un cigarrillo entre los labios y pergeñó un descuidado galimatías para presentar por la mañana. La pluma se movía velozmente sobre el papel. Cuando terminó, dejó las cuartillas a un lado con un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios ya está listo. Ha sido un detalle que me prestaras todo esto. —Bostezó con despreocupación mientras consultaba el reloj—. ¿Te apetece una copa?

John dejó con mucho cuidado la pluma sobre el cuaderno.

—Ah… pues… ¿Adónde quieres ir?

—No lo sé; por ahí. —Christopher se levantó y cogió la bufanda de lo alto del armario. Miró a John parpadeando, como si acabase de percatarse de con quién había estado hablando—. Oye, si tienes trabajo no te preocupes.

—No, claro que no. ¡Faltaría más!

John echó la silla hacia atrás y se puso en pie de un salto. Se enfundó el abrigo mirando a Christopher de reojo, como si de pronto pudiera desaparecer o anular la invitación. Christopher fue hasta el espejo y se echó el pelo hacia delante con una mano; luego reparó en el pequeño reloj que había sobre la repisa de la chimenea y lo cogió para darle cuerda.

—¡Listo! —dijo John junto a la puerta.

Por un momento su expresión le recordó a la de un niño al que están a punto de llevar al circo. Mientras caminaban juntos por los claustros y cruzaban el primer patio, lamentó que estuviera demasiado oscuro para que los viesen. En las habitaciones del rector había luz, pero casi al instante una criada corrió una pesada cortina de felpa y todo quedó sumido en las tinieblas. Christopher se detuvo en la conserjería y recogió una tarjeta donde lo invitaban a jugar un partido amistoso de rugby. Se la guardó en el bolsillo.

—Iremos al Bull, ¿de acuerdo? —dijo—. Puede que esté Eddy.

John no quería ver a Eddy, pero estaba contento de acompañar a Christopher a donde este quisiese, de modo que después de atravesar la puerta principal doblaron a la izquierda. Las campanas daban las seis y media, y desde el centro de la ciudad llegaba el plañidero sonido de las bocinas

de los coches, mientras cerca de allí un teléfono sonaba insistentemente en una parada de taxi. El aire nocturno era frío. Un avión con luces de vuelo rojas y verdes cruzaba el cielo en diagonal.

Mientras enfilaban un callejón, John se preguntó cómo sería el Bull; en las anécdotas que había oído tenía un papel destacado y siempre se lo había imaginado como un antro minúsculo. Por eso le sorprendió entrar en un bar deslumbrante, donde la luz se reflejaba en los apliques de cromo y en el espejo que había detrás de la barra, mientras un gran fuego de carbón ardía en el hogar. No había nadie salvo el patrón, que estaba leyendo el periódico, y un anciano tembloroso sentado en un rincón ante una pinta de cerveza intacta.

—Buenas noches, Christopher —saludó el patrón doblando el periódico.

—Buenas noches, Charley. Dos amargas, por favor.

John sonrió con cierta incomodidad y entregó el dinero a Christopher mirándolo a los ojos para cerrar el trato con un gesto amistoso, pero este tenía la vista fija en el billete.

—Gracias, amigo. Mañana sin falta te la devuelvo. Bien, vámonos.

Se despidieron del patrón y salieron del bar dejando en la barra una jarra de cerveza medio vacía. Un soldado soltó un gruñido e hizo un comentario sarcástico a un camarada. John oyó a Eddy reír en la calle y se preguntó qué le hacía tanta gracia.

Ceñudo, sorbiendo de mala gana su cerveza, repasó la conversación remachando y tanteando cada palabra como con un martillito. Tal vez no había ido tan mal para empezar.

Siguió reflexionando sobre ella hasta que vio la hora en el reloj de la barra y, alarmado, se marchó a toda prisa para llegar a tiempo a la cena. No sabía que faltaba tan poco.

Durante la cena no paró de pensar en la libra; era la segunda de las cinco que tenía para todo el trimestre y debería haberle durado toda la quincena siguiente. Se sentía tan inquieto como si la hubiera usado para apostar por un caballo. Se dijo que Christopher se la devolvería por mera educación, pero ni siquiera eso logró tranquilizarlo. Evitó sentarse al lado de Whitbread.

Para reconfortarse pidió media pinta de cerveza y al regresar a sus habitaciones descubrió que tenía demasiado sueño para concentrarse en el trabajo que tenía previsto hacer. Sacó las fichas y desenroscó la pluma, pero su mente seguía distraída. El sirviente había hecho en el hogar un fuego enorme que estaba alcanzando su esplendor; el calor lo estremecía y atontaba. Miró las fichas preguntándose dónde estaría Christopher. Algunas las había escrito el día anterior; otras, hacía varios años. Intentó en vano recordar cuándo las había elaborado.

No se acordaba de la fecha exacta en que habían designado al señor Joseph Crouch titular de Literatura Inglesa del instituto de Huddlesford, y por aquella época no sabía nada de él. Joseph Crouch era un joven que se había licenciado en Londres con excelentes calificaciones. Sus aptitudes eran tales que a los pocos meses lo habían puesto al frente de todos los cursos superiores de inglés, ante lo cual el otro titular no tuvo más remedio que encogerse de hombros filosóficamente. El señor Crouch estaba encantado con el cargo. Encontró unas habitaciones acogedoras junto al parque y por cierta cantidad de dinero mandó trasladar allí todos los libros y estanterías de su casa de Watford. Poseía cientos de volúmenes; no eran

libros caros, pero contaba con un ejemplar de todas las obras importantes de la literatura inglesa, además de numerosos ensayos de crítica, todos con un «Joseph Crouch» garabateado con lápiz en la guarda. Los párrafos que aprobaba tenían al lado una señal recta a lápiz; los que no le gustaban estaban marcados con una línea ondulada. Todos los libros sin excepción mostraban las huellas de haber merecido un estudio exhaustivo e inteligente.

También trasladó una maleta llena de fichas universitarias, que por sí mismas explicaban su éxito académico. Daban cuenta de todos los libros que había leído y contenían una sinopsis de la trama, el estilo y la historia de las obras; eran delgadas cuartillas escritas en tinta negra por una sola cara, con los títulos subrayados en rojo. En algunas había pegado con cola recortes que contenían información complementaria, y la mayoría de ellas estaban salpicadas de anotaciones en tinta verde que remitían a otras fichas. Estaban sujetas con pinzas de bronce y cuidadosamente numeradas, las cifras rodeadas con un pequeño círculo. La letra de la primera hoja no se diferenciaba en lo más mínimo de la de la última. El conjunto de cuartillas llenaba un cajón de su escritorio.

El señor Crouch no era un hombre bien parecido. Era más bien bajo, de piel cetrina, con el cabello revuelto y rasgos levemente mongoles. Cuando sonreía, la cara se le arrugaba en una expresión malévola; aunque era joven, caminaba arrastrando los pies como un anciano y usaba gafas de lentes muy gruesas. Sus clases eran poco corrientes porque decía frases completas y más bien formales con voz mesurada; a los muchachos, habituados al estilo coloquial e incluso incoherente del resto de los profesores, les resultaba pesado escucharlo, y circulaba el rumor de que Joe era «un soso». Eso hacía que fuera menos apreciado que si el veredicto hubiese

sido el de «auténtico cerdo».

De todos modos él se sentía satisfecho. El instituto de Huddlesford era grande y tenía buena reputación, y el señor Crouch consideraba que el cargo que desempeñaba allí era solo un trampolín hacia cosas mejores. Le gustaban sus habitaciones y después del té solía sentarse tranquilamente en el sillón ante la estufa para corregir redacciones, leer libros o revistas intelectuales o traducir al inglés (por mera diversión) poemas que le gustaban. De vez en cuando se quedaba mirando con expresión soñadora la estufa de gas y se ponía a pensar que, cuando le subieran el sueldo, se permitiría ciertos lujos que sus ingresos le habían negado hasta entonces: ropa cara, puros, libros nuevos. Sorprendentemente había en su naturaleza una veta sensual que deseaba ocio y libertad. Puesto que hasta entonces había conseguido todo cuanto se había propuesto, aguardaba ese futuro con esperanza y casi con satisfacción. Se sentía como un hombre que ha acabado el primer plato de una comida y, habiéndolo encontrado excelente, espera con avidez el segundo.

Lo único que lo disgustaba era que su trabajo no fuera demasiado exigente. Encontraba humillante tratar con muchachos que no tenían el menor conocimiento de la materia que él impartía; humillante que sus comentarios sobre una redacción se convirtieran en comentarios sobre la letra con que estaba escrita, su brevedad o el hecho de que ni siquiera la hubiesen entregado. Demasiado a menudo se percataba de que su tarea como profesor de secundaria concluía un escalón por debajo de donde comenzaba su tarea de licenciado, y que el grado de exigencia que se veía obligado a aceptar le merecía el mayor de los desprecios.

—Bueno, siempre ha sido así —le comentó el titular de Ciencias del ciclo inferior, un joven agradable y desilusionado

a quien Crouch había cobrado afecto—. No creo que puedas remediarlo. Si lo que te interesaba era la enseñanza superior, ¿por qué no intentaste conseguir un puesto en la universidad?

—¡Ah! ¿Por qué no lo hice? —El señor Crouch se negaba a que la conversación derivara hacia asuntos personales.

—Es desalentador. Por ejemplo, a mí no me hacía ninguna falta un título de Cambridge para acabar enseñando a niños de catorce años la diferencia entre un ohmio y un vatio.

—No —dijo el señor Crouch.

Grupos de muchachos pasaban a su lado en bicicleta (los dos profesores caminaban hacia casa después de las clases), intentando mantenerse en el lado derecho de la carretera y bajar por un momento la voz.

—Al fin y al cabo, impartes tu asignatura en el ciclo superior. Si quieres, puedes preparar a los alumnos para la universidad. A mí solo me permiten manipular la inteligencia más joven.

El señor Crouch alzó las cejas.

—Sí. Es una buena idea.

—¿Este año hay alguno de sexto que se especialice en Literatura Inglesa?

—Jarrett, una criatura detestable. Me temo que es inútil pensar en él. Sin embargo, vale la pena tener presente la posibilidad.

El señor Crouch se despidió con expresión meditabunda, y dobló por la avenida que llevaba a su casa.

Se alegró al ver que la patrona le había preparado un huevo duro para el té y que había un pastel de cerezas. Solo después de satisfacer el apetito y fumar un cigarrillo volvió a

considerar la idea, que empezó a parecerle cada vez más atractiva. Si pudiera tomar a un muchacho de quinto, por ejemplo, y alentarlo a que desarrollara su talento; si pudiera cumplir la función de un tutor, prestarle sus libritos polvorientos y sus meticulosas fichas, y mediante consejos y una orientación juiciosa ofrecerle toda la literatura apropiada para una mente joven… Estaba harto de versiones censuradas de *Macbeth* y *El tesoro dorado.* Anhelaba ascender una vez más a las llanuras más distantes, hablar de Marlowe y de la literatura nórdica, trazar paralelismos y hacer afirmaciones irrefutables.

Cogió la cáscara de huevo que había rebañado con la cuchara y se quedó mirándola muy serio. ¿Qué debía hacer? ¿Dejarse llevar por esa fantasía? Con una media sonrisa acentuó la presión del índice y el pulgar hasta que con un ruido súbito la cáscara se rompió.

Fue una lástima que su primera elección recayera en un brillante alumno de quinto cuya conducta era tan problemática como vigoroso y soberbio su estilo. «William Wordsworth quedó horrorizado —leyó el señor Crouch— cuando las cabezas que antaño le habían sonreído en los salones londinenses rodaron por el serrín sanguinolento de París.» Sin arredrarse, hizo algunas discretas averiguaciones sobre las futuras intenciones del chico y obtuvo respuestas vagas y un tanto impertinentes. Al final, el muchacho dejó el colegio tras obtener el certificado escolar para convertirse en un joven cronista de un diario local. El último día del curso se las ingenió para prender una tira de papel higiénico en la toga del señor Crouch, quien recorrió todo el pasillo antes de darse cuenta.

Tardó todas las vacaciones de verano en volver a aceptar la idea original. Durante ese lapso regresó a su lugar natal, pasó

mucho tiempo en Londres con antiguos amigos de la universidad y otros lugares, y vivió una quincena en una cabaña del distrito de los lagos, donde irónicamente no leyó más que poemas de William Wordsworth. Todo el mundo lo felicitó por su rápido ascenso y un par de personas mencionaron explícitamente la oportunidad que el puesto le brindaba de formar a alumnos para los estudios superiores. En cuanto se inició la actividad escolar en otoño, resolvió hacer un segundo intento.

En consecuencia, recogió durante la clase los trabajos de los alumnos del último curso de primaria, y por la tarde se los llevó a casa; y, en cuanto la patrona hubo limpiado la mesa, dejó encima la pila de cuadernos, abrió un paquete de cigarrillos y se sentó. El tema del trabajo era «Lo sobrenatural en *Macbeth*». Tenía la intención de leerlos de arriba abajo y calificarlos sin mirar el nombre que figuraba en la tapa del cuaderno; primero elegiría el más atractivo y luego haría averiguaciones sobre su autor. La idea de oficiar de juez le produjo un placer infantil.

Pasó varias horas sentado. La luz de la lámpara caía sobre su fina cabellera despeinada y en un cenicerito se acumulaban las colillas. A veces escribía un comentario conciso y ácido en el margen; otras, sonreía burlonamente o levantaba las cejas. La tarea no era demasiado interesante, pues de treinta muchachos con recursos y conocimientos idénticos salen treinta trabajos muy similares. Cuatro poseían un nivel de competencia muy aceptable, de modo que los dejó a un lado para releerlos más tarde; el resto mereció calificaciones muy bajas y una variedad de críticas mordientes.

Una frase de uno de los cuatro trabajos seleccionados lo hizo detenerse. Rezaba: «Macbeth no siente remordimientos, pues no cree que haya actuado mal; la maldad está encarnada

en las brujas, y él no es tan malo como ellas».

Se centró en ese trabajo y lo releyó despacio. Al fin tuvo que admitir que era el mejor. No podía decirse que fuera excepcional, pues no era un trabajo brillante, pero él no había esperado algo así. No era exactamente original, pero tampoco se trataba de eso. Su gran virtud era la extrema eficiencia. El chico conocía la obra y sabía citar pasajes con propiedad; conocía la introducción y sabía parafrasearla. El estilo no era inmaduro en exceso y la caligrafía era clara, y la frase que le había llamado la atención era como una franja de luz atisbada en el cielo antes del alba; tal vez fuera solo fruto de la imaginación, pero podía ser que estuviese a punto de salir el sol.

Con súbita resolución cerró el cuaderno para leer el nombre en la tapa.

J. Kemp.

¿Kemp?

Por un momento frunció el entrecejo, bastante desconcertado. ¿Ese muchacho pálido que se sentaba en un rincón? ¿Ese era Kemp?

La irritación se apoderó de él, pero se desvaneció enseguida, en cuanto pensó que se alegraba de no conocer al elegido. Sabía de algunos alumnos que podrían causarle una gran decepción.

Se quedó mirando la alfombrilla de la chimenea con las manos en los bolsillos. Kemp. Un chico pálido, de pelo rubio, que se sentaba en un rincón. No hablaba a menos que le dirigieran la palabra… y a veces ni siquiera entonces. Abrió la libreta de calificaciones y vio que en las tres semanas que habían transcurrido desde el inicio de las clases Kemp había

conseguido tres notas razonablemente altas. Eso lo sorprendió. Empezó a sentir mucha curiosidad por el chico y una gran satisfacción por el resultado de su investigación particular.

—¿Qué sé de Kemp? —repitió al día siguiente el profesor de lengua—. Un muchacho apocado.

—¿Nada más?

—Casi siempre obtiene notas muy altas. ¿Por qué?

—Mera curiosidad —respondió el señor Crouch complacido, y se alejó.

—Un muchacho tranquilo. No da ningún problema —explicó el profesor de Historia, que solo pedía de los alumnos que no le dieran problemas.

—¿Cree que es inteligente?

—Oh, sí… Mucho. Sus trabajos son buenos. Lo que ocurre es que pasa inadvertido —concluyó con una sonrisa nerviosa.

—¿Kemp? —tronó el profesor de Matemáticas, una caricatura de hombre con la nariz ganchuda, cuyo traje estaba siempre cubierto de polvo de tiza. Llevaba casi treinta años trabajando en el instituto—. Sí. Una inteligencia cabal. Recoge los conocimientos como un imán las limaduras de hierro. Creo que el padre es policía…, o lo era. Sé que no van muy bien de dinero.

El señor Crouch dio las gracias educadamente y se encaminó arrastrando los pies hacia su aula.

Cuando le tocó dar clase al curso de Kemp, era la última hora de la jornada escolar y las luces estaban encendidas. Fuera, los coches y los camiones se abrían paso bajo la lluvia en la carretera que discurría a cierta distancia del instituto. El señor Crouch mandó hacer unos análisis sintácticos a los

alumnos y luego los fue llamando de uno en uno para devolverles los trabajos; a muchos se los entregaba con solo una palabra de reprobación o elogio; con otros se detenía a explicarles un tema que habían tocado o aclarar una cuestión mal planteada. Deliberadamente dejó pasar media hora. Después entrelazó las manos sobre el escritorio, observó las hileras de cabezas inclinadas y con voz áspera dijo:

—Kemp.

Al fondo del aula hubo un movimiento y el chico avanzó entre los pupitres.

—Me gusta su trabajo, Kemp —dijo el señor Crouch sin molestarse en abrir el cuaderno—. Demuestra interés, raciocinio y sensatez. —Hizo una pausa—. Es usted muy trabajador, ¿verdad?

—No lo sé, señor.

El señor Crouch lo escrutó con ánimo especulativo. El muchacho era pálido, delgado e iba modestamente vestido; levantaba la vista con nerviosismo y enseguida volvía a bajarla; tenía las manos detrás de la espalda. Era difícil imaginar una expresión de alegría en ese rostro. Su cabello, sedoso como un vilano, era lo único que resultaba agradable a la vista.

—He oído decir que sí. —El señor Crouch se puso a juguetear con su portaminas de plata deslizando la uña del pulgar bajo la pinza—. ¿Qué planes tiene para el futuro?

—¿Cuando deje el instituto?

—¿Lo dejará? ¿Este año?

—Eso creo, señor.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé, señor.

—¿No tiene ninguna idea?

—Supongo que entraré a trabajar en algún despacho, señor. —El señor Crouch sonrió.

—¿Ha pensado alguna vez en cursar bachillerato y obtener una beca universitaria?

Por un instante Kemp lo miró con asustados ojos azules.

—No, señor.

—No hay ninguna razón que le impida planteárselo. Usted estudia aquí con una beca, ¿no? Bien, solo se trata de dar el paso siguiente. Su certificado escolar será excelente sin duda y, si sigue usted dos años más con una beca de preuniversitario, obtendrá un diploma de bachillerato con excelentes calificaciones. De ese modo dispondrá de un año entero para solicitar una beca para la universidad… Oxford, Cambridge, la que quiera.

Hizo una pausa, pero el muchacho no abrió la boca.

—En la universidad se licenciará con buenas notas y hará muchos contactos útiles. Entonces podrá pensar en conseguir trabajo en un despacho. —Sostuvo el portaminas plateado con la punta de los dedos—. ¿Qué le parece la idea?

El muchacho volvió a bajar la mirada al suelo y apretó los labios. Parecía atónito.

—¿Y bien?

—No lo sé, señor.

Al señor Crouch no le disgustó su falta de entusiasmo, ya que hacía el proyecto aún más fascinante. Como un escultor, tendría que modelar la pasividad.

—Mire, Kemp, creo que podría especializarse en inglés con buenos resultados. Si empezamos a trabajar juntos, en un período de tres años yo le ayudaría a conseguir fácilmente un nivel universitario. En mi opinión, podría salir de aquí con una beca. Tal vez le parezca una meta inalcanzable —añadió con malicia al advertir la mirada de desaliento del chico—, pero le aseguro que no lo es.

El muchacho se llevó la mano a la boca con nerviosismo. Tenía las muñecas rojas y las uñas comidas.

—¿Qué le parecería la idea a su padre?

—No lo sé, señor.

—¿Por qué no se lo pregunta? Mire, Kemp, creo que la cuestión económica no será ningún impedimento. Usted obtendría una beca con facilidad. Y no veo ningún motivo para que entre a trabajar inmediatamente en un despacho.

El muchacho se ruborizó.

—Bien, piénselo y hable con su padre. Me gustaría conversar con él cuando tenga tiempo para verme. ¿Se lo dirá?

—Sí, señor.

—Muy bien. Aquí tiene su cuaderno —añadió el señor Crouch.

Miró cómo el muchacho volvía a su pupitre, se sentaba y se tapaba la cara con una mano. De repente llegó a sus oídos el débil rumor de la clase, mientras los industriosos trabajaban y los holgazanes remoloneaban, y dejó caer la palma de la mano sobre el escritorio con un ruido seco.

Todos levantaron la vista.

—Demasiada charla —observó sin alterar la voz—. Si pillo a alguien hablando, no lo pasará muy bien. Bleaney,

acérquese.

Continuó comentando los trabajos.

El señor Crouch disfrutó con la visita que semanas después hizo a los Kemp. Entró con el sombrero en la mano y fingida humildad en la sala de estar, donde ardía un gran fuego especialmente encendido (supuso) para la ocasión. Era una casa pequeña, pero no castigada por la pobreza. Había una mesa con fotos, un helecho y reproducciones de pinturas execrables con gruesos marcos colgadas de las paredes. El señor Crouch permaneció en pie frente al hogar. Se sentía como un diplomático de visita en un reino bárbaro, con la misión de convencer al caudillo de que permitiera pasar el tren por su territorio.

Al cabo de unos minutos Joe Kemp, que acababa de ponerse la chaqueta, entró pasándose una mano por el pelo engominado. Era un policía retirado y complementaba su pensión haciendo trabajos de carpintería; su robusto cuerpo estaba coronado por una cabeza pequeña, con las orejas muy pegadas. Tenía una expresión de simpático malhumor y usaba unas ridículas gafas con montura dorada que a veces daban un aire de perplejidad a su rostro. El señor Crouch tendió una mano.

—Buenas tardes, señor Kemp. Soy el señor Crouch.

—Encantado de conocerle.

Se estrecharon la mano.

—Haga el favor de sentarse.

—Gracias… Espero que su hijo le haya comentado lo que le propuse. Me gustaría conocer su opinión, señor Kemp.

Joe Kemp volvió a pasarse la mano por el cabello y se rascó la cabeza con cara de desconcierto.

—Sí, bueno, lo veo difícil. Es un listón un poco alto.

—Creo que John es capaz de conseguirlo, señor Kemp. De otro modo no se lo propondría.

—Sí, es un chico muy listo…

—Y las ventajas que ofrece la educación universitaria son realmente magníficas. No es una máquina que en vez de salchichas hace maestros de escuela. Es el trampolín de todas las profesiones de prestigio: la abogacía, la administración pública, el Parlamento…

—Pues por lo visto usted se ha equivocado de camino —observó el señor Kemp mirándolo con perspicacia.

—Bueno, yo elegí ser profesor. La verdad sea dicha, quería dedicarme a ayudar a muchachos como su hijo, ayudarlos a conseguir una posición acorde con su inteligencia.

El señor Kemp planteó una serie de reparos sin excesiva convicción. Era obvio que el proyecto lo había seducido y solo la determinación de *precipitarse* le impedía aceptar lo que Crouch le proponía.

—No creo que la cuestión económica represente ningún problema, señor Kemp… La dirección del instituto…

—No… bueno, eso no es tan importante. Solo quiero lo mejor para John…

—Sí, desde luego.

—Es lo que queremos mi mujer y yo, señor Crouch. —Joe Kemp miró al profesor con dignidad—. Sé que algunos sacan a los hijos del colegio en cuanto pueden. Bueno, yo no soy quién para criticarles, solo tengo más suerte que ellos. Entre nosotros, no sabe usted cuánto nos costó colocar a la chica. Ahora es maestra, en Manchester. Mire, no está hablando con

un hombre de ideas atrasadas, señor Crouch, como unos cuantos que podría nombrarle. Quiero lo mejor posible para el chico, pero…

—Dígame, señor Kemp.

—¿No le parece que se está adelantando y apuntando un poco alto? O sea, usted dice que John va a sacar un buen certificado escolar. Eso está hecho. Pero supongamos que no es tan listo como usted cree…

—No es una cuestión de azar, señor Kemp. Por su trabajo puedo asegurarle que obtendrá un buen certificado escolar, y también acabará el bachillerato con buenas calificaciones. Su mente se irá desarrollando con el tiempo.

—Bien, dejaré que decida él —afirmó Joe Kemp. Abrió la puerta y llamó a su hijo—. Al fin y al cabo, se trata de su vida, y si a él le hace ilusión yo no pienso cortarle las alas. John, hijo, ven. He estado hablando con tu profesor. A ver, ¿qué piensas hacer? ¿Quieres ir a Cambridge o a Oxford?

Con una penosa timidez el muchacho miró a ambos hombres. El señor Crouch, con la vista fija en su cara, lo alentaba con una sonrisa, al tiempo que hacía girar el sombrero entre las manos.

—Si… si creen que puedo… —respondió John, titubeante.

—Bueno, hijo, eso depende de ti. —Joe Kemp dejó escapar una risita y rodeó con un brazo los hombros de su hijo—. Pero te gustaría, ¿verdad que sí?

—Si creen que valgo…

—Eso está claro, ¿verdad, señor Crouch? ¡Eso está claro!

A partir de aquel día el señor Crouch se consideró el protector particular de John Kemp, aunque, por supuesto, era demasiado

inteligente para actuar como tal hasta que el chico hubiera obtenido el certificado escolar. John Kemp obtuvo siete matrículas de honor en el examen e informó al director de su intención de continuar estudiando.

Poco antes de que acabaran las vacaciones de verano el señor Crouch lo invitó a tomar el té a sus habitaciones; conversó amigablemente con él y le contó qué había hecho aquellas semanas, qué había leído y otras cosas. Crouch se daba cuenta de que el muchacho lo observaba con cierta circunspección, sin relajarse, y eso le encantaba, como si tuviera ante él la tarea de domar un animal huidizo. Mediante preguntas formuladas con tono ligero descubrió el alcance y la dirección de las lecturas del muchacho, y le hizo algunas sugerencias al respecto. Al poco rato cogió cuatro libros de su biblioteca para que John se los llevara.

—Tome notas de todo lo que lea. —Crouch se quitó las gafas para limpiarlas y su cara pareció ciega y simple—. Le enseñaré cómo. —Fue hasta el escritorio calándose las gafas, sacó una pila de fichas de un cajón y se las tendió al muchacho, que dio un par de pasos para cogerlas—. Es una costumbre inestimable. Enseguida encontrará lo que busque; cada apartado lleva un encabezamiento…

Lo invadió un profundo orgullo al ver que el muchacho inclinaba la cabeza y hojeaba las fichas; la sensación de que estaba confiando sus conocimientos lo conmovió e hizo que la acción pareciera noble y generosa. Empezó a pasearse por la sala.

—Ha de tener presente que lo que lea de ahora en adelante no solo le servirá para una semana o un año, sino para siempre, hasta que haya pasado todos los exámenes. Naturalmente, no podrá recordar todas sus lecturas; por eso

tiene que tomar notas. Debe ponerse como objetivo tener una reproducción en miniatura del libro que está leyendo. Cuando yo hice esas fichas —continuó, deteniéndose ante la ventana para mirar el parque—, no podía comprarme ni la cuarta parte de los libros que leía. Y, aun cuando hubiera podido pagar un ejemplar de cada uno, no habría tenido tiempo de leerlos todos antes de un examen. Así pues, lo lógico era tomar notas detalladas, destripar cada libro de modo que cuando fuera necesario pudiera recurrir a ellas y tener los datos esenciales en una sola página.

El muchacho miraba las fichas con admiración.

—¿Quiere llevarse unas cuantas para hacerse una idea más precisa de lo que debe perseguir?

—Oh, sí. Gracias, señor.

—Pero no las copie. Las fichas de segunda mano nunca le han servido a nadie.

Aunque con el reinicio de las clases el señor Crouch tuvo que atender otros asuntos, se sentía más que satisfecho con los avances del muchacho. No había llegado a barruntar la magnitud de su capacidad. John tenía una mente incansable. Leía deprisa, recordaba lo que leía, enseguida establecía analogías entre aspectos disímiles y aceptaba con presteza los consejos del profesor. Al principio este acostumbraba a decir con ligereza: «Debería echar un vistazo a tal o cual libro», o «Es una pena que no tengamos tiempo de leer esto o aquello», pero en el siguiente encuentro con Kemp este balbuceaba invariablemente: «Ah… Mmm… He echado un vistazo a los libros que mencionó, señor…», de modo que Crouch pronto comprendió que debía poner más cuidado en lo que decía. Era como manejar una máquina poderosa, pero delicada. Al acabar el primer curso de bachillerato John había devorado las obras

de los escritores ingleses más destacados y empezaba a estudiar cuestiones de teoría crítica, fundamentos filosóficos y sociales y filología elemental. Adquirió unos conocimientos notables; pocas veces una cita o una referencia lo desorientaban.

Unos meses más tarde, el señor Joseph Crouch estaba en sus habitaciones leyendo el periódico. «Han regresado a sus bases sin novedad —rezaba la noticia— los pilotos y la tripulación del avión que participó con éxito en el ataque a las bases aéreas alemanas de Wilhelmshaven y Brunsbüttel, en la desembocadura del canal de Kiel. Los hombres declararon sentirse orgullosos de haber sido elegidos para asestar el primer golpe a la maquinaria bélica alemana.»

Mientras volvía la página para leer otras noticias, oyó que la patrona abría la puerta de la calle, y al cabo de unos segundos apareció John. Vestía un abrigo azul y no llevaba la gorra del instituto; por un instante el señor Crouch lo vio como un muchacho de dieciséis años normal y corriente, que bien podría ganarse la vida como dependiente u oficinista.

—Hola, Kemp, pase. Me alegro de que haya venido. Esto que ha ocurrido es algo con lo que no contábamos.

—No, señor.

—No; desde luego que no. Aún no sé qué consecuencias tendrá. —El señor Crouch dobló el periódico, encendió una larga pajuela en la llama de la estufa de gas y la aplicó a su cigarrillo—. Tiene dieciséis años, ¿no?

—No, señor. El mes pasado cumplí diecisiete.

—Y están llamando a filas a los de veinte.

De pie ante la ventana, se quedó mirando el parque, donde un grupo de trabajadores construía un refugio antiaéreo. Los

árboles que bordeaban la verja se hallaban todavía en plena exuberancia de decadencia otoñal.

—Mire —añadió con lentitud, casi creo que lo mejor sería que intentara conseguir la beca este año… Después de Navidad.

—Pero…

El señor Crouch no necesitaba mirar al muchacho para sentir el asombro que reflejaba su cara. La situación le resultaba un tanto incómoda; no se sentía lo bastante seguro él mismo para mostrarse especialmente considerado respecto al futuro de los demás.

—¿Por qué no?

—Señor… Seguro que no podría.

—No debe ser tan pesimista. —Se volvió hacia John con una sonrisa casi hostil. En la pared, al lado de su cabeza, una franja de luz del sol se atenuaba poco a poco—. El que no arriesga no gana.

—Señor, es que…

—Querido muchacho, las circunstancias han cambiado. Nadíe sabe lo que va a ocurrir. Dentro de cinco años Oxford y Cambridge bien podrían ser solo ruinas. —El señor Crouch hizo un gesto expresivo—. Si se presentara el próximo otoño y le concedieran una prórroga, tendría casi tres años por delante… Claro que nunca se sabe qué actitud adoptarán.

El muchacho se acercó a la mesa con la mirada gacha, cogió un fleco del borde del mantel y empezó a retorcerlo con lentitud. Era evidente que la propuesta del señor Crouch lo había pillado desprevenido y que se negaba a aceptarla. El señor Crouch lo miraba con impaciencia. El estallido de la guerra había intensificado un sentimiento que ahora reconoció

llevaba cierto tiempo creciendo en su interior: indiferencia hacia Kemp y sus estudios. Y el deseo de terminar con el asunto lo antes posible. La idea de seguir tutelándolo dos años más le resultaba intolerable, y lo que le impedía ser más brusco era la certeza de que al cabo de pocos meses, tal vez semanas, acontecimientos más importantes los separarían irrevocablemente. Además, durante el verano había estado lo más cerca de enamorarse que le permitía su carácter, y estar lejos de la muchacha, más que entristecerlo, lo irritaba, como se enrabia un niño al que le quitan una caja de dulces.

Decidió que se había engañado. Si bien Kemp trabajaba con tenacidad e inteligencia, pillaba las ideas al vuelo y tenía retentiva suficiente para memorizar cualquier dato, lo cierto era que enseñarle resultaba tedioso. Su carácter era casi enteramente negativo; si durante el tiempo transcurrido desde que se conocían hubiera surgido de él una sola idea espontánea, el señor Crouch se habría sentido recompensado, pero la insulsez e inseguridad, que suponía se atenuarían a medida que la imaginación de John se ampliara y agudizara, persistían mes tras mes, hasta obligarlo a reconocer que eran constitutivas y no desaparecerían nunca. El muchacho no daba ni un paso sin que lo condujeran. La poesía y la buena literatura que estudiaba no parecían tener para él ningún significado personal; al principio esto había complacido al señor Crouch (pues Jarret había sido insoportablemente aburrido con el tema del romanticismo), pero con el tiempo empezó a resultarle cargante. No tenía la menor gracia enseñar a una mente tan desapasionada, por muy rápida que fuera captando y desarrollando cuestiones que otra más inmadura no habría advertido.

Lo cierto, pensó con amargura el señor Crouch, es que con la misma facilidad podría ser un ingeniero muy competente y a

la larga resultar más útil a la sociedad.

—En cualquier caso, sería una experiencia —dijo.

—Pero una beca abierta, señor… Seguro que a mi edad nadie…

—No en circunstancias corrientes, pero sin duda comprenderá que estas circunstancias no son corrientes. Creo que tiene usted muchas posibilidades.

Interrogó a John sobre los avances que había hecho en las vacaciones y decidió ver al director al día siguiente.

El director no pudo dedicarle toda su atención, porque estaba abrumado con los problemas del oscurecimiento de muchas ventanas y con la realización de una votación entre los padres sobre una posible evacuación.

—No. No estoy de acuerdo —le dijo por encima del hombro, mientras recorría un pasillo a zancadas—. Lo que yo aconsejo a todos es que opten a las becas por los cauces normales y luego entren en el ejército. Oxford puede esperar. Ya ha esperado bastante.

El señor Crouch lo seguía arrastrando los pies.

—Es cierto, señor, pero creo que este chico está capacitado… Solo se trata de adelantarlo un año, en lugar de esperar al que viene. Por su propio interés sería bueno que al menos probase… En cualquier caso, ganaría en experiencia.

—¿Y él quiere? ¿Qué dice?

—Oh, está entusiasmado, señor.

—Bien, que lo haga si quiere. Yo no lo aconsejo, pero que lo haga si quiere. —El director sacó una regla de carpintero y se puso a medir una ventana—. Ya me dirá usted cuándo quiere que lo tramitemos. Treinta y cinco por quince.

A John lo irritó la calma con que sus padres recibieron la noticia de que iba a presentarse para una beca no un año y medio más tarde, sino la primavera siguiente. Faltaban apenas seis meses.

—¿El próximo marzo? —dijo Joe Kemp mientras tomaban el té—. Oye, eso está al caer.

—Todavía no habrás cumplido los dieciocho… Bueno, al fin y al cabo, todos tenemos que cambiar de planes en algún momento de nuestra vida. —La señora Kemp dejó la tetera en la mesa—. Bébete el té, John.

—Sí, pero el problema no solo es el tiempo. Es que no sabré lo suficiente. Nadie se presenta a una beca antes del tercer año…

—Salvo los listos. —Joe Kemp sonrió y dobló una rebanada de pan con mantequilla para acompañar un trozo de pescado en conserva.

—¡No lo entiendes, papá! —El nerviosismo de John empezaba a teñirse de malhumor—. Es una idea absurda… No sé qué tiene Crouch en la cabeza.

—Bah, por probar no pierdes nada —repuso el padre masticando.

—¡Pero es que no tiene sentido! No me concederán una beca antes de que me presente al examen de bachillerato. No se la han dado a nadie.

—No sabrás lo que puedes conseguir hasta que lo intentes. —La señora Kemp inclinó la fuente del pescado—. Ten, John, toma la salsa.

John tendió su plato con irritación.

—No lo comprendéis. Es una estupidez. ¿De qué sirve

intentarlo si no aprobaré? Seguro, como que estoy aquí sentado…

—Bien, nadie tendrá peor concepto de ti por ese motivo —dijo Joe Kemp con tono conciliador—. Y encima habrás practicado.

John guardó silencio. Más tarde, una vez que acabaron las noticias de las seis, siguió quejándose a su padre, que estaba cómodamente sentado en el sillón. Joe Kemp solo dijo palabras que sirvieran al chico de aliento, pero decidió hablar con el señor Crouch y aquella misma tarde pasó a verlo. El profesor estaba haciendo una maleta; al día siguiente partía hacia Watford. Tras el estallido de la guerra el director había convocado una reunión de emergencia de todos los profesores.

Aunque no le complació en exceso ver a Joe Kemp, le dio la bienvenida y se sentaron los dos junto a la estufa, con la maleta a medio hacer sobre la mesa. Cuando llevaba tres minutos oyendo a Joe Kemp, comenzó a asentir con la cabeza para interrumpir el monólogo del otro indicándole que ya sabía lo que iba a decir.

—Sí…sí… Lo que usted teme, señor Kemp, si no me equivoco, es que John se presente el mismo año al examen de la beca y al de bachillerato y no apruebe ninguno. En mi opinión no hay peligro. Si no obtuviera la beca, le quedarían cuatro meses para preparar el otro examen, al que además acudiría con mayor experiencia y confianza. Aparte de eso, creo que tiene muchas posibilidades de salir bien en ambos casos. El año que viene lo conseguiría seguro; este año es simplemente muy probable que lo logre. Lo que propongo no es algo imposible, señor Kemp. John posee una inteligencia excepcional. En realidad, es el alumno más notable que he tenido. No negaré que habría preferido esperar, pero las

circunstancias han cambiado y también nosotros debemos cambiar nuestros planes. Las autoridades lo reconocerán y harán las debidas concesiones. No, no… Comprendo sus dudas, pero son infundadas… Tiene usted mi palabra.

—Tienes mi palabra —dijo esa noche el señor Kemp a John, que estaba sentado junto al fuego, triste e incapaz de concentrarse en el libro que tenía entre las manos—. El señor Crouch sabe lo que hace. No debes preocuparte. No te valoras lo suficiente, hijo. No sabes la capacidad que tienes. Veo que te estás preparando bien. No te preocupes.

—John siempre ha sido modesto —intervino la señora Kemp, que estaba remendando un calcetín.

El muchacho suspiró. Suponía que su padre había ido a hablar con el señor Crouch y estaba demasiado cansado para luchar contra esa alianza. Se echó el pelo hacia atrás y devolvió la atención al libro. Era inútil resistirse.

Ni siquiera el señor Crouch había previsto la energía con que John se aplicaría al trabajo durante el otoño y el invierno siguientes, ese accidentado período en que los días eran un desbarajuste y sirenas de alarma antiaérea, reales o imaginarias, solían interrumpir las clases. En realidad, le pasó inadvertida durante un par de semanas, hasta que se fijó en la cantidad de cuadernos que John había gastado, los numerosos libros que pedía en la biblioteca y la palidez de su rostro. Siempre había trabajado de firme, desde luego, pero sin que le supusiera ningún esfuerzo, dentro de su capacidad; ahora corría el peligro de sobrepasar incluso sus propias fuerzas. El señor Crouch observó que, cuando le hacía alguna pregunta en clase, el pánico se reflejaba por un instante en su rostro, mientras buscaba la respuesta en su mente; era el miedo de no saber, de no estar a la altura. Por esa razón el señor Crouch se

abstenía de preguntarle nada.

En casa lo trataban como a un inválido. Le habían destinado la sala de estar para que estudiara, y mientras trabajaba nadie encendía la radio y se pedía a las visitas que hablaran en voz baja. Su madre le preparaba platos especiales que consideraba «vigorizantes» y en las comidas le servían raciones enormes; esto lo sacaba de quicio y sus arranques de cólera se disculpaban debido a que «estaba cansado de trabajar». Parecía imposible actuar con naturalidad; si John se ofrecía a hacer un recado, su madre titubeaba, pues temía apartarlo de los libros; por otro lado, cuando alguna vez ella le mandaba a comprar algo en la tienda de la esquina, el muchacho suponía que quería que hiciese un poco de ejercicio y tomara el aire. Los vecinos, por supuesto, estaban al corriente de todo; nunca lo saludaban con una frase que no fuera: «Trabajando mucho, ¿eh?».

El señor Crouch sabía que el chico se estaba esforzando demasiado, pero no hacía nada por detenerlo. Era un magnífico cambio verlo trabajar con independencia, sin necesidad de guía. El señor Crouch tenía al respecto una sensación extraña; era como si un autómata que él había construido trabajosamente hubiera cobrado vida de repente. Y en medio de ese gozo imprevisto se apoderó de él un sentimiento de fría crueldad; le interesaba ver hasta qué extremo llegaba el muchacho. No se sentía en absoluto responsable.

Una noche, arrellanado en su sillón después del té, con las pesadas cortinas corridas, mientras observaba cómo el humo de su cigarrillo se enroscaba en torno a los adornos de la repisa de la chimenea, reflexionó con cierta sorpresa sobre los últimos dos años. Ya no parecía probable que fuera a marcharse alguna vez de Huddlesford, al menos por voluntad

propia. La guerra había obrado en él una transformación curiosa; ya no se molestaba en leer libros interesantes, ni en suscribirse a semanarios de literatura; el libro que yacía abierto boca abajo en la alfombra, junto al sillón, era una novela mediocre, y fumaba muchos más cigarrillos al día. El principal interés de su vida era la correspondencia que mantenía con la joven con la que ahora quería casarse.

Fue raro, muy raro, se dijo recordando la tarde en que por primera vez prestó a John Kemp algunas fichas. Qué diablos me llevaría a mí… No; no puedo imaginarlo. Un episodio de lo más curioso. Se levantó de un salto dejando caer la ceniza del cigarrillo, y con el entrecejo fruncido se miró el chaleco. Tenía que usar más a menudo el traje azul. Después se puso el sombrero y la chaqueta, cogió una linterna y salió rumbo a un pub cercano, donde esperaba encontrar al titular de Ciencias.

—De modo que a tu protegido le ha llegado la hora. —Era una tarde de marzo y el señor Crouch y el titular de Ciencias paseaban por los campos de juego, donde se celebraban las pruebas de atletismo—. ¿Cuándo se marchó? ¿El jueves?

—Sí, el jueves. —El señor Crouch sacó un banderín del suelo y volvió a clavarlo—. Supongo que volverá hoy. Con las manos vacías, me temo.

—Creía que era una lumbrera.

—Bueno, sí, en cierto modo. Sin duda es un trabajador fenomenal. ¿Sabes que desde Navidad ha estado levantándose todos los días a las siete para estudiar?

El profesor de ciencias enarcó las cejas.

—No dejó de hacerlo hasta el jueves —siguió Crouch—. Lo sé todo por el padre. Al principio la familia se sentía orgullosa, pero me parece que al final estaban un poco asustados.

—¿Quieres decir que trabajaba demasiado?

—Claro. Temían por él, pero en cierto modo también le temían a él. Es que trabajaba sin medida. «No es humano», me dijo el viejo Kemp. Apenas comía ni hablaba.

—Pues entonces debería obtener buenos resultados.

—Vete a saber. No puedo dejar de pensar que los de Oxford lo enviarán de vuelta para que madure un año más.

—¿Y crees que le servirá?

—Es posible, pero no quiero seguir enseñándole, la verdad. ¿Te acuerdas de Jarrett?

—¿El joven que se pasaba el día entero citando *Adonais?*

—El mismo. He oído que ahora está en el ejército. Pues Kemp es casi exactamente lo contrario. Da la impresión de que para él leer un poema no significa más que sumar una columna de cifras. Lo único que hace es trabajar, trabajar y trabajar de una forma mecánica e inhumana. Acabará por agotarse.

—Qué extraño.

—Mucho. Es un personaje curioso, uno de esos misterios que no vale la pena resolver.

—Una frase sumamente expresiva —observó el titular de ciencias buscando un cigarrillo en el bolsillo—. Oh, Dios, ¡ya han terminado de saltar! Coge esa punta de la cinta.

El señor Crouch obedeció, preguntándose si la expresiva frase expresaba la verdad.

Cuando a las cuatro y veinte salía del instituto se encontró con John, que había estado esperando tímidamente junto a la entrada, con el abrigo azul y el pelo rubio al viento.

—Señor…

—Eh, hola, Kemp. Así que ya está de vuelta. ¿Cómo le ha ido?

—Oh… Bueno, normal. Me equivoqué en algunas cosas.

—¿Tiene los papeles?

—No, se los quedaron.

—Ah. Bien, cuénteme.

Caminaron por la avenida comentando las preguntas del examen.

—¿Y la entrevista? —El señor Crouch se caló el sombrero, que el viento amenazaba con arrebatarle—. ¿Qué le preguntaron? ¿Les dijo alguna mentira?

John se puso rojo.

—Dije que era el director de la revista. —Tragó saliva y desvió la mirada.

—Bueno, no pasa nada. No se tomarán la molestia de averiguarlo, estoy seguro —afirmó el señor Crouch, mientras llegaban a su casa—. No debería preocuparse; parece que en general ha hecho un buen papel. En todo caso, no está demasiado deprimido. —Y eso en sí mismo es una mala señal, pensó. Mirando la cara del chico en la nítida luz de la tarde advirtió líneas de cansancio que seis meses antes no existían. Se percató de que John Kemp le tendía la mano con cierto nerviosismo.

—Gracias, señor, por todo lo que ha hecho.

Entrada la semana siguiente, informaron a John de que le habían concedido una beca de cien libras al año.

A la mañana siguiente John apenas vio a Christopher, que no se levantó hasta cerca de las doce, hora en que, después de

darse una ducha fría, fue al Bull and Butcher a comer empanada de carne, beber cerveza y jugar con Patrick una partida de dardos.

John pasó la mañana trabajando con aburrida tenacidad, mientras fuera llovía. Después de la comida fue a leer a la Biblioteca Bodleiana y, cuando a las cinco regresó a sus habitaciones, encontró a Christopher, Eddy y Patrick tomando el té. La cara de Christopher, pálida por la mañana, había recuperado el color, pero tenía la barba de un soldado que lleva varios días combatiendo. Estaban hablando de la noche anterior.

—Fue una idiotez que rompieras la puerta de cristal.

—No recuerdo nada. —Eddy se mostraba satisfecho—. Nada.

John se sirvió una taza de té bien cargado y al buscar la leche vio que no quedaba. Estaba descorazonado porque Christopher no parecía preocuparse por la libra que él le había prestado, y en vano se había dicho que su informalidad era en sí misma una señal de amistad íntima. Los amigos no se reclamaban el pago de pequeñas deudas. Sin embargo, imaginaba a Whitbread diciendo con voz chata: «Warner, me gustaría que me devolvieras esa libra». La imagen lo deprimía, y su mente empezó a albergar la sospecha de que aquello era un desaire.

La mañana del sábado abandonó por fin toda esperanza y retiró otra libra de la cuenta que tenía en la caja postal; la libra que debería haber sufragado la quincena del 10 al 24 de noviembre. Tenía muy presente que apenas era 26 de octubre. Cuando se encaminó de regreso al *college* para comer, había bullicio en las calles, pero esa alegría no encontró correspondencia en él, porque empezaba a invadirle una

invencible sensación de aislamiento a medida que observaba cómo otros alumnos que habían llegado a la residencia al mismo tiempo que él ya se habrían camino y establecían una forma de vida estable. Ya habían armado el bastidor sobre el cual tejerían sus carreras universitarias. John no. Su mejor amigo era Christopher. Y el asunto del dinero había creado en su mente una creciente grieta de incertidumbre, de modo que allí no había nada sobre lo que construir.

Durante la comida estuvo callado mientras los demás charlaban, oyendo cómo Whitbread, en el extremo de la mesa, se unía a una conversación sobre las aplicaciones del alquitrán, y se comió despacio el pan y el queso que servían de postre. Fuera comenzó a caer de nuevo una lluvia ligera, y los que habían planeado hacer deporte volvían a los banquillos mirando el cielo con indignación. El capitán del equipo de fútbol se acercó a hablar con Christopher mientras este comía. Grupos de estudiantes caminaban hacia el cine.

De regreso en su habitación, John se quedó sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas, pensando que las bibliotecas estarían cerradas hasta el lunes por la mañana. Se pasó un buen rato mirando la alfombra y, cuando levantó la vista para ver qué hora era, su rostro carecía de expresión. Se oyó el ruido de alguien calzado con chanclos que corría veloz y voces en los claustros. En la distancia dieron las dos.

Por unos segundos John se sintió increíblemente sereno.

Después, unos pies subieron con estrépito por los escalones y Christopher Warner abrió de golpe la puerta a su manera, dando una patada al tiempo que giraba el pomo. Vestía pantalones de deporte de franela, suéter y chaqueta, y estaba despeinado.

—Gracias a Dios que te encuentro. Tengo que pedirte algo.

—Sacó del bolsillo un telegrama y lo abrió bruscamente—. ¿Tienes algo que hacer hoy? Esta tarde, quiero decir…

De haberse tratado de cualquier otro, John habría intentado escabullirse.

—No…

—Bien. Me lo ha enviado mi madre. Dice: «Espérame en tren tres cincuenta y cinco. Tomaremos el té». Resulta que no puedo ir porque hay partido. Y, aunque pudiera, no quiero dejar de jugar. A quién se le ocurre enviarlo tan tarde. Me lo entregaron a las diez. ¿Por qué no vas tú en mi lugar?

—¿Ir en tu lugar?

—Sí. La llevas a cualquier sitio y luego me reúno con vosotros.

John se había vuelto en el sofá, y una expresión de alarma reemplazó a la de asombro.

—Yo… ¡Pero si no la conozco!

—Sabes cómo es. Has visto la foto. —Señaló el retrato de marco doble que había en el estante—. Alta y morena. Le explicas lo que ocurre, te disculpas en mi nombre y la llevas a cualquier sitio… Al Green Leaf, por ejemplo.

—Pero…

—He llamado a Eddy —dijo Christopher pacientemente—, pero el idiota no está en el *college*. Elizabeth y Patrick se han ido a Banbury a ver a unos primos. No puedo pedírselo a nadie más que a ti.

Emocionado al oír aquello, John consiguió decir:

—De acuerdo, pero ¿qué hago yo con tu madre?

—Ya te lo he dicho —contestó Christopher, de pronto

impaciente—. Llévala al Green Leaf. Yo iré a las cuatro y media.

Contento de haber encontrado una solución satisfactoria, se fue. El habitual crujido de bisagras acompañó al portazo.

Una hora más tarde, John mostraba el billete de andén para entrar en la estación y miraba alrededor con aire indeciso. Había llegado temprano, por supuesto. Se había alisado el cabello con agua y lustrado los zapatos con el tapete de la mesa; en un intento de resultar elegante, llevaba un pañuelo blanco en el bolsillo superior del abrigo. Al temor inicial que le había suscitado la misión le había sucedido en parte la decisión de quedar bien con Christopher, y era muy consciente del halago que este le hacía al considerarlo la persona indicada para recibir y acompañar a su madre.

Se preguntó cómo sería ella, olvidando que apenas quince días atrás se había preguntado lo mismo de Christopher. Este nunca hablaba de ella directamente, sino que a veces contaba con circunspección alguna anécdota en la que su madre figuraba como una conocida lejana; usaba un tono objetivo que los separaba por completo. Era aficionada al *bridge* y al golf, que era lo único en lo que Christopher (recordó John) la superaba. Se acordó también de que había tenido un pleito con el Consejo Rural de su comarca para que se extendiera la red de suministro de agua hasta su casa, y que conducía un coche deportivo. ¿Cómo iba él a recibir a una persona así?

Deseó secretamente que no apareciera.

Miró las jaulas con palomas, las bicicletas con tarjetas atadas en los manillares y las sacas de correo, buscando algún recuerdo de la estación a la que había llegado quince días atrás. Parecía que hubiera transcurrido mucho tiempo. Todo cuanto había ocurrido desde entonces le había dejado una

impresión pareja y confusa, todo tenía la misma importancia: la estatua de bronce en la sala del tutor, la voz de Elizabeth, los inacabables cigarrillos de Christopher, la ropa de Eddy.

Su temor aumentó de repente cuando vio que la locomotora se acercaba silbando y, mientras la gente que aguardaba en el andén empezaba a avanzar hacia delante, él retrocedió y se apoyó contra una máquina de chocolate vacía. La larga hilera de vagones se detuvo, las puertas se abrieron y los mozos empezaron a bajar paquetes del furgón. John observó a los viajeros que se dirigían al control escrutando a cada mujer en busca de rasgos conocidos; una leve sensación de placer empezó a embargarlo cuando por fin la divisó; se había quedado rezagada y miraba con ilusión alrededor. Si la reconoció no fue por la fotografía, sino por lo mucho que se parecía a Christopher. Tenía la frente y la mandíbula anchas como él, y el pelo moreno, sin una sola cana, le llegaba hasta el cuello.

Vestía prendas de *tweed,* igual que Christopher, y llevaba un sombrero de fieltro, zapatos de tacón bajo y un ramillete de bayas y hojas artificiales en la solapa izquierda. Esto era una señal de madurez. Parecía demasiado joven para ser la señora Warner; el leve balanceo de su maletita verde indicaba un carácter impulsivo y juvenil. Mientras John observaba detenidamente ella paseó la mirada por el andén, la posó un instante sobre él; la apartó con indiferencia. John se rehízo y dio un paso adelante, aun cuando le descorazonaba saber que los nervios le impedirían decir lo que había preparado.

—Ejem…

—¿Sí?

—Ejem… Yo… Perdone, ¿es usted la madre de Chr…? ¿Es usted la señora Warner?

—Sí. ¿Christopher no ha podido venir? ¿Eres amigo suyo?

—No. Yo… sí… Me… me ha pedido que venga a recibirla. Está… Está jugando un partido de…

—Ya. Comprendo. ¿Cuándo recibió mi telegrama?

—A mediodía. No pudo cambiar los planes… Si usted… Se reunirá con nosotros a la hora del té… En el Green Leaf.

Estaba rojo, pero lo había soltado todo.

—¿Dónde dice? No lo conozco.

—En High Street… Yo la acompañaré… Él me ha pedido que la acompañe.

—Ya. —Caminaron hacia la salida—. ¿Y qué tenía que hacer? ¿Jugar al rugby? —Cuando salieron a la calle, la señora Warner se ajustó los guantes—. Así que esto es Oxford —comentó mirando a su alrededor. El cielo era una masa uniforme de nubes, sin un atisbo de sol ni de lluvia—. Por cierto, ¿tú quién eres?

John volvió a sonrojarse al caer en la cuenta de que no se había presentado.

—Soy Kemp… Ejem… John Kemp. Comparto habitación con Christopher.

—¿De veras? No me lo había dicho. Qué raro, ¿no?

—Oh… Sí…

Desde luego que era raro, pensó John recordando la primera carta que había escrito a sus padres.

—¿Adónde vamos? ¿Está lejos? ¿Paramos un taxi?

—No creo que… Es decir… —La exuberante mirada de la mujer lo distrajo—. Christopher dijo que nos encontráramos allí a las cuatro y media, así que si vamos andando…

—Llegaremos a tiempo, ¿verdad? —concluyó ella sonriendo—. De acuerdo, caminemos.

Ahora que lo peor del encuentro había quedado atrás, John empezó a relajarse y advirtió que la señora Warner era una de esas pocas personas capaces de construir lo que él quería decir a partir de unos pocos gestos y las frases truncadas que el nerviosismo le permitía pronunciar. Mientras se dirigían al centro, admiró su andar ligero, sus pechos y su aire juvenil, y se irguió con la esperanza de ganarse su respeto. Quería que la gente creyese que eran madre e hijo.

Las preguntas que la señora Warner le formulaba sobre la vida que llevaban en el *college* revelaban que Christopher no le había contado nada en absoluto, ni siquiera lo más trivial, como cuántas habitaciones tenían o en qué ocupaban el tiempo. Intentaba responderlas de forma divertida, pero ella apenas sonreía levemente y miraba las calles. Iban por la zona vieja, preindustrial, de la ciudad, donde estaban los despachos de los transportistas, los comerciantes de carbón y los tratantes de granos y forraje. Vestigios de la muchedumbre del sábado paseaban con sus mejores ropas, empujando cochecitos de niño o deteniéndose a mirar los escaparates de una tienda de muebles de segunda mano. En las alcantarillas revoloteaban papeles.

John pensó en su madre y la apartó con rabia de la mente.

Al lado de la señora Warner sentía la misma clase de orgullo que cuando estaba con Christopher; el parecido entre los dos saltaba a la vista al instante; ambos manifestaban las mismas características y hasta lo que podía llamarse el mismo aroma de personalidad, algo vehemente y despreocupado. ¿Qué podía hacer él sino admirarlos? Era como si vivieran sin pararse a reflexionar.

—Imagino que todavía no te habrás adaptado bien —dijo ella—. Eres del norte, ¿verdad?

—Sí, de Huddlesford.

—Me temo que nuestra familia tiene muchos prejuicios contra la gente del norte. Es culpa de mi marido. ¡Creo que alguien del norte se le adelantó en un negocio! —Al decir esto prorrumpió en carcajadas, pero enseguida recobró la compostura—. No lo sé. Para ser sincera, nunca he estado más al norte de Crewe.

—Qué gracioso… Yo nunca había estado más al sur de Crewe —explicó John con entusiasmo, mirando a la señora Warner.

—¿Y qué piensas de nosotros, ahora que has cruzado la frontera?

—Bueno, no lo sé… —La cara de John reveló una creciente turbación y su voz un leve rastro del dialecto de Lancashire, mientras trataba de hacer un comentario sincero—. La gente… No sé… Son muy seguros de sí mismos…

—¿Tú crees? —La señora Warner parecía divertida—. Quizá solo tienen la lengua más suelta.

A John le sorprendió la sonrisa amistosa de la mujer y contuvo el impulso de tomarle la mano.

El Green Leaf estaba repleto. Los clientes comían sin prisa o esperaban tranquilamente a que les sirviesen, y John no sabía qué hacer, pues intuía que le correspondía a él encontrar de algún modo una mesa. Mientras caminaban por el centro de la ciudad había asumido a medias el papel de guía; había señalado los edificios que conocía y explicado que Carfax era una corrupción de *carrefour*. Le gustaba imaginar que la señora Warner era su madre. Ella había escuchado

amablemente, haciendo preguntas de vez en cuando.

El café era un salón alargado y de techo bajo, dividido a intervalos regulares en compartimientos con cuatro asientos, todos ellos ocupados. La señora Warner miró alrededor con un cómico gesto de desamparo; John había visto esa misma expresión a Christopher y sabía que en absoluto significaba lo que parecía. Se sentía incómodo esperando allí de pie y propuso que se sentaran a una mesa para dos que acababa de quedar vacía.

—Pero necesitamos tres asientos. —La señora Warner se volvió hacia él, y luego miró hacia la puerta—. Ahí está Christopher. Sí, es evidente que viene de jugar un partido. Parece un granuja.

Tras un momento de vacilación Christopher se acercó. Tenía el pelo revuelto y el suéter, la chaqueta y los pantalones, sucios. John sintió que su propia importancia disminuía velozmente.

—Hola, madre.

—Vaya, hijo, estás hecho un desastre.

—No he tenido tiempo de cambiarme. ¿Por qué no nos sentamos?

Como en respuesta a sus palabras cuatro estudiantes se levantaron de una mesa y, al pasar, uno saludó a Christopher agitando una boquilla negra. Mientras la señora Warner abría el paso hacia la mesa, John pensó con cierta incomodidad que, ahora que ya había cumplido su papel, tal vez debería irse y dejarlos hablar a solas.

—Creo… —murmuró, mientras los otros se sentaban—. Creo que…

Como no le hacían caso, le faltó el coraje para marcharse y

tomó asiento al lado de Christopher y enfrente de la señora Warner. Mientras esta dejaba el bolso y los guantes en la silla vacía, observó que era de mediana edad, aunque a primera vista parecía una jovencita. Guapa, morena y de hombros anchos, a la larga acabaría siendo más atractiva que una belleza más frágil. Miró de nuevo a la señora Warner y luego a Christopher; se parecían tanto que se diría que el tercero en cuestión —el padre de él, el marido de ella— había quedado totalmente excluido.

—¿A qué hora sale el tren? —Inquirió Christopher.

—Dios, qué pregunta. —La señora Warner miró a John riendo para compartir la broma—. No vienes a buscarme y lo primero que preguntas es cuándo me voy. Pues a las seis y media, si tanto te interesa. ¿Qué queréis comer? —añadió, pues una de las camareras con uniforme estampado acababa de acercarse—. ¿Qué hay, por favor?

—Pan con mantequilla, tartas, bollos, bocadillos, bizcochos…

Al pronunciar la última palabra le tembló ligeramente la voz, como si le encantaran los bizcochos. La señora Warner escuchaba con atención.

—Los bizcochos deben de estar buenos —dijo—. Todo debe de estar bueno. Tomaremos de todo. Los bocadillos, ¿de qué son?

—De pescado, de lechuga, de tomate…

—Pues de tomate y de lechuga. Y bollos y pan con mantequilla y mermelada, todo para tres.

—Sí, señora.

—¿Y el té? ¿Te gusta el té chino, John?

—Sí, claro —respondió el joven, que nunca lo había probado.

—Bien, entonces té chino. Y tarta, desde luego.

La camarera se retiró y la señora Warner se volvió hacia los dos jóvenes.

—Esto me recuerda cuando bajábamos en coche a Lamprey y llevábamos a Christopher y sus amigos a tomar el té. John, ¿no has leído siempre historias sobre el apetito de los colegiales? Yo solía ofrecerles los banquetes más suntuosos, pero apenas probaban bocado. Tenía que convencerlos de que comieran la macedonia y los bollos de nata… ¿Qué les pasaba, Christopher? ¿Por qué no tenían hambre?

—Eran tímidos, nada más. Creo que los asustabas.

—¿Que los asustaba? ¡Bah! —Dejó escapar una risita con un resoplido, dirigido sobre todo a John. Aquel recuerdo hizo que Christopher pareciera un niño a los ojos de John; de hecho, con el cabello revuelto y su expresión entre desvergonzada y culpable tenía todo el aspecto de un crío. John se deleitó con la fantasía de que Christopher y él eran hermanos que aún iban al colegio y cuya madre había ido a visitarlos y los había llevado a tomar el té.

La señora Warner había conseguido que todo se volviera apetitosos con solo nombrarlo y, cuando les llevaron lo que habían pedido, su forma de disponerlo sobre la mesa y de servir el té prestó delicadeza a la escena. Cogió la tetera de plata con un pañuelito y retiró el papel de estaño que envolvía las pastas como si fuera a descubrir un manjar excepcional. Los bizcochos tenían una cobertura tostada y crujiente.

—Servíos, por favor. Yo siempre bebo el té primero.

Lo sorbió suavemente, sin añadirle azúcar ni leche.

—He olvidado por completo cuándo estuviste en Derby —comentó Christopher con la boca llena—. ¿Te invitaron los Leyland?

—Por supuesto. ¿No te acuerdas de que el verano pasado estuvieron en casa?

—Me acuerdo de que intenté enseñar a jugar al golf a esa chica… ¿Elspeth, se llamaba? —Christopher soltó un bufido teatral mientras cortaba su bizcocho por segunda vez—. ¿Estaba ella también?

—Pues sí, de permiso. Está en el Servicio Naval Femenino. El domingo jugamos un rato.

—¿Ha mejorado?

—Bueno, no está bien juzgar a alguien que no juega desde hace siglos. Ahora me toca el bizcocho.

Ante el asombro de John, la señora Warner lo cogió y le dio un tremendo mordisco, al tiempo que hacía una mueca tímida con la que se ganó el cariño del joven.

Al acabar la merienda John había concluido que, con haberlo meditado solo un rato, Christopher habría comprendido que sus compañeros de colegio no solían comer mucho porque estaban demasiado absortos contemplando a la señora Warner.

Él sí había comido, pero no había hablado; no porque el temor lo enmudeciera, sino porque guardaba el silencio natural ante una actriz en el escenario. El menor movimiento de la señora Warner era un placer para la vista, como si en algún momento hubiera tomado lecciones de comportamiento. Erguida, con los hombros rectos e imponentes, dirigía la merienda con atenta cordialidad. De vez en cuando hacía o decía algo (como cuando dio el mordisco al bizcocho) que dispersaba la imagen en mil direcciones, solo para a

continuación recomponerla, más magnífica aún.

Christopher conversaba sin dejar de comer vorazmente, y de vez en cuando tendía la taza en silencio para pedir más té. Ella la llenaba, añadía leche y azúcar como si estuviera en casa y se detenía un momento en medio de la operación para estornudar con delicadeza. A veces interrumpía la deshilvanada conversación para plantear alguna pregunta formal a John, como: «¿El hecho de ser becario significa que debes trabajar más?», o bien: «¿Quieres un cigarrillo?».

John, hipnotizado, tomó uno de la pitillera de nácar.

—Esto es una novedad —comentó Christopher acercándole el mechero.

—Ah, ¿tú no sueles fumar? Serás una buena influencia para Christopher. Estoy segura —recalcó la señora Warner con una sonrisa— de que fuma muchísimo, demasiado.

Se quedó mirando a ambos, como si la imagen de los dos jóvenes le proporcionara una gran diversión íntima. A John, que la observaba atentamente, se le ocurrió que la idea de tener un hijo ya crecido le resultaba cómica, como si no acabara de acostumbrarse.

—Pide la cuenta, cariño —añadió la señora Warner.

Se levantó para ir al servicio y se sacudió las migas de la falda. Christopher miró con cierta afectación alrededor en busca de la camarera, evitando los ojos de John. Una marcha triunfal comenzó a sonar en su cabeza al imaginar que Christopher se negaba a aceptar la nueva condición que había cobrado a sus ojos, ahora que los dos pisaban terreno común. Se sentía como si hubieran sometido una disputa al juicio de una autoridad superior y la decisión le hubiera sido favorable.

—Oye, Chris, tu madre es muy amable —comentó

entusiasmado.

—¿Puede traernos la cuenta, por favor? —dijo Christopher.

No volvió a ver a la señora Warner antes de que se marchara, y el sábado por la noche Christopher salió y se emborrachó con el dinero que ella le había dado.

—¿Cómo? ¿Esperando el desayuno, señor? —exclamó Jack con ironía—. Se ha equivocado. Es a las ocho y media, no a las once y media.

—Pues hay más problemas, Jack. La habitación está hecha un desastre.

Y lo estuvo hasta que Jack la limpió, por lo cual Christopher le dio cinco chelines. No obstante, John continuaba eufórico. El lunes por la mañana se levantó, se dio un baño caliente, pidió una segunda taza de café en el desayuno (nunca lo había hecho) y luego fue a dar un paseo por los jardines. Era una mañana radiante y, aunque el suelo estaba sembrado de hojas y tallos muertos, la hierba húmeda brillaba como en junio. Las sombras de los altos álamos atravesaban el césped. John olió el aire: pese a las fulgurantes láminas de luz, tenía la extraña y cenicienta fragancia otoñal. De vez en cuando cantaba un pájaro, y era difícil creer que alrededor del jardín hubiera una ciudad.

Para evitar al jardinero volvió a la habitación y pasó un rato fingiendo decidir si asistiría a una conferencia a las diez. Estuvo a punto de no ir, como habría hecho Christopher (quien seguía acostado en el dormitorio a oscuras), pero, como él ya estaba levantado y al fin y al cabo no era Christopher, se puso la toga de becario y salió al bullicio de la calle. Decidió que en la conferencia sería el señor Crouch: de vez en cuando asentiría doctamente con la cabeza y tomaría apuntes microscópicos, que más tarde copiaría y ampliaría. Hacia las

once, recordó, ya estarían abiertos los pubs, y entonces podría ser Christopher y beber cerveza en una barra. Compraría un paquete de cigarrillos y disfrutaría de la bebida y del tabaco. Cómo olía el aire a ceniza: el olor a fuego apagado de un verano extinguido.

El salón de conferencias estaba repleto de chicas con togas cortas, cargadas con voluminosos bolsos de mano y enormes fajos de notas manoseadas. Desprendían un olor inimitable a polvos faciales y (vagamente) a estofado irlandés, y vestían prendas de lana. Pronto se olvidó no solo de ellas, sino también del conferenciante y se puso a pensar en la señora Warner. Se deleitó recordando su figura erguida, la precisión con que sostenía la taza y el platillo, la individualidad que le prestaba ir sin sombrero y mostrar su hermoso cabello oscuro, y que era al mismo tiempo madura y adorable. Tenía algo que John no había visto nunca, algo que lo alegraba y lo exaltaba a la vez, algo que le producía deseos de volver a verla, de vivir donde vivía ella. Ejercía sobre él el efecto de un clima tonificante.

Después de la conferencia entró en un bar. Su ánimo se elevaba a medida que el sol ascendía hacia su cenit. Casi le sorprendía su propio júbilo.

—Una cerveza amarga, por favor, y veinte cigarrillos.

—Solo tenemos de estos.

—Está bien —aceptó.

Cogió un sobre de cerillas de un expositor de la barra e insertó seis peniques en la ranura. Frente al hogar yacía un gato atigrado, tendido como si estuviera muerto, aunque algo en la boca y la garganta indicaba una ferocidad infinita.

—Le gusta el fuego.

—No es el único.

La mujer siguió haciendo punto, pues no había más clientes, y John se quedó en la sombra y expulsó el humo hacia la luz. Por mucho que se esforzaba no lograba hacerlo como Christopher. Contrastando el sabor de la cerveza con el del tabaco consiguió que ambos le resultaran bastante agradables. El gato bostezó y se desperezó estirándose sobre las cuatro patas. John lo acarició con el pie y el animal se apartó pacientemente.

—Hoy no está muy amigable.

—Solo lo tenemos por los ratones. A mí los gatos no me gustan.

—Así que hay ratones.

—Sí, muchos. Estas casas son viejas.

El gato se acomodó al otro lado del hogar, fuera del alcance de John.

—Es un buen cazador… Puede pasarse dos y tres horas frente a un agujero. —La mujer agitó las agujas—. No hay forma de apartarlo. Sí, estas casas son viejas.

John volvió a mirar al gato, apuró la cerveza y salió a la luz.

Desde las fachadas de piedra las palomas bajaban revoloteando a la calzada y se movían temerosamente, mirándolo con desconfianza, pero él no les hacía caso. Soplaba el viento y todo un muro de hiedra danzaba al sol mostrando el blanco revés de las hojas. Así se agitaban dentro de él un millar de implacables anhelos. Al ver el cielo azul y blanco, los rielantes parabrisas de los coches y los nuevos y cuadrados refugios antiaéreos de ladrillo pintados de blanco lo colmó un vigor casi igual a su deseo. Se preguntó si debía volver al *college,* buscar a Christopher y proponerle que salieran a

beber.

De pronto se deprimió al verse reflejado en el escaparate de una sombrerería; se avergonzó de su traje ajado. Era una tacha para su persona, no contribuía a expresar su alborozo, lo hacía parecer enjuto y mal alimentado. Habría sido espléndido entrar en una sastrería y encargar una docena de trajes de *tweed* con bolsillo para el reloj y botones de cuero. La idea de gastar dinero se hizo fuerte en su mente y empezó a considerar qué podría comprar, algo que le permitiera mostrar su buen humor: una corbata elegante, por ejemplo. Mejor aún, una pajarita. Sonrió y echó a andar a buen paso entre la gente.

Entró en una tienda de altos techos silenciosa como una catedral, y si un hombre espigado con pinta de abogado no se hubiese acercado de inmediato, John habría dado media vuelta para salir.

—Quiero una pajarita.

—Una pajarita.

Al oír al dependiente John imaginó de pronto la pajarita en el fondo del hueco de un ascensor, inconfundible y diminuta en medio de un charco de luz. El hombre se colocó detrás del mostrador y desplegó metódica y rápidamente varias cajas, mientras miraba más allá de John hacia un rincón lejano de la tienda.

John imitaba el comportamiento de un joven rico (Christopher) eligiendo una pajarita. Tomaba una y luego la arrojaba como si lo hubiera decepcionado; las volvía con leves papirotazos como si fueran páginas de un libro y pasaba de una caja a la siguiente. Cogió un par y las retorció, como para hacerse una idea del aspecto que tendría el lazo, y llevó algunas hasta la puerta para examinarlas a la luz. Le gustaba actuar así, pero se daba prisa para no hacer perder mucho el

tiempo al vendedor. Por fin escogió una, bonita y corriente, azul con topos blancos, y pagó por ella tres chelines con seis peniques. Después de ponerla en un sobre el dependiente lamió la solapa y lo cerró.

En cuanto estuvo en la calle, John buscó un aseo público para ponérsela.

Tan nervioso estaba cuando salió que a todos los efectos era una pajarita andante. Si el tráfico se hubiera detenido de golpe, no lo habría notado. Caminaba por la acera seca y soleada con pasos cortos y un tanto inseguros, las manos hundidas en los bolsillos evitando la mirada de los transeúntes. Estaba tan ensimismado que no vio a Elizabeth Dowling hasta que lo abordó; habían estado caminando en diagonal, prácticamente en la misma dirección. La joven llevaba una libretita azul además del bolso, como si fuera a estudiar a una biblioteca.

—Hola, John. ¡Caramba! Qué… Qué… Qué… —tartamudeó con asombro fingido, y se detuvo ladeando su dorada cabeza, de modo que John también tuvo que parar y farfullar una especie de saludo—. Ay, esa pajarita es divina —exclamó—. Pero ¿por qué no te has hecho bien el lazo? Dios mío, qué desastre.

—Ah, mmm…, ¿no está bien? —John se llevó inquieto las manos a la pajarita. La verdad era que en el aseo le había parecido un tanto extraño—. ¿Qué le pasa?

—Pues que está… —Elizabeth se mordió los labios para contener la risa—. Espera, sostén esto.

Le pasó la libreta y el bolso, deshizo el lazo de la pajarita y tomando una punta con cada mano volvió a anudarla velozmente, con los labios muy apretados. La escena era extraordinaria, y a John no se le ocurría ningún modo de interrumpirla. La gente los miraba con curiosidad, tanto que él

se ruborizó, pero no dijo nada al ver que a Elizabeth no le importaba.

—Eso es. Ahora está más presentable —dijo ella retrocediendo un paso—. No te aprieta, ¿verdad?

—No, no… Muchas gracias.

Le devolvió el bolso y la libreta, y anduvieron juntos un trecho. Aunque no se veían desde la tarde en que John llegó, la joven lo trataba con tanta familiaridad como si fueran amigos desde hacía un año.

—Ahora estás mucho más elegante —observó, y el sol reveló el fulgurante contraste entre los labios y los dientes.

Luego se despidió y subió corriendo por los escalones de la biblioteca, y John se quedó allí plantado, como un turista, mirando cómo desaparecían los tobillos blancos en la penumbra del edificio.

* * *

Pasó la tarde dormido en el sofá, con la pajarita acariciándole la barbilla. Durante la cena, Whitbread le dirigió una sonrisa amistosa.

—Estás hecho un dandi. Caramba, ¿has decidido tirar la casa por la ventana?

Empuñando los cubiertos como herramientas de carpintero, se llevó a la boca una patata entera, y John comió a toda prisa para terminar antes que él y escapar. Un sirviente llevó una fuente de ciruelas y natillas, y Whitbread lo agarró de la manga para pedirle más coliflor.

—¿Te apetece tomar un café conmigo?

John esbozó una sonrisa de pesar.

—Lo siento, pero esta noche saldré.

De modo que tuvo que salir, por temor a que Whitbread viese luz en su habitación o, peor aún, se acercase a investigar. Se puso el abrigo, se admiró en el espejo y caminó sin rumbo en la oscuridad, donde cada ocho segundos se oía el paso atronador de una hilera de camiones del ejército. Salvo ese convoy y algún autobús, no había tráfico. Hombres y mujeres se apoyaban en silencio contra las paredes de los comercios cerrados, o formaban corrillos que de repente se descomponían entre carcajadas para a continuación volver a juntarse. John bajó a la calzada para esquivarlos.

Cuando se internó en una zona más tranquila de la ciudad, a orillas del río, donde había oficinas navieras y tiendas que vendían pipas de cerámica y cañas de pescar, su euforia, reducida ya a una radiante satisfacción, empezó a transformarse en impotencia. Tardó unos minutos en descubrir qué deseaba y no podía obtener: evocó primero a la señora Warner y luego a Christopher, y solo después de apartarlos de sí con impaciencia recordó la cordialidad de Elizabeth. Al sentir el suave movimiento de sus manos bajo el mentón había experimentado una efímera emoción. ¿Cuándo volvería a verla, tal y como él deseaba?

Christopher tenía suerte; podía verla cuando quisiera, y tocarla y quizá besarla cuando se le antojara. Se inclinó sobre el pretil del puente, oyendo el murmullo de la corriente y el movimiento de los árboles en la orilla. Elizabeth llenaba todos sus pensamientos. No solo Elizabeth, sino también la estela que dejaba a su paso: sentimientos iridiscentes y hormigueantes que no tenían una causa evidente, deseos vagos y sueños aún más vagos de satisfacción. Oía correr el agua abajo, pero no la veía. La felicidad del día se había extinguido con la luz, dejándole una tristeza que se expresaba en el

pensamiento: ¿dónde estará ella ahora? Probablemente con Christopher.

Se preguntó dónde estarían los dos.

Al cabo de unos quince minutos se enderezó y echó a andar hacia el *college,* y fue entonces cuando por casualidad se topó con Christopher. Caminaba por una calle muy estrecha, casi un callejón, cuando oyó un tumulto de pasos y risotadas de borrachos. De repente alguien chocó con él y lo envió contra un farol; el golpe fue doloroso.

—Oh, Dios —dijo una voz—. Perdona.

—¡Que se jodan los celadores! —exclamó otra voz… la de Eddy.

—¿Christopher?

—¡Joder! ¿Quién eres?

—John.

—¿John? Ah, Kemp. John, amigo, acabamos de escapar por un pelo. Por poco nos pillan. —Christopher, cuyo aliento olía a alcohol, lo agarró con fuerza del brazo—. Ven a beber una copa. Eh, Eddy, ¿dónde están los demás?

—Vete tú a saber.

—Vamos a beber una copa, muchacho. Tienes que venir.

—¿Qué queda más cerca, Eddy? ¿El Fox?

Justo en ese momento volvieron a oírse pasos en el callejón y la voz de Patrick Dowling surgió de la oscuridad.

—¿Estáis ahí, Chris? Sois unos cerdos. Los celadores nos pillaron.

—¡No! Qué mala suerte. Oye, lo siento. Pensé que habíamos…

—Nos rodearon. Diez chelines tirados a la basura. Lo hacen para amedrentar.

—¿Está Eddy con vosotros? —Era la voz de Hugh Stanning-Smith—. El cabrón se puso a gritar.

Eddy cantaba apoyado contra una farola.

—Vamos, tíos —apremió Christopher, persuasivo—. Nos estamos perdiendo unas copas preciosas. ¿Qué tal el Fox?

—Oh, déjalo ya. —La voz de Patrick Dowling sonaba desagradablemente sobria—. Déjalo ya, Christopher. Puede que tú no, pero nosotros ya hemos estado allí. Por hoy ya tengo bastante.

En la oscuridad del callejón se oyó un brusco sonido. Alguien vomitaba.

—¡Eddy, cabrón! Espabila. Tu colega de Cambridge está echando las tripas.

—¿Eh? —Eddy se adentró bamboleándose en el callejón y lo oyeron tranquilizar al que vomitaba—. Vamos, hombre, eso es, sácalo todo. Muy bien. Joder; encima de mí no, idiota.

—Anda, Pat, no seas aguafiestas. Vamos, tío. —Christopher volvió al ataque—. Solo un par de whiskies en el Fox para completar la noche. ¡Vamos, tío! Los sabuesos ya se habrán acostado.

John escuchaba con interés, preguntándose qué excusa pondría Patrick ahora. Era curioso oír cómo el peso de la personalidad de Christopher se descargaba en otro.

—Joder, ¡no tiene por qué pasarnos lo mismo! El Fox está en la esquina.

—Sí, y los sabuesos también.

John imaginó una mueca de desprecio bajo la larga nariz de Patrick.

—Pues que te zurzan. John vendrá conmigo, ¿verdad que sí, amigo? Mira, tío, apenas había pisado un pub antes de llegar aquí, pero tiene más huevos que tú. Hugh, ¿tú vienes?

—Están a punto de cerrar. Y por esta noche ya he bebido bastante.

John apenas podía creer lo que oía. Las firmes negativas de los muchachos sonaban despreocupadas, como si aquello careciera de importancia, en lugar de ser una prueba de lealtad. La independencia de los otros lo emocionó, al igual que el hecho de que él ya no era el sexto del grupo; repentinamente había pasado a ser el cuarto, o incluso el tercero, pues sin duda el de Cambridge no contaba.

—Muy bien. —Christopher había perdido la paciencia—. Vamos, Eddy. ¿Ese tío puede caminar?

—Claro —respondió una voz apagada.

—Esos cabrones se rajan. No hay más que cruzar la calle. Vamos, John.

Eddy lo siguió cantando y taconeando, y también John, que tarareaba el estribillo entre dientes. En un momento había recuperado la felicidad. Los elogios de Christopher y el hecho de que no hubiera estado con Elizabeth se habían combinado para levantarle vertiginosamente el ánimo. Quizá lo mejor del día aún estaba por venir.

Se abrieron paso a empujones en el Fox and Grapes, que estaba abarrotado. Había mucha luz y bullicio en el local, Y desde otra sala llegaban jirones del sonido de una voz y un piano. Varios obreros los miraron con desconfianza, pero pronto se olvidaron de los jóvenes, porque eran casi las diez.

John estudió a sus compañeros a la luz. Christopher tenía el mismo aspecto que cuando llegaba a altas horas de la noche: pálido y decidido; Eddy tenía la boca abierta y el rostro encendido y animado. El de Cambridge era un jugador de fútbol fornido y rubio, y llevaba un capote militar con los bordes manchados de vómito. Estaba blanco como el papel y su mirada era apática.

—Yo pido las bebidas —se ofreció John enseguida—. ¿Qué tomáis?

Regresó al cabo de unos minutos con cuatro vasitos, en cada uno de los cuales bailoteaba un dedo de líquido dorado. La barra estaba tan atestada que había tenido que abrirse paso como un explorador entre la maleza. Los otros habían permanecido en silencio, dejando que su atención vagara entre las conversaciones y las risas de los que los rodeaban.

—Bien hecho —dijo Christopher tendiendo impaciente la mano.

John repartió los whiskies con cuidado, secretamente alarmado por el precio y por la perspectiva de beberse uno.

—Para mí no, gracias —susurró el de Cambridge.

—Vamos, hombre, esto te reanimará —repuso Christopher, y bruscamente le puso un vaso en la mano—. Contrólate.

John observó su vaso con recelo. ¿Whisky? ¿Se emborracharía, acabaría tambaleándose y viendo elefantes rosas, volvería a casa arrastrándose y tal vez vomitaría? Si vomitaba delante de Christopher, se moriría de vergüenza.

—A la salud del buen whisky —exclamó Eddy, y apuró el vaso de un trago, lo cual le granjeó el aprecio de John; parecía tan atolondrado, tan agresivamente indefenso.

John sorbió un poquito del suyo. ¡Dios santo! Los ojos se le

llenaron de lágrimas y tragó con furia; no tenía la impresión de haber bebido nada, sino que más bien parecía que su garganta hubiera absorbido el líquido como la arena absorbe el agua derramada. La agonía le dio un aire impersonal, como de superioridad, mientras escuchaba la música, con semblante serio.

—Me gusta el whisky —afirmó Christopher dirigiendo una sonrisa recelosa a John, como si le hubiera leído el pensamiento—. Uno siente que le está haciendo daño. —Había recuperado el buen humor—. ¡Joder, mirad a este hombre! —añadió tendiendo rápidamente la mano para tirar de la pajarita.

John se había olvidado de que la llevaba y al ver su expresión Christopher prorrumpió en una carcajada que no tenía poco de halago.

—Ya decía yo que te veía cambiado. Y eso que estoy borracho. Qué elegante, ¿eh?

Eddy miró a John y luego a Christopher.

—Bonita —dijo.

John se hinchó de orgullo y el alboroto del pub le taladró los oídos.

—Me la has desanudado. Dios, Chris, eres un cabrón. —Se echó a reír de alegría, tocándose las puntas sueltas de la pajarita—. Eres un cabrón. No voy a poder anudármela de nuevo. —La risa fue ganando lentamente todo su cuerpo y lo contrajo, de modo que se dobló y apoyó una mano en la rodilla —. No… no sé hacerlo.

—¿No sabes? —Christopher empezó a reírse también—. Entonces tendrás que llevarla siempre así…Jo, jo, jo… —No pudo controlar la risa—. Oh, Dios mío… Jo, jo… ooofff.

Eddy le dio un codazo en las costillas.

—Bueno, para ya. ¿Qué te pasa? —Acercó la cara—. Tienes ganas de pelear —diagnosticó.

—Calla, Eddy. Es este idiota de John. No sabe hacerse el lazo de la pajarita y yo… jo… jo… yo se lo he deshecho.

Volvió a prorrumpir en carcajadas. John, presa de una risa silenciosa, asintió con la cabeza, mientras Eddy los miraba desconcertado.

—Entonces, ¿cómo…? Oye… dime… entonces, ¿cómo te la hiciste antes? —Christopher dejó de reír—. ¿Cómo?

La risa de John se volvió más descontrolada y alegre ahora que escondía un secreto. Se abrió paso hasta la barra, pidió cuatro whiskies más y se los entregó a los otros como si fueran un regalo. Era su gran momento. Sentía que tenía un poder extraordinario sobre ellos al pensar que, aunque no era el mejor del grupo, sí era el único que se daba cuenta de su excelencia colectiva. Christopher y Eddy lo agarraron de los brazos.

—Sí, cabrón, ¿quién te hizo el lazo?

John dejó el whisky en una mesa, demasiado cansado para seguir riéndose.

—Elizabeth —respondió débilmente.

—¿Quién?

—Elizabeth… Ya sabes quién.

—¿Cómo que Elizabeth? —preguntó Christopher frunciendo el entrecejo—. ¿Qué coño estás diciendo?

John volvió a coger el whisky y se lo bebió de un trago. Le flaqueaban las piernas.

—Fue una coincidencia —explicó, y comenzó a contar el episodio de la mañana.

Cuando iba por la mitad le entró un ataque de hilaridad que no pudo controlar y empezó a soltar risitas. Hacia el final del relato Christopher daba golpecitos en el vaso con el anillo y se reía también. No se reían de lo mismo, pero eso no importaba. Se había reinstaurado la alegría. El joven de Cambridge dijo que se sentía mejor y preguntó si conocían algún lugar donde pudieran comer algo. Eddy silbaba. El patrón anunció que iba a cerrar y su mujer empezó a recoger los vasos. Al pasar junto a Eddy lo apartó como si fuera un mueble, pero él ni se enteró. John sonreía y escuchaba la conversación, con las puntas de la pajarita caídas ridículamente a ambos lados del cuello.

A la mañana siguiente John no se sentía tan feliz como había creído. La noche anterior, mientras se arropaba con la manta, se había dicho que nunca volvería a deprimirse y se había dormido pensando con ilusión en las cinco semanas de trimestre que quedaban. Cuando Jack entró a despertarlos, se sentó en la cama con ánimo indeciso. Tenía un sabor extraño en la boca. Al parpadear notó los ojos cansados. En realidad, tenía todo el cuerpo cansado. El cristal de la ventana estaba húmedo y empañado; llovía desde el amanecer.

Además, cuando por fin se obligó a levantarse y pasó la mañana escuchando clases en aulas heladas, descubrió que no estaba libre de las preocupaciones que había creído ilusorias. Después de la comida se sentó al escritorio con la intención de trabajar, pero se detenía continuamente porque empezaba a pensar que le había entrado agua en un zapato, que el fuego no ardía bien, que había gastado mucho más de lo que hubiera debido. Garabateó una cuenta en el secante y quedó consternado al ver que, después de deducir el precio del billete a casa y la propina de Jack, solo le quedaban unos cinco

chelines por semana para gastos diarios. Luego hizo otra cuenta para calcular el precio de cada vaso de whisky. Cuando iba por la mitad lo dejó, desesperado.

Se preguntó cuándo le pagaría Christopher la libra que le debía. Le faltaba valor para pedírsela.

Ya no llevaba la pajarita, pues por la mañana la había mirado muy serio y guardado en un cajón, sorprendido de que ya no le gustara. Le daba un poco de vergüenza verla. Ahora eran las tres de la tarde y todavía tenía en la boca el sabor de las salchichas con puré de patatas y calabaza que habían servido en la comida. Fuera seguía cayendo una intensa lluvia, que no había cesado ni un momento en todo el día. Tenía un libro abierto delante y, en la mano, la pluma sobre una página en blanco de un cuaderno de ejercicios. Como tantas veces, hojeó la página impresa en busca de los puntos principales para anotarlos. Parpadeó, meneó la cabeza y releyó el texto, pero el truco no dio resultado. Volvió a leer laboriosamente cada palabra desde el principio, pero a los pocos segundos había perdido el hilo. Comprendió que tenía uno de esos ataques que había sufrido la semana anterior, durante los cuales su cerebro se negaba a asimilar nuevos conocimientos; apenas si le permitía entender lo que leía en el periódico. Cuando los tenía, lo roía la preocupación. ¿Estaría volviéndose loco o estúpido?

Pero era una tontería preocuparse. Christopher nunca hacía los trabajos que les mandaban. John se levantó y fue hasta la estantería, donde estaba el clasificador que había comprado para Christopher, bajo una pila de periódicos y revistas. Lo sacó y lo abrió. Estaba vacío y aún tenía el precio escrito en lápiz en la primera página en blanco. Con un suspiro lo puso de nuevo en su lugar. Christopher había salido a comprar pastas para el té. Había invitado a Elizabeth, y al recordarlo

John se acordó también de que Christopher le había ordenado mantener una buena lumbre, de modo que corrió hacia la chimenea. Del fuego solo quedaban las ascuas, y pasó unos minutos avivándolo con un periódico, pero el hogar era demasiado grande para que pudiera llenarlo con las hojas de un periódico de tiempos de guerra, así que se limitó a prenderlas y las empujó rápidamente con el atizador. Cuando ardieron, no consiguieron mejorar el fuego.

Estar arrodillado le produjo un leve dolor de cabeza.

Pero Elizabeth estaba a punto de llegar, y empezó a preguntarse qué aspecto tendría la joven, qué diría y qué pensaba en realidad tras esa cara cuadrada y cubierta de cosméticos. Se preguntó si él podría conseguir gustarle. Se miró en el espejo y, sacando el peine del bolsillo de la camisa, se peinó de distintas formas para decidir cuál le sentaba mejor. Ninguna era visiblemente superior que las otras, admitió apenado. Después volvió a sentarse al escritorio y recordó algo que una vez le había dicho el señor Crouch: «Acostúmbrate a olvidarlo todo salvo la página que tienes delante. Por un momento concéntrate e imagina que pasas una esponja helada por tu mente hasta dejarla completamente libre y despejada. Olvídate de ayer, olvídate de mañana, olvídate de quién eres y de lo que vas a hacer después. Luego empieza». Frunció el entrecejo. Siempre le había resultado bastante difícil, y ahora parecía imposible; no podía olvidarse del día anterior ni de lo que iba a hacer después. Fuera la lluvia caía con un suave siseo y tamborileaba sobre las ramas y hojas muertas.

Dio un respingo al oír un golpecito en la puerta. Elizabeth asomó la cabeza.

—Dios mío, ¿llego demasiado temprano?

—Ah, mmm… Pasa, Elizabeth.

Dejó la pluma sobre el cuaderno de ejercicios, que se cerró solo, y se levantó para recibirla como si fuera su invitada.

—No quisiera molestarte… ¿Estás seguro de que no te importa?

—No, de veras… Entra. Ejem… ¿te guardo el abrigo? ¿Está mojado?

Ella lo dejó caer en sus manos y John lo llevó al dormitorio, donde con tímida insolencia lo puso sobre su cama. Mientras tanto ella se miró en el espejo antes de sentarse en el sofá. Llevaba un vestido marrón claro, una cadenita de oro al cuello, zapatos marrones y medias satinadas, y los colores resaltaban todos los matices de su dorada cabellera. A John le fascinaba su pelo, y la imaginó cepillándoselo y encrespándose los costados hasta que se alzaran por sí solos como una clara de huevo batida.

Encontró el paquete de cigarrillos y Elizabeth cogió uno.

—Me temo que anoche se aplastaron un poco.

—Vaya, vaya, ¿tú también estuviste? Patrick está muy enfadado por lo de anoche —dijo ella, y se volvió hacia el fuego bajando los párpados—. Parece que le pondrán diez chelines de multa. Y todo por culpa de Eddy, que empezó a gritar como un loco.

—Sí, puede ser. En ese momento yo todavía no estaba.

—Me sorprende que estuvieras en algún momento. —La joven le lanzó una mirada desvergonzada, mientras exhalaba el humo—. Pensaba que eras una persona seria y formal.

—¿De veras? —John sonrió y, nervioso, dio una patadita a los carbones—. Lo siento, pero el fuego…

—Además, no llevas esa pajarita monísima. Creo que

deberías ponértela. ¿Dónde está?

—No sé anudarla.

—Estás loco. ¡Vaya idea comprar una pajarita si no sabes hacer el lazo! Tráela, yo te enseñaré.

—¿Que la traiga?

—Sí, yo te enseñaré. —Elizabeth se enderezó en el sofá y, tras dejar el cigarrillo, tendió una mano con gesto imperioso.

Él la miró a la cara y le pareció ver una expresión divertida y desafiante.

—Muy bien.

Fue a buscarla al dormitorio y Elizabeth se sacudió la ceniza que le había caído en la falda tarareando una canción.

—Aquí está.

—Muy bien. Ahora quítate la corbata.

Elizabeth la dobló y la apartó un poco para inspeccionarla críticamente, con la barbilla un tanto inclinada. Sus uñas pintadas de rosa hacían que el azul de la seda pareciera más intenso. John forcejeaba con torpeza con el cuello de la camisa, recordando demasiado tarde que era uno de los que su madre había vuelto del revés porque estaban demasiado gastados. La muchacha se acercó con la pajarita en la mano.

—Y ahora veamos. En primer lugar, el extremo derecho debe ser más largo que el izquierdo. —Alzó los brazos como si fuera a rodearle con ellos el cuello, pasó la cinta por detrás y tiró de las puntas hasta que tuvieron la longitud adecuada—. Así. Ahora solo se trata de hacer un lazo igual que el de los zapatos… y eso lo haces todos los días…

Él se movió un poco. La tenía muy cerca. Cuando ella

hablaba, percibía la perfumada calidez y el olor a tabaco de su aliento.

—Primero un nudo corriente. ¿Ves lo que estoy haciendo? Lo hizo volverse para que viera sus manos en el espejo. Al mirarlas John experimentó una sensación rara. La voz clara de la joven bien podría haber salido del altavoz de colorines de una guardería.

—Ahora el lazo. Lo pasas… por encima… Doblas esta punta…

Estaban muy cerca y el cuerpo de ella parecía mayor que el de él. John sintió deseos de levantar las manos, que le caían incómodas en los costados, y de ponérselas en las caderas para atraerla hacia sí. Una llamarada de lujuria teórica hizo que pareciera cada vez más probable hacerlo. Se preguntó qué podía impedírselo y pensó que nada, al parecer, y estaba doblando los codos cuando de repente advirtió la expresión de Elizabeth. En un segundo vio que deseaba que lo hiciera, que lo esperaba. Dejó caer las manos. Una terrible turbación zumbó y vibró en su interior, al darse cuenta de que lo que creía su mayor secreto era un sentimiento casi cínicamente común. Sintió un disgusto profundo. Avergonzado, movió de manera instintiva la cabeza como un animal acorralado.

—Quieto —dijo ella—. Ya casi he acabado. —Señaló el espejo con un gesto tímido y lento—. Mírate.

John parecía un perro acicalado para un concurso.

—Muy bonito —dijo ocultando la confusión—. Tendría que contratarte para que lo hicieras siempre.

Ella lo miró divertida y volvió a sentarse.

—Es muy fácil.

En el silencio oyeron la lluvia y ruido de pasos y silbidos

cada vez más cercanos; John reconoció al instante a Christopher. Presa del sentimiento de culpabilidad y de un súbito temor, se guardó la corbata en el bolsillo. Elizabeth volvió a coger el cigarrillo y levantó las cejas.

—Es Chris, ¿no?

John asintió, aterrorizado de que Christopher reparara en la pajarita y sacara la conclusión correcta, pues la noche anterior había visto que algo así podía volverlo violento. Sin embargo, no había necesidad de preocuparse, porque en cuanto abrió la puerta un furioso reproche le salió al encuentro: Elizabeth lo acusaba de faltar a su deber por no haber estado a la hora convenida. Con una sonrisita Christopher pateó el suelo, sacudió las gotas del sombrero de ala ancha y se quitó el impermeable, que hizo un ruido áspero y crujiente. Se enzarzaron en una riña que John escuchó divertido.

—Y cuando por fin llego, a pesar de que llueve a mares —dijo Elizabeth con un gesto trágico—, tú, pedazo de bestia, tú no estás.

—Estaba comprando pastas —explicó Christopher sin darle importancia, mientras abría el armario—. Para alimentarte a ti.

—Con mi dinero —intervino John con jovialidad.

Enseguida advirtió su grosería y se sonrojó. Elizabeth lo miró fijamente y luego bajó la vista. Al cabo de unos minutos Christopher hizo un comentario y empezó a poner la mesa para dos, con las tazas y platillos de John, cosa que este interpretó acertadamente como una señal de que debía irse. Se sonó la nariz, se metió el pañuelo en el bolsillo del pecho, donde había visto que a veces Christopher guardaba el suyo, y descolgó el abrigo. Elizabeth había retomado el tema de la injustificada ausencia de Christopher.

—Llevo todo el día trabajando, solo he parado para tomar un café y almorzar… Estoy segura de que no puedes decir lo mismo. —Christopher soltó una especie de balido—. Estoy agotada. Si supieras el monstruo que tengo por tutor…

—Oh, basta ya. —Con un plato en la mano, Christopher le sonrió y de repente le tiró juguetonamente del pelo—. Si te pasas el día arreglándote…

—¡Compórtate! —exclamó ella echando la cabeza hacia atrás con un gritito de regocijo.

Ambos titubearon, sonriéndose.

—Tengo que irme —murmuró John sin mirarlos, mientras se abotonaba el abrigo—. Yo… mmm… tarde.

No sabía por qué esa disputa de niños lo había afectado tanto, pero lo cierto era que había avivado su imaginación y, si un momento atrás había estado furioso consigo mismo, ahora le parecía obvio que no habría hecho bien en besar a Elizabeth. Se alegraba de dejarlos juntos. Al mirarlos se sintió como un camarero de un restaurante caro. La amabilidad con la que le trataban era como la propina que habrían dejado a un camarero.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

—Adiós, John.

Cuando salió lo embargaba una extraña y penosa satisfacción, como si de repente lo hubieran transformado en otra persona completamente distinta, y tiró de la puerta con tal torpeza que no se cerró del todo. Cuando se volvió para cerrarla, oyó a Elizabeth decir:

—Lo tienes bien enseñado.

—Sí —dijo Christopher tras soltar una carcajada.

—Menudo personaje. ¿Y sigues usando su vajilla? Eres un animal.

—La mantequilla también es suya.

Elizabeth rompió a reír.

—¡Por favor! ¡Eso está fatal! Imagínate lo débil que tiene que ser, el pobre gusano.

—Mi madre dijo que parece disecado.

—¡Disecado! ¡Es la palabra exacta!

«No debo quedarme aquí escuchando», pensó John de inmediato, porque ahora va a salir a llenar mi tetera y se sentirá incómodo. Además, no se atrevía a seguir escuchando.

La lluvia había refrescado el aire y las losas de los claustros estaban mojadas. La hierba estaba empapada y las esculturas y las gárgolas chorreaban agua. Alrededor del patio había algunas ventanas iluminadas.

Con la cara blanca caminaba hacia la conserjería y se sentía como si lo hubiera golpeado un boxeador que sabía exactamente dónde pegar para hacerle más daño.

Con el correo de la tarde había llegado una carta de su hermana Edith, que era maestra en Manchester. La cogió y la abrió mientras salía a la calle.

A los veinte pasos se dio cuenta de que aún no había empezado a leerla e intentó concentrarse. Prácticas en los refugios con los niños, evacuación, noticias locales. «Espero que a estas alturas estés totalmente integrado —había escrito su hermana— y te sientas un hombre “importante”.»

Ahora que le habían mostrado que era despreciable, se

sentía cincuenta veces más despreciable de lo que ellos lo consideraban. Las últimas tres semanas, que hasta ese momento habían parecido vagas y dispersas, se revelaban de pronto como lo que en realidad eran: una larga y presuntuosa fantasía, que lo había vuelto irritantemente ridículo.

Siguió andando con la carta en la mano. La enfermera del *college* pasó a su lado y pensó que tal vez el chico había recibido malas noticias. Él no la vio. Mientras caminaba, en las calles iban menguando el tráfico y la gente; una columna de soldados marchaba por la acera de enfrente silbando una melodía de comedia musical sin prestarle la menor atención; de una furgoneta estaban descargando tocino en un colmado, y tuvo que esperar a que bajaran la enorme mitad de un cerdo envuelta en arpillera.

Estrujó la carta y la metió en el sobre sin leer la última página, y se la guardó en el bolsillo.

«—Oh, sí, claro que uso sus cacharros. No se atrevería a decirme que no.

—Chris, ¡eres terrible!

—La mantequilla que estás comiendo es suya. Ponte mucha. ¡Ay, Chris!

—Según mi madre, es un conejo disecado muerto de miedo.

—Tiene que ser un ejemplar de lo más desgraciado.»

Era así como recordaba la conversación. La original se había perdido y de cada frase surgían nuevas versiones que se superponían a la anterior. Él las repetía cuidadosamente. La lluvia le daba en la cara. Por el momento estaba destrozado, hecho pedazos, y cada pedazo era una emoción: vergüenza, autodesprecio, rabia… No había controlado la situación lo suficiente para adoptar una actitud ante ella. Solo sabía que su

sensibilidad estaba escaldada, como si hubiese pasado demasiado cerca de un horno con la puerta abierta.

Además, todo era desconcertante. Incidentes inexplicables acudían a su mente, uno tras otro: Christopher llamándolo «John», la señora Warner dedicándole su sonrisa fácil, Elizabeth haciéndole el lazo. Al pensar en la pajarita y verse reflejado en un escaparate, la perplejidad dejó paso a la rabia. ¿Qué habían querido decir con esos comentarios? Si tomaba cada relación por separado y la examinaba y le daba la vuelta críticamente, en los reversos siempre encontraba sarcasmo y desdén. Se asombró de haber sido tan torpe como para no notarlo. El episodio de la libra resonaba una y otra vez en su cabeza como el estruendo inquietante de un gong.

Los relojes de la ciudad dieron las cuatro; llevaba veinte minutos caminando, comenzaba a caer la tarde y la lluvia seguía barriendo las calles. Tenía el pelo empapado y notaba que una vez más le había entrado agua en el zapato. Afanosos compradores movían sus paraguas sobre las aceras y un vendedor de periódicos refugiado en la puerta de un banco juntaba peniques con rapidez. Un cartel escrito con tiza informaba de la situación en Albania. Aturdido, miró alrededor preguntándose dónde tomar el té y vio que a pocos metros estaba el Green Leaf. Antes de recordar la importancia del lugar ya había llegado, y con una expresión obstinada empujó la puerta. La fase de mero desconcierto había pasado. Lo que ahora lo dominaba era una rabia estremecedora consigo mismo y con los demás; se lanzó al interior lleno de humo con la histérica resolución de un hombre que en pleno ataque de furia sondea una herida mortal. Dos tercios del café estaban llenos y la mesa donde se habían sentado ocupada, pero consiguió quedarse con el compartimiento contiguo y con un gesto de fastidio empujó la vajilla usada que había sobre el

mantel.

Una camarera se acercó y anotó su pedido. No era la del sábado. Él pidió lo mismo que habían tomado entonces.

Observó los compartimientos, cada uno con su lámpara, y la soledad empezó a desplazar a la rabia. La soledad volvía impotente cualquier otra emoción. Posiblemente no había nadie más capaz de experimentar los sentimientos que lo embargaban.

Le sirvieron lo que había pedido y empezó a comer con placer. Lo sorprendió que el sabor de cada cosa coincidiera exactamente con el que recordaba del sábado. Los bocadillos de tomate estaban húmedos y entre las dos finas rebanadas de pan untado con mantequilla acechaba la roja fruta. Removió el té y se lo bebió.

¿Qué iba a hacer, ahora que sabía qué pensaban de él? ¿En qué sentido debía cambiar su actitud hacia ellos? ¿Cómo tendría que tratarlos?

El hilo de sus pensamientos seguía escurriéndosele y tenía que volver a empezar. Cogió el mejor pastelillo de la fuente y lo cortó por la mitad. Entonces recordó que la costumbre de cortar los alimentos la había copiado de Christopher; en su casa siempre los había mordido.

¿Cómo debía comportarse ahora con Christopher? Con este pensamiento los últimos restos de ilusión se derrumbaron como el último muro de una casa demolida. Al fin y al cabo estaba solo; había fracasado completa e ignominiosamente en el propósito de entretejer su vida en la de aquellas personas. Como había temido, la puerta había vuelto a abrirse y de nuevo estaba solo, doblemente solo. Los días serían retales deshilvanados, retazos de acción. Sin objeto, sin continuidad.

Seguía sin entender cómo había ocurrido, por qué había sido tan obtuso, o ellos tan taimados, qué se había interpuesto entre ellos para refractar la visión que él tenía de los otros. Sin duda no era culpa suya. Encendió el cuarto cigarrillo del paquete y fumó despacio. El salón se llenó y volvió a vaciarse, mientras él, menudo y pálido, permanecía en su mesa. Al fin la camarera se acercó para hacer la cuenta y la dejó debajo de un plato, de donde él la extrajo para mirarla: tres chelines y un penique. Sacó las monedas del bolsillo y las miró con terror: un chelín y siete peniques. No tenía nada más. La mujer regresó para cobrarle.

—Ejem… Lo siento… No he traído suficiente… Solo tengo un chelín y siete peniques —balbució espantado, y tendió la palma con las monedas. Tan atónito estaba que no le hubiera sorprendido que la camarera llamara a la policía—. He salido de casa sin… Lo siento muchísimo…

La mujer lo miró con desconfianza.

—¿Eres estudiante?

—Sí… sí…

Le dio el nombre del *college.*

—Entonces escribe tu nombre y tu dirección detrás de la cuenta. Puedes pagar mañana. —Lo miró de hito en hito—. Tú ya has estado aquí, ¿verdad?

—Ah, sí… una vez…

Mientras escribía «John Kemp» con mano temblorosa, pensó, sin que viniera a cuento, que las meriendas no habían sido idénticas porque había olvidado pedir té chino.

—Y la dirección. —La camarera echó un vistazo a su ropa gastada y agregó—: La próxima vez ten más cuidado.

John no tenía ganas de volver al *college,* pero estaba anocheciendo. Las campanas daban las seis y los obreros iluminaban tenuemente la calzada mojada con los faros de sus bicicletas. De lejos llegaban los gritos de unos golfillos que arrojaban piedras y palos a las ramas de castaño, y pronto se iluminarían las ventanas, que más tarde se cubrirían con cuidado en virtud del oscurecimiento. Al cruzar el umbral soltó un suspiro; era humillante tener que volver como un bumerán a la persona y el lugar que más quería evitar. Sin embargo, no era capaz de convertir el asunto en una tragedia. Cuando cruzaba lentamente el primer patio, no pudo dejar de advertir la paz que reinaba en el *college;* y al rozar con los dedos la carta de su hermana la sacó del bolsillo, la dobló bien y la metió en el sobre. Después de todo parecía que las cosas, paralizadas de terror por un momento, volvían a ponerse en movimiento.

Sin embargo, no había previsto la rabia que lo encendió al entrar en la habitación y ver a Christopher tumbado en el sofá leyendo una revista. Por un instante la ira lo cegó: las palabras que había oído por casualidad destellaban en su mente con lacerante claridad; por un momento, tuvo la certeza de que en cuanto lograra controlar la voz se pelearía con Christopher y lo obligaría a cambiar de habitación. Después se quitó el abrigo y lo colgó. Elizabeth se había marchado y el sirviente había quitado la mesa.

—¿Has ido a alguna parte? —Christopher no recordaba que John no había salido por voluntad propia.

John apenas podía hablar.

—No.

Rodeó el sofá para acercarse al fuego y miró a Christopher. Estaba cómodamente despatarrado y, aunque en ese momento

no fumaba, el hogar estaba repleto de colillas. Volvió una página en silencio. Había encendido la lámpara eléctrica. John dejó la carta de su hermana en la repisa de la chimenea.

—¿Es para mí? —preguntó Christopher distraídamente.

John lo miró de hito en hito.

—No —respondió—. Es de mi hermana. —Se aclaró la garganta.

—¿Tu hermana? —Christopher cerró la revista y la arrojó sobre la mesa—. No sabía que tenías una hermana. ¿Es mayor que tú?

Christopher bostezó y John le vio los dientes.

—No —respondió enseguida—. Solo tiene quince años.

—Las hermanas son una lata. —Christopher cruzó las manos en la nuca y se reclinó—. Yo tengo dos. Pero son mayores que yo. Está en casa, ¿no?

—No. En un internado.

Algo en el tono de John llevó a Christopher a levantar la vista; para su sorpresa, también John lo estaba observando. Se miraron el uno al otro con rostro inexpresivo. John cogió una hoja medio cubierta de notas y la dobló exactamente por la mitad. Luego la rasgó por el pliegue.

—Por suerte yo no veo mucho a las mías —explicó Christopher—. El verano pasado sucedió algo curioso. ¿Conoces Londres?

—No.

—Bueno, fue en el bar de un hotel bastante decente de Regent Street. Una noche yo estaba allí con Pat y Elizabeth. Creo que había un bombardeo, pero nadie parecía demasiado

preocupado. Lo cierto es que todos habíamos bebido mucho. Entonces me fijé en una chica que estaba con un par de policías y que parecía mirarme. Lo encontré un poco raro y pensé que debían de ser imaginaciones mías, pero no, daba la impresión de que estaba a punto de acercárseme. Pensé que era una especie de técnica extremadamente sutil de ligar. —John partió las mitades en cuartos—. Sin embargo, no dijo nada y me olvidé de ella. Luego, cuando ya me iba, de repente se acercó y con una media sonrisa dijo: «Pues sí, eres Christopher». Era mi hermana Constance. Hacía… caray, al menos dos años que no la veía —concluyó con cierto azoramiento.

John dejó escapar una risita.

—A nosotros la gente nos llama Jack y Jill.

Christopher imitó el sonido de una arcada.

—O sea, que os parecéis mucho.

—No, solo en el pelo. —Los cuartos se convirtieron en octavos—. Ella va a ser muy guapa. Supongo que ya lo es… E inteligente… Más inteligente que yo, probablemente.

—Qué lata.

—No lo sé. Así podemos conversar y salir juntos. La Navidad pasada, por ejemplo, fuimos a Londres, y este verano estuvimos en una casita en el campo, en Gales.

—¿Qué hicisteis en Londres?

—Ver cosas, ya sabes; la abadía de Westminster y todo eso. Jill quería ir al Museo Británico.

—Yo nunca he hecho tantas cosas.

—Supongo que yo solo no habría ido, pero Jill quería verlo.

—¿Visteis algún espectáculo?

—No lo recuerdo… No teníamos mucho dinero para eso.

Eso sí, vimos una obra de Shakespeare… *Noche de Reyes.*

—No recuerdo que la hayan representado, la verdad —repuso Christopher frunciendo el entrecejo—. ¿Dónde era? ¿En qué teatro?

—Oh, no sabría decírtelo. Jill guardó el programa.

—Pues no recuerdo que la hayan representado —caviló Christopher.

Ahora John tenía en la mano un pequeño fajo de papel cortado que no podía seguir rasgando, de modo que lo arrojó al fuego con un gesto despreocupado; los papelitos revolotearon alrededor de las llamas como confeti ante la puerta de una iglesia.

—Sí —continuó en el tono de autoridad que había estado usando—. Cuando digo inteligente, claro, no quiero decir para todo. Le gusta la poesía… Por ahí va la cosa. Y qué gracioso: es muy sensible. En el internado tenía una muy buena amiga que se llamaba Patsy…: Patsy Hammond. Eran uña y carne. El año pasado, después de las vacaciones, Jill volvió al colegio como siempre y se encontró con que Patsy se había marchado a Estados Unidos con la familia y no iba a volver. La noticia la afectó muchísimo: estuvo varias semanas sin apenas escribir. Y cuando a los tres meses regresó a casa para pasar las vacaciones, se negaba a tocar una marca de salvado que tomamos en el desayuno solo porque venía de Estados Unidos. No es que haya dejado de gustarle, pero por lo que sé nunca ha vuelto a comerlo.

—¿Solo porque es estadounidense?

—Sé que parece raro, pero no quería saber nada de Estados

Unidos: ni películas ni libros ni canciones. Por un tiempo, claro. Poco a poco lo superó. Lo único que todavía tiene atravesado es el salvado ese.

Christopher sacó los cigarrillos.

—¿Dónde dijiste que estaba?

—En un internado, en Derbyshire. —John aceptó un pitillo—. Willow Gables se llama el lugar. No es muy grande.

Christopher se levantó y se estiró, inquieto. Luego fue a sentarse en el taburete de cuero frente al hogar. Inclinó la cabeza en un gesto de abatimiento y hundió las manos en los bolsillos.

—Mis hermanas estuvieron en un internado cerca de Beckenham. Es raro que tú hayas mantenido la relación con la tuya. Yo no lo hice.

—Vuelve a casa en vacaciones, claro. —John se apoyó en la repisa de la chimenea y miró la cabeza de Christopher—. Además, solo hace dos años que está allí. Por eso no tenía más que una amiga, Patsy Hammond, que se marchó a Estados Unidos.

Christopher movió la cabeza. Parecía absorto en sus pensamientos.

—Cuando se entra muy joven en un internado, se pierde el contacto con la familia —dijo—. Eso es bueno. Se aprende a ser independiente, a valerse por uno mismo, a tratar con la gente.

John asintió, sin dejar de mirarlo. No era la primera vez que oía a Christopher decir eso.

—Pero a veces me da pena… En cierto modo se pierde la relación. Y nunca hay una segunda oportunidad. Y la mía es

una familia muy alegre…

Apoyó el cigarrillo en el cenicero y lo dejó consumirse mientras miraba el fuego. John comprendió con creciente asombro que había dicho algo que había despertado la envidia de Christopher; tal vez solo por un momento, pero genuina, al fin y al cabo. Se le había empañado la voz y, mientras John lo observaba, sacó del bolsillo la mano izquierda llena de monedas.

—Te debo una libra, ¿no?

—Sí —dijo John, sorprendido.

—Te pagaré una parte. —Con una sonrisita abrió la mano y cogió dos medias coronas, un chelín, una moneda de seis peniques y seis de uno—. Ten. ¿Está bien para empezar?

—Gracias. —John miró el dinero e hizo un esfuerzo para contarlo—. Faltan trece chelines, ¿de acuerdo?

—Bendito seas. —Christopher soltó un enorme bostezo y se metió el resto de las monedas en el bolsillo—. Joder, me había olvidado. ¿Qué hago con el trabajo ese? Esta noche he prometido ir al cine.

—El mío está en el escritorio.

—Eres un caballero, amigo. Muchísimas gracias. Me había olvidado por completo.

Se sentó al escritorio, esparció las hojas y con un movimiento descuidado encendió la lámpara de mesa. John se alegró de que la conversación hubiera acabado, porque estaba atónito tanto por las mentiras que había contado como por su efecto. A él no lo habían afectado menos que a Christopher; estaba alterado, lleno de tímidas ideas líricas, como el murmullo de una orquesta antes de la obertura de una ópera. Lo que le sorprendía no era haber dicho mentiras, sino

haberlas soltado con tal facilidad; casi parecía que las hubiera inventado hacía mucho tiempo, y ese misterio lo mantuvo un rato en silencio, maravillado de que las mentiras pudieran urdirse en un rincón oscuro de la mente mucho antes de que la ocasión propicia se presentara. ¿Cuánto tiempo habrían estado ocultas aquellas?

¿Y qué tenían para haber conseguido enredar, siquiera por un momento, incluso a Christopher? Todavía temblaba por el esfuerzo físico que le había supuesto contarlas, pero ahora, al recordar el diálogo que había oído por la tarde, se dio cuenta de que, pese al poco tiempo transcurrido, había perdido su carácter hiriente. En realidad, todo parecía haber cambiado, como si por azar hubiese pronunciado una fórmula mágica y el mundo se estuviese transformando ante sus ojos.

Christopher no volvió del cine hasta poco antes de las once, pero encontró a John sentado aún en un sillón, sin un libro en las manos. Tenía un hambre voraz, de modo que sacó del armario media barra de pan, cortó una gran rebanada y la untó de mermelada. Se sentó en el sofá masticando y se desató los zapatos.

—Al verte hacer eso —dijo John con tono divertido— me he acordado del verano que pasé con Jill en Gales. Las chicas son curiosas. En casa nunca ayuda en nada, es casi imposible conseguir que eche una mano. Pero basta que la dejes sola en una casita de campo para que se convierta en una perfecta ama de casa. Más de una vez me hizo poner un mantel o un periódico sobre la mesa para cortar un pedazo de pan. Me parece que las chicas hacen esas cosas por instinto, de la misma manera que los patos nacen sabiendo nadar. En cuanto llegamos, se puso a revolverlo todo para saber qué había, y también qué faltaba, cosa mucho más importante. —Después de toser continuó con voz de autoridad—: Se estaba muy bien

allí. Todas las noches, después de fregar los platos y encender las lámparas (no había electricidad, claro), nos sentábamos a leer. Al principio intentamos leer a Shakespeare en voz alta, repartiéndonos los papeles, pero Jill dijo que eso le recordaba demasiado al colegio, así que lo dejamos. Usábamos ese carbón galés tan raro que usan los mineros. Arde sin llama, ¿sabes?, solo brilla, y dura toda la noche. Nos sentábamos y leíamos hasta muy tarde.

—Ah, ¿sí? —dijo Christopher sin interés. Arrojó los zapatos hacia la puerta y se levantó. La película le había cansado la vista y, como llevaba varias noches acostándose tarde, no tenía demasiadas ganas de seguir despierto.

John se entretuvo alineando los zapatos de Christopher y los suyos junto a la puerta, para que el sirviente los limpiara por la mañana, y colgando la bufanda de Christopher. Fuera había dejado de llover. Por último, se fue a la cama y permaneció despierto en la oscuridad, oyendo con rencor la pesada respiración de Christopher, rayana en el ronquido. Lo agobiaba estar tan cerca de él. De la habitación contigua llegaba el sonido de un piano; allí había un joven rico que tocaba a todas horas. John escuchó. Se sintió bailar con gracia a lo largo de la fina sucesión de notas. Era una música lenta, impregnada de tristeza.

Pensó en Jill, como haría en adelante (aunque todavía no lo sabía) cada vez que algo lo emocionara levemente. Imaginó que era ella quien tocaba el piano y que vivían los dos en una casa grande con jardines. Caía la tarde y él estaba fuera; el césped estaba cubierto de sombras y el sol tan bajo que sus rayos solo se reflejaban en las ventanas de la buhardilla. Los colores de las flores y las hamacas de rayas que habían quedado en el jardín se difuminaban. Junto al invernadero había una pila de macetas rojas desconchadas. El sonido del

piano llegaba desde una gran sala de la planta baja que tenía las ventanas abiertas, y él echó a andar hacia ellas sintiendo que el aire era palpable, como si caminase por el lecho de un mar transparente. Veía a Jill sentada al piano, vestida de blanco. Tenía la cabeza un poco inclinada para leer la partitura y sus hombros se movían mientras tocaba. Llevaba el pelo rubio recogido con una cinta; sus brazos, todo su cuerpo, eran tan delgados que se adivinaban los huesos.

Durante un rato se conformaría con mirar y escuchar, pero después ella correría las cortinas y él entraría en la casa.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo John después del desayuno fue sacar del sobre la carta de su hermana y quemarla.

En la cama, antes de levantarse, se le había ocurrido que, si dejaba una carta de Jill por ahí, tal vez Christopher la leería subrepticiamente, con lo que el dominio que tenía sobre él (en caso de existir) se reforzaría. Así pues, por supuesto, era preciso escribir la carta. Se sentó ante el escritorio. Fuera, la lluvia salpicaba las ventanas y el cielo estaba tan oscuro y tormentoso que tuvo que encender la lámpara.

Era curioso que no tuviera ninguna duda sobre qué escribir. Cierto que hizo varios borradores, pero era porque le costaba imitar la letra de su hermana basándose solo en la dirección del sobre. Era apretada y menuda, como la suya, y con trazos sutilmente más toscos podía sugerir inmadurez. Trabajó muy concentrado, como un grabador o un herrero, con los pies juntos y el pelo brillante bajo la lámpara. Christopher seguía en la cama, en la otra habitación.

Una vez que hubo acabado, se limpió las manos en los pantalones y sonrió.

Cerca de Mallerton, Derbyshire

Querido John:

Dijiste que ibas a escribirme, pero por supuesto no lo has hecho, no lo haces nunca. Así que te escribo yo, así que acuérdate de contestar.

¿Cómo te va? Cuéntame todo del *college* y de la habitación que te ha tocado; qué trabajos estás haciendo (recuerda nuestra apuesta), quién es tu tutor, si lo conozco y cómo es. Me muero de ganas de saberlo todo. Dame muchos detalles porque Maisie Fenton tiene un hermano en Cambridge y se pone muy pesado hablando de él. Claro que tú no conoces a Maisie Fenton (¡por suerte para ti!).

La verdad es que no tengo mucho que contarte. Esto sigue como siempre… ¿hace falta que te diga más? Esta quincena he sido la primera en literatura inglesa (tachán tachán) y me propongo conseguir lo mismo durante el resto del curso por razones que son secretas.

¿Cuándo empiezas las vacaciones? Antes que nosotras, espero, ¡por una vez!

Te quiere mucho,

JILL

P. D. Vamos a ir a un concierto increíble en Manchester, así que si es posible despacharé esta carta allí. Después de lo que pasó el curso pasado ya no me fío del correo del colegio…

P. D. Llueve. ¡No hay hockey!

Acababa de copiar la versión definitiva cuando oyó que Christopher se levantaba, de modo que la metió cuidadosamente en el sobre original, la dejó en la repisa y salió. Como llovía, fue a la sala de descanso de los estudiantes, donde se sentó en un mullido sillón de cuero y sacó el maltrecho paquete de cigarrillos. Mientras fumaba, leyó en el periódico un artículo sobre la prometida ayuda británica a Grecia. Fuera, en el jardín de los Graduados, los árboles se balanceaban al viento, casi desnudos. Otro estudiante se arrodilló en el antepecho de la ventana para mirar; tenía la cabeza muy bien formada y el cabello negro. Mientras

contemplaba el jardín, se quitó un anillo de un dedo y se lo deslizó en otro. John se preguntó quién sería; tenía una cara agradable.

Dejó el periódico y cogió una revista. El fuego le calentaba las piernas y las estiró. Apenas era consciente de la satisfacción que sentía. De pronto parecía que no había nada que hacer, nada salvo la certeza de que ese día daría paso a otro igualmente vacío, con solo el suave tamborileo de la lluvia sobre las piedras antiguas. El fuego se reflejaba en los ceniceros de bronce y en ciertos paneles oscuros. Pensó que había sido un tonto al preocuparse tanto por Christopher Warner; ya no lo acuciaba el deseo de saber mandar a los sirvientes con soltura, de ser rico, de llevar barba de dos días, de cantar canciones soeces en la ducha. Todo eso estaba bien, pero como ideales comenzaban a perder lustre. Bostezó.

Había hecho unas marquitas con lápiz en la repisa alrededor del sobre, y cuando volvió a la habitación vio que Christopher había salido y que la carta estaba colocada detrás del reloj. Por un instante se le cortó el aliento, pero enseguida recordó que algunas mañanas el sirviente iba a limpiar el polvo, y sin duda Christopher no habría sido tan ordenado. Cogió el sobre y después de pensar un segundo lo dejó en diagonal sobre la mesa. Allí estuvo todo el día; a la hora del té John lo movió un poco, pero al atardecer Christopher volvió a salir y John se acostó muy temprano, invadido por una soñolencia rara en él. Por la noche solía sentir cansancio, pero nunca un sopor delicioso.

No supo nada de Christopher y el armario de Semple hasta el día siguiente, cuando después de la comida Whitbread lo invitó a tomar café con otros becarios. Era un grupito de lo más raro, pero a John le gustó, y sintió claramente el prestigio de ser el compañero de habitación de Warner. Se reunieron en

la salita abuhardillada de Whitbread, movieron el sofá y las sillas de respaldo recto y dejaron el sillón más cercano al fuego al propio Whitbread. Ninguno se habría atrevido a ocupar el mejor sillón de la sala, a servirse comida sin pedir permiso ni a aceptar una invitación que no pensaba devolver. Todas sus acciones se caracterizaban por esa escrupulosa convención, y se congregaban allí, en la lúgubre sala donde ahora Whitbread preparaba platos y tazas y leche, como miembros de una secta perseguida, ajenos al mundo que los rodeaba. En su compañía no había lujo, derroche ni libertad, a pesar de lo cual John se sentía más cómodo con ellos que con cualquiera, por mucho que no valorara su amistad. Se guardaba muy bien de demostrar esto último, pues los muchachos detestaban de corazón a los tipos de «su propia clase» que «pretendían estar por encima».

—Técnicamente es un ataque criminal. Desde el punto de vista legal no hay ninguna duda.

—El director debería hacer algo.

—No me importa que me oigan —dijo Whitbread, mientras ponía sobre la mesa un plato de bollos que había comprado para el té del día anterior—. Es puro gamberrismo barriobajero, eso es lo que es.

—¿De qué habláis?

—¿Cómo? ¿No te has enterado? De lo de Warner y Semple.

¿De veras no lo sabes? Pensaba…

—Pensaba que habías sido el primero en enterarte —dijo Jackson con una carcajada—. Seguro que Warner está muy orgulloso de sí mismo.

—Hoy apenas he visto a Chris —explicó John con ligereza —. ¿Qué ha hecho?

—¿Conoces a Semple? Ese que va por ahí buscando socios para la Unión de Oxford. Pues bien, vive al lado de Dowling. A ese sí lo conoces…

—Sí. ¿Y qué pasó?

—Pues que anoche Warner y Dowling llegaron un poco achispados. Habían tomado una copa de más…

—Cinco o seis, diría yo —apuntó otro becario con una sonrisita.

—… Y de golpe un estruendo terrible despierta a Semple. Se levanta y ve a Warner y Dowling en la sala, rompiéndolo todo. La vajilla está hecha añicos. Y cuando les pregunta qué pretenden Warner lo tira al suelo de un puñetazo. Eso es todo.

—¿No has visto cómo tiene el ojo Semple? —preguntó Jackson.

—Es un poco…

—¡Un poco! Me gustaría saber qué se propone Warner. Lo suyo es puro gamberrismo. Los tipos como él se creen dueños del mundo.

Había en el grupo un aire de acuerdo vacilante, debido al temor no admitido de que John contara lo que había oído. Pero este no tenía intención de hacerlo. Mientras miraba las hojas de té en el fondo de la taza (en las reuniones de Whitbread el *café* muy a menudo se convertía, por voto mayoritario, en té), se sentía entusiasmado por la anécdota y se regodeaba en el contraste entre los dos mundos que habitaba. Al margen de la opinión que pudiera merecer Christopher Warner, resultaba imposible no fijarse en él; nadie podía pasar por alto sus esporádicos accesos de violencia. Aquella noche, después de la cena, John tuvo el privilegio de oír a Christopher y Patrick (sobre todo el primero) referir la historia a Eddy. Christopher

había servido oporto en copas de jerez y estaba de pie sobre la alfombrilla de la chimenea, agitando un cigarrillo.

—Todo empezó cuando te dejamos, Eddy, y fuimos a la habitación de Patrick porque dijo que tenía algo de pan. Un pedazo de pan duro no es comida para un hombre que no ha probado bocado desde el mediodía, pero yo estaba dispuesto —dijo Christopher con tono rotundo—, sí, estaba dispuesto a pasar eso por alto siempre y cuando pudiera echar mano al pan cuanto antes, de modo que me senté y Pat sacó un trozo con muy buena pinta y lo cortó en dos. Él mordió una mitad y puso la otra en un plato y me la dio. Yo me moría de hambre y no estaba de humor para fijarme en menudencias. No estaba para andarme con melindres. Pero cuando abrí la boca vi en el pan algo que me pareció cagarrutas de ratón. «Oye, Pat, ¿tú guardas el pan en una caja de hojalata?», le dije. «No», respondió él con la boca llena. «¡Pues mira esto, cerdo! ¿Te parece digno de ofrecerlo a un invitado?» Me sentía ofendido. No me lo tomé bien. No me considero una persona escrupulosa —aseguró Christopher con aire grandilocuente—, pero hay ciertas reglas, ciertas normas de hospitalidad, que defenderé hasta que me muera. Y una de ellas es que no se debe ofrecer a las visitas pan con cagarrutas de ratón.

—Caray, Chris, ¿cómo iba yo…?

—De todos modos, pasaremos eso por alto de momento —dijo Christopher rechazando la interrupción con un gesto—. Ver a Pat escupir al fuego lo que tenía en la boca me compensó sobradamente. Pero de inmediato vi claro el quid de la cuestión. Yo seguía teniendo hambre. No comía nada desde el mediodía, y entonces solo había tomado un par de empanadillas en el Bull. ¡Y al parecer lo único que había a mano era ese maldito pan con cagarrutas de ratón!

»La cosa estaba fea, pero no me descorazoné. Hace falta algo más que un ratón para desanimar a Warner. Me levanté y salí al pasillo, donde, dicho sea, entre paréntesis, procedí a orinar. Después llamé a una puerta. «Adelante», dijo alguien, así que entré. Había un canijo trabajando. Le pregunté con suma educación: «¿No tendrías un poco de pan con mantequilla, alguna tostada o una pasta?». Se puso rojo como un pavo y contestó: «No». Me despedí con una elegante inclinación y salí. Luego fui tambaleándome hasta la puerta siguiente. Cuando la abrí, vi que la habitación estaba a oscuras, de lo cual deduje que el inquilino estaba acostado o había salido, así que encendí la luz y me dispuse a investigar en el armario. Y ahora viene la parte más curiosa de la historia —anunció Christopher con tono de asombro—. Me acerqué al armario, lo abrí con un gesto sobrio y delicado y el maldito trasto se me vino encima y a punto estuvo de dejarme lisiado de por vida.

—¡Ja, ja, ja! —bramó Eddy babeando.

—Bien, el estruendo fue considerable, claro está. Desafío a cualquiera a derribar un armario grande sin un ruido, y encima quiso la suerte que el inquilino estuviera en la cama. Al menos se levantó en un santiamén y salió a la sala. Llevaba un pijama azul y blanco de lo más feo, pero decidí pasarlo por alto. «¿Qué demonios estás haciendo?», preguntó. Ahora reconozco —añadió Christopher apuñalando el aire con el cigarrillo— que hasta cierto punto el tipo llevaba razón. Despertarse a medianoche y ver que un total desconocido le había tirado el armario al suelo debió de resultar un tanto irritante. «Lo siento», dije. «Para serte franco, amigo, me preguntaba si no tendrías un bollo o un trozo de pastel a mano. Es que no he cenado, ¿sabes…?» No pude continuar. Era increíble. En mis palabras había algo (o quizá en la manera de decirlas, aunque

quiero dejar claro que mi tono era de lo más caballeroso), había algo, pues, que parecía enfurecerlo. Sencillamente montó en cólera y me soltó un auténtico torrente de insultos. «¡Largo!», dijo. —Christopher hizo un histriónico floreo—. «¡Largo de aquí! Estoy harto de este jaleo de borracho. ¿Cómo te atreves a entrar en mi habitación y romper todo lo que encuentras a tu paso?» Y siguió así, aunque he de decir que me ofrecí a pagarle todas las tazas que estuvieran rotas o rajadas.

»Pero al cabo de un rato… (porque el tío no paraba; al contrario, parecía calentarse cada vez más). Pues bien, al cabo de un rato empecé a enfadarme. Se estaba portando como un maleducado; no maldecía, simplemente era grosero. No me gustaba su tono, y se lo dije. Le dije: «No me gusta tu tono». Me contestó que ya sabía lo que podía hacer. Bueno, yo no podía tolerar eso —aseguró Christopher con tono razonable—. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene sus límites, y me pareció que aquello pasaba de castaño oscuro. De modo que lo abofeteé, y quiso la suerte que le diera justo en el borde de las gafas, que salieron volando —explicó Christopher ilustrando el arco— y fueron a parar al otro rincón de la sala. Entonces se abalanzó sobre mí como un tigre. Como un tigre sanguinario. Al principio amagamos con los puños —dijo Christopher saltando en la alfombrilla y haciendo unos ridículos movimientos de boxeo—, y al fin le di en el ojo. Y acabó en el suelo.

—Y en el suelo se quedó —concluyó Patrick. Christopher apuró la copa de aporto, mientras Eddy se secaba los ojos con un vistoso pañuelo de seda.

—¡Soberbio, Chris! —barbotó—. ¡Soberbio!

De hecho, la historia le gustó tanto que, cuando Semple se quejó al decano y Christopher tuvo que pagar tres libras por

daños, reunió a un grupo de amigos para sorprender a Semple y *crucificarlo* en el parque del *college* inmovilizándole las muñecas, los tobillos y el cuello con arcos de cróquet. La acción levantó un considerable alboroto, porque Semple pasó toda la noche tendido sobre el césped y pilló una bronquitis, pero tanto Christopher como Patrick demostraron que aquella noche no se hallaban en el *college* y quedaron fuera de sospecha. Semple se marchó a su casa y, con los debidos cuidados, al parecer se recuperó.

John se solazaba en esa violencia como en un clima cálido. Estaba entusiasmado y admiraba a Christopher sin envidiarlo. La semana transcurrió sin novedades, hasta la noche anterior al seminario, cuando Christopher empezó a buscar rabiosamente el trabajo semanal de John y este tuvo que reconocer que aún no lo había tocado.

—¿Que no lo has tocado?

—No, temo que… No pasa nada, mañana improvisaré.

—¡Joder, no me digas!

Christopher se acercó tanto que su cara entró en el círculo luminoso de la lámpara. Tenía la misma expresión que si hubiera advertido que John trataba de timarle.

—Vamos, juega limpio —dijo con voz amenazadora—. ¿Qué voy a hacer?

John se dio unos golpecitos en la mejilla con el lápiz, sonriendo, aún incapaz de comprender que la situación era seria.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Oye, Kemp. —La voz de Christopher se tornó severa—. No está bien dejar colgados a los amigos. No seas cerdo.

Sus anchos hombros llenaban el círculo de luz y John, como un nadador que emerge después de bucear, al fin se asustó. Vio el rostro de Christopher como debía de haberlo visto Semple, tenso antes de asestar el puñetazo. Empezó a hablar atropelladamente:

—De acuerdo, dame tiempo. ¿Cuál era el tema? A las diez lo tendré acabado. Si me pongo a trabajar ahora, a las diez lo tendré acabado.

—¿A las diez? Eso es tardísimo —replicó Christopher, y sin embargo se apartó.

John necesitó cierto tiempo para poner el episodio en perspectiva. Para entonces ya había escrito el trabajo y Christopher, demasiado vago para copiarlo, había faltado a la clase. El incidente le hizo recordar la conversación que había oído tras la puerta. Se enfureció consigo mismo y con Christopher. Lo que antes era indiferencia se transformó en resentimiento. Se le saltaban las lágrimas al pensar que no había ninguna forma de desquitarse… salvo Jill. Escéptico, se preguntó si el truco volvería a funcionar. La carta había danzado varios días por la sala y John, que la examinaba periódicamente, nunca había encontrado signos de que su compañero la hubiera tocado. La noche del viernes, mientras Christopher se cambiaba de camisa frente al fuego, John dijo con ostentación:

—Supongo que alguna vez tendré que contestar a Jill.

Tomó el bloc y escribió: «Querida Jill». Ruborizado de incomodidad, mordisqueó la pluma, atento a los suaves ruidos que Christopher hacía a sus espaldas.

Querida Jill:

Gracias por tu carta.

Me pides detalles; me gustaría que estuvieses aquí y lo vieras tú misma: es

imposible contártelo todo, y te divertirías mucho más viéndolo.

Se interrumpió. Christopher había ido al dormitorio a elegir una corbata.

> Aún no me he hecho a la idea de que verdaderamente estoy aquí. Cada vez que me pongo la toga negra siento un indefinible estremecimiento al pensar que soy un miembro hecho y derecho de la Universidad de Oxford.

La frase sonaba mal, aunque no sabía por qué. Empezó otro párrafo:

> Aquí nadie pega golpe; vivimos como señores. A veces te imagino machacando —tachó esta palabra para sustituirla por «empollando»— tus temas *favoritos,* mientras aquí yo holgazaneo, condescendiendo quizá a trabajar un par de horas entre el desayuno y las diez de la noche. ¿Qué hacemos? Somos reyes en nuestra cáscara de nuez. No sabes qué agradable es existir, simplemente; respirar el aire, mirar la arquitectura, pasear bajo los árboles, ver el cielo reflejado en los charcos. A veces pasamos la mañana entera recorriendo una sola calle; High Street, por ejemplo, o «la High», como la llamamos nosotros. Va desde el centro de la ciudad…

Se detuvo y empezó otro párrafo:

> Primero las tabaquerías, con sus cajas timbradas de tabaco, sus exóticas marcas de cigarrillos, sus pipas, sus cuencos de madera con mezclas especiales. Luego las tiendas de música, con hileras de gabinetes insonorizados, donde permiten a los clientes pasar horas escuchando selecciones de los discos más esotéricos. Luego las sastrerías (¡y qué sastrerías!), con los escaparates siempre llenos de batas de seda estampadas con dragones, chalecos de terciopelo con botones de cobre, corbatas floreadas, guantes forrados de vellón; en ellas puedo pasarme veinte minutos mirando, pongamos, una selección de pajaritas, eligiendo la que más me guste. Luego las librerías, que venden grabados antiguos para colgar en las habitaciones y toda clase de volúmenes viejos y nuevos; los viejos, ricos en pasado; los nuevos, crujientes y…
>
> Pero sobre todo hay una exhibición continua de hermosos edificios a medida que te acercas al río. All Soul’s, la iglesia de Saint Mary’s, el University College, las Examination Schools, Queen’s, hasta que al fin llegas a Magdalen, el último y el mejor…

Arrancó la hoja y le dio la vuelta.

Como becario, tengo cierta posición y ciertos privilegios, pero también ciertas obligaciones para con los miembros menos dotados de la comunidad. Por ejemplo, el pobre Christopher, con quien comparto habitaciones, depende patéticamente de mí para escribir el trabajo semanal. No sé cómo harás tú las redacciones, pero antes de escribirlas yo suelo tener pensado lo que voy a poner, casi palabra por palabra. Ayer, después del té, yo no había hecho el menor ademán de coger la pluma, así que él se puso nervioso. «Oye, ¿qué pasa con el trabajo?» «Ya, ya, dentro de una hora más o menos lo tendré; es que aún no he pensado el final.» «Me importa un cuerno el final, necesito algo pronto.» «Mi querido Christopher, lo tendrás hacia las diez.» «¡A las diez! ¡Pero a esa hora estaré borracho!» Le señalé que eso era problema suyo. Para abreviar, tracé una línea bajo el último párrafo justo cuando el reloj de Tom Tower daba las diez, y poco después Christopher entró tambaleándose, como siempre, y preguntó entre hipidos: «¿Dónde está el trabajo?». Se lo tendí y, mientras fingía seguir leyendo mis ensayos de Montaigne, vi de reojo cómo lo copiaba línea por línea. Cuando acabó la primera página, tapó la pluma y se quedó dormido. Yo seguí leyendo media hora más y luego *me retiré,* dejándolo dormido sobre la mesa como un niño. En consecuencia, esta mañana ha tenido que hacer novillos y el tutor acaba de enviarle una nota sumamente sarcástica…

Al llegar al final de la página John volvió la cabeza. Para su sorpresa, la habitación estaba vacía. Las manecillas del reloj marcaban casi las siete y veinticinco. Christopher había cogido su toga y se había ido a cenar. John entreabrió la boca, mientras el terror a perderse una comida intentaba apoderarse de él y fracasaba. Releyó lo que había escrito, corrigió una falta de ortografía y añadió a toda prisa:

Te quiere mucho,

JOHN

Sacó un sobre del cajón y lo dirigió a la:

Srta. Jill…

La pluma vaciló cuando debía escribir el apellido Kemp. No le gustaba. No quería vincular a Jill con él de ese modo. Entonces, ¿cómo llamarla? Un momento después lo había decidido:

Srta. Jill Bradley,

Bradley era un bonito apellido, era inglés, evocaba la piel de las sillas de montar y las caballerizas.

Colegio Willow Gables

cerca de Mallerton,

Derbyshire

Después de cerrar el sobre y pegar un sello fue a despacharlo sin ponerse sombrero, bufanda ni abrigo. La noche era muy oscura y en las calles ululaba ruidosamente un fuerte viento tibio, que hacía ondear su sedoso cabello y tiraba de la carta que llevaba en la mano. John temblaba cuando la depositó en un buzón y, exultante por la idea de hablar de ese modo con la nada, se apoyó un momento contra la pared. Imaginó que el sobre vagaba por toda Inglaterra, acumulando anotaciones a lápiz en el dorso, hasta acabar, quizá un año más tarde, en un rincón polvoriento de una oficina de cartas sin destinatario conocido.

¿Cuántos años permanecería allí? Acaso hasta que él hubiera cambiado tanto que fuera irreconocible.

Tenía que escribir más: docenas de cartas dirigidas a la señorita Jill Bradley debían errar por la red postal.

De vuelta en el *college,* olvidó que no había cenado y se sentó a escribir otra carta. Esta era sobre el incidente de la caja de la vajilla, que describió falsamente:

> No puedo decir que me haya costado hacer amigos: la misma tarde de mi llegada me encontré con una frustrada merienda en mis habitaciones.

(Ahora las habitaciones eran exclusivamente «suyas»; ya no las compartía con nadie.)

> Estaban Chris Warner y los dos Dowling (la chica, con un atractivo chabacano), un verdadero idiota llamado Eddy y un tal Hugh Stanning-Smith, un tipo bastante soso, y no sabían cómo iban a tomar el té. No tenían muchas

> ganas de salir, porque ya era tarde, y tampoco sabían adónde ir, pero en el *college* no había más que té, leche y pan; ni una sola taza. De modo que tuve oportunidad de hacerme el espléndido y desempaquetar mi vajilla nueva, con lo cual todo el mundo se fue contento y bien servido. Desde entonces soy bastante apreciado. Lo cierto es que no todos los recién llegados pueden ofrecer una merienda durante su primer día en el *college*…

Llegado a este punto, inesperadamente su cerebro se negó a trabajar. John no podía seguir el hilo de sus peripecias. Apartó la hoja con cuidado y se tendió en el sofá. Sentía una somnolencia deliciosa. El calor del fuego, el silencio de la noche y la ausencia de preocupaciones se sumaban para acunarlo. Fumó el último cigarrillo del paquete que había comprado aquel lunes de sol, una semana atrás, y se quedó dormido.

Por la mañana, después de desayunar fue a la ciudad, soleada y ventosa, para comprar un bloc grande de papel y un paquete de sobres. La dependienta le dio mal el cambio, pero él no lo advirtió.

Durante los siguientes días de noviembre pasó la mayor parte del tiempo escribiendo en la sala, reclinado en el sofá o sentado muy tieso en la silla del escritorio junto a la ventana. Escribía despacio, pero con soltura; llenaba muchas hojas por ambos lados y a veces metía tres o cuatro en un sobre y lo mandaba por correo. A menudo se le pasaba la hora de las comidas; más tarde le entraba hambre, compraba algo de pan en la cocina del *college* y volvía corriendo a la habitación para comerlo y empezar otra carta. Escribía sin esquema alguno, saltando de una cosa a otra de manera instintiva, describiendo, relatando, falsificando, pero sin omitir un solo detalle de las cuatro semanas que llevaba en la universidad. Era sorprendente lo poco que había olvidado. «Durante el viaje estaba tan nervioso que no probé bocado —le contó a Jill—. Cuando por fin llegué, me quedé un poco rezagado para mirar

cómo la abigarrada multitud se precipitaba en busca de taxis, tan distinta era de la gente que hasta entonces había visto.» El único hecho importante que pasó por alto fue la visita de la señora Warner; no obstante, en otra carta apuntó: «Los dependientes son extremadamente amables con los universitarios. Si no tienes cambio para pagar una comida, por ejemplo, puedes firmar la cuenta y saldar la deuda otro día. Yo lo he hecho varias veces».

Desde luego, había que ocultar todo eso a Christopher, lo cual no resultaba muy difícil dada su natural falta de curiosidad. Ya hacía tiempo que John soslayaba el hecho de que Christopher había sido el motivo principal de la idea.

En los intervalos entre carta y carta solía dar paseos por la ciudad, paseos improvisados que en general se limitaban a las calles. Se había acostumbrado a los edificios y ya no se molestaba en mirarlos. Algunas tardes, se aventuraba hasta el camino de sirga, desde donde contemplaba el continuo movimiento del cielo y el viento sobre el río, los cisnes que se apartaban velozmente al paso de una gabarra y las olitas que creaba al romper contra las riberas. Solía ponerse el abrigo azul; de hecho, llevaba la misma ropa con que había llegado al comenzar el curso. Sin embargo, su expresión había cambiado: si antes revelaba fatiga y desconfianza, ahora era de alivio y aburrimiento. Parecía mucho más joven.

Finalmente empezó un carta que no acabaría. «La otra noche», escribió:

> … al salir del Bull, a Eddy le dio uno de sus fastidiosos ataques de fanfarronería, durante los cuales nos pide que lo desafiemos a hacer algo. Al final le dije: «Muy bien, Eddy, ve a la Unión de Oxford y destroza la primera puerta de cristal que veas». «De acuerdo», dijo él, y se marchó inmediatamente. No creíamos que estuviera tan chiflado como para hacerlo, pero, cuando estábamos comentando que saldría con el rabo entre las piernas, oímos un terrible estrépito de cristales rotos. (La Unión, como supongo que

> sabes, es un lúgubre edificio gótico repleto de religiosos decadentes.) «Cielo santo», exclamó Christopher, y puso pies en polvorosa, seguido de cerca por Patrick y Hugh. Yo me quedé a curiosear. De pronto sale Eddy. «Dios, larguémonos», resolló. «¿Te han visto?», pregunté yo. «No, pero en un segundo estarán todos aquí.» Antes de que lográramos escabullirnos se nos echaron encima media docena de tipos en camisón dispuestos a zurrarnos. «¡Por allí!», grité señalando con el bastón la callejuela tenebrosa donde aún se oían los pasos del trío en retirada, y en pos de ellos se lanzaron, profiriendo amenazas. Eddy se moría de risa, y declaró que yo le había salvado la vida.
>
> Sin embargo, a menudo me pregunto por qué no me quedo más tiempo en mi habitación leyendo junto al fuego… ¿Sabes que aquí en los cubos de carbón caben casi cincuenta kilos y a menudo vaciamos uno por día? ¡No es como el carbón de los mineros! ¿Recuerdas cómo se iba consumiendo hasta formar una masa resplandeciente? ¿Y recuerdas que si dejábamos una hoja de papel sobre el tubo de cristal de la lámpara acababa por encenderse? ¿Y que una noche casi te quemas tú? Muchas veces me gustaría…

Fue en ese punto donde se interrumpió. Frunció un poco el entrecejo y cogió un trozo de pan para masticarlo. Unos minutos después añadió:

> … que estuviéramos de nuevo allí, tú sentada en la silla de mimbre…

Y volvió a detenerse. Se levantó, vagó por la habitación, se entretuvo haciendo bolitas de pan y arrojándolas a la foto de la señora Warner, y luego atizó el fuego. Pausas repentinas como esa eran habituales, pero esta vez tenía la impresión de que había llegado ante una barrera insalvable que no iba a poder apartar. Después de pasarse veinte minutos dibujando caras en los márgenes de la carta, guardó las hojas y salió al jardín, por donde estuvo paseando arriba y abajo en la noche oscura.

Al día siguiente volvió a intentarlo, incluso empezó de nuevo en una hoja en blanco, pero no se le ocurrió nada, salvo unos exiguos recuerdos de las vacaciones en Gales. Mientras tanto, poco a poco, como si hubiera frotado con suavidad un viejo retrato cubierto de polvo, el rostro de Jill empezó a

resplandecer en su mente. Sorprendido, se reclinó en la silla. Parecía que nunca hubiera pensado en ella. Era como si hubiera estado hablándole desde una cabina telefónica, hablándole interminablemente, y de pronto hubiera alzado la mirada y visto a la muchacha en la cabina contigua, sonriéndole a través del cristal con el auricular en la oreja.

«Tú…», empezó a escribir, y se interrumpió una vez más. Rompió la hoja.

De repente era ella la que tenía importancia, era ella la interesante, era sobre ella que John deseaba escribir. Comparada con la vida de Jill, la suya parecía gris y aburrida. Cada media hora que dedicaba a pensar en ella, su imagen cobraba nitidez: tenía quince años y era delgada, con una melena lacia hasta los hombros del color de la miel, que se recogía con una cinta azul. Llevaba un vestido blanco. Su rostro no era como el de Elizabeth, vulgar pese al maquillaje, sino de gesto serio, forma delicada y hermoso en la quietud, con pómulos altos; cuando se reía, estos se acentuaban y su semblante se tornaba casi indómito.

Jill era una alucinación de inocencia; a John le gustaba pensar que solo le preocupaban cosas sencillas y banales como los exámenes y las amistades. Con cada minuto que pasaba su imagen se volvía más clara, como si el retrato hubiera estado esperando, cubierto de polvo, en un rincón de su mente a que llegara ese momento. Durante horas llenó hojas y más hojas, ya no con cartas, sino con el nombre y la dirección de ella, repetidos en todos los ángulos con caligrafías diferentes (se suponía que algunas eran de Jill), y con titubeantes bosquejos de su rostro. No obstante, abandonó pronto esta actividad, porque cada línea que trazaba oscurecía el retrato que tenía en la mente, de modo que tuvo que parar y esperar a que se formara solo.

En esas circunstancias era imposible seguir escribiéndole. Así pues, metió la carta inconclusa en un sobre y la quemó. Sin embargo, no estaba satisfecho. Empezó a escribir sobre ella en tercera persona. La describió tocando el piano al atardecer, pero rompió la hoja. Luego escribió sobre el momento en que se levantaba por la mañana, y también rompió el papel. Al final decidió reproducir lo que había contado a Christopher la primera vez, y página tras página, entre muchas tachaduras, consiguió desplegar una narración; con torpeza y cierta incompetencia empezó a crear a Jill y a hablar de su propia vida, desde fuera, descubriendo la de ella. A pesar de todo era mucho más fácil que seguir escribiendo cartas; descubrió que su invención florecía mejor de lo que esperaba.

Cuando acabó, era una especie de relato. Había empezado a escribir sin ninguna idea de lo que debería ser el producto final, porque no tenía la menor noción de cómo se escribía, pero aquella misma tarde lo terminó y después de la cena se sentó para pasarlo a limpio, cambiando alguna que otra palabra y corrigiendo errores de ortografía.

I

Jill (comenzaba el relato) nunca bajaba del tren en cuanto este se detenía ni echaba a correr entre la multitud hacia el control de billetes, y no le gustaban las muchachas que lo hacían. Todas llevaban el mismo vestido que ella y un sombrero negro con cintas granates, azules y blancas, y eso también la molestaba. Cuando acabó de arreglarse el sombrero frente al espejo, se dirigió despacio hacia la puerta y tiró de ella.

¡Cielos! ¡No se abría!

Tiró con tanta fuerza que se le enrojeció la cara. Por un

momento temió que el tren la llevara a Dios sabía dónde.

Un mozo de labios gruesos, en mangas de camisa, acudió a rescatarla. Con un tirón sobrehumano logró abrir la puerta y dijo:

—¡Ya está, señorita!

A Jill no le gustaba que la llamaran «señorita», y odió al mozo tanto como detestaba el trámite de volver al internado. Se puso los guantes azules de lana y a la salida del andén entregó el billete al revisor. Aparte de la chica que se había mareado, era la última en bajar del tren. Eso quería decir que el autobús del colegio, que esperaba en la calle como una paciente bestia de carga, estaría lleno, o casi, cuando ella subiera. Para todas esa sería la última etapa del viaje de regreso a Willow Gables, donde empezarían el segundo trimestre. La Navidad había quedado atrás y era un frío día de enero.

Se detuvo, insegura. La señorita Keen la llamó desde el interior del autobús.

—Ven, Jill. Aquí hay sitio.

Subió de mala gana al vehículo, que oscilaba mientras cargaban las maletas en lo alto, y se sentó entre Maisie Fenton y Joy Roberts. Maisie le caía peor que Joy; era una muchachita morena con cara de *spaniel.*

—Hola, Jill.

—Hola, Jill.

—Hola.

—¿Qué tal la Navidad?

—Pasable, gracias.

—Nosotros lo hemos pasado de maravilla —explicó Maisie Fenton con entusiasmo—. No hacíamos más que comer, jugar y dormir. Es como si mamá hubiera inventado formas nuevas y maravillosas de hacerlo todo.

A continuación contó que una compañía de cadetes de una escuela privada había acampado cerca de su casa, que su padre había conocido al profesor y que algunos chicos habían acudido a la fiesta que la familia ofreció el Día de San Esteban.

Jill no se lo había pasado tan bien como ella, pero fingió que sí. Odiaba y envidiaba a Maisie, y se odiaba a sí misma por envidiarla.

El chófer encendió el motor, que emitió un bramido tembloroso. La señorita Keen subió una vez más al autobús, movió la cabeza y preguntó con dulzura:

—¿Estamos todas?

Se pusieron en camino entre grititos de alborozo. «¡Al fin!» Por la ventana Jill solo veía los campos helados por los que discurría la carretera, cunetas llenas de hierbajos, placas de nieve. No había ido al internado hasta los catorce años y aún seguía detestándolo. Pasaron junto a establos con carteles de subasta medio arrancados, una señal de dirección única, un arado inmóvil detrás de un seto.

Oía a la señorita Keen hablar con tono indulgente a las muchachas sentadas a su lado.

—¿Y qué hiciste entonces, Phyllis…?

—¡Ay!, fue horrible.

Por alguna razón aquello la irritaba, tanto como la costumbre de gritar hurras cuando el autobús llegaba al portal del colegio. Jill se sentía cada vez más desanimada; conocía la

rutina como un viejo convicto conoce la rutina de volver a la prisión.

Al final del sendero se alzaba el edificio, delante del cual había una fuente de piedra atascada por hojas de los árboles.

II

—¿Has visto a Patsy Hammond?

—No.

Jill tenía una expresión seria porque estaba cada vez más preocupada. Ya había pasado casi una hora y no encontraba a Patsy Hammond, su amiga íntima. Nadíe la había visto.

De hecho, Patsy era su única amiga. Tenían más o menos la misma edad y ambas habían llegado al colegio en cuarto, lo cual era un poco tarde. Patsy era más baja que Jill, tenía la cara pálida y triste, las manos morenas y expresivas, y era capaz de hacerla morir de risa. Sabía imitar casi a cualquiera. Juntas formaban una alianza contra el resto del mundo.

Y ahora Jill no encontraba a Patsy. Había preguntado en el dormitorio, en su aula y en la sala de estar, y nadie la había visto. Al parecer no había llegado, cosa extraña, porque siempre se presentaba antes que ella. Jill se sentía intrigada, además de preocupada. Quizá Patsy estuviera enferma.

—¿Has visto a Patsy Hammond?

Joan Carter dijo que no.

En el pasillo se cruzó con Pat Reynolds, que era la delegada de quinto.

—Hola, Jill. ¿Qué tal las vacaciones?

—Maravillosas, gracias. Oye, Pat… No habrás visto a Patsy, ¿verdad?

—¿Patsy Hammond? ¿Va a volver?

—¿Cómo?

—Bueno, el ama dice que no volverá. —Pat tenía la costumbre de no llamar Rummy al ama de llaves—. No sé nada.

Faltaban casi quince minutos para que sonara el timbre de la merienda, y Jill corrió a la habitación del ama, que estaba sentada a la mesa, rodeada de chicas que la apreciaban mucho. Rummy era una mujer de rostro rubicundo y jovial, y llevaba gafas con montura de oro. La mesa estaba cubierta de cartas y certificados.

—Hola, Jill. ¿Has pasado una buena Navidad?

—Oh, sí, gracias. Ama…

—Dime.

Jill se puso nerviosa al ver que las otras doce muchachas estaban escuchando.

—¿Patsy Hammond vendrá este trimestre?

—No, Jill. Su padre ha tenido que marcharse a Estados Unidos y se ha llevado a toda la familia. Patsy estudiará allí. ¿No te lo dijo?

—No…

La pequeña lumbre de gas ardía con un suave gemido.

—¿De veras? Creía que erais buenas amigas.

—Yo sabía que podía irse… pero no estaba segura. —Jill se recompuso y siguió mintiendo—. Sabía que existía esa posibilidad…

Mientras salía de la habitación, presintió las risitas de las muchachas, y una murmuró: «*Sic transit* una bella amistad».

Jill la oyó y se sonrojó. La frase presagiaba la alegría burlona con que se recibiría su separación. Las demás siempre habían visto con cierta hostilidad esa amistad exclusiva.

Echó a andar por el pasillo, ofuscada. Al sentir que se le saltaban las lágrimas se enfadó consigo misma. Se detuvo y, fingiendo que se ataba un cordón, intentó controlar los sollozos. Entonces sonó el timbre y el corredor se llenó de muchachas charlatanas y ruidosas. Varias tropezaron con ella y una estuvo a punto de hacerla caer.

—Después te lo cuento.

—Siéntate conmigo.

—No corráis por los pasillos. Caminad.

Cuando hubieron pasado todas, se incorporó y las siguió hasta el comedor, donde el té ya estaba servido. Había superado el primer paroxismo de llanto y ahora solo quedaba la calma de la desdicha desesperada.

III

Se sentía traicionada, y a ese sentimiento se debía la mitad de su tristeza, pero además estaba la pena más duradera de haber perdido a Patsy. A ninguna de las dos le gustaba el colegio: ambas encontraban de lo más desagradable el mero hecho de estar sentadas en una clase y en condiciones de responder a cualquier pregunta. Jill estaba siempre a la defensiva, salvo en compañía de Patsy; esos eran los únicos momentos en que se permitía relajarse y ser ella misma. Ahora Patsy se había ido y ella estaba sola.

¿Cómo había podido irse así?

Sus compañeras de curso, cuando se fijaban en ella, hacían comentarios divertidos porque la consideraban una engreída.

Si llegaba a cometer alguna torpeza en clase, no habría nadie que la consolara después; no habría nadie con quien sentarse en el comedor y hablar sobre la comida, nadie a quien esperar en el pasillo. Y de nada servía tratar de sentirse espléndida estando sola cuando la soledad provocaba tristeza.

Incluso a las profesoras les llamó la atención.

—Esa chica Bradley anda siempre mohína.

La soledad la llevó a buscar a alguna otra muchacha solitaria, y fue así como se fijó en a Minerva Strachey. Minerva estaba en sexto, era celadora y al parecer muy inteligente. Disponía de un pequeño estudio para ella sola, algo insólito porque la mayoría de los estudios eran compartidos por dos o tres alumnas. Jill nunca había reparado en ella, hasta que una mañana la directora anunció que Minerva Strachey había ganado una beca universitaria y, de acuerdo con la tradición, había pedido una «media fiesta». Todas aplaudieron, contentas de prolongar las plegarias y entusiasmadas por la novedad, y boquiabiertas miraron hacia el fondo de la sala para intentar verla. Jill se negó a hacer esto último.

Más tarde supo quién era Minerva, cuando una alumna de sexto que estaba mirando el tablón de anuncios exclamó:

—¡Felicidades, Minerva!

—Gracias —repuso una voz suave.

Jill se volvió, picada por la curiosidad, y vio a una muchacha morena y delgada que se dirigía hacia los estudios con varios libros bajo el brazo. La que la había felicitado esperó a que se alejara para comentar a una amiga:

—*Toujours* una loba solitaria.

Entusiasmada de pronto, Jill dio un par de pasos en pos de

Minerva y se paró; abordarla no habría sido propio de ella. Sin embargo, se había despertado su interés por la muchacha y empezó a vigilarla.

Observó que Minerva casi nunca asistía a las clases y se pasaba todo el tiempo trabajando sola en la biblioteca. ¡Qué inteligente debía de ser! Cuando no estaba estudiando, daba paseos solitarios o se sentaba a leer en su habitación. No parecía tener una amistad especial con nadie.

No era guapa, pero Jill creía que tenía una cara «interesante»: ovalada y pálida, con ojos azul oscuro; su expresión era sería, pero en absoluto desagradable. Jill advirtió que, pese a ser solitaria, nunca parecía «mohína»; tan solo seguía su camino, silenciosa y tranquilamente sin exigir nada a nadie. En un arrebato Jill deseó ser como ella.

Mirar a Minerva es como leer una página de un filósofo estoico, se dijo llevada por la admiración.

Un día Minerva se dejó un cuaderno en la biblioteca; Jill lo encontró y lo leyó ávidamente. Practicó la firma hasta que supo imitarla a la perfección y leyó todos los trabajos y anotaciones sobre literatura que Minerva había escrito.

> *Así pues, vemos que al crear el personaje de Shylock Shakespeare se desvió de su intención original y, en lugar de un prestamista cómico, construyó una figura de dimensión trágica.*

Durante días Jill trató de armarse de valor para devolverle el cuaderno y separarse de él, y al final se lo entregó a la profesora de literatura inglesa, quien prometió dárselo a Minerva. La mujer supuso que Jill era demadiado perezosa para hacerlo.

Jill había aprendido a imitar la letra de Minerva, su comportamiento y su forma de entrelazar las manos, pero eso no servía de nada. Era incapaz de reproducir su remota

circunspección. Cada vez que se equivocaba en un análisis sintáctico, le ardían las mejillas y odiaba a la profesora y a sí misma.

Lo único que podía hacer era observar a Minerva, siempre escondida al fondo, y a veces, al atardecer, desde el campo de deporte, mirar la luz en la ventana de su habitación.

IV

Medía a todas, incluso a sí misma, por el patrón de Minerva, y a todas les encontraba defectos. Sus compañeras de curso eran pesadas y chillonas y, pese a las promesas que se hacía, siempre acababa discutiendo con ellas. Era incapaz de ignorarlas, como hacía Minerva. Le caía especialmente mal una muchacha alegre y regordeta llamada Rosalie Marston, que era el centro de un grupo de chicas que formaban la plana mayor del quinto curso.

No había razón para que Rosalie le resultara irritante: era simpática, someramente cordial y superficial, pero tenía buen corazón. Llevaba el pelo ahuecado, tenía unos excelentes dientes blancos, aunque un poco separados, y eternas manchas de tinta en los dedos. Daba la impresión de que no podía tocar una pluma sin mancharse.

Entre sus amigas había varios seres despreciables, que Rosalie aceptaba porque era demasiado lerda o demasiado superficial.

Jill se imaginaba a menudo peleándose con Rosalie, pero no pensaba que eso fuera a ocurrir. Sin embargo, pasó, y del modo más inesperado. Todo empezó con el medio día de fiesta pedido por Minerva. Jill pensaba dedicárselo a la propia Minerva, paseando sola por el campo, pero una mañana la directora anunció que lo pasarían todas juntas; asistirían al

partido de hockey que el equipo del colegio jugaría contra el de Saint Bride, y que era el más importante de la temporada.

—¡Siempre que nos dan media fiesta es para ver un partido! —protestó Jill. Era una auténtica estafa.

Sin embargo, descubrió con asombro e irritación que nadie compartía su punto de vista, pues todas estaban entusiasmadas con la perspectiva de ver el partido. La simpleza de sus compañeras la enfureció y, cuando llegó el recreo, entró malhumorada en el lavabo. Allí se encontró con Rosalie y sus amigas.

—¡Hurra, chicas! —exclamó Rosalie frotándose la cara con las manos mojadas—. Esta tarde no hay cole. Nos han fastidiado las horas de deporte.

—A caballo regalado no se le mira *au bouche* —aconsejó Molly Vine, mientras se ceñía la cinta del pelo—. Deberías agradecer que te dejen ver el partido en vez de perseguirte por ahí para que corretees y adelgaces.

—Un hurra por la Badger. Vale. Puf.

Rosalie tanteó el aire buscando una toalla, con los ojos cerrados. Había algo en su gesto de topo que irritó a Jill y la empujó a intervenir.

—Es un timo. Siempre que nos dan una tarde libre es para ver el partido con Saint Bride.

—Pues entonces, cuantas más veces me timen —repuso Margaret Wolsey—, más me gustará.

—Pero no nos han dado una media fiesta de verdad. Nos llevarán en fila a ver el partido, como siempre.

—¿Y qué? ¿Tú no quieres verlo?

—¿Qué quieres hacer?

Jill se sonrojó.

—Esa no es la cuestión. Si nos han dado media fiesta, tendrían que dejarnos hacer lo que nos diera la gana. Por eso se llama «fiesta».

—Oh, vamos. —Rosalie había encontrado la toalla y se frotó las sonrosadas mejillas hasta sacarles brillo—. Todo el cole ha de ser una piña. Vamos a animar a las chicas.

El cambio de tema enfureció a Jill.

—¿Es que no lo entendéis? Es una argucia para no darnos la media fiesta. Tenemos…

—Claro que nos han dado media fiesta.

—No nos han dado nada. Mira que eres tonta. Sois todas más tontas que un pollino. Os ha engañado como si fuerais niñas. ¿De qué sirve…?

—Oh, deja de quejarte. Tenemos media fiesta para ver un partido, ¿vale? Pues ve a verlo y cállate.

—Cállate tú. Y no me estoy quejando.

—Sí te estás quejando. No paras de buscarle los tres pies al gato. ¿No puedes tener la decencia de apoyar a tu colegio?

—Al diablo el colegio. No hablo de eso. Si eres tan corta como para no ver que la Badger te ha timado…

—Tonterías, tonterías. Cierra la boca y deja de porfiar.

—La verdad, no comprendo qué te molesta —dijo Rosalie tranquilamente, mientras colgaba la toalla.

Jill se volvió hacia ella temblando de indignación.

—¡Entonces eres una maldita imbécil! —le espetó, y se fue.

* * *

Durante toda la comida estuvo furiosa. No pensaba ver el partido. Para reforzar su decisión se dedicó a mirar disimuladamente a Minerva, y al salir del comedor vagó por los pasillos hasta la hora del encuentro. Entonces entró en la biblioteca, donde tenía previsto pasar toda la tarde. Salir del edificio habría sido demasiado arriesgado; además, por supuesto, en la biblioteca siempre podía aparecer Minerva.

No pudo, pese a su valor, reprimir cierto nerviosismo y eligió un sitio que no se viera desde la puerta. Las alumnas de cursos inferiores a sexto tenían prohibida la entrada en la biblioteca, salvo en horas especiales, y Jill aguzó el oído con inquietud mientras se sentaba con *Casa desolada* sobre las rodillas. A lo lejos se oían ovaciones y chillidos.

Alrededor de las tres oyó pasos y contuvo el aliento. Alguien se detuvo, abrió la puerta y entró. Jill quedó petrificada. La persona avanzó entre las estanterías hasta que de pronto se dejó ver. Era la señorita Keen.

—¡Dios mío, Jill! ¿Qué haces aquí? ¿Estás enferma?

—Oh, no, señorita Keen.

—Entonces, ¿por qué no estás en el campo? Ve enseguida. Jill respiró hondo.

—Pero…

—¿Y bien?

—Creí que, siendo media fiesta, podía hacer lo que quisiera.

A Jill la frase no le pareció particularmente grosera. Sin embargo, la señorita Keen se enfadó.

—¿Qué dices? No seas impertinente. ¿Cómo te atreves a esconderte aquí? Sal enseguida y ve al campo.

—Es tarde de fiesta. Puedo hacer lo que me apetezca.

—Desde luego que no. Si no hay clases es simplemente para que podáis ver el partido.

—Si no hay clases es porque Minerva Strachey…

—Deja de discutir y contradecirme. Es de lo más desagradable quedarse holgazaneando en vez de ir a animar al colegio.

—Si quiero, puedo quedarme.

—Será mejor que vayas a hablar con la directora.

A Jill le dio un vuelco el corazón.

—No entiendo por qué…

—Tal vez ella te convenza de que cuando da una orden es para que la obedezcan.

Con cara asustada Jill siguió a la señorita Keen hasta el estudio de la directora, donde tuvo que esperar, porque la señorita Badger estaba en el campo viendo el partido con las muchachas. La señorita Keen fue a buscarla; y Jill se sentó apenada en una silla y observó cómo la secretaria escribía a máquina. De vez en cuando la mujer bebía un sorbo del té de una taza que tenía al lado. Jill no conocía el lugar, y eso la ponía más nerviosa. No tenía la menor idea de lo que iba a decir.

Diez minutos después llegó la directora, y cuando se disponía a entrar una criada le entregó el correo de la tarde.

—Las cartas y un telegrama, señora.

—Gracias —dijo la señorita Badger.

Sin fijarse siquiera en Jill, entró en su estudio, con las cartas en la mano. Era una mujer alta, de facciones fuertes y simples, casi de campesina, y aún llevaba puestas la gabardina y la

bufanda. La secretaria la siguió y cerró la puerta. Jill se quedó sola y abatida, con la vista fija en los flecos de la alfombra. Estuvo sentada dos o tres minutos hasta que volvió la secretaria.

—La directora te espera.

A Jill le temblaban las rodillas cuando entró en el estudio y cerró la puerta. La señorita Badger estaba de pie ante el hogar de mármol, con el telegrama abierto en la mano.

—Pasa, Jill. Me temo que tengo que darte malas noticias. Tu padre está muy enfermo y tu madre recomienda que vuelvas a casa cuanto antes.

V

Seis días después Jill viajaba en tren de regreso al internado. Su padre había muerto y ella había asistido al funeral, que nunca podría olvidar. Mientras estaban en el húmedo cementerio, había soplado sin tregua un fuerte viento, que arrastraba consigo raudales de lluvia y obligaba a las mujeres a sujetarse los sombreros y las faldas. Había sido terrible ver cómo el ataúd descendía en la tumba. Jill estaba tan aterrorizada que no pudo llorar.

Solo cuando el tren empezó a frenar en Mallerton recordó la discusión con la señorita Keen, y le pareció tan lejana que no valía la pena preocuparse. Sabía que ahora nadie la mencionaría, pero trató de borrarla de su mente porque la vinculaba con la muerte de su padre. Siempre que pensaba en ella se sentía triste y asustada: triste porque no había hecho por su padre todo cuanto hubiera debido, y asustada porque era la primera vez que tenía contacto con la muerte. También ella iba a morir, y su madre, y todas las personas que conocía.

Ya casi anochecía cuando bajó del tren en Mallerton, y el

revisor se acercó con una lámpara para recoger el billete. Ella se lo entregó sin decir nada.

Entonces, en la salita de espera vio a una muchacha de pie bajo la lámpara, con las manos en los bolsillos; era Minerva Strachey.

—¿Eres Jill Bradley? La señorita Badger me pidió que viniera a buscarte. Fuera hay un taxi esperándonos.

Jill la miró fijamente, intentando salvar en un momento el hueco de seis días que la separaba de algo que apenas recordaba.

—Ah —dijo—. Ya.

Se deslizaron juntas en el amplio asiento de cuero, y a través del panel abierto de cristal Minerva dijo:

—Al colegio, por favor.

—Tengo que ir despacio, señorita. Se está levantando niebla.

—Muy bien.

El taxi bajó por la calle mayor de Mallerton y dejó atrás el mercado de grano, mientras el chófer hacía sonar su vieja bocina, que tenía forma de corneta. Jill se preguntó qué le diría Minerva.

—¿Has tenido buen viaje?

—Oh, sí, gracias.

—He traído chocolate, por si tenías hambre.

—Oh, no, gracias…

—Anda. Hay mucho. A mí no me entusiasma.

Jill se quitó el sombrero y aceptó el chocolate. Era de una

clase que le gustaba. La perplejidad y la sorpresa del encuentro empezaban a disiparse por obra de la elegancia y la serenidad que irradiaba Minerva. Esta dijo:

—Sé que has tenido malas noticias. Lo siento mucho. Me encantaría poder ayudarte.

Su voz era tan clara y dulce que a Jill ni se le ocurrió llorar.

—Gracias… No; ahora no hay nada que hacer.

—Lo siento mucho —repitió Minerva.

—Fue algo inesperado. Tenía gripe… y se transformó en pulmonía… y al parecer ya no tenía fuerzas para resistirlo. Trabajaba demasiado.

—Es triste. Muy triste.

De pronto Jill rompió a llorar. Volvió la cara y bajó la vista. Minerva no le hizo caso y al cabo de un rato dijo:

—Debes sentirte muy desdichada. Perdóname por haber sacado el tema. De todos modos, lo superarás, ya lo verás.

—No se trata de eso. No lo comprendes. Ya sé que todo el mundo tiene que morirse. Lo que me molesta es desperdiciar la vida en lugares horribles como el colegio…

—¿No te gusta el colegio?

—¡No!

—¿No tienes amigas?

—No.

—¿Ninguna?

—Ninguna de verdad. —Jill dejó de llorar y miró apenada a Minerva—. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé. Debes ser fuerte, supongo. Las cosas mejorarán.

—Todo el mundo piensa que soy una engreída.

—Es a mí a quien consideran engreída.

—¡No, nadie piensa eso de ti! ¡Además, no lo eres! ¡No, tú eres diferente! —exclamó Jill de forma impulsiva—. De todos modos, en tu caso no importa… Estás tan por encima de ellas que no necesitas a nadie. Pero yo nunca lo conseguiré, por más que lo intente. Te he observado y he tratado de…

Minerva alzó las cejas.

—Qué cosas más raras dices —observó con frialdad.

Súbitamente Jill se tragó la emoción y las confesiones más íntimas que iban a seguir, pues reconoció al instante que le habían administrado un gentil desaire. Se avergonzó de sí misma. Comprendía que Minerva le había indicado que, por mucho que se la admirara, había que guardar las distancias con ella; que la soledad no debía abandonarse ante la primera oportunidad de entablar una amistad, sino que era algo que debía cultivarse por sí mismo. Permaneció en silencio el resto del trayecto. Minerva le ofreció más chocolate y ella lo aceptó.

Los pilares de piedra de la entrada del colegio aparecieron en la bruma y ambas se pusieron el sombrero.

—Espero que te vaya bien —dijo Minerva con una sonrisa agradable—. Si puedo hacer algo por ti, no dudes en pedírmelo, ¿de acuerdo? —El taxi se detuvo—. Ve a decirle a la señorita Badger que has llegado. Tengo que pagar.

Jill se apeó, contenta de estirar las piernas entumecidas. Con la maletita en la mano, subió los escalones. Minerva se volvió hacia el taxista para pagarle y, al advertir que Jill titubeaba ante la puerta, agitó la mano y sonrió. Jill recordó que su padre había muerto.

Al día siguiente, al releer el relato John se desalentó al ver que

se parecía muy poco a lo que había deseado. No ofrecía casi nada de la Jill que él conocía; más bien empañaba la imagen. Pensando que era intimidad lo que le faltaba, recorrió todas las papelerías de la ciudad hasta dar con un diario del curso (aunque ya estaba a punto de acabar). Empezó a escribirlo como si fuera Jill, inventando anotaciones un día tras otro, sin asombrarse de que le resultara tan fácil.

* * *

MARTES. Ah, qué día más horrible. ¡Horrible y odioso! Ya ha pasado la novedad (hay que ver lo deprisa que pasa últimamente) y vuelvo a detestarlo tanto como siempre. Para empezar, esta mañana vi que habían desaparecido todas mis horquillas (sí, ¿y *quién* se las habrá llevado?), de modo que entre que las buscaba y trataba de encontrar un pasador no tuve tiempo de coger el libro de himnos antes de las oraciones… y, claro, a la Badger tuvo que ocurrírsele hacer una inspección, porque dice que últimamente ha visto que muchas chicas lo comparten. Supongo que cree que me gusta compartir el libro de himnos con Molly. Bien, el resultado es que tuve que copiar tres veces «Padre eterno, poderoso Salvador». Luego la Jennings me mandó que siguiera la traducción de latín justo en el momento en que me había distraído oyendo lo que Jackie contaba de su hermana (la actriz), y por eso me gané un punto negativo. «Tú, Jill, eres la que menos puede permitirse perder el tiempo…» Luego, caray, para comer hubo salchichas, que estoy convencida de que hacen que me salgan granos. Y por la tarde, dibujo, con un modelo de lo más inspirador: un par de escalones. Borré tanto el mío que la señorita Shore comentó: «Bien, supongo que debajo de esta suciedad hay un dibujo excelente, Jill, pero yo no lo veo». Todas se rieron, así que dije: «Me parece que este papel es de muy mala calidad…».

MIÉRCOLES. Se supone que hoy tenemos media jornada de fiesta, pero me enredaron para las tareas obligatorias-voluntarias-obligatorias de jardinería, como consecuencia de lo cual me ha salido una ampolla en la mano; de ahí la mala letra. Eso es lo malo de este sitio: no hay intimidad. El espantoso fervor con que se hace todo aquí… Siempre corriendo de un lado a otro, llevando un distintivo aquí, una banda allí, un premio acullá. Por eso estoy siempre con los nervios crispados, dispuesta a atacar a cualquiera. «Jill, nuestra fierecilla», como dice la Jennings (tengo que acostumbrarme, para poder decirlo yo con toda tranquilidad).

JUEVES. Debo ser sincera y declarar que Keats no me gusta tanto como Dowson. *La Oda al otoño,* por ejemplo: «sus celdas viscosas»… ¡Aaaj! «Coro lastimero»…, qué anticuado; decir esto, supongo, es una tontería. Y luego «aplastar las uvas de la dicha contra su fino paladar», lo cual, además de recordarme a Joy Roberts, siempre me hace pensar en dentistas y dentaduras postizas.

Ahora tengo que dejarlo. Siempre pienso que el mejor comentario sobre este lugar es que tengo que escribir mi diario encerrada en el lavabo.

VIERNES. Como llovía, hoy hemos pasado el recreo en el salón, y en cierto momento me vi reflejada en el cristal de un cuadro. Qué conmoción: tan solo una bata, una blusa y una corbata más del montón. Yo vista desde fuera. ¿Y esto soy yo vista desde dentro? No; en el fondo creo que no es la verdadera Jill. Al menos no como cuando cabalgo a lomos de Toby en un «éxtasis silencioso» o escucho la «Canción de las hadas» de *La hora inmortal…*

SÁBADO. Otro día aborrecible, todo el tiempo soportando a Delia. ¿Por qué demonios tendremos que sentarnos por orden

alfabético? La odio más de lo que he odiado a nadie en toda mi vida. Odio su cara gorda y estúpida y su flequillo. Odio su torpe desaliño, y que no pueda escribir sin poner su cóncavo índice sobre el portaplumas. Hoy en Mates hemos hecho geometría, y ella no tenía lápiz. Me pidió uno a mí, pero yo solo tenía un Venus nuevo, y se lo dije. Antes de que pudiera impedírselo dijo: «Bien, me servirá», me lo quitó, lo partió en dos y me dio la mitad que no tenía punta. Traté de darle un cachete y forcejeamos un poco, así que la vieja B. vino a meter la nariz y nos soltó no sé qué monserga. ¿Por qué esa estúpida no sabe mantener el orden? Toda yo temblaba de furia y las lágrimas no me dejaban ver. No tenía cortaplumas para sacar punta al trozo de lápiz y sabía que si pedía uno prestado me echaría a llorar, porque era un lápiz especial de la caja que papá me regaló en Navidad y lo había traído especialmente para hacer dibujos. Me quedé mirando la hoja hasta que la vieja B. se acercó y vio que no había hecho nada. La cosa se puso fea. Le dije que no tenía lápiz y ella me dijo que eso no era excusa, que podía haber pedido uno prestado. Dije que no me encontraba bien. «Hace diez minutos te encontrabas lo bastante bien para pelearte», dijo ella. «No me estaba peleando», dije yo, y me eché a llorar. Me moría de rabia y me odiaba a mí misma y las habría matado a todas juntas. Por suerte sonó el timbre.

MÁS TARDE. Delia me tiene harta. Se ha dado cuenta de que todas las noches me paso siglos en el lavabo (escribiendo esto, claro, pero ella nunca lo creería) y va por ahí contándoselo a todo el mundo. Ojalá se quemara su casa con todos dentro.

DOMINGO. Día de descanso. No lo creo. Demasiado furiosa para escribir más.

LUNES. Hoy me han regañado y al parecer nadie cree que vaya a conseguir el certificado escolar. Ni siquiera yo. ¿Por

qué no puedo irme y vivir tranquilamente lejos de este hatajo de sinvergüenzas e imbéciles?

MARTES. Hoy ha sucedido algo extraño. La señorita Fairfax tenía que ocuparse de una clase de niñas al mismo tiempo que la nuestra, y estaban todas en el aula contigua, cosiendo. Me dijo a mí —¡a mí!— que fuera a leerles y me puso a cargo de una clase de veinte criaturitas. Yo estaba tan sorprendida que ni siquiera me puse nerviosa, y les leí un cuento sobre la hija de un leñador que vivía en lo más profundo del bosque (criatura afortunada). Como le añadí toneladas de expresividad, las crías estaban fascinadas, y de vez en cuando tenía que decirles que siguieran con sus mantelitos, peinadores y fundas de cojín, porque se quedaban escuchando con la boca abierta. Pero se les enredaban los hilos de tal manera que cada dos por tres tenía que levantarme para ayudarlas, de modo que al final les dije que dejaran la costura y se sentaran a mi alrededor para escuchar el cuento hasta que tocara el timbre. Estaban embobadas. En cierto momento sentí una pena terrible pensando en mi juventud perdida, pero la verdad es que no lo lamento. Sé que las cosas irán cada vez peor, pero no me importa, porque también mejorarán cada vez más. No volvería atrás ni por todo el oro del mundo…

Hoy no se han portado tan mal.

Después empezó a preocuparle que el resto del diario quedara intacto y trató de llenar los doce meses con la secreta esperanza de crear todo un año de la vida de Jill, que tal vez ampliaría con poemas breves sobre la primavera y el otoño y cartas para agradecer regalos de cumpleaños y Navidad. Pero eso significaba trasladar el primer relato, lo que le daba pereza; con el tiempo empezó a confundir la cronología, y de repente el proyecto entero se le antojó insulso y falto de interés. No había avanzado un milímetro en la creación de una

Jill independiente; lo único que había hecho era representarse a sí mismo en la imagen de ella. Y de ese modo había expulsado la imagen de su mente. Por mucho que lo intentara, no conseguiría dar vida al retrato de Jill, aunque al principio le hubiera resultado fácil.

La posesión definitiva le sobrevino un día durante el almuerzo, mientras comía pan con queso y oía charlar a los becarios, algunos de los cuales hablaban sobre el hundimiento del *Jervis Bay.* Como si lo hubieran hechizado, se quedó quieto con el cuchillo en la mano y el corazón desbocado. Tenía la sensación de estar mirando fijamente el centro de un haz de pura luz blanca: le parecía ver la esencia de Jill, alrededor de la cual los detalles prácticos y secundarios se formaban y transformaban a medida que los volcaba en el papel. Tenía la certeza de saber exactamente qué era ella y cómo debía expresarlo. La palabra era «inocente». La había usado mentalmente decenas de veces, pero hasta entonces no la había comprendido.

Se levantó dejando en el plato una corteza de pan moreno y un poco de queso, impaciente por volver a coger la pluma y el papel, pero cuando llegó a la puerta otro estudiante lo abordó para hablarle persuasivamente de las actividades de cierto club político. Era pelirrojo y tenía los hombros muy anchos. John se movió inquieto, deseoso de escapar.

—No sé nada de…

—Entonces eres justamente la clase de persona para la que se ha creado el club. Mira, te diré cómo vemos las cosas. Los alumnos tenemos aquí ciertas ventajas; ventajas por las que probablemente hemos luchado, pero que de ningún modo nos ponen en situación de influir en la marcha de los asuntos. Mucha gente de nuestra edad trabaja en fábricas u oficinas y

no tiene tiempo libre. Nosotros sí lo tenemos, y estarás de acuerdo en que debemos emplearlo bien. Contamos con bibliotecas y una buena cantidad de conferenciantes, e incluso en el breve período que pasemos aquí es posible (sé que es posible) que aprendamos sobre el pasado y el presente lo suficiente para no estropear el futuro cuando nos llegue la hora de ser ciudadanos.

—Sí, pero…

—Escucha, tenemos un club central, donde cada semana nos reunimos para debatir cuestiones de interés general inmediato, y por norma invitamos a un conferenciante de renombre. Habrás visto los carteles…

—Sí, claro, pero…

—Pero además intentamos hacer algo por nuestra cuenta.

Hay tantos clubes que se reúnen cada semana para oír una charla… No te daré nombres, pero probablemente ya sabes a qué me refiero… Nosotros nos dividimos en grupos por *colleges*. Cada *college* tiene un grupo de debate, que cada trimestre elige un tema y lo analiza desde todos los ángulos. Sus miembros se encargan de analizar diferentes aspectos. Pongamos por caso que el grupo de nuestro *college* ha elegido la India como tema de debate. Entonces yo, por ejemplo, me ocupo de la administración; tú, de los objetivos y métodos del partido nacionalista; otro se encarga de estudiar las diversas religiones y sus actitudes políticas, y así sucesivamente. De este modo formamos un grupo de expertos, cada uno de los cuales tiene la misión de averiguar todo lo posible sobre un punto particular. Luego ponemos en común nuestros conocimientos leyendo una monografía al resto del grupo.

—Yo…

—Así que dejas de ser un miembro cualquiera del club y durante ese trimestre te conviertes en un especialista en el tema que has estudiado, e incluso puedes corregir al conferenciante de turno si mete la pata. Es decir, empiezas a tener una posición. Lo que intentamos es hacer algo, ¿lo entiendes?

—Sí, pero…

—Al fin y al cabo, ¿quién va a hacerlo si no lo hacemos nosotros? Cuando acabe la guerra habrá una demanda enorme de personas inteligentes y bien informadas para dirigir grupos y organizar actos cuya función será vigilar que los políticos no vuelvan a cometer los mismos errores. Una especie de vanguardia del nuevo orden mundial.

—Mmm… Yo…

—Bien, ¿por qué no vienes esta tarde a la merienda de apertura? Hoy estamos de suerte: vendrá el presidente para hablar a los miembros nuevos y potenciales.

—Vaya… pues parece muy interesante… ¿Dónde es?

—En mis habitaciones… Si quieres trae papel y lápiz, o piensa alguna pregunta. La cuota por medio trimestre es de dos chelines.

—Sí, me pasaré si puedo… Pero ahora tengo que irme… Una… cita.

Logró escabullirse y cruzó el patio casi a la carrera antes de percatarse de que, por supuesto, la extraordinaria claridad de percepción que le había sido concedida durante unos minutos se había disipado por completo. Cuando, una vez en la habitación, se sentó ante el papel, no acudió nada a su mente, salvo una chata opacidad, como un muro de piedra gris, y suspirando dejó la pluma para tumbarse en el sofá con las

manos en la nuca.

Poco después entró Eddy. Llevaba una gorra de *tweed* que arrojó sobre la mesa.

—¿Chris no está?

—Creo que ha ido a jugar al *squash.*

—Ah —dijo Eddy instalándose en el sillón—. ¿Te molesta que lo espere?

Se puso entre los labios un cigarrillo sin encender y estiró las piernas, de modo que le dio una patada a John en el tobillo, acto por el que no se disculpó. John guardó el diario de Jill y, tras abotonarse el abrigo, salió de mala gana sin saber adónde ir ni durante cuánto tiempo estaría fuera. En la conserjería le entregaron una carta del decano del *college,* que lo invitaba a tomar el té en su casa el domingo. John vio que había un sobre idéntico para Whitbread. Se lo guardó en el bolsillo.

Al parecer en el cine solo había parejas o grupos de tres o cuatro personas, y cuando las luces se encendieron John se encontró pensando, muy a su pesar, en Christopher y Elizabeth y disculpando en parte la conversación que había oído. Le costaba recordar las palabras exactas, pero ¿de veras habían sido tan ofensivas? ¿No había habido en ellas un poco de afecto, quizá un tanto condescendiente, pero no falto de jovial tolerancia? En los últimos días Elizabeth no se dejaba ver, pues tanto ella como Patrick estaban ocupados atendiendo a un primo que pasaba unos días en la ciudad, de modo que de vez en cuando Christopher charlaba amigablemente con John y este le respondía con afabilidad y sencillez. Tal vez Christopher y Elizabeth habían hablado de él del mismo modo que hablaban de todo el mundo: sin ninguna intención, solo para divertirse.

Se sentía como un niño que en un ataque de rabia abandona un juego y, al volver la vista, ve que el juego continúa y desea con todas sus fuerzas participar de nuevo.

Sin embargo, mientras bebía una taza de té en un bar barato y más bien sucio, experimentó tal repugnancia por sí mismo que se preguntó cómo podría vivir una hora más. Era imposible ser amigo de Christopher y Elizabeth, y eso era lo único que deseaba ahora que había abandonado desesperanzado el intento de construir un mundo en torno a Jill. Sabía que, una vez más, un mundo se había hecho añicos entre sus manos. Pagó a la camarera, que llevaba un mugriento delantal sujeto a la cadera con alfileres, y salió.

Sus pasos lo llevaban hacia el *college,* pero recordó a tiempo la merienda política y se detuvo. Alrededor se alzaban edificios antiguos; unos pocos peatones bien abrigados se apresuraban aquí y allá; una muchacha pasó velozmente en bicicleta, como si huyera de algo. Calle abajo había algunos coches aparcados y en un *college* cercano brillaba una decena de luces. A su lado pasó un negro con un impresionante abrigo de pieles, gafas de montura dorada y un bastón de marfil; John lo siguió con la mirada, el pelo revuelto por el viento, y luego, con una resolución súbita e inútil, empujó la puerta de cristal de una gran librería con la esperanza de encontrar algo lo bastante barato para comprarlo y dispuesto a disfrutar del olor de los libros, el reflejo de la luz eléctrica en las hojas satinadas y el repiqueteo amortiguado de una máquina de escribir detrás de la puerta de un despacho. Avanzó con aire pensativo entre los estantes, cogiendo de vez en cuando algún libro para mirarlo, no con envidia, sino con una curiosidad distante. Desde la caja llegaban el tintineo de monedas y alguna pregunta murmurada.

Entonces, mientras acariciaba absorto el borde de una

página sin cortar, con un sentimiento pasajero de frustración, dejó vagar la mirada por el pasillo y se llevó un susto mayor que si un ladrillo hubiese roto el escaparate de la librería.

Vio a Jill.

Acababa de salir de una salita contigua y, moviéndose entre las estanterías, avanzaba hacia donde él estaba. Por un instante volvió a la salita, como si quisiera echar un segundo vistazo a algún libro, pero enseguida reapareció y continuó acercándose despacio por el pasillo.

No eran imaginaciones de John: la muchacha se parecía a Jill. Y el parecido no era vago; era tan exacto que por un momento John no recordó a quién pertenecía ese rostro tan familiar. Estaba demasiado atónito para pensar mientras veía ante sí la materialización de su fantasía.

Sí, era el pelo de Jill, del color de la miel oscura y viscosa, su rostro serio, los pómulos altos y marcados. En las mejillas se le formaban pequeños hoyuelos porque, como John advirtió al tenerla más cerca, estaba silbando muy suavemente. Llevaba el abrigo desabotonado, y los guantes de lana azul metidos en los bolsillos y, en lugar de medias, calcetines cortos; y sus manos, que ahora sostenían un libro y pasaban las páginas, eran pequeñas y huesudas, y no estaban bien cuidadas. Cuando John se acercó, la muchacha alzó la vista y retrocedió un poco para dejarlo pasar.

Transcurrieron unos segundos, durante los cuales John, sin hacer el menor ademán de moverse, se quedó mirándola. Era absurdo, risible, inverosímil. Entonces ella levantó de nuevo la vista y sus ojos grises, completamente desconocidos, se encontraron con los ojos muy abiertos de él. Los dos, ambos de aspecto tan joven, se miraron fijamente.

—Yo… —dijo John, atropelladamente, e hizo una pausa—.

Tú… ejem… ¿No nos hemos visto antes? Ella frunció un poco el entrecejo.

—No —se apresuró a contestar—. Creo que no.

John no advirtió que la muchacha estaba nerviosa y pensó que quería quitárselo de encima cuanto antes. Se sonrojó, aturullado.

—Ah, lo siento. Me había parecido…

Ella dejó escapar una risa seca.

—Estoy segura de que no te conozco —afirmó, y levantó el libro para zanjar la cuestión.

Nadíe había reparado en la escena. John, que seguía plantado allí, sabía que debía pedir disculpas y alejarse. Si lo hizo, sin embargo, fue solo como reflejo de la turbación, porque aquello era ridículo; quería que ella admitiera que lo conocía, que confesara quién sabía qué. Ver aquel desgarbado cuerpo de muchacha lo había llenado de un temeroso anhelo, como una llamada del destino. Había esperado cualquier cosa, salvo que ella no lo reconociera.

Continuó observándola desde detrás de otro anaquel. Cerró los ojos y volvió a abrirlos para asegurarse de que la impresión seguía siendo la misma. Con la certeza, su emoción se agudizó; de las ganas de reír pasó a las ganas de llorar, y con una suerte de alivio dejó escapar un sollozo. Pues por encima del asombro y de la humillación surgía un sentimiento más noble: la gratitud. Se sentía como un velero que se adentra en el estuario de un río, de regreso a casa después de una larga travesía por el mar.

Pero ella se alejaba. Con mucho cuidado había devuelto el libro al estante y recorría el pasillo lentamente, mirando títulos, mientras se ponía los guantes de lana azul. Él la

acechaba. La arquitectura no la retuvo; tampoco la cocina, ni la música. John hizo a un lado todas las preguntas en su determinación de seguirla. Ella llegó a la puerta y la abrió; en el crepúsculo otoñal un caballo tiraba de un carro y, calle abajo, varias tiendas se habían iluminado antes de cerrar. La muchacha echó a andar abrochándose el abrigo y John la siguió, a unos quince metros de distancia, tratando de interpretar cada detalle de su paso. Una vez que se hubo colocado en línea con ella, se sintió absuelto de tomar otras decisiones y satisfecho por ese mero acto de devoción.

Ella caminaba despacio, sin volver la cabeza. John apretó el paso hasta colocarse a diez metros del abrigo beige, ansioso por verle la cara para confirmar que continuaba siendo quien él pensaba, que no había sido una fabulosa ilusión óptica. Pero sería una estupidez acercarse demasiado. Entre el entusiasmo y el miedo, el corazón se le había desbocado y notó que estaba sudando, como si anduviera a la caza de un animal delicado y singular.

Lo que ocurrió tuvo el carácter moroso y quimérico de un sueño. Ella cruzó la calle hacia un aparcamiento de bicicletas que había junto a un pequeño cementerio, se agachó para abrir el candado de la rueda trasera y lo metió en la cesta junto con la cadena, encendió el faro y se alejó en el crepúsculo pedaleando primero de pie, para después sentarse en el sillín. John la vio dejar atrás el monumento a los Mártires, mirar los coches que circulaban y alejarse hasta que la perdió de vista. En menos de un minuto ya estaba a cien metros.

Automáticamente John salió tras ella como un rayo y corrió calle arriba, chocando con los que volvían a casa del trabajo o de comprar. Corrió trescientos metros por esa calle que salía de la ciudad hacia Banbury, entre hileras de casas residenciales del siglo pasado, con jardines y árboles cuyas copas se

inclinaban sobre la acera, hasta que al fin aflojó la marcha y siguió andando inútilmente a buen paso. Sabía que era inútil, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Abrigaba la esperanza de que ella diera media vuelta por algún motivo o hubiera entrado en una de aquellas casas, de modo que él vería la bicicleta ante una puerta y aguardaría a que saliera. De todos modos estaba demasiado alterado para volver con tranquilidad a su habitación y sentarse en un sillón.

Mientras caminaba, daba vueltas al asunto en la cabeza, ilógicamente, todavía anodadado, considerando primero un aspecto para pasar enseguida a otro, sin esforzarse en relacionarlos. Así pues, ella existía. Era desconcertante; la idea que había fraguado a escondidas del mundo se manifestaba de repente en carne y hueso, real, y lo obligaba a actuar. ¿Qué debía hacer?

Puesto que ella era real, tendría nombre y dirección. ¿Cómo averiguarlos? Miró alrededor. Las alcantarillas estaban repletas de hojas y la ausencia de tráfico permitía que la quietud reinara en los jardines, donde aún sobrevivían algunas margaritas y dalias tardías. Cualquiera de aquellas casas podía ser la suya. John las miró con envidia: las salas iluminadas, algunas con la mesa preparada para el té. En la calle no había nadie, salvo una criada que, con una chaqueta sobre los hombros, corría hacia un buzón para echar una carta. ¿Dónde habría bajado ella de la bicicleta y abierto el portón con cuidado para que no escapara el perro?

Se detuvo bajo un árbol y miró a ambos lados. Y si averiguaba su nombre y dirección, ¿qué haría? Después de la grosería de aquella tarde no se atrevería a abordarla de nuevo. No le quedaría sino descubrir cómo era su vida real, seguirla a escondidas, hacer listas de la ropa que llevaba y los lugares adonde iba, convertirla una vez más en el propósito de su vida,

ahora que envidiosamente volvía a despreciar la compañía de Christopher y Elizabeth. En semejante empresa su soledad sería un bien inapreciable; significaría disponibilidad e incluso encanto.

A la mañana siguiente se despertó antes del alba, nervioso e ilusionado con el día que empezaba. Mientras se vestía, prestó especial atención a su aspecto, se anudó bien la pajarita y se puso brillantina en el cabello. Para desayunar había arenques ahumados, circunstancia que apreció sobremanera Whitbread, quien exhibió una notable habilidad para diseccionar su ración, mientras hablaba con John sin dejar de masticar.

—Hay que pillarle el tranquillo, ¿sabes? —dijo—. Tengo un tío que en cien segundos quita hasta la última espina de un arenque. Una vez cronometré el tiempo que tardaba. Y te aseguro que cuando acaba no encuentras ni una. Tan solo hay que saber dónde mirar.

John se sacó de la boca unas cuantas espinas.

—Allí está el tesorero —continuó Whitbread, mientras el catedrático entraba en la sala y se sentaba en la mesa de los profesores. Debido a una norma de tiempos de guerra muchos preceptores residentes en el *college* desayunaban en el comedor, y el tesorero la obedecía con regularidad casi desafiante—. Tiene aspecto de haber pasado mala noche. Demasiado oporto, juraría yo.

—A propósito —se apresuró a decir John—, tengo una carta para ti. La encontré anoche en la conserjería y luego no vine a cenar. Es del decano; una invitación a tomar el té, seguramente. Lo siento, me había olvidado.

—¡Vaya! —Whitbread la cogió y se la metió en el bolsillo sin abrirla—. Sé que no te lo tomarás a mal, Kemp, pero ¿te importaría no tocar mi correspondencia? Así es como se

pierden las cosas. Sé que lo hiciste por amabilidad, pero podría haber sido una carta importante y me habría llegado tarde.

Después del desayuno John se puso el abrigo y se dirigió con paso nervioso a la ciudad. Había helado y los camiones que habían pasado la noche al raso estaban cubiertos de una capa blanca de escarcha que destellaba bajo el sol. El cielo era azul y remoto; una atmósfera vigorosa lo dominaba todo. John observó las grandes bandejas de bollos y panes que un hombre sacaba de una furgoneta y entraba en una pastelería; la gente salía a comprar y estudiantes en bicicleta pasaban con libros metidos de cualquier modo en la cesta del manillar. Otros alumnos con toga caminaban presurosos por la acera. En el vestíbulo de un cine una mujer fregaba de rodillas el linóleo; llevaba un delantal de arpillera y tenía un cubo al lado. De la taquilla llegaba el ruido que hacía alguien al contar dinero.

Se sentía como un detective solitario y no sabía muy bien dónde empezar. El instinto lo llevó en primer lugar a la librería donde la había visto el día anterior, pero allí no había casi nadie y no se quedó mucho tiempo. La dificultad de la tarea empezó a agobiarlo. Tal vez ella no fuera a la ciudad aquella mañana; también cabía la posibilidad de que no viviera allí, que solo hubiera estado de visita y ya se hubiera marchado. De todos modos, suponiendo que tuviera la costumbre de ir de tiendas, las posibilidades de que volviera a verla eran muy escasas.

A juzgar por su aspecto, debía de tener quince o dieciséis años. ¿Estaría pues en secundaria? Cuando John la vio eran más o menos las cinco. Si estudiaba en un instituto local, había tenido tiempo de ir a su casa y salir de nuevo, sobre todo teniendo en cuenta que disponía de bicicleta, pero si solo había querido pasar por la librería lo más probable era que lo hubiera hecho en el camino de vuelta a su casa. A menos, claro, que no

le quedara de paso. En cualquier caso, ¿y el té?

El problema principal era que, si iba al instituto, buscarla en la ciudad por la mañana o a primera hora de la tarde era inútil. Vagó por la calle mayor, mirando ansiosamente la cara de los transeúntes; poco antes de las diez y media entró en la cafetería de un gran almacén y se sentó en un rincón. El local estaba casi vacío, pero cerca de las once empezaron a llegar grupos de personas que se sentaban a fumar y charlar, tomar café y pasar el rato. Era la primera vez que John iba allí, pero había oído que era el lugar donde podía encontrarse la mayor cantidad posible de gente en el lapso más corto, y, a medida que el salón se llenaba, comprobó que la afirmación era muy cierta. Al cabo de un rato empezaron a juntarse mesas y traerse sillas del comedor contiguo para dar cabida a grupos más nutridos. Vio entrar a Christopher Warner, Patrick y Tony Braithwaite; más tarde se les unieron Elizabeth y una muchacha morena con cara de judía que John no había visto nunca. Se había enterado de que Tony Braithwaite tocaba el piano en la banda de la universidad. Cada vez que entraba alguien en el local, sentía una dolorosa punzada de aprensión, hasta que veía todas las caras del nuevo grupo. Con su cabello rubio y su tez pálida, podría habérsele tomado por un fanático, pero los ojos no le brillaban lo bastante.

El café costaba cuatro peniques y era una forma notablemente barata de llevar adelante la investigación. Al cabo de tres cuartos de hora se trasladó a una cafetería similar, donde estuvo hasta las dos y cuarto. Entraban y salían muchas personas, pero no la que él buscaba. Antes de volver al *college* para comer, se pasó por varias librerías y grandes almacenes, donde se concentró en las secciones que supuso podrían interesarle a ella: la de telas, la zapatería, la perfumería. Las dependientas lo miraron con recelo, pero no lo molestaron.

No era de extrañar que a la hora de comer se sintiera deprimido. Estaba cansado físicamente y la cantidad de entusiasmo y energía que había gastado en un propósito tan nimio era preocupante. Solo ahora comprendía que su intenso deseo de ver a la muchacha no era razón para que ella apareciese ante él; solo ahora se daba cuenta de lo grande que era la ciudad, de lo imposible que era vigilar incluso unas pocas calles. Y la multitud hacía que la búsqueda pareciera no menos urgente, pero sí menos relevante.

Sin embargo, no podía descansar. Por la tarde recorrió la zona del norte de la ciudad, más dispersa y tranquila; atravesó parques donde el viento transportaba los gritos de los jugadores de hockey y caminó por la ribera del río y por respetables calles bordeadas de árboles que serpenteaban y se cruzaban unas con otras. Curiosamente, no bien había elegido un lugar donde imaginaba que podía encontrarla, el sitio en cuestión parecía vacío, y su inspección, inútil. Antes de doblar una esquina volvía la vista atrás, no fuera a ser que ella apareciese demasiado tarde. Cualquiera que lo hubiera observado habría pensado que se creía perseguido.

Eran casi las cuatro y el sol, una bola roja que ardía gélidamente, empezaba a descender tras los tejados y los árboles desnudos. John caminaba a buen paso de regreso a la ciudad, mirando con atención a los ciclistas que pasaban, y al llegar al centro entró en una cafetería para tomar el té. Si había un sitio donde ella podía aparecer era aquel, pensó mirando las mesitas con manteles, las bonitas flores artificiales, los ceniceros y el trío de hombres maduros —piano, violonchelo y violín— que interpretaban composiciones de comedias musicales. Empezaba a asociar a la muchacha con escenas como esa. Sin embargo, ella no apareció. John comió una tostada con mermelada y unas pastas y bebió el té, mientras

miraba en derredor incesante pero infructuosamente. El trío de músicos hizo una pausa, descansó seis minutos y atacó una nueva selección. A John, impaciente como estaba, la música le pareció muy irritante. La gente entraba y salía. Desesperado, pidió la cuenta y pagó, sintiendo la amargura del fracaso.

Aunque sabía que estaba gastando tiempo y dinero de la manera menos provechosa, pasó el día siguiente del mismo modo, y también el siguiente. Sencillamente no podía hacer otra cosa. Admitía que era improbable que volviera a verla; sabía asimismo que, aunque la encontrara, no tenía forma de averiguar su nombre ni de darse a conocer él mismo. Cada vez que recordaba su torpeza durante el primer encuentro le entraban ganas de llorar de rabia. La situación no solo había sido embarazosa, sino que además imposibilitaba cualquier nuevo intento de entablar amistad. El tercer día fue a tomar el té a una cafetería distinta; sentado a una mesa de cristal, observó comer a la gente y el reflejo del vasto salón en los espejos de las paredes, mientras esperaba a que le sirvieran lo que había pedido. Cuando la camarera se acercó, miró la bandeja que llevaba para ver qué pastas había elegido y el instinto le hizo alzar la vista hacia la puerta. Allí estaba Jill. La camarera empezó a poner las cosas sobre la mesa, y le tapó la vista. Con un balbuceo inarticulado John estiró el cuello para tratar de ver detrás de la mujer y, al no conseguirlo, intentó ponerse en pie. Cuando se levantó, no había nadie en el vano de la puerta. Echó un rápido vistazo al salón y observó que la muchacha, en vez de entrar, había retrocedido hacia la calle, como si no hubiese visto a ningún conocido.

—Dos con ocho, señor —dijo la camarera entregándole la cuenta.

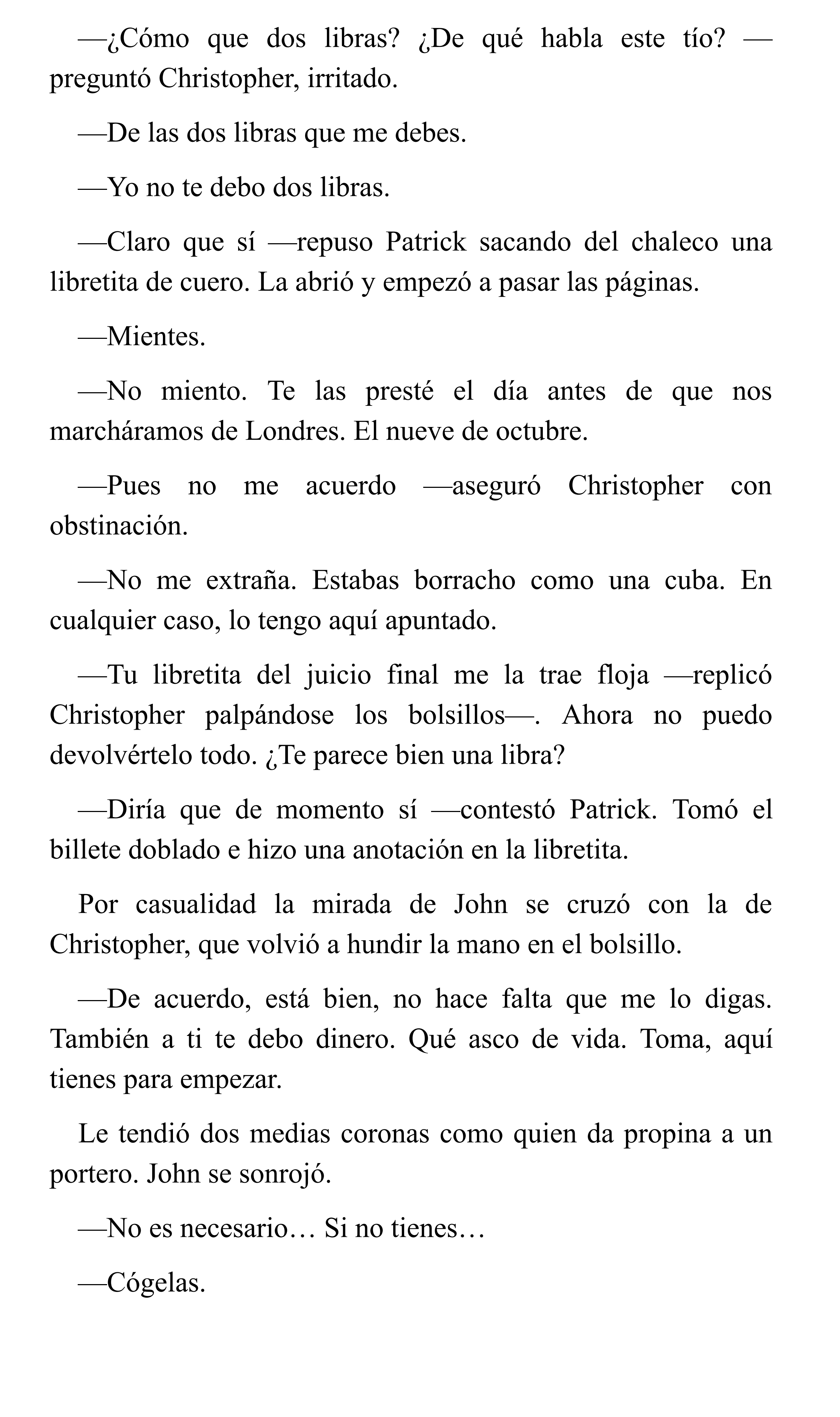
John pagó y corrió hacia la puerta olvidando el abrigo. Ella no podía estar lejos, su actitud no había sido la de una persona

con prisa; se había asomado con las manos en los bolsillos y había mirado tranquilamente el salón, como si no tuviera nada que ver con ella. John miró a un lado y a otro. Ni rastro. La gente se dispersaba y confluía, se cruzaba y desviaba ante sus ojos; bastaban diez segundos para que una figura se perdiese en la marea cambiante. Volvió a entrar en la cafetería en busca del abrigo (otras personas habían ocupado su mesa) y se internó en el tráfico del crepúsculo sabiendo que ella estaba cerca, tentadoramente cerca, y que si era lo bastante rápido tenía muchas posibilidades de encontrarla.

No la vio. Después de recorrer las calles aledañas comprendió de pronto que debía de haber ido a otra cafetería al encontrar llena la primera o desagradarle por un motivo u otro. Así pues, se dedicó a entrar en todas las que veía; se asomaba un instante, igual que había hecho ella, y se marchaba a toda prisa. Visitó todas las que conocía, incluso la de un cine, pero fue en vano. No había forma de encontrarla, y poco a poco lo ganó el desaliento; más que deprimido, se sentía furioso y decepcionado.

Lo que lo irritaba era haber desperdiciado la oportunidad, pues se daba cuenta de que se le presentarían muy pocas, si es que surgía alguna más.

El día siguiente era domingo. Se preguntó si ella iría a la iglesia. Pese a la furia y la decepción, no podía dejar de agradecer que al menos ella existiera y él tuviera que concebir tácticas acertadas para encontrarla. Se sentó en la sala de estudiantes y hojeó sin interés un periódico, mientras en un rincón Christopher y varios alumnos de segundo hablaban en voz alta. También estaba Patrick, quien al cabo de un rato pidió a Christopher que le devolviera las dos libras que le debía.



—¿Cómo que dos libras? ¿De qué habla este tío? —preguntó Christopher, irritado.

—De las dos libras que me debes.

—Yo no te debo dos libras.

—Claro que sí —repuso Patrick sacando del chaleco una libretita de cuero. La abrió y empezó a pasar las páginas.

—Mientes.

—No miento. Te las presté el día antes de que nos marcháramos de Londres. El nueve de octubre.

—Pues no me acuerdo —aseguró Christopher con obstinación.

—No me extraña. Estabas borracho como una cuba. En cualquier caso, lo tengo aquí apuntado.

—Tu libretita del juicio final me la trae floja —replicó Christopher palpándose los bolsillos—. Ahora no puedo devolvértelo todo. ¿Te parece bien una libra?

—Diría que de momento sí —contestó Patrick. Tomó el billete doblado e hizo una anotación en la libretita.

Por casualidad la mirada de John se cruzó con la de Christopher, que volvió a hundir la mano en el bolsillo.

—De acuerdo, está bien, no hace falta que me lo digas. También a ti te debo dinero. Qué asco de vida. Toma, aquí tienes para empezar.

Le tendió dos medias coronas como quien da propina a un portero. John se sonrojó.

—No es necesario… Si no tienes…

—Cógelas.

—No, de veras.

—¿Qué diablos dices? Cógelas. No necesito tu dinero.

Había recalcado (o eso imaginó John) la palabra «tu». Las dos monedas cayeron sobre el libro que John acababa de abrir. Este permaneció en silencio y arrebolado, sin atreverse a tocarlas.

—Cuando hayas vivido tanto como yo, Chris —dijo uno de los alumnos de segundo—, no le devolverás el dinero a quien se niegue a aceptarlo. Se te habrá embotado el sentido del honor. Por cierto, contaba con que esta tarde me invitaras al cine.

Las risas dieron paso a una conversación más distendida y, sin que los demás lo advirtieran, John cogió los cinco chelines y se los guardó. Al fin y al cabo, le alegraba recuperarlos, reconoció avergonzado, porque en los últimos días había gastado más de lo que podía permitirse. Después se levantó y abandonó el salón, abrumado por la certeza de que Jill y todo cuanto representaba debían permanecer ocultos a Christopher, quien ni siquiera atinaría a recordar por qué la había mencionado él alguna vez.

Era la tarde en que él y Whitbread estaban invitados a la casa del decano, de modo que se quedó en su habitación escribiendo a su familia hasta que llegó la hora. Había quedado a las cuatro con Whitbread en la conserjería, y al salir cogió la carta. Se pusieron en marcha bajo un esplendoroso sol vespertino, ambos sin sombrero. Con la chaqueta negra y los pantalones de rayas que llevaba bajo el abrigo, Whitbread parecía un chico de los recados…

—¿Pasaremos por algún buzón? —preguntó John, sabiendo que Whitbread estaba al tanto de esas cosas.

—Si queremos, sí. ¿Por qué no la despachaste en la conserjería?

—¿Hay buzón allí?

—Claro. ¿No te has fijado?

John reconoció que no. Un viejo que cojeaba recorría la acera recogiendo colillas. Whitbread rezumaba satisfacción.

—El decano solo tiene estos detalles con los becarios. Así demuestra lo que piensa de nosotros. Y nos da la oportunidad de causar buena impresión.

—No lo conozco bien —admitió John, molesto por la familiaridad con que Whitbread lo trataba.

—Es un buen hombre. Tendrás que demostrarle que no estás cortado por el mismo patrón que Warner; el decano ya ha tenido problemas con él. La verdad es que no sé qué hace Warner aquí. Si lo único que le interesa es la bebida y las mujeres, podría haberse quedado en Londres. Al fin y al cabo, no necesita el título; no tiene que ganarse la vida.

—Tampoco creo que se lo den —observó John con súbito desdén, y se sintió complacido cuando Whitbread se echó a reír.

Siguieron por Banbury Road, entre parejas jóvenes que paseaban tranquilamente con niños que daban sus primeros pasos empujando cochecitos. Hojas húmedas se adherían al pavimento seco. Los árboles tenían pintados unos círculos blancos en el tronco a un metro del suelo. A lo lejos se oía una banda que tocaba un sencillo himno religioso, y un avión solitario surcaba el cielo a tal altura que apenas se veía.

—Vayamos por allí, si quieres echar la carta —propuso Whitbread volviéndose para cruzar la calzada—. Simplemente tendremos que entrar en la calle adonde vamos por el otro

extremo.

El silencio de la tarde era extraordinario. El buzón estaba en una avenida totalmente vacía.

—Es allí —dijo Whitbread señalando una de las casas valladas que se alzaban en hilera—. No está mal para un profesor de primer curso.

Abrió la verja y se hizo a un lado para que entrara John. En ese instante Jill pasó despacio en bicicleta, con la lentitud de un espejismo. Tenía una mano en el manillar y la otra metida en el bolsillo del abrigo desabotonado, pedaleaba despreocupadamente y también ahora silbaba. En su cabello, que ondeaba al viento, el sol ponía un matiz broncíneo que John no había notado la primera vez.

Se quedó paralizado. La costumbre de que apareciera justo cuando él era incapaz de seguirla —como ahora, cuando Whitbread, después de tocar el timbre, esperaba estirándose los picos del chaleco y escuchando los pasos de la criada en el vestíbulo— tenía algo parecido al aire de frustración de algunos sueños. Retrocedió un paso hacia la valla y la vio alejarse como un velero de juguete, irrecuperable en la distancia.

—¡Vamos! —masculló Whitbread al verlo titubear—. Estás en la luna, Kemp.

Era inútil. En menos de diez segundos la muchacha había desaparecido tras la primera esquina y la criada abría la puerta.

Al cabo de dos días, durante los cuales John no volvió a ver a Jill y empezó a aceptar que había desaparecido para siempre, Christopher entró en la habitación después de la comida y, plantándose ante el espejo, se frotó la mandíbula con un gesto interrogativo que indicaba que iba a afeitarse. En ese, como en

otros hábitos físicos, no era demasiado constante. Se inclinó y contempló su rostro con ojos críticos mirándose el mentón desde diferentes ángulos, y con un gruñido de insatisfacción se quitó la chaqueta para ponerse la bata roja. Acercó la tetera al fuego y encendió un cigarrillo.

John trabajaba tranquilamente en el escritorio.

Una vez que el agua hubo hervido, Christopher vertió un poco en una de las tazas de John, que tenía el asa rota, la dejó humeando sobre la repisa de la chimenea y cogió del dormitorio los utensilios de afeitarse.

—Mi barbero dice —explicó mientras se pasaba la brocha — que el secreto del buen afeitado consiste en enjabonarse durante ocho minutos. —La espuma iba cubriendo su mandíbula—. Eso dice.

John levantó la vista del libro.

—Creía que te habías afeitado ayer. ¿Por qué hoy de nuevo?

—Es verdad. Me afeité ayer. —Christopher retiró el cigarrillo y, tras enjabonarse el borde del labio inferior, volvió a colocarlo en su sitio—. Sí, me afeité. Y por una buena razón, diría yo. —Miró su reflejo en el espejo con el entrecejo fruncido—. Fui a tomar el té con Elizabeth.

—Muy bien, ¿y hoy?

—Hoy Elizabeth vendrá a tomar el té conmigo.

—Que os divirtáis —dijo John con una risita nerviosa.

—Oh, seguro que sí. —Christopher dejó escapar una exclamación y volvió a detenerse, esta vez para secar el agua que le chorreaba por la muñeca derecha hasta el puño de la camisa—. Claro que nos divertiremos. Palabra de Warner. —Limpió la brocha en la toalla que llevaba alrededor del cuello

y continuó enjabonándose—. Si no me equivoco, pasaremos una tarde *ne plus ultra.*

John, que tardó unos segundos en comprender el significado de la frase, volvió a reír sin ganas.

—Pero no creo que me equivoque. —Christopher esbozó una sonrisa, que en su rostro cubierto de espuma resultó especialmente inquietante. A continuación, hundió la navaja en el agua—. No lo creo. —El sonido del roce de la hoja rompió el silencio—. Lo pasaremos de fábula.

John siguió sonriendo, sin decir nada. Christopher empezó a cantar mientras enjuagaba la navaja.

Un río más para llegar al Jordán.

Un río más, solo falta un río más.

La navaja realizó un delicado giro.

—Desde luego, no me tomaría tantas molestias si no fuese la primera vez —dijo con la voz de siempre.

—¿La primera vez?

—La primera vez con ella. Sorprendido, ¿eh? No eres el único…

—La verdad, yo pensaba…

Christopher arrojó el cigarrillo y soltó una nube de humo que fue descendiendo hasta que la chimenea la absorbió. Luego empezó a afeitarse debajo de la nariz.

—No, es la primera vez —dijo con un suspiro—. Las chicas son raras para esas cosas, ya lo verás, muchacho.

—Entonces, ¿cómo sabes…?

La voz de John denotaba curiosidad, pero también cierta preocupación. Para su sorpresa, la inquietud comenzaba a

agitarse en su interior, como si de algún modo se sintiera amenazado.

—Ah, bueno, eso no lo sé —respondió Christopher alargando las palabras—, pero todo saldrá bien. Ella viene a tantear, de eso no hay duda…

—Pero ¿te ha dicho…?

—En esta vida no se dice todo. —Christopher se enjabonó la cara por segunda vez—. Hay cosas que no hace falta decir… En realidad, algunas es aconsejable no decirlas. Si yo se lo pidiera ella me diría que no. Muy bien. Entonces no se lo pediré. —Empezó a pasar la navaja a contrapelo—. De hecho, una vez sí se lo pedí… El pasado septiembre, en Londres… Solo hacía tres semanas que la conocía. Y me dijo que no.

»Por supuesto, es posible que se niegue. Ella y Patrick son un poco raros. Te he contado que Patrick se hizo católico de repente, ¿verdad? Bueno, eso es muy raro, lo mires por donde lo mires. Y Elizabeth… En una época estaba obsesionada con la pureza; bueno, eso era cuando la conocí. Viéndola ahora nadie lo diría, ¿verdad?

—No —admitió John.

Se levantó y empezó a pasearse por la sala. Las palabras de Christopher lo ponían de mal humor. Sabía que él no poseía la confianza en sí mismo que demostraba su compañero.

—Entonces será mejor que me vaya —dijo.

—Dadas las circunstancias, amigo, creo que tu presencia podría entorpecer la conversación —repuso Christopher con socarronería. Se secó la cara con la toalla y se echó polvos de talco en la palma de la mano derecha—. ¡Oye! —añadió volviendo la cabeza—. ¡No tienes que irte ahora mismo!

Pero la puerta se cerró. John se había puesto el abrigo y

paseaba por los claustros, mirando el cielo, donde, ahora que había dejado de llover, el viento empujaba retazos de nubes para revelar distancias azules. Quería caminar y estar solo; estaba temblando, le flaqueaban las rodillas y tardó un buen rato en comprender qué lo había alterado. Entretanto había salido del *college* y enfilado unas calles sucias que se alejaban de la zona pintoresca de la ciudad. Allí estaban el hospital, los albergues baratos, los puestos callejeros de comida, las tiendas de muebles de segunda mano con el precio escrito en los espejos. Podría haber sido una calle de su localidad. Frente a la puerta de un cine jugaban unos niños que le preguntaron si iba a entrar. John no contestó.

Lo que le impresionaba (pues se sentía impresionado) era haber descubierto la enorme diferencia que había entre su imaginación y lo que en realidad ocurría. Cuando recordaba a Chris vestido con la bata, las piernas abiertas, manejando con firmeza la navaja y hablando reflexivamente de lo que iba a suceder, lo invadía la terrible certeza de que él nunca podría soportar una situación como esa, de que de hecho huiría mucho antes de que se le presentara. Incluso ahora había huido; había salido corriendo de la habitación, aunque supiera que en todo el día no iba a pensar en otra cosa, aunque fuera consciente de que aquello poco tenía que ver con él. Si a eso lo llevaba la búsqueda de Jill, más valía que la abandonara sin pensarlo dos veces.

Dejó atrás los solares del límite de la ciudad y, siguiendo un sendero que discurría entre tierras de labranza, pronto llegó al río, que cruzó por el puente de madera. Al otro lado, a lo largo del camino de sirga, se extendía un camino de dos o tres kilómetros que salía al campo, donde pastaban las vacas y había un par de caballos que miraban en diferentes direcciones. A lo lejos se alzaba el oscuro contorno de un

bosque. El viento silbaba entre los arbustos, el agua encrespada tenía el color del acero y un cisne, con un tempestuoso batir de alas, se elevó del río como si fuera a alzar el vuelo, pero cambió de idea y descendió de nuevo.

A esas alturas John había llegado a otra conclusión. Todo iría bien si conseguía mantener a Jill lejos de Christopher. Debía impedir que entraran en contacto. Si lograba entablar amistad con ella, tenía que convencerla de que se replegara en su propia vida, adonde él podría seguirla. De ningún modo había que permitirle salir de ahí, y entonces él, gracias a ella, podría entrar en esa vida de inocencia. Se alegró de haber tenido esa conversación con Christopher. Le había hecho poner los pies en el suelo y lo había obligado a considerar los hechos. En primer lugar, reconocía (con un alivio un tanto vergonzoso) que muy probablemente nunca llegaría a conocer a Jill, pero, si la conocía, debían alejarse juntos de lo que a él lo rodeaba. Y, como también sabía que al llegar el momento (pero ¿cuál era el momento?) él no tendría la seguridad más bien brutal de Christopher, debía cuidarse de que el momento no llegara.

Contento de haber tomado decisiones, siguió andando por el camino de sirga hasta llegar a un pueblo y esperó en la parada de autobús. Se había apaciguado y, aunque su pensamiento seguía volviendo a la habitación, ya no sentía por ella más aversión que la que le habría suscitado una sala donde se llevaba a cabo una intervención quirúrgica desagradable y arriesgada. En realidad se había convencido de que así de extraño y accidental era lo que iba a ocurrir; algo que ya no tenía ninguna relación con él. Volvería a la ciudad en autobús e iría a tomar el té. No regresaría al *college* hasta después de las seis, porque recordaba que Elizabeth y Christopher pensaban ir al teatro a esa hora.

Al cabo de un rato llegó el autobús y, cuando por fin arrancó, John reconoció el extremo norte de la ciudad, las ininterrumpidas hileras de casas con senderos que conducían a la entrada. El día se había enturbiado como se enturbia un espejo al echarle el aliento. Estaba en los dominios de Jill, y por costumbre se mantuvo alerta por si la veía. De pronto la vio. Estaba sentada en la escalera de una casa, en la acera de enfrente de la parada donde el autobús se detuvo para que bajara una anciana. Un camino llevaba de la casa a la calle y Jill echó a correr por él. La anciana había llegado a la plataforma y, aferrada a su bastón y al pasamanos, se disponía a descender alargando un pie cauteloso hacia el suelo. La conductora esperaba con una mano en la campanilla. Jill se acercó y, con un leve viraje hacia la puerta trasera del autobús, indicó a John que quería subir. Sin embargo, como se aproximaba por el lado contrario a la parada, nadie la había visto. La anciana, con medio cuerpo fuera, hacía acopio de valor para acometer el último movimiento que le permitiría salir del vehículo. John apenas se había hecho una idea de la situación cuando la campanilla sonó dos veces, y, tras una pausa desesperante, el autobús arrancó. En ese momento Jill llegaba al bordillo de la otra acera y, al avanzar el autobús, desapareció de la vista. John ya se retorcía de angustia, cuando en la escalerilla se oyeron unos pasos presurosos y, sonrojada y jadeante, pero sonriendo por un comentario de la conductora, Jill apareció con el bolso en la mano y buscó asiento. El ímpetu del último esfuerzo le había permitido alcanzar la puerta.

Se sentó al fondo. John no se atrevió a volver la cabeza por temor a que lo reconociera. Tenerla a la espalda cambiaba en cierto modo los papeles: él se convertía en el perseguido, y eso lo incomodaba. Como no había oído qué billete sacaba Jill,

pidió uno hasta la terminal, para poder bajarse donde ella. Aunque era improbable que la muchacha se apeara enseguida, en cada parada John miraba de reojo hacia atrás para asegurarse de que la mancha beige de su abrigo no se había movido.

Si se había esforzado tanto por no perder el autobús era porque llegaba tarde a una cita o bien iba bastante lejos. Aunque John ignoraba qué hora era, consideró que la primera posibilidad era la más acertada; no era el mejor momento del día para iniciar un viaje largo y probablemente ella quería llegar a la ciudad antes de que cerrasen las tiendas para comprar algo que necesitaba con urgencia. Sin duda era demasiado tarde para ir al cine o al teatro. En cualquier caso, John decidió que esta vez no se le escaparía, que la seguiría hasta dondequiera que se dirigiera y luego de regreso a su casa, aunque para ello tuviese que perderse el té, la cena y el desayuno de la mañana siguiente.

El autobús enfiló Saint Giles, una calle ancha y bordeada de escaparates iluminados detrás de árboles desnudos. Como John esperaba, cuando se acercaban a la parada siguiente vio desaparecer por la escalerilla los hombros del abrigo beige. Eran muchos los pasajeros que se apeaban allí, de modo que tardó unos minutos en apartarse del gentío, y para entonces ella se había alejado veinte metros caminando con energía, intercalando de vez en cuando algún saltito. La dirección que había tomado lo desconcertó; no iba hacia la zona comercial ni hacia el cine, sino hacia los barrios más tranquilos que ocupaban algunos *colleges.* Se quedó tan estupefacto que estuvo en un tris de que lo atropellaran. Cuando la persecución lo llevó hasta los muros de su propio *college,* su sorpresa fue mayúscula, y cuando ella se paró a preguntar algo a un grupo de estudiantes que estaban en la puerta y entró en el edificio,

John se detuvo en seco, con el corazón en un puño. Un instante después echó a correr, notando que el sudor le cubría todo el cuerpo como en un sueño. Llegó sin resuello a la recepción, donde oyó que el conserje le daba indicaciones, las mismas que seis semanas antes había oído él.

—Escalera catorce, a mano derecha —decía el hombre—. No tiene pérdida.

La muchacha le dio las gracias y atravesó con paso veloz el patio de gravilla, balanceando el bolso por la correa, y con unos movimientos de la cabeza se echó el pelo hacia atrás. El conserje ya se retiraba, cuando John lo agarró de la manga.

—¿Adónde va esa chica? —preguntó muy alterado.

—Pues a su habitación, señor. A la de usted, quiero decir.

—¿Me busca a mí?

—No lo sé, señor —respondió el conserje con una mirada fría, en la que John no reparó porque de pronto un terrible recuerdo le vino a la mente.

—No puede ir allí —exclamó.

La muchacha desapareció tras los arcos.

—No puede —repitió John, lanzándose tras ella a la carrera —. No puede —insistió en la galería del claustro, oyendo el taconeo de los zapatos de la muchacha en el otro extremo, y a continuación el sonido de sus pasos en los escalones. Luego, entre los huecos de las columnas la vio vencer las dudas y adentrarse en el pasillo. Como si hubiera visto a alguien entrar insensatamente en un lugar repleto de serpientes venenosas, sintió la boca seca y el estómago revuelto. Sin embargo, no pasó nada; tres grajos surcaron el cuadrado de cielo y a lo lejos se oía música de jazz, como de costumbre. John no sabía qué esperaba que sucediera, pero lo paralizaba la ansiedad de

alguien que ha encendido un reguero de pólvora y ve avanzar la chispa hacia un depósito de municiones.

Sin pensarlo, avanzó hasta el arco de la escalera y, diciéndose que al fin y al cabo eran varias las habitaciones donde había podido entrar, demasiado agitado para reflexionar y arrastrado por una mezcla emocional de miedo, curiosidad, deseo de salvarla y esa desesperación que en los peores momentos parecía impulsarlo a actuar, llamó a su propia puerta y la abrió.

—¡John! —dijo Elizabeth, sorprendida.

Todos volvieron la cabeza.

—Hola, muchacho, no te esperábamos —dijo Christopher con falsa jovialidad. John sonrió.

—¿Qué tal? —saludó.

—¿Quieres poner de una vez la tetera al fuego? —dijo Patrick con la voz de quien ya ha aguantado bastante y no está dispuesto a dejar pasar ni una más.

Sin abrir la boca, Christopher puso el agua a hervir.

—Oh, a ellas no las conoces —le dijo a John con tono despreocupado, señalando a Jill y a una chica morena—. Os presento a John Kemp, mi compañero de habitación. John, esta es Evelyn y esta es Gillian, que tiene la desgracia de ser prima de Elizabeth —añadió mirando a esta, que hizo ademán de arrojarle el cigarrillo— y de Patrick.

Por un momento John se limitó a mirar a las seis personas que había en la sala y fijarse en qué hacían. Christopher se había sentado en el taburete del hogar y agitaba la tetera con una sonrisa vacilante; Patrick y la chica morena de aspecto judío, uno frente al otro, ocupaban los sillones; Eddy había reclinado peligrosamente su silla de madera contra el

escritorio, y Elizabeth y Jill estaban en el sofá. Acababan de tomar el té y en la alfombrilla del hogar se amontonaban tazas y platos sucios. En un rincón había una pila de abrigos, el de Jill en lo alto. La muchacha estaba un poco inclinada, con las manos sobre la falda y el pelo caído hacia delante; en la chaqueta se marcaba la forma de sus pequeños omóplatos.

—Ah. —La sonrisa de John se curvaba bajo el peso de la perplejidad. Evelyn lo saludó con un gesto de la cabeza y Jill le dirigió una mirada rápida, sin permitir que sus ojos se encontraran—. Encantado de…

—Si encuentras una taza, dentro de un momento habrá más té —lo interrumpió Christopher—. No sé si queda alguna. Creo que le he dado la última a Gillian. Habéis llegado los dos en el desafortunado intervalo entre dos teteras.

—Siento muchísimo haber llegado tarde —dijo Jill suavemente entrelazando los dedos.

Entonces John descubrió que recordaba su voz.

Para esconder su desconcierto fue hasta el armario y encontró la taza con el asa rota que Christopher había usado para afeitarse y guardado sin limpiar. Cuando salía de la habitación para lavarla, oyó que Christopher le decía a Jill:

—Oh, no te preocupes, solo que no hay demasiado que comer. La verdad sea dicha, no queda nada.

Así pues, una vez que hubo limpiado los pelos del borde de la taza, John corrió a la habitación de Whitbread, que estaba vacía. Sobre la mesa había libros abiertos. En el armario encontró un pastel, lo robó y, escondiéndolo bajo la chaqueta, se apresuró a volver a la escalera catorce.

—Caray, ¿de dónde lo has sacado? —preguntó Christopher, sorprendido—. Menudo pirata eres, John. Bien hecho. Ahora

podemos alimentar a Gillian.

Miró alrededor en busca de un plato limpio y puso en él un buen trozo de pastel.

—¡Oh, es grandísimo! Supongo que es mejor no preguntar de dónde ha salido —dijo ella entre risas antes de dar un mordisco.

John, convencido de que le hablaba a él, contuvo el aliento. Gillian, era Gillian. Se llamaba Jill.

—Bien, solo a efectos de interés académico: ¿de dónde lo has sacado? —preguntó Christopher arqueando las cejas. John se alegró de verse incluido en la conspiración.

—De la habitación de Whitbread.

—¿De quién? Nunca había oído ese nombre —dijo Christopher imitando el acento de Whitbread, y prorrumpió en carcajadas.

—Dame un poco —pidió Patrick inclinándose con expresión ansiosa.

—Uf, es un tipo horrible —dijo John—. Comed todo lo que queráis.

—¿Está bueno? —le preguntó Patrick a Jill.

Ella tenía la boca llena y de momento solo asintió con la cabeza.

—Sí, delicioso, pero me habéis dado muchísimo. Yo ya había tomado el té. Ella no sabe que he venido aquí. —Miró alrededor parpadeando tímidamente.

—¿Y por qué no deberías estar aquí? —preguntó Eddy, como si oliera un insulto personal.

—Bueno, ¡no habléis como si en cualquier momento

pudiese desvanecerse en el aire! —protestó Elizabeth rodeando a Jill con un brazo protector para atraerla hacia sí—. Tía Charlotte es un poquito estricta. Está convencida de que sus dos abnegadas sobrinas han ido al teatro solas. Si supiera que también venís vosotros, bribones, le daría un soponcio.

—¿Cómo te escapaste? —preguntó Evelyn. Era la primera vez que hablaba desde que John había llegado—. ¿Por la ventana, con una cuerda hecha con sábanas?

—¿O usando una lima escondida en el pan?

—La vieja la obliga a leerle *East Lynne* —dijo Elizabeth —.Imaginaos, en estos tiempos.

—Oh, no es tan terrible —exclamó Jill dejando la taza en el plato—. Solo le leo *Sorrell and Son.* —Dejó escapar una risita áspera, como si le hiciera gracia su propia voz.

—¿Qué? —dijo Eddy—. Oye, ¿por qué no vamos a animar un poco a esa mujer? Lástima que ya ha pasado el día de Guy Fawkes.[4] Pero podemos cantarle unos villancicos…

—No seas idiota —replicó Elizabeth, enfadada.

Mientras charlaban, Jill terminó el té. Prestaba atención a todo cuanto se decía, mirando a los que hablaban, y cuando volvía la cabeza los delicados tendones se marcaban en su cuello.

Lo que impedía a John abrir la boca era la certeza de que también a él lo miraría así. Toda la alegría que debería haber sentido al verla contenta en una habitación quedaba neutralizada por el hecho de que habían coincidido justamente en el lugar que él más deseaba evitar; neutralizada por la perplejidad. Ayudó a Christopher a colocar las tablas de oscurecimiento.

—Debemos ponernos en marcha —dijo Elizabeth con un

suspiro—. Trae el abrigo de Gillian, Christopher. Pórtate como un caballero, aunque no lo seas.

—¡Ja, ja, ja! —bramó Eddy anudándose la bufanda.

Patrick y Evelyn interrumpieron la conversación privada que estaban manteniendo y miraron amistosamente alrededor. John fue hasta la puerta, pues Jill saldría en cuanto Christopher la hubiera ayudado a ponerse el abrigo, y en vano se debatió contra la creciente desazón que le producía su partida. Al pasar ella lo miró titubeante y tímidamente se apartó un poco. La cara de John se puso muy tensa.

—Espero que te guste —dijo.

—Sí… Sí, claro. Ojalá nos guste a todos. ¿Sabes de qué va?

—No. Me habría gustado ir con vosotros.

—Ah, ¿tú no vienes? —preguntó ella, y en ese momento Elizabeth y los demás se la llevaron y bajaron ruidosamente por las escaleras.

John se quedó solo, oyendo el sonido menguante de sus pasos. Al cabo de unos segundos se sentó en el sofá y bebió los posos fríos del té de Jill apoyando los labios donde ella había posado los suyos.

Eran muchas las cosas que lo abrumaban. Después de haberlos seguido y, falto de coraje para entrar en el teatro, haberse apoyado contra la pared en la oscuridad, se entregó a disponerlas por orden de importancia como si de una baraja se tratase. Lo más importante de todo era que Elizabeth y Jill eran primas. Tras una hora de esfuerzo mental sostenido no logró tener más que una convicción teórica de ello. No obstante, por teórica que fuese, iba acompañada de un miedo terrible e insidioso a que se parecieran más de lo que las apariencias podían indicar. Y pronto tuvo la certeza de que

Elizabeth controlaba por completo a Jill. Luego estaba la negativa de esta a reconocer cualquier relación con él. Eso era realmente inquietante, tan inquietante como si se hubiera acercado a un espejo alzando la mano a modo de saludo y su reflejo no hubiera hecho signo alguno de respuesta. Y por último estaba el recuerdo de la decisión que había tomado aquella tarde: todo saldría bien si conseguía mantener a Jill alejada de Christopher.

Cruzó la calle y en la taquilla del cine pidió un asiento barato, cerca de la pantalla. Mientras las enormes sombras gesticulaban, él permaneció con los ojos cerrados, atento solo a los comentarios intermitentes de los personajes y los ruidos de la acción. Era curioso lo poco que hablaban. Una estridente voz infantil dijo algo y todos se rieron. Luego siguió un largo intervalo de estrépitos, crujidos y desgarrones, intercalados con sonidos estudiadamente familiares: el tintineo de un vaso contra una jarra, un portazo en un coche. Abrió un momento los ojos, vio a un hombre que conducía por el campo, con una muchacha al lado, y volvió a cerrarlos. Cuando recordó que Jill estaba tan cerca, al otro lado de la calle, con gente conocida, y que sin embargo no podía verla, se le aceleró la respiración y un extraño malestar físico lo impulsó a estirarse. Volvió a mirar la pantalla; en lugar del hombre y la muchacha, ahora se veía a otro hombre sentado a un escritorio, hablando por teléfono. Era evidente que pretendía ser cómico. Enseguida sonó un segundo teléfono y se llevó el auricular a la otra oreja. Las respuestas dirigidas a un interlocutor eran malinterpretadas por el otro, y el hombre, cada vez más aturullado, enredaba los dos cables hasta quedar prácticamente atado a la silla. El público se desternillaba de risa. John se interesaba a ratos por la película, pero estaba pendiente de la hora porque quería ver salir del teatro al grupo de amigos. Así

pues, se levantó un cuarto de hora antes de que la película acabase, sin saber siquiera cómo se titulaba. Una cola de gente lo miró cuando salió.

La calle, llena de soldados y aviadores en busca de bares y restaurantes, estaba a oscuras. Por todas partes resonaban gritos. Cuando empezaron a salir del teatro los primeros grupos, John se dio cuenta de que no podría vigilar adecuadamente sin acercarse al vestíbulo, pero una vez allí descubrió que había otra salida imposible de cubrir. Ansioso e impaciente, estiró el cuello, cuando inesperadamente recibió un golpe en las costillas. Christopher, Patrick y Eddy, con los abrigos desabotonados, lo miraban sonriendo.

—¡Hola, amigo! ¿Has venido a buscarnos?

—No… ¡No! Yo… —Retrocedió aterrorizado—. No, solo quería saber… si había entradas para la segunda función.

—¡Buena idea! ¡Magnífica! Merece la pena, ¿verdad, Eddy?

—Un espectáculo fenomenal —afirmó Eddy entre hipidos. Intentó repetir un chiste de la obra y ocultó su fracaso con una risotada desmesurada.

—Vamos, tienes que darte prisa —dijo Patrick.

—Yo compraría la entrada ahora mismo. Debe de quedar alguna… Ven, vamos a ver.

Arrastraron a John hasta el cubículo de cristal recubierto de precios. Cuando Christopher se inclinó en la ventanilla, la luz reveló la insólita tersura de su mandíbula y John recordó que esa tarde se había afeitado.

—¿Dónde están Elizabeth y las demás? —preguntó a Patrick en voz baja.

Patrick lo miró con una mueca desdeñosa y no contestó.

—¡A tiempo, muchacho! Platea, seis y siete libres. ¡Seis y siete, adelante! ¡Vaya suerte! En la primera función estaba lleno, ¿verdad, Eddy?

—Sí.

—Chris, ¿dónde están las chicas? —preguntó John desesperado, y entregó un billete de diez chelines como si pagara por la información.

Se alejaron de la taquilla, John apretando una entrada azul y media corona.

—Bueno, vamos a beber una copa —propuso Eddy—. Malditas las ganas que tengo de comer ahora. Podemos dejarlo para después de que cierren.

—Sí, pero en un lugar tranquilo.

—Caramba, Pat —dijo Christopher con desdén—, ¿puedes olvidarte un instante de los celadores?

—¡A tomar por culo los celadores! —vociferó Eddy, y un montón de gente se volvió.

John advirtió que el portero se acercaba.

—¿Salís o entráis?

—¿Eh? —dijo Christopher, realmente asombrado.

—Porque si vais a entrar, será mejor que cerréis el pico. Si armáis jaleo, os pongo de patitas en la calle en menos que canta un gallo. —Dejó caer los hombros y acercó la cara al grupo de los muchachos.

—No te metas donde no te llaman —replicó Eddy, indignado. Echó la cabeza hacia atrás y la luz tenue creó huecos profundos en sus ojos y fosas nasales.

—¿Qué has dicho? Vamos, ¿qué has dicho?

—He dicho que no te metas donde no te llaman —repitió Eddy con insolencia, alargando las palabras.

—Esfúmate —añadió Christopher avanzando. Hablaba con voz autoritaria y no parecía dispuesto a moderar el tono.

El hombre no daba señales de enfurecerse.

—Bien, ahora largaos de aquí —dijo—. Vamos, fuera. No queremos gente como vosotros. A ver si entendéis lo que os dicen.

Temiendo que hubiese pelea John se escabulló y, en su desesperación, entregó la entrada y se dirigió a la platea, que estaba vacía en sus tres cuartas partes, aunque empezaba a llenarse poco a poco. No tardó en arrepentirse. Dejó el abrigo doblado en su butaca y, tras alisarse el pelo, regresó al vestíbulo con la esperanza de encontrar a las muchachas. Allí no había rastro de ellas y solo vio al portero charlando con una acomodadora. Corrió hacia la escalera en sombras y oyó los cláxones de los coches que pasaban, los saludos y el rumor de la noche urbana. No estaban por ninguna parte. Al volver a la sala se sintió vacío por la pena, como si tuviese dentro un gran pozo de soledad que nunca podría llenarse. Una a una se apagaron las luces y regresó la oscuridad aprisionadora.

Se quedó a ver toda la obra. No había nada más que hacer. Cuando salió, la luna estaba alta y la verja del cementerio proyectaba un enrejado de sombras sobre la hierba y las tumbas. Había grandes masas de sombra, pesadas y devoradoras, pero de vez en cuando una fachada o la acera de una calle afloraban en la luz pálida, con sus detalles realzados, para mostrar su elegancia. El viento arreciaba y se apaciguaba en los soportales y entre las agujas intrincadas. Cuando llamó a la puerta del *college,* en la calle no se oía ningún otro ruido. Poco después los relojes dieron las once menos cuarto.

Aparte de que el fuego se había apagado, encontró la sala como la había dejado. Christopher no estaba y todo indicaba que ni siquiera había pasado por allí. John encendió la lumbre con el mechero del criado y, tras lavarse las manos, se sentó en el sofá a leer las viejas revistas estadounidenses de Christopher. Fuera lo que fuese que este estuviera haciendo, sin duda no volvería antes de medianoche. ¿Dónde estarían los seis? Al imaginarlos riendo y divirtiéndose juntos experimentó un sufrimiento tan físico como un dolor de muelas. Apoyó la cabeza en las manos y se apretó los ojos con las palmas pensando en lo cansado que estaba de esperar. Oía el tictac del reloj y el siseo de las llamas. Siempre había sabido que era un inepto, pero nunca se había sentido tan impotente, paralizado y prescindible como en aquel momento. Se levantó para buscar en los estantes un libro relacionado con el trabajo que no había concluido, y vio el clasificador que le había comprado a Christopher. No se molestó en averiguar si continuaba vacío.

El reloj marcaba las doce menos cinco. Hasta las doce y diez esperó oír pasos, pues las puertas no se cerraban hasta medianoche, pero no llegó nadie. Se recostó y cerró los ojos.

Cuando John despertó, Christopher se movía por la sala y el reloj marcaba la una menos cuarto. Se quedó desconcertado al ver la lámpara encendida, sin recordar por qué estaba tumbado en el sofá. Christopher, que parecía enfadado, se sentó a quitarse los zapatos y los arrojó al suelo con estrépito.

—Acabo de perder dieciocho chelines —dijo.

A John solo se le ocurrió pensar que había apostado a que seduciría a Jill y había perdido.

—¿Una apuesta? —preguntó.

Christopher soltó un bufido.

—Tres horas jugando al póquer con Robin Scott, Max y el imbécil de Patrick. Dios mío, a veces me pregunto por qué jugamos con ese tipo. ¿Sabes que el cerdo ganó dieciocho chelines y luego me estuvo incordiando para que le diera un cigarrillo? —Arrojó la colilla al fuego—. Rata inmunda.

Tras pronunciar esas palabras con extrema vehemencia Christopher se puso las zapatillas y fue al dormitorio. Un momento después blasfemaba a voz en cuello porque había roto el vaso de enjuagarse los dientes. John, más despabilado, se apresuró a entrar.

—Entonces, ¿habéis estado toda la noche en el *college?*

—Desde que cerraron. Mira, allí hay un trozo.

—¿Y las chicas?

—Ah, Elizabeth se fue con su niña y Evelyn no tenía pase para quedarse hasta tarde… Empiezo a hartarme de Elizabeth.

Christopher se dio unas vigorosas palmadas en el vientre y tras frotarse los muslos se puso la chaqueta del pijama y se acostó. Respiraba pesadamente. John empezó a desvestirse.

—¿Y esta tarde qué pasó?

—Eso me pregunto yo. Señor, vaya día. La maldita primita lo echó todo a perder.

—¿Cómo?

—Uf… —Hastiado por tener que recordarlo, Christopher estiró los brazos y acompañó el gesto con un bostezo—. Mira, Elizabeth tenía un par de entradas que íbamos a usar los dos; las había comprado hacía siglos. Entonces la zorra de su tía se entera de que las tiene y la obliga a llevar a Gillian. Luego la imbécil de Gillian se lo cuenta a Patrick, y Patrick dice que quiere venir y trae a Evelyn, con lo cual el plan se convirtió en

una salida familiar, es decir, un rollo.

—¿Y no tuviste oportunidad de… bueno… de dejar caer la pregunta?

—No, pero te diré una cosa: Elizabeth se ha vuelto de nuevo distante. Lo he visto claramente durante toda la noche. Tiene una actitud protectora y maternal con la tontita de Gillian. ¿Qué te parece? Me está cansando un poco. Joder, a lo mejor cuando volvamos a Londres se me han quitado las ganas… —Rió y con un tremendo crujido se acomodó de lado—. Bueno, el caso es que mañana no tengo que afeitarme. Dios mío, ¿por qué no apagas esa luz? No quiero que nadie me moleste.

Por algún motivo la conversación produjo a John un momentáneo alivio, y a la mañana siguiente no se despertó desesperado sino feliz, con el ánimo cambiado como a veces cambia el viento de dirección. Estaba amaneciendo cuando cogió la toalla para ir a ducharse; todavía brillaban algunas estrellas entre las torres. El humo de los fuegos recién encendidos salía de las chimeneas y enseguida se desvanecía. Un viento tibio soplaba con fuerza bajo el cielo encapotado. Una hora más tarde comenzaría otra mañana aburrida. Sin embargo, John no veía las cosas así; la media luz, la sensación de ver el nacimiento de un día nuevo desde la proa de un barco, todo parecía prometer la inminencia de algo nuevo. ¿Y cuál sino Jill podía ser la novedad? La hierba verde y húmeda del patio, el sosiego de los claustros, las ramas goteantes de los árboles parecían agentes de una fuerza enorme que estaba de su lado. Tenía la certeza de que triunfaría. Al salir sonrojado de la ducha supo que, si alguna vez volvían a encontrarse, algo tan fuerte como el viento disiparía toda la desconfianza, todas las frustraciones que él había sufrido. No entendía cómo había podido haber dudado de ello. Solo hacía falta que se encontrasen.

Después de todo, ¿qué importaba que fuese prima de Elizabeth? Whitbread había desconfiado de John por el simple motivo de que compartía habitaciones con Christopher. Pues ella era como él; era ella misma y nada más. Todo cuanto había contribuido a formar su propia personalidad se había desprendido como partes de un risco erosionado. Cuando en la residencia encontró una carta de su hermana, que le preguntaba por qué no había contestado la anterior, lo invadió un cansancio tan grande que no pasó de la primera página. El canto de los pájaros en el jardín lo calmó mientras se vestía. Desde el espejo lo observaba su cara.

Hacia el mediodía, tras pasar la mañana bebiendo café, entró en el Bull and Butcher y encontró a Eddy Makepeace sentado solo con una jarra de cerveza. Con un periódico desplegado, leía atentamente los pronósticos de las carreras de caballos. Al ver a John carraspeó y se llevó la jarra a los labios.

—Buenos días —saludó John.

—Hola.

Eddy reanudó la lectura del periódico; John se sentó a su lado y abrió un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres uno? —preguntó.

—Bueno. —Eddy cogió uno al tiempo que sacaba el mechero. Algo en la columna que estaba leyendo le llamó la atención y entreabrió la boca—. ¡Caray! —comentó para sí, mientras ofrecía fuego a John.

—Era buena la obra de anoche.

—¿Cómo? Ah, sí, la obra. Cojonuda.

—Había diálogos muy buenos.

—Oh, sí, cojonudos.

Una vez más Eddy trató de reproducir el chiste que le había gustado y dejó escapar unas carcajadas sibilantes. John se echó a reír también. Veía la espalda de Eddy reflejada en el espejo.

—Por cierto, ¿adónde fue Elizabeth?

—¿Qué? Ah, Elizabeth. ¿Cuándo?

—Después de la función.

—Se fue a su casa. Como lo oyes, se largó tempranísimo, antes de que fuéramos al King. No me gusta la gente que hace esas cosas —aseguró Eddy sacudiendo la cabeza.

—Supongo que se iría con la otra chica.

—¿Con Evelyn? Ni en broma. Se odian. ¿O te refieres a la otra, la tal Gillian? Sí, se fue con ella.

—Es prima de Elizabeth, ¿no?

—Sí.

—No debe de ser muy mayor.

—Acaba de terminar el instituto. —Eddy cambió de posición las piernas, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo. Luego parpadeó varias veces—. Esta mañana no estoy muy fino.

—¿Resaca? —preguntó John haciéndose el entendido.

Eddy comenzó a hacer un informe incoherente y aburrido de la fiesta adonde había ido la noche anterior.

—Oye, ¿dónde está todo el mundo? ¿Christopher no viene esta mañana?

—Supongo que no tardará.

—Tienes que oír a Jack contar la historia. Estaba allí,

cruzando el patio con una copa y una botella, cuando vio acercarse al decano con una linterna en la mano. ¿Y qué crees tú que hizo el muy bobo? Se arrojó al suelo para que no lo viera, como si estuviera jugando a los soldados. Entonces el decano se acerca y lo ilumina con la linterna… y Jack tirado en el suelo, con la botella en la mano…

John se rió.

—Dios mío, cómo me hubiera gustado verlo —continuó Eddy—. Oye, ¿dónde se han metido todos? Eh, Charley, ¿no has visto esta mañana al señor Warner?

Charley dijo que no. Eddy apuró su cerveza y John fue a buscar dos más.

—¿Y cuánto tiempo se quedará? —preguntó al regresar con las jarras.

—¿Quién?

—Esa chica… Gillian… ¿Cuál es su apellido?

—No lo sé. No sé nada de ella. Su madre está convaleciente, creo, y ella está aquí con una tía. Yo quería ir a animarla un poco, pero no veas el corte que me dio Elizabeth.

—¿De veras? ¿Dónde viven?

—Por Banbury Road. ¡Oye! —Eddy miró fijamente a John, al tiempo que hacía girar el cigarrillo entre los dedos; se percató de que se le había apagado y sacó de nuevo el mechero —. Oye, ¿no estarás tramando algo? Espero que no seas tan tonto. Elizabeth te comería vivo.

—¿Y a ella qué le importa? De todos modos, no voy a hacer nada. —John se echó a reír, nervioso. Los músculos de la cara se le contrajeron como si hubiera probado algo agrio. Recordando una de las frases favoritas del grupo de

Whitbread, añadió—: Mira que eres bruto.

Eddy soltó una bocanada de humo y bebió un trago de cerveza.

—Espero que no seas tan tonto —insistió.

John comprendió lo que quería decir: no solo era una estupidez intentar que Jill se sintiera atraído por él, sino sobre todo que él se sintiera atraído por ella.

—Maldita sea, ¿qué tiene que ver…?

—Tú prueba y verás. —Eddy miró su reloj, que era muy caro. Su padre era oficial en la India—. Corruptor de niñas. —A continuación soltó un comentario excepcionalmente indecente, que hizo que John se ruborizara y se pusiera rígido —. Por Dios, ¿dónde se habrán metido?

Como en respuesta a su pregunta, justo en ese momento Patrick asomó la cabeza por la puerta de la habitación. Llevaba un abrigo oscuro y un bastón, y se acercó a ellos con una sonrisa taimada.

—¿Quién paga la próxima ronda? —preguntó.

—Hola, Pat —dijo Eddy—. Pediremos tres rubias.

—John, ya has oído lo que quiere el caballero. —Patrick enganchó una silla con el bastón, la arrastró hacia él y se sentó —. ¡Anda, muchacho! No te quedes ahí como si estuvieras embalsamado.

John tomó la jarra que Eddy le tendía y fue hacia la barra.

—Y dile a Charley que ponga ginebra a la mía —exclamó Patrick.

John fingió no oírlo. Eddy sonrió.

Cuando John volvió a la mesa, los otros dos estaban

hablando de la noche anterior.

—Te aseguro que Chris es un mal perdedor —decía Patrick —. Jugamos una partida de póquer con unos de segundo y a Chris le fue fatal. No sabes cómo se puso. Cuando pierde, se comporta como un crío. Por cierto, ¿vas a verlo hoy? —añadió volviéndose hacia John—. No iré a comer y Elizabeth me ha dado un mensaje para él.

—¿Qué mensaje?

—Bueno, en realidad es un favor que me pidió a mí, pero también puede hacerlo Christopher. —Arrojó la ceniza del cigarrillo con un capirotazo—. Tiene que avisar a Gillian de que Elizabeth no podrá tomar el té con ella. Está enferma o algo así.

—¡Qué jeta tiene! —exclamó Eddy con vehemencia—. ¿Por qué coño no hace ella sus propios recados? Eso es lo que me revienta de ella, cree que no tenemos otra cosa que hacer que estar a su disposición.

—Bueno, supongo que no habrá podido telefonear a Gillian —explicó Patrick—. Tenían pensado ir al Green Leaf. Elizabeth perdió allí una correa de reloj y quería recuperarla.

—Mira, ahí tienes una oportunidad —dijo Eddy dirigiendo una amplia sonrisa a John, que sintió lo que se avecinaba como un mareo inminente—. ¿Sabes la última? Nuestro amigo le ha echado el ojo a tu primita.

Patrick sonrió de oreja a oreja, inclinó la silla hacia atrás y, haciendo caso omiso de las muecas y negativas de John, se echó a reír mirando al techo.

—No le hagas caso —decía John—. Es un bruto. No soy un corruptor de niñas.

—Te deseo suerte —repuso Patrick, una vez agotado su

regocijo—. Aquí tienes una oportunidad. Solo hay que aprovecharla.

—La oportunidad de ir derecho al grano.

—Hay que golpear el hierro cuando aún está caliente.

—Dios mío, sí todo está a punto de caramelo. A punto de caramelo —dijo Eddy, y eructó.

Empezaron a darle codazos en las costillas sin dejar de reír le dieron palmadas en los hombros para seguir la broma y luego lo invitaron a otra cerveza.

—Oye, ponle un poco de ginebra —indicó Patrick—. De la holandesa. Sí, Charley, ponle ginebra a la última. —Y con dos dedos sacó una libra flamante de la billetera.

—Y ahora bébetela —dijo Eddy pasándole la jarra llena.

—Sois un par de… Vamos, no seáis burros —replicó John, indignado—. Yo nunca he dicho…

—Ayer nuestro amigo debió de echarle un buen vistazo mientras tomaba el té, ¿eh, Pat? —Eddy guiñó un ojo.

—Se le caía la baba mirándola —asintió Patrick—. Babeaba como sí hubiera tenido delante un par de chuletas. —Ante esas dos caras falsas, John se quedó sin palabras—. Ahí donde lo ves, sabe perfectamente de lo que estamos hablando. Ahí tienes la oportunidad de tu vida, servida en bandeja. ¿Qué te parece…?

—¿Ya has decidido lo que vas a hacer? —lo interrumpió Eddy, y acercó a John sus ojos saltones—. Más vale que vayas pensando algo.

—Sí, debes tenerlo todo bien claro —afirmó Patrick inclinándose también hacia John, con el bastón entre las piernas.

Con un muchacho a cada lado, John empezó a responder con cautela al ritmo de las risas, pues sus verdaderos sentimientos se habían replegado y estaban a buen recaudo.

—¿Quién me deja su habitación? —preguntó con una carcajada.

—Puedes usar la mía —respondió Eddy—. Será un placer, colega, y deja que te dé un consejo: haz que entre ella primero; cerca de la pared hay un tropiezo de lo más jodido.

—Bien, ahora vayamos al grano —dijo Patrick agitando el índice—. Lo que tienes que hacer es llamarla…

—No, Pat, maldita sea. Lo mejor es que la recoja en el Green Leaf para que no pueda escapar. Se deja caer por allí y dice: «Lo siento, Elizabeth no puede venir por causas ajenas a su voluntad, pero aquí, en su lugar, mi indigna persona…».

—Muy bien. Entonces, mientras tomáis el té, te la trabajas bien. Luego le propones ir a ver a Eddy…

—Le dices que te has dejado la pitillera sobre mi piano de cola —cacareó Eddy rascándose.

—Y luego pones manos a la obra. Colocas las tablas de oscurecimiento…

A esas alturas ya se habían levantado y, mientras se abotonaban los abrigos, seguían dándole palmaditas en el hombro.

—Pasarás una noche colosal —le aseguró Eddy.

Su aliento formaba nubes de vaho en el aire frío y sus pasos resonaron sobre el empedrado cuando cruzaron el patio hacía el lavabo de caballeros, delante del cual había un árbol desnudo.

John no podía relacionar seriamente nada de lo que decían

con sus propios deseos, pero sabía que, después de todo, era una oportunidad, como si alguien hubiera arrojado un trozo de pan a un montón de gaviotas y un pájaro de plumas lustrosas y pico veloz se abatiera para arrebatárselo con un leve viraje. Y él debía ser ese pájaro, porque la noticia había salido a la luz y la caza había comenzado. Le parecía increíble que en quince minutos el secreto que guardaba hubiera pasado a ser del dominio de Patrick y Eddy, que a su vez lo transmitirían a Christopher y a Elizabeth, a partir de los cuales se propagaría en un delta de conocidos circunstanciales. La noticia ya cruzaba silenciosa el éter, comprendió presa del pánico, de modo que él debía anticipársele para llegar a Jill antes. Justamente por eso tenía que aprovechar la ocasión. La puerta hacia un mundo diferente estaba entreabierta y él, veloz, ligero, aplomado y sereno, debía deslizarse por ella y ponerse a salvo para siempre.

En el camino de regreso, una florista le ofreció una flor, pero fingió no verla.

A pesar de todo, si hubiera encontrado a Christopher en el comedor, le habría dado el mensaje por mero servilismo, pero Christopher no estaba, y John comió el arroz al curry con la inquietud y resignación que experimentaba siempre que circunstancias ajenas a él decidían sus actos. Whitbread protestó amargamente y dejó casi toda la comida; era la primera vez que no se acababa un plato desde que habían llegado.

John se recostó en el sofá mientras esperaba el momento de salir, tras haber ahogado el fuego con una nueva provisión de carbón, y apoyó el bloc sobre los muslos pensando que ya era hora de enviar la postergada carta al señor Crouch. «Estimado señor Crouch —escribió—. Lamento no haberle escrito desde que llegué, pero he tenido muchísimo trabajo.» Las dos

mentiras aguardaban silenciosamente en la hoja a que añadiera algo más, pero John no podía. Tanto Crouch como el mundo de la adolescencia habían quedado atrás; la sensación de continuidad que daba al paso de los días, las semanas y los meses la perspectiva de una calle se había roto y en su lugar había un grupo de gaviotas aleteantes y chillonas, que volaban en círculos entre el cielo y la costa.

La acción definitiva de aquella tarde le producía tanto pavor como una visita al dentista. El alcohol le había enturbiado la mente. Era extraño pensar que en todas partes había jóvenes como él haciendo planes para la tarde, para la noche, decidiendo lo que harían a continuación y siempre; sin embargo, a diferencia de él, ninguno experimentaba la sensación de caer y ascender, de dar vueltas y más vueltas como una bandada de gaviotas. Ellos conocían sus propios deseos y se lanzaban derechos a por ellos. En cambio, para él, aunque también conocía los suyos, ir directamente a por ellos era como disparar un arma en sueños: las cosas se obstruían y atascaban, y aparecían los obstáculos más asombrosos.

Antes de marcharse, arrancó del bloc la hoja de la carta y le prendió fuego. Salió pronto, porque no quería correr el riesgo de no encontrar a Jill, de modo que tuvo que obligarse a andar más despacio. El viento no pudo contener por más tiempo la lluvia; escaparon unas gotas y enseguida cayó una lluvia fina y uniforme, que en algunas partes cambiaba a menudo de dirección a merced del viento, como una bandada de golondrinas. Azotaba las ventanas, barría horizontalmente la calle, caía en diagonal sobre los jardines. Los árboles, los arbustos y las hiedras que trepaban por las paredes emitían leves siseos. Los caminos empezaron a reflejar el cielo gris. Una vez más los viejos edificios estaban mojados. John reprimió dos impulsos vagos —bajar hasta el río o caminar sin

rumbo—, y se refugió en la escalinata de la iglesia de All Saint's, ante la parada del autobús, donde se quedó tres minutos mirando las ventanas iluminadas de los edificios de enfrente.

Le hubiera gustado ser lo bastante rico para ofrecer una fiesta, una fiesta para Jill, con los muebles arrimados a las paredes, un mantel blanco en la mesa, barriles y copas limpias, de modo que la habitación pareciera un bar. En un rincón crepitaba un fuego de leña. Había ginebra del color de la bruma matinal y whisky como el oro. Él vestía un traje de diez guineas y fumaba con una boquilla de ámbar. A la fiesta acudían todos: Christopher colgaba su sombrero de fieltro de un asta de ciervo y contaba chistes; él daba un codazo en las costillas a Eddy para animarlo a beber la primera cerveza; bailaba con Elizabeth y notaba sus senos contra el pecho. Arrojaban al río botellas con mensajes dentro. La radiogramola sonaba sin que nadie le hiciera caso. Cada vez eran menos los bailarines, se retiraban uno a uno, hasta que al final solo quedaba Jill, de pie en el mismo lugar donde había estado toda la noche, vestida de blanco, haciendo girar una copa llena entre las manos.

John bajó los escalones con dos saltos insatisfechos y se abrió paso entre la gente, mientras elaboraba la historia y la reducía, tan concentrado en la labor que, cuando a diez metros de él Jill salió de una tienda, no la vio hasta que sus pasos la llevaron hasta ella.

Logró articular la sorpresa en una suerte de saludo y ella se volvió con expresión precavida.

—¡Ah, hola! —acababa de reconocerlo.

Vestida con una gabardina beige de corte militar (con cinturón y bolsillos con solapas), miró la lluvia arrugando la

nariz y alzó el paraguas, lista para abrirlo.

—Qué tiempo más horrible —dijo con tono malhumorado. Con exasperante lentitud John logró formular una pregunta.

—¿Qué has comprado?

—Postales de Navidad —respondió ella, sorprendida—. Esta tienda está muy bien.

—¿De veras? —John seguía mirándola—. ¿No te… no te has adelantado un poco?

Ella hizo ademán de consultar el reloj y luego respondió:

—Bueno, solo falta un mes para la Navidad.

—Nada menos. —John se echó a reír—. Qué casualidad, te estaba buscando. Elizabeth está enferma o algo así. No puede venir.

—¿Enferma? Dios mío. ¿Muy enferma?

—No; creo que no. Te envía un mensaje. Dice que lo siente mucho…

—Ahora me acuerdo de que anoche le dolía la cabeza… Muchas gracias por avisarme.

Mirándola fijamente, John logró reunir las cinco temblorosas palabras.

—¿Quieres tomar el té conmigo?

—Ah… —Ella estuvo a punto de perder el equilibrio y tuvo que bajar a la calzada—. Gracias, pero no creo que pueda. Si Elizabeth está enferma, debería volver.

—Anda, ven conmigo. Solo son las tres y media.

Más allá de la cabeza de Jill un reloj marcaba las cuatro menos veinte. Ahora que estaba ocurriendo y el cuerpo rápido

y real de Jill se alejaba de él, la precariedad de la situación lo obligó a hablar con tono apremiante. En teoría quería capturarla.

—No, de veras, no puedo. De todas formas, muchas gracias. Tengo que marcharme.

John avanzó un paso hacia ella.

—¿Vas en esta dirección?

—Sí… —Ella lo miró con expresión vacilante—. Tengo que comprar otra cosa.

No parecía un gesto de mala educación acompañarla por la calle, porque la alternativa era dejarla marchar. El pequeño paraguas marrón que Jill había abierto lo obligaba a mantenerse a medio metro de ella. Las botas de agua que ella calzaba rechinaban con cada paso que daba. Ahora que estaba callado, John encontraba menos excusas para mirarla, pero cuando lo hizo notó que su admiración por la muchacha no había disminuido; se sonrojó al instante y pareció que iba a romper a llorar. Ella levantó la mano para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Esta es la tienda. Necesito unas cintas.

Él la siguió por la puerta giratoria hasta una sala con alfombras mullidas, vestidos colgados y pilas de telas que llenaban el espacio de silencio. El aire olía a ropa. Una muchacha con un vestido negro de cuello blanco se acercó a atender a Jill. Eran las dos de la misma edad y estatura, y John, que se había quedado junto a una mesa llena de cinturones y bolsos de cuero, se entretuvo comparándolas. La vendedora escuchó a Jill con la boca entreabierta y luego abrió un cajón detrás del mostrador. Jill la siguió haciendo girar nerviosamente el paraguas. Tal vez porque la gabardina pálida

y el pelo rubio contrastaban con los uniformes oscuros de las empleadas, la luz parecía caer sobre ella y hacer que destacara. La dependienta abrió las manos para desplegar una brillante cinta roja. Jill se inclinó a tocarla. John la oyó preguntar algo. Lo divertía verla tocar la mercancía con tanta seriedad. Después la dependienta desplegó varios largos de la cinta, la midió sobre el borde del mostrador, la enrolló y la envolvió en un trozo de papel marrón. Entretanto Jill pagó y se le cayó el paraguas. Parecía ponerla nerviosa la presencia de John, que continuaba cerca de la entrada, con las piernas abiertas y su desaliñado abrigo azul.

—¿Ya está? ¿No te apetece un té ahora?

—No, tengo que irme. Cogeré el autobús.

—¿Dónde?

—Al doblar la esquina.

La parada estaba muy cerca, y a John lo invadió al instante el miedo a perderla.

—No te vayas —dijo, desesperado.

—¿Qué?

—Quería decir que… Me ha pasado algo muy extraño… Un cochecito de niño y un grupo de mujeres los separaron y, cuando volvieron a acercarse, el borde del paraguas dio dos golpecitos en la cabeza de John.

—Antes de conocerte… ¿Recuerdas que la primera vez te pregunté si no nos habíamos visto antes?

—Estoy segura de que no.

—No, te equivocas. En cierto modo sí nos conocíamos. Disculpen. —Pasaron entre un grupo de personas que conversaban en la esquina—. Yo te conocía… te conocía muy

bien…

—¿Cómo? —Un enorme camión con remolque de las fuerzas aéreas dobló la esquina y todos los intersticios del silencio se llenaron de un estruendo quejumbroso—. Lo siento. No acabo de…

—Quiero decir que conocía tu cara. —John la miró. Habría deseado disponer de otra forma de expresión que la palabra—. Sabía quién eras mucho antes de conocerte.

—Ah, ¿porque Elizabeth te había…?

—¿Cómo? Perdona, pero…

—¿Elizabeth te…?

—No. Mira, es un poco difícil de explicar. —Mirando hacia ambos lados cruzaron hasta la parada, donde se detuvieron, perplejos—. Era como si te conociera de antes. Sabía que te llamabas Jill.

—¡Yo no me llamo Jill! —Hubo una pausa en el tráfico y su voz sonó más áspera de lo que deseaba. Se volvió hacia él, y por primera vez, se echó a reír; su boca se estiró y sus pómulos se elevaron—. Lo siento, es una manía que tengo. Ya te dije ayer que… Ah, no, tú no estabas entonces. Por favor, quiero que solo me llamen Gillian. Pero continúa. Creo que te he interrumpido.

—Sé que parece ridículo… Mira, hace un tiempo recibí una carta de mi hermana… —comenzó John. En ese momento un enorme autobús rojo se acercó salpicando la acera y el grupo de gente que aguardaba se agitó y apretó—. Recibí una carta —repitió mientras avanzaban—. Oye, tengo que contártelo con calma. Tomemos juntos el té mañana.

—Tengo que irme. Adiós.

—¿Vendrás mañana a tomar el té conmigo?

—Sí, de acuerdo. Adiós.

—¿A eso de las cuatro?

—¿Cómo? Sí, muy bien. —Ella había subido al primer escalón y no miró hacia atrás—. Adiós.

John observó cómo el autobús se llenaba de pasajeros y se alejaba, retrocedió deslumbrado por el súbito final pirotécnico del encuentro y la promesa de ella. Se sentía tan abrumado que se dirigió directamente al *college.* Mientras caminaba, el ruido de la calle, el rumor del viento y el silbido de las ruedas en el asfalto sonaron a sus oídos como música marcial. Se sentó en la habitación vacía, pero casi enseguida se puso en pie y volvió a salir, pues estaba demasiado alterado para quedarse quieto. No podía creer que ella le hubiera prometido ir a verlo. Era como si hubiera estado acercándose a un muro de ladrillos, consciente de que era impenetrable, y de pronto hubiese descubierto que estaba equivocado, que el muro era una creación de la luz y podía atravesarlo. ¡Y lo estaba haciendo! Lo invadió una sensación casi física de urgencia.

Sin saber hacia dónde lo llevaban sus pasos llegó al canal, que casi inadvertido atravesaba la ciudad entre depósitos de carbón, vías muertas, patios traseros de viviendas y jardines. Era la primera vez que caminaba por allí, y la novedad del lugar coincidía con la de su estado de ánimo. La gravilla húmeda le manchaba los zapatos. Había dejado de llover y el agua estaba tranquila, desfigurada a veces por penachos de espuma, hierbas y maderas podridas que flotaban en la superficie. Una gabarra de carbón pintada de colores vivos estaba amarrada a un muelle en la otra orilla. Un seto separaba a John de los solares y las vías del tren. Estaba mojado y olía a hojas y madera húmedas; las ortigas que crecían al pie estaban

secas y parecían suaves y solo de vez en cuando alojaban una gota solitaria entre las hojas y el tallo. En la zanja había una bolsa de patatas fritas medio escondida.

Desde ese lado, el oeste, el sol trataba de abrirse paso y su luz amarilla arrancaba destellos a cada ramita. Empezaba a refrescar y solo se oía el rechinar de los zapatos de John. Los patos, cautelosos, se alejaban de él, y más allá un cisne solitario se deslizaba huraño en el agua. La cabeza inclinada, la magnífica curva del cuello y las patas palmeadas, que asomaban a la superficie cuando daba una palada, expresaban arrogancia y desdén. Quizá por la proximidad de las carboneras, los cables de teléfono y el agua sucia, a John no le pareció hermoso al principio. Sin embargo, había algo en él que lo fascinaba. Mientras lo observaba, un tren expreso pasó a toda velocidad por los raíles brillantes, unos veinte metros más allá, y ver el raudo desfile de la larga hilera de vagones no despertó en él, como otras veces, un sentimiento de pesar. Se alegró de ver cómo se alejaba; se alegró, sencillamente, de estar donde estaba y ver cómo el tren desaparecía en la distancia.

John sentía el corazón tan rebosante que, cuando Whitbread y él acabaron de cenar en el comedor medio vacío (aquella noche no había carne y muchos miembros del *college* desconfiaban de los experimentos del chef), lo invitó a beber unas cervezas.

—Ah, qué amable —dijo Whitbread levantándose el bajo de la toga casi hasta los hombros para ponerse en pie—, pero, si no te importa, prefiero café.

—Que sea café, entonces —dijo John entre risas.

Salieron juntos y el primer camarero les observó con expresión distante.

Whitbread, que no había estado nunca en las habitaciones de John, lo miró todo con interés y, mientras se frotaba las manos frente al fuego, hizo comentarios elogiosos.

—Sí, esta habitación podría ser fantástica. Y seguro que en otros tiempos era de las caras. En otros tiempos no te la habrían dado, Kemp.

—Supongo que no. —John sacó las tazas y los platos—. Claro que tengo que compartirla…

—Sí, es un inconveniente, lo sé. —Bajó la mirada hacia la vajilla y, haciendo un ruidito de satisfacción, cambió de tema —. Qué dibujo más bonito. Me gusta mucho. ¿Es tuya o…?

—Es mía. Chris no tiene.

—¿No tiene? ¿Y qué hace?

—Usa la mía —respondió John con una sonrisa y una pizca de incomodidad.

Whitbread se mostró muy indignado.

—Ah, yo no lo toleraría. ¡De ninguna manera! —exclamó —. ¡Es ir demasiado lejos! ¿Quieres decir que…? No; yo no lo toleraría ni por asomo.

—No es para tanto —repuso John con tono alegre. Era uno de esos momentos en que la imagen de Jill volvía a él con un cosquilleo de placer renovado—. No tiene la menor importancia. ¿Azúcar?

—Sí, si tienes. —Whitbread miró a John con ojos francos y codiciosos—. ¿Hay suficiente?

—Anda, ponte todo el que quieras.

Le tendió la azucarera agradeciendo su delicadeza, tan poco corriente y tan distinta del «Chris, cerdo miserable, ¿dónde

tienes el azúcar?», que solía soltar Eddy.

Whitbread se sirvió cuatro cucharadas.

—Oye —dijo inclinándose hacia delante en actitud confidencial, mientras revolvía el café—, espero que no te moleste la pregunta, pero ¿cierras el armario con llave?

—No.

—Yo tampoco, pero estoy pensando en poner un candado.

En el *college* hay ladrones.

—¿Ladrones?

—Como lo oyes. El otro día desapareció un pastel de mi habitación. Solo me había comido la tercera parte, y era un pastel delicioso; me lo habían mandado de casa. No me hace ninguna gracia. Creo que muchos de estos tipos, por muy ricos que sean, tienen las manos muy largas.

* * *

Al fin logró dormirse. Cuando a la mañana siguiente despertó, se quedó unos segundos en la cama preguntándose qué debía recordar, hasta que lo recordó. Era como si el mundo esperase en silencio, cual orquesta ante los brazos estirados del director. Luego el recuerdo hizo que temblaran todos los nervios de su cuerpo, como si el gesto del director hubiera puesto cien arcos en movimiento. Por un segundo creyó saber cómo se sentía un novio la mañana de su boda.

Mientras se levantaban, miró con atención la cara de Christopher. Si Patrick y Eddy habían propagado la soez noticia, más valía que pasara el día a veinte kilómetros de allí. Sin embargo, ningún comentario de Christopher indicó que estuviera al corriente de la prometida visita de Jill. Había pasado la noche anterior con Eddy, por supuesto, pero solo

contó, sentado en bata con aire medio desconsolado y una toalla sobre los hombros, como si estuviera en el barbero, que habían conocido a un hombre muy interesante que reparaba órganos. Así pues, John se puso su mejor ropa: el traje, la pajarita y una camisa limpia. Se aplicó un poco de brillantina en el cabello para hacer la raya y, como el efecto no le gustó, enseguida se desvistió y fue a las duchas para lavarse la cabeza.

Otra vez era sábado, un sábado agitado pero gozoso. La ciudad estaba tan alegre como una piscina en verano. Los antiguos edificios recibían la caricia del sol, y los tejados donde sus rayos aún no habían llegado estaban blancos de escarcha. Cuando alrededor de las diez John salió del *college* para comprar, parecía imposible que en un día como aquel alguien no tuviera cinco minutos libres o cinco libras para gastar, o fuera incapaz de encontrar montones de amigos en el café más cercano. Entró en tiendas atestadas. Compró pastelillos y tarta de frutas, un bollo confitado y un trozo de bizcocho relleno de mermelada. Llevó las bolsas con sumo cuidado, mirándolas de vez en cuando para ver si alguna mancha en el papel delataba que la mermelada se había derramado. Volvió a la habitación a toda prisa, puso los dulces en platos y los guardó en el fondo del armario junto con el medio litro diario de leche que acababa de llegar.

Entonces notó que desde la ducha el pelo se le había encrespado, y pasó un buen rato ante el espejo vertiendo brillantina en el peine gota a gota para distribuirla de manera uniforme. La visible mejora no lo satisfizo, pero no podía hacer nada más. Volvió a salir para comprar rábanos y lechuga, porque al verlos en las tiendas se le había ocurrido que supondrían un agradable contraste con los dulces.

El mejor lugar para comprarlos era el mercado, un laberinto

con suelo empedrado y puestos con tejado de cristal en pleno centro de la ciudad. John lo había visitado varias veces; había descubierto que entrar en él desde las calles aledañas era adentrarse en un mundo inesperadamente distinto, un mundo que le gustaba. Olía a verdura y crisantemos. Alrededor de las carnicerías el suelo estaba cubierto de serrín, en los cajones de fruta brillaban bombillas eléctricas, y siempre había charcos de agua que se secaban lentamente, como si una manguera regara el lugar cada hora. En ese momento había largas colas de mujeres que querían comprar carne, provistas de cestas y vestidas con ropas poco vistosas. Mientras esperaban, se removían, charlaban pacientemente, intercambiaban comentarios sentenciosos sobre asuntos cotidianos. Al pasar en medio de un grupo John oyó decir lo que podrían haber dicho sus padres, cosas que las personas como ellas decían en todos los países, y al mirar sus rostros regordetes y ajados, los viejos sombreros, los bolsos raídos, pensó que eran lo más viejo que había visto en la ciudad.

John había aprendido en su casa a elegir lechugas con el corazón bien fresco y rábanos que no fueran fibrosos. El paquete de papel de periódico que le dieron era ligero y estaba húmedo. Por un momento, atraído por las flores colocadas en grandes jarrones, se sintió tentado de comprar una docena para decorar la mesa, pero al final prefirió detenerse en una tabaquería para adquirir un paquete de buenos cigarrillos, cuyo precio al principio lo alarmó. Cuando salía de la tienda, vio su reflejo en el escaparate y observó que el pelo se le había acomodado solo, a medio camino entre la precisión y el descuido, y eso le gustó.

Cuando terminó de guardar las compras en el armario y de lavarse las manos, ya era la hora del almuerzo. Estaba demasiado nervioso para probar bocado y casi inmediatamente

después de abandonar el comedor empezó a tener hambre.

Mientras paseaba por los jardines en ese momento, antes de las dos de la tarde, en que el tiempo parece detenerse, meditó sobre su nerviosismo. No le pareció que tuviera mucha importancia.

Christopher preparaba perezosamente la ropa de fútbol, porque esa tarde se celebraría un partido que lo mantendría alejado; tan propicio era el hecho que John sospechaba que lo había sabido inconscientemente. Fumando un cigarrillo, Christopher guardó en su maletita camisetas, pantalones y una toalla, y anunció su intención de coger la bicicleta de Semple, que desde la marcha de este había permanecido en el cobertizo hasta que Christopher la descubrió. Entonces compró un candado para que nadie más la usara.

—¿Contra quién jugáis? —preguntó John.

—Contra unos de la RAF.

Christopher miró a John sin hacer comentarios sobre su aspecto y este, aunque se sintió aliviado, no pudo evitar deprimirse al pensar en lo poco que podría cambiar su apariencia. En cuanto se quedó solo, se estudió en el espejo y, después de pensarlo mucho, se quitó la pluma estilográfica del bolsillo de la chaqueta y puso en su lugar un pañuelo limpio. Luego cogió las tijeras para las uñas y se recortó los pelos del entrecejo. Las uñas ya se las había cepillado por la mañana.

Había llegado el momento de preparar la comida. Decidió que debía lavar la lechuga y con ese fin la sacó de su sucio envoltorio y llenó la palangana de agua. Una vez que la hubo sumergido, arrancó una a una las hojas exteriores, las sacudió y las puso sobre la toalla que había extendido en la cama. Cuando empezó a cortarlas, le pareció que habían crecido, que la cantidad era excesiva para dos; había suficiente para

alimentar una camada de conejos. Así pues, acabó todo en la basura menos el cogollo, el suculento corazón verde pálido. Para secarlo, lo sacudió envuelto en la toalla, como había visto hacer a su madre.

Aunque debería haber cepillado los rábanos, se conformó con quitarles el barro con la mano y cortarles el pedúnculo. Los colocó en una fuente, comió dos y de inmediato le entró un ataque de hipo nervioso, que no lo abandonó mientras intentaba cortar unas finas rebanadas de pan y untarlas de mantequilla. Una y otra vez el cuchillo concluía el recorrido dejando en el plato apenas media rebanada y un reguero de migas. Ya se había comido varios de esos fracasos cuando el hipo cesó. Una vez que consiguió llenar un plato de rebanadas satisfactorias, envolvió el resto del pan y lo guardó en el armario.

Entonces se dio cuenta de que la sala no estaba muy aseada y, juntando la comida en una esquina de la mesa, se dedicó a poner orden. Levantó la pequeña falange de botellas vacías de Christopher, pero no la retiró pensando que causaba cierta impresión. Puso las botellas de vino delante, con las etiquetas a la vista. Enderezó los libros en los estantes. Colgó las togas, dejándolas también a la vista, vació los ceniceros, ahuecó los cojines y colocó las cosas del escritorio. El deshilachado mantel estaba cubierto de migas y, como no consiguió limpiarlo con las manos, lo sacudió varias veces. Con cada sacudida, varias hojas sueltas caían planeando en el hogar.

Aún podía adecentar mucho más la habitación, pero decidió mejorar el aspecto general antes que corregir detalles aislados. Dejó la atlética raqueta de Christopher, maltrecha y remendada con cinta adhesiva pero cara, en diagonal sobre el antepecho de la ventana, como si hubiera quedado allí por descuido. Colocó en un lugar destacado de la repisa de la chimenea la

carta de vinos que Christopher había robado en un restaurante. Puso sobre la mesa los dos libros más doctos que tenía en préstamo de la biblioteca y, junto a ellos, una hoja de notas de su puño y letra, con comentarios y subrayados como le había enseñado el señor Crouch. Atizó diestramente la lumbre de manera que en una hora ardiese un fuego acogedor. Entonces cerró los ojos, volvió a abrirlos e intentó decidir si el resultado lo impresionaba. Tuvo que aceptar que no, pero tal vez era porque conocía bien la estancia.

Tras extender un mantel sobre una mesita junto al sofá y poner encima las tazas, los cubiertos y la comida, el conjunto le pareció más elegante de lo que esperaba, apetitoso incluso, si hubiera tenido hambre. Pero no había sal. Lo había olvidado, y estrechó desesperadamente el salero en la mano al recordar que la cocina estaba cerrada. La única solución era ir a comprar un paquete al colmado más cercano; un paquete era demasiado y costaría más de lo razonable, pero sin venir a cuento se acordó de la *gabelle* —una de las causas de la Revolución francesa— y salió a comprarlo.

Cuando regresó jadeando al edificio, ya había llegado el correo de la tarde. No había nada para él, y en ese momento, cuando las manecillas del reloj del *college* señalaban las cuatro menos veinte, una inquietud manifiesta empezó a revolverle las tripas. Ella no tardaría en presentarse. Hasta entonces John no estaba convencido de ello; de lo contrario, no habría podido ocuparse tan metódicamente de los preparativos. Todos sus actos habían surgido de una suerte de supuesto teórico, del mismo modo que un granjero se prepara para el invierno, y en el fondo no había dejado de esperar plácidamente una nota de ella para decirle que lo sentía mucho pero no podía ir, pues bien, eso no había sucedido ni iba a suceder. En menos de media hora probablemente ella estaría allí. Había caído la

última barrera.

Inseguro de sí mismo, caminó, sal en mano, por los claustros y al entrar en la habitación la encontró tan diferente después de todos los cambios que le pareció hostil y por un momento se puso histérico. Debía escapar antes de que ella llegara. Le dejaría una nota clavada en la puerta. Al imaginar a Jill allí, aguardando a que él le quitara el abrigo, esperando que la divirtiera, corrió temblando hacia la ventana para ver si había señales de ella. No había. Aún estaba a tiempo de escurrir el bulto y escabullirse por el otro lado, a través de los jardines. Y eso era lo que iba a hacer.

No obstante, con un esfuerzo de voluntad llenó el salero y se resignó a que ocurriera lo que fuese. Después de todo, quería que ella acudiese, estaba seguro de eso. Pasara lo que pasara, estarían juntos; aun cuando se quedaran sentados en un penoso silencio, incluso de esa única circunstancia podría extraerse algo positivo. Hasta el mero encuentro podría ser un hecho que con el tiempo se desplegaría como un abanico para llevarlo más allá de Jill, hacia un territorio donde acaso se librara de sí mismo. Aunque sabía que había sido una estupidez llegar tan lejos sin considerar su incapacidad para desenvolverse en situaciones imprevistas, en realidad no se arrepentía. De un modo un tanto disparatado se sentía orgulloso; le parecía un acto de valor, como un soldado inerme que carga contra un nido de ametralladoras.

Con las manos en los bolsillos, se balanceaba sobre los talones delante de la chimenea. Todo estaba a punto; demasiado pronto, por supuesto.

De repente un ruido de pasos femeninos en el claustro interrumpió sus pensamientos. ¿Ocho minutos por lo menos antes de la hora? ¿Cumplido o casualidad? Se sentó, volvió a

levantarse. No; quizá esa persona no iba a su habitación. Los pasos se acercaban. Clavó la mirada en la puerta, muy serio, tocándose nerviosamente la pajarita. Los pies subieron por los escalones, y se aproximaron a la puerta.

Dos golpes.

—Adelante.

Entró Elizabeth.

John parpadeó. Lo primero que pensó fue que había ido a ver a Christopher y que debía desembarazarse de ella lo antes posible. Sin embargo, la joven no parecía sorprendida de verlo. Soltó el picaporte y, cogiendo su bolso con las dos manos, le dijo:

—Hola, John. Quería hablar contigo un momento… Gillian me ha dicho que la habías invitado a tomar el té.

—Sí, yo…

—Bien, creo que es mejor que no venga. —Elizabeth ni siquiera miró la mesita del té. Tenía la vista fija en él y hablaba más fuerte que de costumbre y sin arrastrar las vocales —. Mira, su familia es muy estricta. Se enfadarían muchísimo si se enteraran. Pensaba que lo sabías.

—Pero ella dijo…

—Ya, pero es solo una niña y no quería ofenderte. Tendrías que haberlo sabido… Creía que estabas al tanto…

John notaba en la cara el aire frío que entraba por la puerta.

—Bueno… Lo… lo siento.

—Cuando me lo contó, pensé que tú o alguien queríais gastarle una broma… Aunque no sea así, me temo que no puede venir. Yo suponía que lo sabías.

En el lapso de vacilación que siguió a continuación, Elizabeth dio media vuelta y se marchó cerrando la puerta tras de sí, sin siquiera despedirse.

Un par de minutos después, se oyó el estrépito de tres pares de pies que subían dando trompicones; la puerta se abrió y entraron Eddy Makepeace, Patrick Dowling y Tony Braithwaite. Tony y Eddy cogieron jovialmente a John de los brazos y le dieron palmadas en la espalda. Patrick rodeó el sofá para acercarse a la mesita con la comida.

—¡Qué mala suerte, amigo! —exclamó Eddy—. Qué mala suerte. Un buen intento por tu parte. La hemos visto entrar. ¿Qué ha hecho, bajarte los pantalones y zurrarte en el culo?

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Tony—. Estaba seguro de que metería las narices.

—Deberías habernos avisado, John —protestó Eddy—. No me he enterado hasta el mediodía. De haberlo sabido antes, lo habríamos arreglado. La habríamos quitado de en medio.

—Yo creía que estaba enferma —comentó Tony.

—Eso decía ella. —Pat tenía la boca llena—. No demasiado enferma, por lo que parece.

—Es una cerda metomentodo —exclamó Eddy, indignado —. Con todo respeto, Pat, ¿sabes que tu hermana es una verdadera zorra? Una zorra entrometida.

—De todos modos, era un buen intento —opinó Tony Braithwaite—. Habrá que probar de nuevo. Y lo mejor sería echarle el lazo ante las narices de la prima.

—Me gusta fastidiarla —dijo Eddy—. No sé por qué, pero me encanta.

—Pon la tetera al fuego, Tony —ordenó Patrick—. Y no te

olvides de llenarla, como hiciste anoche. Tenemos que ayudar a John a deshacerse de toda esta comida. ¿Un poco de lechuga, John?

Le tendió la fuente. John abrió la boca y dejó escapar un ruido extraño; comenzó como una negativa cortés, pero, como había estado respirando muy deprisa, se convirtió en un grito semiarticulado, con un curioso vibrato sollozante. No quería soltarlo, pero, una vez que se le hubo escapado, no podía quedarse allí, de modo que corrió hacia la puerta y se marchó, mientras Patrick lo miraba con fingida (y los otros dos con auténtica) sorpresa.

Los días siguientes parecieron transcurrir deprisa, pero el paso del tiempo solo acrecentaba el dolor de John, como si con cada día aumentara la carga que colgaba de un gancho clavado a su carne. Trataba de prolongar los períodos en que olvidaba los hechos de aquel sábado. Toda su vida había sospechado que la gente le era hostil y quería hacerle daño; ahora sabía que no se había equivocado y veía materializarse los peores temores de su infancia. Estaba acostumbrado a los recuerdos humillantes, pero los de aquel sábado eran diferentes, tangibles. Por su causa había cambiado por completo sus hábitos cotidianos: hacía todos los esfuerzos posibles por no encontrarse con Jill, por no ir a ningún lugar donde ella pudiera estar. Apenas paraba en su habitación, que de todos modos se le había vuelto odiosa. El recuerdo descansaba en su mente como una roca descomunal, y le parecía que el paso del tiempo tardaría tanto en borrarlo como un chorrito de agua en erosionar una roca. Su peso lo atontaba, lo narcotizaba. Como decía la gente, siempre estaba en las nubes.

Parecía imposible que algo pudiera arrancarlo y, sin embargo, al cuarto día Whitbread lo consiguió; con unos comentarios durante la comida logró que pareciera tan

inconsistente como un decaedro de papel. Whitbread era la única persona con la que John había hablado regularmente aquella semana, aunque solo de comida y durante las comidas. Ahora Whitbread, tras haberse metido en la boca suficiente carne y ensalada para masticar durante dos minutos, volvió hacia él su gran cabeza de lirón y parpadeó, como si no supiera cómo empezar.

—¿Has oído las noticias de la una, Kemp?

John lo miró sorprendido y Whitbread repitió la pregunta.

—No. No las he oído.

—Ah. —Whitbread hizo una pausa para cambiar de sitio la comida en la boca—. Creía que lo sabías. Anoche bombardearon tu ciudad.

—¿Huddlesford?

—Sí. Creo que fue bastante serio, por lo que han dicho.

—¿Qué dices? ¿Un ataque aéreo, como en Coventry?

—Un ataque violento y concentrado, han dicho. Para que den la noticia tiene que haber sido bastante grave.

Whitbread agrandó ligeramente los ojos al tragar y enseguida cogió más comida con el tenedor y el cuchillo. John había dejado de masticar.

—He pensado que quizá… Si hay alguien de tu familia… —añadió Whitbread.

—Sí, mis padres. —John se volvió hacia él—. ¿Qué dijeron? ¡Dime qué dijeron!

—Lo de siempre, ya sabes… Un ataque violento y concentrado… Escuelas, hospitales, iglesias, zonas residenciales; lo que suelen decir normalmente… El fuego está

bajo control… Esas cosas…

—¿Y de los alrededores no dijeron nada?

—No… Es que eso no lo dicen nunca.

—¿Ni un comentario?

—Hablaban de zonas residenciales… Supongo que el objetivo eran las fábricas, la estación y el centro de la ciudad. —Miró dubitativamente a John—. ¿Vosotros vivís cerca de la estación?

—No.

John se levantó sin haber acabado la comida y salió temblando al sol. Se decía que en ataques como esos perecían mil personas, sin contar a los heridos y los que morían después. Era imposible que sus padres se hubieran salvado. ¿Qué iba a hacer él? Un saco helado de desdicha lo había cubierto repentinamente aislándolo de la luz de limón pálido que entibiaba el aire y de las palomas que se movían por el camino. Observó sus plumas grises, sedosas y suaves. Su mente se debatía bajo el impacto de la noticia, como un bañista desprevenido que, derribado por una ola, agita los brazos y las piernas. Cuanto más pensaba que sus padres habían muerto, más se convencía de ello. Ahora todo había acabado, con un resultado u otro, y él no conocía el desenlace. ¿Cómo podía averiguarlo? Necesitaba una confirmación.

Lo primero que se le ocurrió fue ir a la oficina de correos y enviar un telegrama. La muchacha de la ventanilla contó las palabras como si el mensaje fuera uno de tantos. Al pagar John preguntó cuándo lo entregarían. La muchacha no lo sabía.

—Depende de cómo estén las líneas… Ahora están cortadas. Tal vez dentro de tres o cuatro días; depende.

—¿No hay una forma más rápida?

—En este momento, no.

Mientras guardaba el cambio, John pensó que el telegrama llegaría a su casa en ruinas, que no lo entregarían y que tal vez erraría por el país como las cartas dirigidas a Jill. Bajo el sol de mediodía vendían la primera edición del periódico, de modo que corrió hacia la esquina para comprar un ejemplar, pero cuando llegó acababan de llevarse el último. Escrito con tiza, se leía en el cartel: «Violento ataque aéreo en el norte». Cuando encontró otra vendedora, que también se había quedado sin ejemplares y cuyo cartel anunciaba: «Violento bombardeo sobre Huddlesford», la certeza de que Whitbread había dicho la verdad cayó en su mente como un molde de acero. Regresó al *college* lleno de espanto. En ese momento todos salían del comedor en busca del sol, con las manos en los bolsillos, y las brillantes rayas de sus pantalones se arrugaban y estiraban con cada paso. Mientras se dispersaban, seguían conversando a voz en grito. Herbert, el conserje, los miraba desde la puerta de su garita.

—Herbert, ¿quién tiene la llave del cobertizo del campo de rugby?

—¡No le oigo, señor! —El conserje se llevó una mano a la oreja y, cuando el joven se acercó, agregó—: ¿No le enseñaron a preguntar las cosas correctamente donde se crió?

Mientras caminaba apenado por los claustros, John se cruzó con Whitbread.

—Mira, Kemp, yo en tu lugar pediría permiso para ir un par de días a casa.

Su tono de preocupación conmovió a John.

—¿Crees que me dejarán?

—Claro, hombre. Ve a hablar con Rivers ahora mismo.

—Acabo de enviar un telegrama, pero me han dicho que no llegará hasta dentro de tres o cuatro días.

—Es que las líneas deben de estar saturadas de mensajes oficiales.

—Quizá mis padres se pongan en contacto conmigo.

—Yo en tu lugar iría a ver cómo están.

—Sí, pero… —John era consciente de que estaban empujándolo a hacer algo que no quería.

—Caramba, Kemp —exclamó Whitbread—, ¡tienes que saber qué ha ocurrido!

—Sí, supongo que sí.

Tenía que saberlo; si habían muerto, debía enterarse lo antes posible, porque, si lo descubría demasiado tarde, sería insoportable. Sin embargo, no tenía el menor deseo de hacer nada; había aprendido que la acción solía dejarlo malparado.

—Yo de ti, iría a ver a Rivers ahora mismo, y esta noche ya podrías estar en casa.

—Esperaré a mañana y, si no tengo noticias, entonces iré.

—De todos modos, yo iría a ver a Rivers. Quizá pueda ayudarte.

De mala gana, John buscó la toga y fue a ver a Rivers, el tutor principal, pero este no estaba. Mordiéndose el labio, pasó por la habitación de Whitbread, que se hallaba en la misma escalera.

—¿Y bien?

—No está.

—Vaya. —Aunque el reloj solo marcaba las dos menos cuarto, Whitbread ya se había sentado al escritorio, rodeado de

libros—. Prueba otra vez dentro de una hora. Si quieres, ven a estudiar aquí.

—¿De veras no te importa? ¿No te molestaré?

—Hacen falta varios como tú para molestarme —contestó Whitbread con una sonrisita, y apoyó los codos sobre la mesa.

Así pues, John fue a buscar sus libros y se sentó en el asiento de la ventana, para poco después acomodarse en un sillón junto al fuego. Estaba callado, pero apenas trabajaba. Tres veces fue a la habitación de Rivers y ninguna lo encontró. En una ocasión fue al lavabo. Whitbread estudiaba sin pausa, imperturbable. Transmitía una calma alentadora; trabajaba con la misma concentración que John cuando estaba en el instituto. Fuera, el claro día de noviembre se había nublado. John fue a ver si había llegado el correo, pero no había nada para él.

A las cuatro y media prepararon un té fuerte y tostaron rebanadas de pan acercándolas al fuego ensartadas en cuchillos.

—Lo que me gusta de Oxford es que aquí hay lugar para todos —explicó Whitbread—. Tú y yo, por ejemplo. Mi padre siempre decía que si yo ingresaba en un *college* no tendría amigos y todo el mundo me miraría por encima del hombro. Y yo le decía que sin duda encontraría a gente, buena como tú, por ejemplo, chicos en la misma situación que yo, con ganas de hacer amigos. Le decía que en todo el país hay gente como yo, que trata de mejorar. Y en el *college* habrá unos cuantos, le decía. —Dio la vuelta a la rebanada de pan que estaba tostando—. Pero él no me escuchaba. No paraba de decir que estaría lleno de niñatos. —Se echó a reír.

—Warner…

—¡Warner! —Whitbread se reclinó con un gesto burlón—.

¡Ese no es nadie! Tiene menos educación que un golfillo.

—Es bastante rico —observó John.

—¿De veras? Nunca lo he visto derrochar mucha pasta, pero sí gorrear. Gorrea a todo el mundo. Hasta te gorrearía a ti, si fueras lo bastante necio para prestarle algo… Y estoy seguro de que no te lo devolvería. Bah, yo no pierdo el tiempo con gente como él.

John untó su tostada de concentrado de carne.

—Es un buen tipo.

—Yo no pierdo el tiempo con él —insistió Whitbread con vehemencia—. Estoy harto de esos tíos. Ni siquiera tienen clase. Los de Eton o Harrow… esos sí son distinguidos y yo los respeto. Tienen educación. El dinero es importante, no hay por qué negarlo, pero los tipos como Warner, que intentan trepar a las clases superiores, que vienen de colegios privados de pacotilla como el Lamprey, donde solo aprenden tacos y malas costumbres…

—A mí me divierte —dijo John sin demasiada convicción.

—Sí, bueno, puede ser, pero a mí la grosería no me hace ninguna gracia; ya he visto demasiada. No me divierten ni él, ni su madre actriz ni el sinvergüenza de su padre.

—¿La madre es actriz?

—¡Claro! Bueno, lo fue en un tiempo. ¿Qué significa para Warner venir aquí? —Whitbread interrogó al aire con un trozo de tostada mordida—. Si hubiera tenido que hacer lo que yo… solo una cuarta parte de lo que tuve que hacer yo…

Empezó a describir sus años en el colegio, lo que había luchado para seguir estudiando después de obtener el certificado escolar, las horas de trabajo, la hostilidad de los dos

hermanos mayores (ambos electricistas), que lo acusaban de ser un lastre para la familia y de no tener los pies en el suelo. Una noche, le rompieron varios cuadernos y desde entonces Whitbread siempre guardaba un resumen de sus apuntes y libros de texto por miedo a que volvieran a hacerlo.

—Sin embargo, no lo hicieron y, cuando me concedieron la beca, al volver del trabajo se disculparon y nos dimos la mano. El éxito llama al éxito. —Whitbread esbozó una sonrisa de gnomo—. ¡Eh, despilfarrador! Se te está quemando el pan. Ráspalo un poco.

John obedeció.

—Tú lo pasaste peor que yo. A mí jamás se me habría ocurrido pedir una beca si no hubiera sido por mi profesor de literatura. —Hizo una pausa, pensativo—. En la vida se me habría ocurrido.

—Ese es tu problema, Kemp —repuso Whitbread—. No te exiges lo suficiente. De nada sirve la inteligencia si no se aplica. Yo no soy inteligente, pero me esfuerzo. Esa es mi filosofía. Y por lo pronto he llegado hasta aquí. —Miró con orgullo su buhardilla.

—Mi madre y mi padre se portaron muy bien, me animaron a seguir estudiando —explicó John. Mientras masticaba se quedó mirando el fuego y su expresión se tornó más seria al recordarlos. Dejó en la mesa la taza vacía y se levantó—. Voy a ver si Rivers ha vuelto. Muchas gracias por el té… Espero no haberte molestado.

—¡En absoluto!

El tutor principal, que acababa de llegar, estaba colgando el abrigo y el sombrero en un pequeño guardarropa. Mientras se lavaba las manos, escuchó lo que John le decía por la puerta

abierta. Regresó frotándose las manos y encendió la lámpara del escritorio. Era un hombre alto y encorvado, con un aire errático y distraído, y tenía una voz no siempre clara.

—Así pues, quiere permiso para ausentarse una noche —dijo, cogiendo la pluma y un impreso—. ¿Está seguro de que una noche bastará?

—Eso espero, señor.

Rivers rellenó el impreso sin respetar las líneas de puntos y se lo entregó a John con una sonrisa de extrema gentileza.

—Bien, si necesita más tiempo, llámeme o envíe un telegrama. No habrá problema.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—¿Cuándo se marcha? ¿Esta noche?

—Mañana.

—Muy bien.

Las mejillas de Rivers se crisparon de incomodidad, pero no dijo nada más, solo sonreía, de modo que John se retiró. Mientras volvía a su habitación, examinó el pase; Rivers debía de considerar que el ataque había sido serio, porque esos permisos eran difíciles de conseguir. Ahora que lo había arreglado todo, lo que sentía era resignación y una suerte de alivio. Solo le quedaba esperar a la mañana siguiente. Miró con cierto temor el cielo ensombrecido. En la habitación, el sirviente había puesto las tablas de oscurecimiento. Christopher, que acababa de volver del cine, se calentaba las manos agachado junto al fuego. En su dedo, el sello de oro lanzaba destellos intermitentes.

—Hola, amigo —susurró—. ¿Cómo te va?

No mencionó el bombardeo de Huddlesford, lo que John

agradeció. En realidad no sabía nada del ataque aéreo y, aunque lo hubiera sabido, no habría relacionado a John con la noticia. Una vez que hubo entrado en calor, fue silbando al dormitorio para cambiarse la camisa y la corbata.

—¿Te apetece una copa? —preguntó al regresar.

—Prefiero quedarme en el *college* —respondió John rígidamente—. Estoy esperando un mensaje.

—Bueno, la tomaremos aquí —repuso Christopher.

Sacó una botella y dos copas. Sentado en el sofá, John observó cómo las llenaba hasta el borde y contempló el líquido brillante pensando cuán a menudo se había jurado odiar a Christopher para siempre. Todo daba lo mismo. Esa clase de sentimientos eran como el viento, que ora sopla en una dirección, ora en otra. No cambiaban nada. Cogió la copa.

—Salud.

—Salud.

Christopher bebió, rió entre dientes y tendió a John un llamativo paquete de cigarrillos.

—Prueba uno —dijo—. Son cubanos, los remojan en melaza. He comprado en el George los dos últimos paquetes. Mientras dure la guerra, no traerán más. Ya verás cómo te tumban. Esta tarde le he dado uno a Elizabeth y casi se muere. Oye, la semana pasada tuviste un encontronazo con ella, ¿verdad?

John tuvo que pensar un momento antes de recordar.

—Ah, sí —dijo—. Es verdad.

—Bueno, yo te había avisado. —Christopher, que estaba de muy buen humor, volvió a reír como un niño y bebió otro trago de jerez—. Elizabeth es un ángel con una espada

llameante. Quiere mantener buenas relaciones con su tía; la vieja tiene mucha pasta. Tendrías que verla cuando va a tomar el té a su casa; parece una madre superiora: vestido negro, cuello y puños blancos… ¡Joder!

John se echó a reír y se alisó el pelo.

—Ya suponía que había algo así.

—No te quepa duda. Oye, no te habrá molestado, ¿verdad?

O sea, como broma habría sido buenísima. El mismo Eddy quería intentarlo. Siempre y cuando para ti no fuera nada serio… —John dio una calada al cigarrillo y prorrumpió en toses y carcajadas, mientras el humo le rodeaba la cabeza como un halo.

—Oh, no; claro que no. Era solo un capricho.

—Pues habría sido una broma genial. Elizabeth es una maldita hipócrita… Tendríamos que haberlo preparado bien, haberlo planeado …

John apuró el jerez y por un momento se preguntó qué habría sucedido si las cosas se hubieran hecho como decía Christopher. En realidad, le traía sin cuidado.

—Me figuro que pronto se irá, ¿no?

—¿Quién? ¿Gillian? Ya se ha marchado… pero solo para el fin de semana. Vuelve la semana que viene y se quedará hasta que acabe el trimestre. —Christopher bostezó—. Te debo dinero, ¿verdad?

—Ocho chelines.

—¿Tanto? ¡Caramba! ¿Aceptas cinco y otra copa?

—De acuerdo.

Christopher vació la botella. Había lo justo para dos copas

casi llenas. El jerez estaba un poco turbio. John bebió la suya rápidamente y observó la marca extranjera de su cigarrillo. A lo lejos un reloj dio las siete.

—Voy a la consejería a ver si tengo algún mensaje —anunció al tiempo que se levantaba—. A lo mejor ya ha llegado.

—Hasta luego —dijo Christopher, y se arrellanó en el sofá.

John cogió la toga y cruzó a tientas la resonante oscuridad de los patios, deseando tener una linterna. Chupaba con fuerza el cigarrillo para alumbrarse un poco.

En la consejería no había nada para él. Bajo una luz mortecina, el decano del *college* examinaba un fajo de cartas que había sacado de su casilla y el conserje, que había estado charlando con un auxiliar de bomberos, salió de su cuarto frotándose las manos.

—En Londres están sonando las sirenas, señor —dijo.

* * *

El viaje hacia el norte, al día siguiente, fue largo y deprimente. Cuando el tren salió de Oxford, John sintió una punzada de pesar y también de miedo, pues le parecía que abandonaba una región de irrealidad y dolor ficticio para entrar en el mundo real, donde podían hacerle daño de verdad. El bombardeo había sido demasiado importante para no tomarlo en consideración, y los periódicos de la mañana habían pasado al otro extremo y exprimido de la noticia todo el horror y el patetismo posibles. Antes de partir John había mirado con atención las desoladas ventanas de las iglesias, las cuadrillas de rescate entre los escombros, los niños con tazas de té en la mano. La fotografía de portada mostraba a un anciano mirando enfurecido el cielo. La leyenda rezaba:

¡Tendrán su merecido!

La impresión que daban los periódicos era que toda la ciudad había quedado convertida en ruinas. John estaba seguro de que a sus padres les había pasado lo peor, tenía la certeza de que estaban muertos. Era evidente que él merecía semejante castigo. Desde que se había marchado del hogar los tenía arrinconados en el fondo de la mente, algunas veces se avergonzaba de ellos, no se molestaba en escribirles con regularidad y hacía cosas que les habrían apenado. Ahora solo podía pensar en lo bondadosos que eran. Los detalles que más lo irritaban en el pasado (la manera en que su padre se ponía las gafas, primero una patilla, después la otra; el ruido que hacía su madre al tragar) se transformaban ahora en emblemas de sus virtudes más adorables. Cuando recordaba cómo habían envejecido últimamente, cómo se quedaban dormidos después de las comidas, la lentitud con que bajaban por las escaleras, lo atormentaba pensar que habían muerto porque él los había tratado con frivolidad. No había ningún motivo por el que debiera recordar todo eso, salvo para agudizar su dolor. Se lo merecía, y no una, sino veinte veces, pero era insoportable que hubieran sufrido por su culpa.

Eran las tres y veinte cuando llegaron a Kilbury Halt, un pequeño apeadero a cinco kilómetros de la estación central de Huddlesford. Como el tren no seguiría adelante, los pasajeros que iban a la ciudad tuvieron que apearse. Cruzaron el puente de madera en una fila sombría, que cerraba John. Se preparó para lo peor cuando salió a la calle, pero todo estaba intacto: había una furgoneta junto al bordillo y una pastelería abierta.

Tratando de ordenar sus pensamientos se puso en camino. Kilbury estaba a cierta distancia de su hogar; tardaría tres cuartos de hora en llegar caminando a un buen paso. Si la casa y sus padres estaban indemnes, se quedaría a pasar la noche. Sí

no… bien, en ese caso poco importaba lo que haría. Sabía que habían trasladado a los heridos a hospitales de las poblaciones cercanas.

Nunca había hecho ese camino, jamás en la vida. Bajo el cielo hosco y el sol desganado las calles parecían amenazadoras. Durante cinco minutos no vio nada destruido; luego apareció una casa bombardeada, quizá la primera que recordaba haber visto. Miró los ladrillos rotos, el parqué del suelo reventado, los listones alzados como delicados huesos quebrados. La puerta delantera, arrancada de los goznes, había caído sobre el seto. La bomba había atravesado el tejado y estallado dentro.

Fue la primera de muchas. Al acercarse al centro de la ciudad, donde aún se extendían los raíles en desuso del tranvía y abundaban las tiendas y almacenes, empezó a ver escombros por todas partes. Las calles donde habían caído bombas de acción retardada estaban cortadas; en ellas aún se veían tejas calcinadas y cristales rotos, no amontonados junto a las alcantarillas, sino esparcidos por el pavimento. De vez en cuando había manzanas enteras totalmente en ruinas. Había pocas personas en la zona; corrillos de hombres y muchachos con casco y mono azul conversaban en las esquinas, y en uno de esos grupos John reconoció a un excompañero de instituto. Ansioso, se apresuró a cruzar la calle.

—Hola, Fred. ¿Qué…?

—¡Johnny! No sé nada. Me alegro de verte por aquí. Vaya desastre.

—¿Cuál es la situación por mi casa?

—¿Dónde está?

—En King Edward Street, cerca del estadio.

—No tengo noticias. —El muchacho mordió el barboquejo del casco.

—¿Alguien sabe algo? —John se dirigió al resto del grupo —. ¿Sabéis si atacaron los alrededores del estadio?

Nadíe parecía saberlo: vivían todos por allí y su interés no excedía su propio barrio.

—Donde lo pasaron muy mal fue alrededor del hospital —explicó uno.

John se apartó, impaciente.

—Lo que está claro es que ninguna zona se libró de los bombardeos —afirmó Fred—, aunque no creo que cerca del estadio fuera peor que en otras partes. Yo en tu lugar iría a echar un vistazo. Pero no puedes ir por el centro. Están dinamitando… lo que queda.

—¿De veras?

—Sí, hay una barrera de un kilómetro y medio de radio alrededor del ayuntamiento. Tendrás que rodear el parque Swanmill. ¡Escucha!

A lo lejos sonó una explosión sorda y Fred sonrió con la mano en el aire.

—¿Por qué lo hacen?

—Para que no se propague el fuego. ¡Eh, Johnny!

—¿Sí? —John, que se había alejado varios metros, se volvió.

—¿Cómo te va en Oxford?

—¿En Oxford? Ah… Muy bien.

John echó a correr en cuanto se supo fuera de la vista de aquellos hombres. Las palabras de estos habían avivado en él

el deseo de conocer lo peor. Avanzó por una calle lateral sorteando charcos de un extraño barro rojo, formado por polvo de ladrillos y agua de tuberías. La zona parecía desierta; aquí y allá el armazón de un edificio seguía en pie, pero en general el paisaje era el de una ciudad abandonada por sus habitantes debido a la peste o a una migración masiva. Un gato se apretaba contra una puerta; la empujaba, maullaba, restregaba la cabeza contra ella, alzaba la vista y volvía a maullar. John cruzó calle tras calle. Eran calles por las que nunca había pasado, que solo conocía de oídas. Varias veces creyó que se había perdido. Por todas partes había vestigios del desastre: una tienda incendiada, los marcos de las ventanas carbonizados, el interior convertido en un montón de escombros que ardían sin llama. Una delgada columna de humo ascendía lentamente en el aire. Más allá, una casa entera había caído sobre un coche; aunque habían retirado los cascotes, el vehículo seguía allí, aplastado y polvoriento, con los asientos cubiertos de trozos de cristal y ladrillo.

Se oyó una nueva explosión a lo lejos, como una salva fúnebre.

John sudaba y jadeaba tras haber recorrido varios kilómetros de destrucción, y el sol comenzaba a ponerse. Cuando llegó al final de la larga avenida de donde partía su calle, vio que el sol asomaba tras unas nubes grises, poco más que un disco colérico tras una hilera de chimeneas de fábricas. Tenía un aspecto admonitorio y siniestro; arrojaba una curiosa y tibia penumbra, que volvía extraño incluso ese lugar tan conocido: miraba apocalípticamente, como un ojo hostil, patios traseros, corbertizos desvencijados, cubos de basura y casas de ladrillos sucios. John estaba asustado. Mientras subía por la cuesta dando traspiés, reparando en los pedazos de ladrillos que las feroces explosiones habían lanzado sobre los

setos, retrocedió en el tiempo y se encontró rezando por sus padres, fervientemente, como un niño. Dijo en voz alta que prometía lo que fuese, que haría cualquier cosa con tal de que estuvieran bien. Todos sus intentos de llevar una vida personal le parecían una maraña de egoísmo hipócrita; en el fondo les pertenecía a ellos y de ellos dependería para siempre. Si estaban bien, renunciaría a todo. Y, si había ocurrido lo peor, solo pedía tener la fuerza necesaria para soportarlo.

La lámpara blanca en forma de globo todavía colgaba sobre la entrada de la tienda de la esquina, sorprendentemente intacta. John enfiló King Edward Street.

Dos hileras de casas humildes, sin jardines delanteros, flanqueaban, igual que siempre, la calle. John vio la suya, en el número cuarenta y ocho, tan entera como las demás. Se acercó.

En la puerta había una nota clavada, con letra de su padre, que avisaba de que se habían ido a la casa de un tío que vivía en Prestan. Debajo se indicaban las señas.

John se alejó unos pasos; se sentía tan agradecido que apenas sabía lo que hacía. El alivio lo empapaba todo entero, John lo percibía en su cuerpo, como si le hubieran arrojado un cubo de agua; sonreía, miraba el sol y veía cómo hacía resplandecer las casas de ladrillos, igual que cuando él era niño. Era como si acabara de regresar del colegio y tuviese que dar la vuelta por el callejón para entrar por detrás, porque su madre había salido a comprar. Dejaban la llave debajo de una baldosa suelta y, más tarde, de una maceta. Volvió sobre sus pasos y leyó de nuevo la nota. Después examinó la casa cuidadosamente, mirando incluso la parte trasera, para asegurarse de que no tenía siquiera un rasguño. Sus padres habían trabajado el jardín hacía poco y un trozo de cemento

que no pertenecía a este yacía sobre la tierra recién removida. John se quedó un rato allí, con la mano apoyada sobre la cerca cubierta de creosota, y luego volvió a la puerta delantera, reacio a marcharse. Acercó la cara a la ventana para mirar la sala: estaba ordenada como siempre, había adornos sobre la repisa de la chimenea y los relojes marcaban la hora exacta. Sobre la mesa había una pila de periódicos, y detrás de un jarrón de cristal vio las seis cartas que él había escrito. La situación era extraña, como observar una casa de muñecas, y al apoyar las manos sobre el cristal se sintió tan protector como se siente un niño ante una casa de muñecas y sus minúsculas habitaciones. Quiso hacer una señal para indicar que sabía que todo estaba bien.

Ahora que se había librado de aquel peso enorme, lo embargaba el sentimiento de extrañeza por lo que lo rodeaba. La ciudad había sido tan familiar y estaba tan íntimamente ligada a su infancia que su destrucción se volvía fascinante. Docenas de lugares que conocía bien estaban destrozados: el mugriento cine local, una pescadería; había grandes goterones de arcilla estampados contra los carteles. Mientras caminaba, observaba las ruinas y buscaba en los grupos de edificios los efectos de cada explosión, cuya fuerza desgarradora había retorcido vigas de hierro hasta darles formas interrogativas. La noche caía deprisa; por los carriles de las calzadas de donde habían retirado los cascotes, unos pocos ciclistas volvían del trabajo. La luna, durante el día apenas un fino segmento blanquecino, brillaba con fuerza en el cielo y arrojaba su luz sobre armazones de tejados, paredes desnudas y pilas de escombros que parecían ondular como un mar helado. Nunca había sido tan luminosa. Los cascotes semejaban ruinas de una era concluida y lejana.

Mareado por el hambre, se encaminó de regreso a Kilbury

sin otro plan que hacer lo posible por volver a Oxford. En la estación le informaron de que al cabo de media hora salía un tren hacia el sur.

—¿Hay algún pub por aquí cerca?

—El Brandon Arms está enfrente. No sé si estará abierto.

A la luz de la luna, John cruzó la calle para averiguarlo, precedido por su sombra. El edificio estaba a oscuras, pero había una puerta entreabierta y al entrar vio un mostrador alumbrado con velas y media docena de hombres sentados a lo largo de la pared. Tres de las velas estaban puestas en candelabros y una en una botella. La patrona estaba acodada en la barra. Hacía un frío terrible y la mujer llevaba una chaqueta con cuello de piel.

Nadíe hablaba. Cada vez que fuera soplaba el viento, las llamas danzaban.

John pidió una pinta de cerveza amarga.

—¿Y tiene algo de comer?

—No queda nada, cielo. Y de cerveza solo tenemos negra en botella. ¿Quieres una?

—Sí, por favor.

John miró cómo la cerveza, oscura y densa a la luz de las velas, subía brillando hasta el borde del vaso. Con el estómago vacío le iba a sentar mal.

—¿Está segura de que no tiene nada de comer? No he probado bocado en todo el día.

La mujer se enderezó lentamente mirando al muchacho con indiferencia.

—Iré a ver si hay algo.

Al cabo de tres minutos volvió con un grueso sándwich en un plato y una bolsa de patatas fritas. El sándwich consistía en dos rebanadas de pan seco con una loncha de tocino en medio.

—Gracias, muchas gracias —dijo John, y pagó.

Los parroquianos observaron cómo la mujer guardaba el dinero y a John mientras comía. No mostraban por él un interés personal; era más bien como si necesitasen algo en que fijar la atención. Cuatro eran trabajadores; dos parecían esperar el tren.

La mujer fregaba con una bayeta el mostrador, aunque estaba limpio.

—Creo que mientras haya algo que vender tendré el local abierto —dijo—. No podemos tenerlo todo parado.

—Tiene razón —dijo uno de los hombres.

—¿Cómo está su marido, señora Page? ¿Tiene noticias de él? —preguntó otro, removiéndose al hablar.

Era fornido y llevaba bigote, bombín y un abrigo manchado de barro. Como los demás, parecía que había dormido con la ropa puesta.

—No, y tampoco voy a tenerlas. —La mujer volvió a acodarse en la barra—. De todos modos, no estoy preocupada. Preocuparse no sirve de nada.

—No; no sirve de nada.

—Y él siempre se cura rápido.

—Ah, es de los que se curan rápido —dijo el del bombín, como si la hubiera ayudado a encontrar las palabras.

—Sí, siempre se cura rápido.

—Eso es una suerte.

—Sí. Y solo es una pierna. A muchos les ha ido peor. Da gracias, le digo yo.

Otro hombre soltó un fuerte resoplido en señal de asentimiento y bebió un trago de cerveza. Un tercero, que tenía los codos apoyados en las rodillas, levantó la vista y empezó a hablar atropelladamente. Tenía menos de treinta años, el rostro lozano y fresco con arrugas incipientes, el cabello rubio y ondulado y un bigotito corto; vestía ropas elegantes pero sucias y llevaba un abrigo de pelo de camello manchado de aceite que se ceñía con un cinturón sin hebilla. Junto a su vaso de cerveza descansaba un sombrero de fieltro mugriento.

—Yo sí lo he pasado mal. Ya ni siquiera sé qué estoy haciendo, por qué estoy aquí ni nada. El miércoles pasado vine de Manchester para ver la delegación de aquí… La Fowler… Un viaje de negocios, gasolina a cuenta de la empresa, todos los gastos pagados, incluidos los de mi mujer. Nos alojamos en el King's Head. Íbamos a cenar cuando empezaron a caer los petardos. Bueno, en medio hubo una pausa, no sé si se acuerdan. Salimos del sótano y le dije a mi mujer que subiera a hacer la maleta y en cinco minutos se reuniera conmigo en la puerta, mientras yo sacaba el coche.

Hizo una pausa para beber, sin apartar la vista de la patrona, quien, con un vaso a medio lavar entre las manos, le devolvía la mirada. Los papeles de las ventanas se agitaron. Los hombres tenían la cabeza gacha, como si estuvieran en misa. Aunque no les interesaba mucho lo que el joven contaba, parecían reconocer la necesidad que tenía de hablar.

—Por supuesto, en cuanto salí del garaje un policía se acercó y me dijo que no fuera idiota. Las calles estaban bloqueadas; no podía pasar ni un caballito de madera, menos

aún un ocho válvulas. Y voy yo y me pongo a protestar. Entonces oímos caer una de esas. ¡Menudo ruido hacen! Y da de lleno en el hotel…Fue la primera que le dio… Llevo dos días intentando acercarme, sin conseguir que nadie me diga nada… Aquí no conozco a nadie… solo al gerente de Fowler, y dicen que también a él lo pilló. De todos modos, no puedo acercarme a la zona. Nadie sabe nada. No sé qué hacer.

Se interrumpió tan bruscamente como había empezado y clavó la vista en el suelo. Un hombre muy anciano explicó con voz temblorosa:

—En nuestro barrio le dieron a un refugio.

Hubo una pausa.

—Harán lo mismo en todas partes —afirmó el joven alzando de nuevo la vista—. En todas partes. No dejarán una sola ciudad en pie.

En su voz se percibía una nota de impaciencia casi histérica, como si su mayor deseo fuera que eso ocurriera.

—Pero los periódicos dicen que tendrán su merecido seguro —apuntó el del bombín.

Todos callaron, con el oído aguzado en el silencio.

John volvió a la estación, que era poco más que dos andenes junto a un paso a nivel, y esperó el tren apoyado contra una valla de madera. Estaba cansado, y lo que había visto le hacía sentirse más insignificante que una mosca sobre un montón de piedras; hacía que la vida pareciera un infructuoso intento de encender una vela contra el viento.

Viajó durante toda la noche. En Birmingham consiguió algo de comer, de modo que se quedó con solo dos chelines, tres peniques y el billete de vuelta. La mayoría de los pasajeros eran soldados, que hablaban a gritos en corrillos y cuyos

macutos yacían en el suelo del pasillo como si fueran cadáveres. Tenían el cuello rojo, como escaldado. El tren atravesaba la oscuridad lenta y cautelosamente. Agotado, John se durmió profundamente.

La turbia luz amarilla se derramaba sobre su sedoso cabello rubio, su cara y sus manos, ahora relajadas. Tenía los zapatos manchados de barro rojizo, al igual que los bajos del pantalón y la manga derecha. Las ruedas veloces transmitían inquietud a sus sueños, y una vez más vio los edificios ennegrecidos, las calles abiertas por las explosiones, el bar a la luz de las velas. Ya no le parecía que todo aquello carecía de sentido; se despertó poco a poco y, mientras se frotaba los ojos con las manos heladas, pensó que representaba el final de la necesidad que él tenía del lugar. La ciudad ya no significaba nada para él y por eso había sido destruida; era simbólico, una suerte de anulación de la infancia. La idea lo entusiasmó. Era como si le hubieran dicho: se cancela el pasado, se borra todo el sufrimiento vinculado a esa ciudad, toda tu niñez. Tienes la oportunidad de empezar de nuevo; lo pretérito ya no te gobierna.

El tren atravesaba campos cubiertos de escarcha y oscuridad por entero.

Y era también como si le dijeran: mira lo poco que importa todo. Solo tenemos la vida, que nos impulsa a seguir adelante, y mira con qué facilidad puede hacerse añicos. Mira cuán tremendamente pequeña es la vida.

Bostezó y sonrió, con las manos juntas entre las rodillas. Cómo había complicado las cosas, cuando en realidad todo era sencillo; apenas podía creerlo. Se había preocupado y angustiado como un tonto. Pero a partir de ahora les iba a enseñar. Se tendió cuan largo era en el asiento. No se molestó

en formular promesas concretas; alegre, se repitió simplemente que aquello había acabado, que ahora iban a ver. Hacía frío y estiró todo lo que pudo los cortos faldones del abrigo para taparse las rodillas. En esa posición, medio adormilado, temblando e imaginando cosas, pasó el resto del lento viaje por la noche. Cada vez que el tren paraba, corría la cortina para echar un vistazo. Cuando poco antes de las cinco de la madrugada entraron en la gran estación casi desierta, le dolía todo el cuerpo. Estaba helando, y le hubiera gustado tener unos guantes. Hileras de farolas formaban charcos de luz en el andén. Aquí y allá se veían lecheras y pilas de paquetes. Desde la cola del tren llegaba el ruido que hacían los mozos al descargar el furgón.

Salió de la estación y anduvo lentamente por las calles. Las tiendas estaban cerradas con rejas y candados. Le zumbaba la cabeza de cansancio. Su cuerpo, derrengado hasta la histeria, inventaba ritmos y figuras de danza siguiendo el eco de sus pasos, cuyo sonido era sordo cuando pasaba por una arcada o delante de un umbral profundo. En la alcantarilla, un trozo de papel susurraba con el viento.

En los espacios abiertos las estrellas ofrecían su débil luz, pero por las callejuelas John tuvo que avanzar tanteando las paredes de piedra, donde sus dedos palpaban el frío musgo. Por encima de su cabeza se erguían los *colleges* de ornamentadas formas. Cuando dieron las cinco, su exaltado agotamiento extrajo de ellas otro raro y tortuoso impulso. Se apoyó contra un muro y empezó a sollozar, mientras las numerosas campanas anunciaban la hora entre la oscuridad y la escarcha. La antigüedad de esas campanas era confortante; John podía arrebujarse con ella como con un manto.

Cerca de un castaño había un lugar donde era fácil escalar el muro. John trepó por él, arañándose las manos. Luego se

dirigió sigilosamente a su habitación.

* * *

Al día siguiente no se despertó hasta las dos. El criado había quitado las tablas de las ventanas, limpiado la sala y hecho la cama de Christopher sin molestarlo. Se quedó unos minutos mirando el techo, repasando ideas y recuerdos, ordenándolos metódicamente; luego apartó las mantas y se levantó. Bebió un vaso de agua fría y estiró los brazos.

Oyó voces en la sala, de modo que después de ponerse el abrigo y colgarse una toalla en torno al cuello abrió la puerta. Christopher, Eddy y Patrick estaban sentados ante un enorme fuego de carbón, fumando puros y bebiendo cerveza. El ambiente era cálido y fragante.

—Oh, venga ya —decía Patrick desdeñosamente—. No sabes nada de carreras de caballos.

—¡Muy bien! —Indignado, Eddy se enderezó en la silla—. Apuesto lo que quieras a que conozco todos los caballos que corren este mes… qué digo, todos los de este trimestre. Lo sé todo sobre las carreras de este trimestre.

Eddy vestía un chaleco amarillo con botones metálicos, que hacía que su cara pareciera aún más sonrosada.

—Hola, John —saludó Christopher. Estaba sentado de espaldas a la puerta y había vuelto la cabeza para mirarlo—. Sírvete cerveza.

—Ya no queda —dijo Patrick tras llenar su vaso y arrojar a un rincón la botella, que cayó ruidosamente al suelo sin romperse.

John encontró otra debajo del escritorio, se llenó un vaso y, después de sentarse a la mesa, empezó a cortar el pan y untarlo de mantequilla. Comió vorazmente grandes rebanadas dejando

caer las migas.

—Conocer los caballos no sirve de nada —insistió Patrick —. Hay que tener un tipo que informe de los pronósticos.

—Qué diablos sabes tú. Apostar es una ciencia. Hay que elaborar un método…

—¿Dónde ha estado este chico? —preguntó Patrick señalando a John—. ¿Por qué no va vestido como es debido?

John masticó en silencio unos minutos, mirando fijamente a Patrick.

—Ayer fui a Huddlesford.

—¿Por qué?

—Porque vivo allí.

—¿En Huddlesford vive gente? —preguntó Patrick con cara de sorpresa—. Pensaba que era una invención de las comedias musicales.

—Sí —dijo John cortando más pan—. En Huddlesford vive mucha gente.

—Lo había olvidado —intervino Christopher—. ¿Ha sufrido muchos daños?

—Sí.

—Los bombardeos son como un buen espectáculo —comentó Patrick alzando los pies hacia el hogar—. Tras una larga temporada en la capital, empieza la gira por provincias.

Eddy tosió y volvió a ponerse el cigarrillo en la boca.

—¿Viste muchas zonas de la ciudad? —preguntó, no sin cierta crueldad.

—El centro está cortado —respondió John, pensando que se

había dirigido a él.

—Ah, ¿sí? —dijo Christopher—. Claro que en esas ciudades de provincia no hay mucho que destruir y pueden arrasarlas enteras de una vez. Debo reconocer que los bombardeos me divertían bastante. Estaba casi siempre borracho y me parecían de lo más normal. ¿Os he contado lo que ocurrió aquella vez que fui a una fiesta de Julian y por culpa de un bombardeo nos quedamos sin luz? Cuando al rato trajeron velas y las encendimos, resultó que todas las botellas se habían descorchado solas.

—No me lo creo, Chris —repuso Eddy con una sonrisa de oreja a oreja—. Seguro que fuiste tú.

—Cuando hice el servicio especial con la policía —explicó Patrick—, una vez encontramos cerca de Shepherd's Bush un refugio lleno de cadáveres sin una sola señal. No había explotado ninguna bomba en veinte metros a la redonda. Pensamos que había sido un gas o algo así, pero había sido la onda expansiva. Les habían estallado los pulmones.

—Curioso —dijo Eddy—. Claro que de una fiesta deJulian no me sorprendería nada, ni siquiera que apareciese el arcángel Gabriel para tocar la trompeta. Con dinero se puede conseguir cualquier cosa.

—¡Dinero! —exclamó Christopher teatralmente palpándose los bolsillos—. ¿Tienes algo para prestarme? —le preguntó a Patrick con interés.

Este le devolvió la mirada y de pronto lanzó un eructo que sonó como un ladrido.

John terminó el pan y apartó el plato.

—A mí no me vendría mal un poco de dinero —dijo—. En este momento solo tengo dos chelines y tres peniques. ¿Me das

un cigarrillo, Chris?

Christopher le arrojó el paquete.

—Creo que deberíamos organizar una fiesta antes de que acabe el trimestre —propuso—. Sería una contribución importante al esfuerzo bélico.

—¿En este *college?* —repuso Patrick—. Imposible, después del follón con Semple.

—Ese imbécil —dijo Eddy—. Bueno, la haremos en el mío. Dejan entrar a las mujeres.

—Creo que las mujeres estropean las buenas fiestas —afirmó Patrick, ceñudo.

—No tienes por qué hablar con ellas —observó Christopher arrojando la colilla al fuego—. Puedes dejarlas en paz.

—En cambio tú no podrías —dijo Eddy entre risas—. Ya sabemos lo que andas buscando.

Christopher intentó volcar la silla de Eddy, pero solo logró que derramara la cerveza. Estuvieron un rato forcejeando, hasta que derribaron una pila de libros y papeles.

—Dejad de hacer el tonto —dijo Patrick.

—Bueno, ¿cuándo la organizamos? —preguntó Eddy alisándose la ropa—. Me parece una idea fenomenal, siempre y cuando consigamos bebida.

—Claro que la conseguiremos —aseguró Patrick—. Y la pagarás tú con lo que ganes en las carreras.

—Eres un cerdo miserable —le espetó Eddy.

—Esta es la última semana. —Christopher se reclinó contra la repisa de la chimenea e hizo girar la sortija de sello que llevaba en el dedo—. Qué rápido ha pasado el trimestre. A

estas alturas no vale la pena ponerse a trabajar.

—¿Qué tal el jueves por la noche? —propuso Eddy—. El jueves en mi habitación.

—El viernes tengo seminario. —Patrick se arrellanó en el sillón.

—Entonces el viernes por la noche.

—El viernes voy a un baile.

—Maldita sea. —Christopher estaba impaciente—. Puedes preparar el trabajo el jueves durante el día.

—Tengo servicio.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Christopher con tono sarcástico—. Qué hombre más solicitado eres. Fue una tontería que te enrolaras.

—No lo creo. Espera a que te llamen a filas.

—¡Y una mierda! A mí todavía no me llamarán.

—Apuesto medio dólar —dijo Patrick, serio— a que dentro de tres meses reclutan a los de diecinueve.

—De acuerdo, medio dólar.

—Muy bien —dijo Patrick, y sacó su libretita.

—Muy bien para ti. Yo me alistaré en el servicio en su momento, cuando no tenga más remedio.

—¿Para encerrarte en un convento? —cloqueó Eddy con una risita—. ¡Te pillarán!

—Tú lo has dicho —confirmó Patrick estirando las piernas —. No se puede engañar todo el tiempo al Ministerio de Trabajo.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Christopher—. ¿Y crees que

eso me preocupa? Para el verano ya me habré hartado de estar aquí y me iré con sumo gusto. Tu problema —añadió apuntando a Patrick con el dedo— es que eres un cagado de mierda.

—Que te zurzan —exclamó Patrick de mal humor.

—Bien, el sábado no podemos hacerla porque ya nos habremos ido —dijo Eddy—. Y el miércoles me parece un poco pronto. ¿Quedamos el jueves por la noche?

—Pero…

—¡A la mierda tu maldito trabajo! —exclamó Christopher —. Sabes lo bastante para presentarte a la clase con los ojos vendados. Y, si no, le dices al tutor que tienes pulmonía.

—O viruela —dijo Eddy—. ¡Ja, ja, ja!

John los dejó en ese momento para ir a las duchas. Se alegraba de estar de vuelta. El lunes por la mañana le llegó desde Preston una carta de sus padres donde describían el ataque aéreo. No era tan vívida como para conmoverlo, pero le preocupó saber que su madre aún sufría una crisis nerviosa. Se la guardó en el bolsillo y tres minutos después la había olvidado.

Esa mañana, mientras tomaba un café (una costumbre que ahora cumplía automáticamente, sin recordar cómo había nacido), vio a Elizabeth sentada a una mesa con unas amigas. La observó divertido, fijándose en cómo hablaba y en cómo escuchaba a las demás, como si la joven actuara en una comedia de la que él era un privilegiado espectador. En cierto modo le recordaba a Jill, a quien no esperaba volver a ver. Cuando las muchachas se levantaron para salir, Elizabeth se acercó a su mesa.

—¡John! —exclamó—. Me dijeron que… No sabes qué

preocupada he estado por ti. Dime, ¿se encuentra bien tu familia? ¿Estaban en la ciudad cuando hubo ese terrible bombardeo?

Elizabeth inclinaba hacia él el rostro, que parecía grotesco, como un anuncio de cosméticos. Tenía una pelusa en el hombro izquierdo.

—Sí —respondió John, y se reclinó en la silla—. Pero tuvieron suerte.

—Qué bien. —La joven se mostró aliviada—. No sabes cómo me alegra. Debió de ser terrible.

—Sí, creo que fue muy duro.

—Otra cosa… —Lo miró fijamente y luego desvió la vista frunciendo el entrecejo—. Espero que no estés muy ofendido por… lo del otro día. Creo que fui un poco maleducada. Dime si lo fui, por favor.

—¿Maleducada? —John se echó a reír, mientras intentaba recordar—. Bueno, quizá un poco. Pero no mucho, después de todo.

—Sé que lo fui… Bien, no pretendo disculparme. No quise ser desagradable. Es que Gillian… —Hizo una pausa, esperando que John terminara la frase, pero él se limitó a sonreír—. Bueno, es muy joven. Solo tiene quince años.

—¿Quince? ¿En serio? —John no mostraba excesivo interés —. ¿Nada más?

—Sí, solo quince… Y ella no quería… ya sabes… Me pidió que… Bueno, ya sabes lo que ocurrió —concluyó Elizabeth.

—Sí —repuso John—. Bueno, no pasa nada.

—¿Estás seguro? Espero que no me guardes rencor… —La joven lo miró a los ojos con una sonrisa resplandeciente.

—No, está bien. Lo entiendo.

—Estupendo. Ahora debo irme. ¡Adiós!

—Adiós —dijo él con un bostezo; zorra, añadió para sí, mientras revolvía el café y se preguntaba qué habría impulsado a Elizabeth a fingir sumisión y decir todas esas mentiras. También se preguntó si aquello era el epitafio de Jill; dadas las circunstancias, era más que probable. Mientras fumaba un cigarrillo y terminaba el café, se dedicó a analizar la experiencia vivida sin que sorprendentemente le suscitara la menor vergüenza.

Era diciembre. Los numerosos árboles de la ciudad estaban desnudos; los paisajes que en verano habían reproducido las postales tenían ahora un aspecto melancólico y austero. Hacía tiempo que las barcas descansaban en sus cobertizos. En la sala de estudiantes empezaron a merodear números de Navidad de las revistas. El trimestre llegaba a su fin. John hizo un esfuerzo por terminar parte del trabajo que había dejado a medias.

Afortunadamente, estaba trabajando un jueves al mediodía cuando llamaron a la puerta y asomó una cara cetrina bajo un sombrero marrón.

—¿Concentrado? —preguntó una voz irónica.

—Pase, señor —dijo John poniéndose en pie—. ¿Qué hace…? Pase y tome asiento.

Estrechó la mano que el señor Crouch le tendía. Cerró la puerta, dejó el sombrero en la mesa y se acercó al hogar. Llevaba un grueso abrigo marrón con el cuello levantado.

—Una habitación muy bonita. Lástima que tengas que compartirla.

—Sí, es bonita. —John miró distraídamente alrededor.

—Una verdadera lástima. Siempre consideré esencial tener una habitación para mí solo, por pequeña que fuese. Claro que a lo mejor tú eres diferente. ¿Un cigarrillo?

Tendió la pitillera al muchacho, divertido de que aceptara la invitación sin pensar. El señor Crouch tenía un aspecto inesperadamente joven y parecía natural que estuviera allí.

—¿Ustedes ya han empezado las vacaciones?

—¿Si las hemos empezado? Nos han obligado a tomárnoslas. Me figuro que habrás estado demasiado retirado en este baluarte académico para enterarte de que la semana pasada sufrimos un pequeño bombardeo.

—¿Y atacaron el instituto? —preguntó John.

—Lo destrozaron. Se incendió casi todo, salvo los laboratorios, el gimnasio y un par de las aulas nuevas. De modo que hemos acabado las clases antes de tiempo. —El señor Crouch exhaló una bocanada de humo—. Creo que por tu casa no fue muy grave.

—No. Estuve el viernes allí y estaba todo intacto.

—¿De verdad estuviste allí? ¡Qué pena que no me enterara!

Podrías haber pasado a visitarme. ¿Sabes que me he casado?

—No… Enhorabuena —dijo John recuperando su antigua timidez.

—Gracias —repuso el señor Crouch con tono alegre—. Muchas gracias, de verdad. —Miró al muchacho sonriendo.

—Entonces, ¿dónde vive ahora, señor?

Durante un largo rato hablaron de Huddlesford, el señor Crouch de pie, de espaldas al fuego, y John a horcajadas sobre el brazo del sofá.

—Claro que, a pesar de todo, no tengo tantas comodidades como tú —comentó el señor Crouch echando un vistazo a la habitación—. Estás muy bien instalado. Por supuesto, hay que reconocer que te lo has ganado. ¿Por qué no me has escrito? —Esbozó la sonrisita de antaño al advertir la turbación del muchacho.

—Bueno, he empezado varias veces…

El señor Crouch levantó una mano.

—No hace falta que me des explicaciones. Ya sé lo que pasa.

—Se quedó mirando el cigarrillo que tenía en la mano—. Sé cómo son los primeros meses en la universidad. Todos tenemos la sensación de estar viviendo por primera vez.

John clavó la vista en la alfombra.

—Ha valido la pena, ¿verdad? —prosiguió Crouch—. Ha valido la pena tanto esfuerzo…

—Sí, claro —convino John con timidez.

—Bien. ¿Vienes a comer conmigo? No sé cuál es el mejor lugar.

John echó más carbón al fuego y decidió ir a un restaurante del que había oído hablar a Christopher. Mientras caminaban por la calle, el señor Crouch miraba con interés cuanto lo rodeaba. Le inquietaba lo que veía: un estudiante de arte con camisa roja dibujando un boceto de una cúpula; una florista y un pinche de cocina llevando una bandeja de platos cubiertos a la habitación de un catedrático. Cosas como esas eran la expresión de una vida que él no había compartido y nunca compartiría. Estaba seguro de que el muchacho que lo acompañaba no las había advertido.

—Cuéntame qué has hecho —dijo cuando se sentaron a la mesa, y enlazó los dedos manchados de nicotina.

Mientras hablaba de los trabajos que había hecho y de las clases, John intentó, primero sin darse cuenta y luego deliberadamente, que parecieran más interesantes de lo que en realidad habían sido.

—¿Ha leído el último libro de mi tutor? Es muy bueno. El profesor es una autoridad en el XIX inglés. He leído varios ensayos suyos. He tenido mucha suerte.

—La lástima es que no pueda llevarte a ti solo —observó el señor Crouch partiendo un panecillo—. ¿Nunca se te ha ocurrido pedírselo? Claro que la guerra lo ha trastornado todo.

Como John no contestaba, el señor Crouch le preguntó qué había hecho además de estudiar. La respuesta que obtuvo no fue clara. Al parecer John no se había incorporado a ningún a club ni tenía amigos, y se iba por las ramas para no tener que admitirlo. El señor Crouch escrutó su rostro a través del ramo de flores artificiales.

—Supongo —dijo tras una pausa— que ahora empiezas a adaptarte. Suele ser un proceso lento. —Encendió un cigarrillo, completamente absorto en sus pensamientos—. Si me permites el atrevimiento de darte un consejo (tal vez uno de los últimos que te dé, si no el último), te diría que te quites de la cabeza la idea de que aquí lo único que de verdad importa es el trabajo.

John asintió con aire distraído.

—Porque no es así en absoluto. Solo un pequeño, pequeñísimo porcentaje de los estudiantes que en este momento están en la universidad llegarán a ser profesores o catedráticos. Y a menos que estés pensando en eso (y si es así

recuerda que la competencia es muy dura, porque se trata de cargos muy codiciados), debes enfocar tu carrera teniendo en cuenta lo que harás cuando la acabes. —El señor Crouch se acomodó mejor en la silla—. Puedes ver este lugar como una gran estación central. Miles de personas. Trenes que parten en todas direcciones. Lo que tienes que decidir es adónde vas. Una vez que lo hayas decidido, debes unirte a tus compañeros de viaje. Ellos serán de gran ayuda. Sé que lo que voy a decirte te sonará cínico y trillado, pero con diez minutos de arribismo social se consiguen mejores puestos que con diez años de trabajo duro.

John se encogió de hombros.

—Lamentablemente las cosas son así —prosiguió el señor Crouch—. Lo que debes recordar es que en circunstancias normales aquí te cruzarás con unas dos mil personas que dentro de veinte años, o quizá menos, estarán en los puestos más elevados. Aquí tienes el privilegio de relacionarte con ellos más o menos en condiciones de igualdad social, y debes aprovecharlo. Cuantos más contactos hagas, mejor. Por eso te aconsejo que entres en todos los clubes y sociedades que puedas, por más que los desprecies o te sientas fuera de lugar. No puedes permitirte despreciarlos, y tampoco pasar por la vida como si estuvieras al margen de ella. Para bien o para mal, durante tres años estarás en la corriente. Y que puedas continuar en ella depende exclusivamente de cómo aproveches las oportunidades.

John volvió a asentir.

—Sí —dijo—. Comprendo lo que quiere decir.

—Así pues, no vivas como un monje —añadió el señor Crouch cuando se levantaban para marcharse—. No resulta rentable.

El señor Crouch estaba convencido de haber dado buenos consejos.

—¿Qué pasará con el instituto? —preguntó John cuando salieron a la calle.

—¿El instituto? —El señor Crouch se golpeó la mano izquierda con los guantes, que sostenía en la derecha—. No lo sé. Pero, yo me marcho en Navidad… Voy a alistarme en las fuerzas aéreas para servir de algún modo. —Al ver la expresión de incredulidad de John el señor Crouch sonrió. Luego concretó con un tono más formal—: Ya lo tenía bastante decidido, y el bombardeo acabó de convencerme.

—¿Lo aceptarán?

—Tal vez no para un cuerpo de combate, pero puedo ayudar en cuestiones educativas. ¿Te sorprende?

—Sí, señor, bastante.

—Pues no debería. —El señor Crouch caminaba deprisa, mirando las verjas de los *colleges* junto a los que pasaban, y a punto estuvo de tropezar con un gato—. La hoja de servicios de guerra será muy útil para encontrar empleo cuando llegue la paz, y sin duda se valorará el hecho de haber sido voluntario.

Cuando se despidieron a media tarde, John estaba deprimido. Se encaminó hacia su habitación embargado por la amargura. El aire estaba impregnado de una fría humedad; aunque no había llovido, las calles estaban mojadas. Tenía la sensación de no haber podido ocultar al señor Crouch que todo le iba mal, que había roto el tácito compromiso contraído con él. El consejo (en el que Crouch había hecho hincapié antes de marcharse) parecía sensato y bienintencionado, pero cierta impotencia por su parte lo tornaba por completo irrelevante. Todo parecía ir fatal.

Puso agua a hervir y se preparó un té. A esas alturas de nada servía hacerse reproches o promesas. Estaba en un punto muerto.

Sin que lo guiara ningún impulso amistoso, después de poner las tablas de oscurecimiento se dirigió a la habitación de Whitbread. Su compañero no estaba en ella ni había encendido el fuego. Recordó que a la hora del desayuno lo había visto vestido con el traje prescrito para los exámenes. Sobre la mesa había una hoja con preguntas; para él no tenía sentido alguno. Se puso furioso al pensar que Whitbread se estaba examinando, cuando su propio tutor ni siquiera le había planteado el asunto. Abrió el armario y, tomando un bote de mermelada, derramó una buena cucharada sobre cada libro abierto en el escritorio. Luego los cerró. Tras arrojar a la chimenea el resto de la mermelada rebañó el recipiente con la cuchara y la lamió. En el armario también había una porción casi entera de mantequilla; la desenvolvió, la cortó en dos y metió sendas mitades en las zapatillas de Whitbread. Después llenó de azúcar y té los bolsillos de las chaquetas colgadas en el dormitorio. En uno encontró un billete de una libra que llevaba prendido con un alfiler un trozo de papel con un número; se lo guardó en el billetero. En el último momento se le ocurrió verter la leche de Whitbread en la carbonera y encender el fuego.

Presa de una extraordinaria euforia, se sumergió en la oscuridad de los claustros. En la conserjería había una carta de sus padres, pero no se molestó en recogerla. En cuanto dieron las seis, entró en el pub más cercano y se sentó solo a la barra, el primer cliente de la tarde. La patrona sacaba brillo a un vaso tarareando una canción; luego fue un momento a la trastienda. John bebió ávidamente. Tan desagradable le resultó la cerveza que con cierta timidez pidió un whisky y lo bebió sin

rebajarlo. Entonces le entró sed, de modo que volvió a pedir cerveza para refrescarse la garganta. Solo después de varios tragos se dio cuenta de que no le sabía a nada. Como de esa manera le gustaba más, se la bebió enseguida. Luego compró un paquete de cigarrillos y fumó sin parar, encendiendo uno con la colilla de otro.

Se preguntó dónde estaría Jill a esa hora. No la veía desde que había regresado de Huddlesford, pero suponía que estaba de nuevo en Oxford. Al principio pensó en ella de un modo puramente teórico, sin evocar nada. Durante un rato la recordó como una falsa luz que él había dejado de seguir por falta de voluntad. Qué bien había hecho. No obstante, poco a poco, empezó a reconstruir su cara, como quien ensarta un conjunto de cuentas, hasta que se formó en su mente como una aparición surgida de un caldero. Pidió más bebida. El tictac del reloj era alegre, la barra se había llenado de hombres que hablaban en voz baja y seria, y él se sentía libre de desasosiego. Miraba el fuego, el espejo y su propio vaso.

Pero ¿qué hora era? Se sobresaltó al ver que el reloj marcaba las siete y media. Se levantó del taburete con tal brusquedad que tiró el vaso al suelo y lo rompió. Todo el mundo se volvió a mirar cómo la patrona salía a barrer los añicos. John quiso pagar el vaso y logró que la mujer aceptara un chelín. Rojo de vergüenza, al cruzar la puerta se golpeó el hombro con la jamba y pensó que todos debían de creer que estaba borracho, aunque no era así.

Después de la luz del local la oscuridad de la calle era pavorosa. Chocó con tres personas y al arañarse la mano con un alambre lanzó una maldición. Eso le dio risa. El aire frío lo persuadió de que estaba un poco mareado.

Al oír que a lo lejos un reloj daba las ocho menos cuarto

recordó su temor a llegar tarde a la cena. Corrió hasta el *college* y pasó por la habitación para coger la toga. De la cocina llegaba un tibio olor a comida, y se oía el amortiguado sonido de conversaciones en el comedor.

Como esperaba, el mayordomo no lo dejó pasar.

—No, señor. Ha llegado usted tarde.

John, que le temía demasiado para discutir con él, se ruborizó intensamente y balbuceó una excusa antes de alejarse. Echó a correr y, debido al frío y los muchos cigarrillos que había fumado, tuvo un ataque de tos. Mientras caminaba se quitó la toga, sin dejar de toser, de modo que llegó a pensar que debía de estar enfermo. Al volver a la habitación descubrió que se había dejado la luz encendida. Sobre la mesa había una nota para Christopher; el sobre estaba abierto, y John se acuclilló frente al fuego, protegiéndose la cara del calor, para leerla. Decía lo siguiente:

> Querido Chris:
>
> Supongo que no tendrás inconveniente en que esta noche lleve a Gillian. Es el último día que pasa aquí y, como de costumbre, tengo que cargar con ella. Además, Eddy dejó caer que iba a unirse con alguien que preparaba una reunión con sándwiches. Lo que te pregunto es si piensas que puedo dejarla entre la gente confiando en que no todo el mundo esté borracho. Me temo que encima tendremos que marcharnos temprano, pero tengo muchas ganas de ir. ¿Por qué no me llamas entre las cuatro y las cinco?

Había unas líneas más, pero John no se molestó en leerlas y, rascándose la cabeza, releyó la primera parte. La nota temblaba en su mano. Luego se puso en pie, se apoyó contra la chimenea, apretándose las sienes con las muñecas, y levantó la cabeza para mirarse en el espejo. Estaba muy pálido. Dobló la nota, la arrojó a la mesa y se paseó por la sala. Se limpió las manos en los pantalones. El reloj de la repisa se había parado a las cinco menos veinte.

Echándose el pelo hacia atrás abrió la puerta y salió rumbo a la despensa.

—Quería dos botellas de jerez —dijo, desorientado ante la lista de vinos—. De este —agregó señalando el más caro.

El despensero descolgó una llave y fue a buscar las botellas; antes de dárselas las limpió cuidadosamente con un paño.

—Firme aquí, por favor —dijo.

John escribió con torpeza su nombre en la hoja impresa y volvió a su habitación con las botellas. A mitad de camino le resbaló una y se hizo añicos contra las baldosas. Tras vacilar un momento, apretó el paso llevando la otra con las dos manos.

Dejó en la mesa la botella, que brillaba a la luz de la lámpara como una columna de ámbar; tenía la etiqueta manchada por el tiempo. John se peinó, volvió a ponerse el abrigo y fue hasta la puerta. Allí se detuvo. Una vez más dejó la botella en la mesa y, abriendo un cajón, sacó la carpeta donde guardaba lo que había escrito sobre Jill. Encendió un cigarrillo, se apoyó contra la repisa de la chimenea y empezó a pasar las páginas.

> Qué horrible el desayuno de hoy. Estábamos comiendo las gachas cuando se me ocurrió decir que es significativo que tanto en los internados como en las cárceles el día comience con la misma comida: con una especie de engrudo. La vieja B., que pasaba por allí, me oyó. «No me parece un comentario muy agradable», dijo, con tal afabilidad y pena que tuve que aceptar que realmente no lo era y me deprimí muchísimo. Es extraño que…

O:

> Sé que las cosas irán cada vez peor, pero no me importa, porque también mejorarán cada vez más. No volvería atrás ni por todo el oro del mundo.

Se encogió de hombros y de repente arrojó las hojas al fuego. Observó cómo ardían y después salió con la botella en el

bolsillo, sin apagar la luz y dejando el cigarrillo encendido en el borde de la repisa.

Cuando avanzaba por el claustro, pisó cristales rotos y se preguntó qué sería.

En la calle hacía tanto frío que entró en un pub y pidió un whisky. Le sirvieron ginebra, que era lo único que tenían, y se la bebió de un trago. Como no mitigó el frío que sentía en las manos, en el siguiente bar volvió a pedir whisky. Esta vez sí tenían, pero al beberlo pensó que quizá habría sido mejor seguir con la ginebra. Luego pidió una pinta de cerveza para apagar la sed.

El *college* de Eddy estaba en el otro extremo de la ciudad, a unos cinco minutos, y a John le dolía el hombro izquierdo por el peso de la botella. En la oscuridad se oían fuertes pisadas de botas militares. Entonces, gigantesca, amenazadora, la campana del *college* de Eddy dio el cuarto de hora y su tañido llenó todos los resquicios de la noche. Había empezado a caer una lluvia muy fina. Alarmado por el tremendo sonido de la campana, John se detuvo vacilante ante la verja, mirando al otro lado. Vio una tenue luz en la conserjería y, dentro, al conserje tocado con un bombín. En ese momento salieron dos jóvenes y se hizo a un lado para dejarlos pasar. Después volvió a observar el interior del recinto. Había bicicletas apoyadas contra el muro.

Era el momento culminante de la indecisión. En algún lugar del vasto laberinto de edificios Jill, abandonada, muy probablemente aburrida, esperaba que alguien la rescatase. Aunque John llevaba la botella como pasaporte, no se atrevía a entrar. La nota de Elizabeth lo había devuelto tambaleante a sus viejos anhelos: la certeza de que se le presentaba una última oportunidad reavivaba su deseo de actuar. Se obligó a

lanzarse hacia el acontecimiento, hacia la última oportunidad que tendría. Sin embargo, no podía moverse. Tenía miedo de que lo expulsaran de la fiesta o de encontrarla divirtiéndose con otro. Ignoraba qué debía hacer; solo sabía que deseaba estar con ella. Oh, Jill, pensó desesperado, temblando. Su anhelo por la joven era tan intenso que estaba seguro de que ella podía sentirlo. Apoyó la frente contra la pared; la angustia estaba aprisionada en su interior y él era prisionero de la angustia.

Al otro lado de la calle había una cervecería. Tal vez lo mejor era esperar a que la fiesta se animara, de modo que su presencia no les molestara. Además, podía quedarse fuera tres cuartos de hora más, porque hasta las nueve no cerraban la puerta. Así pues, dejaría que fueran entrando en calor.

El patrón lo miró con suspicacia cuando pidió una pinta.

—¿Tienes dieciocho años?

John parpadeó. Antes de responder tuvo que juntar mentalmente las palabras.

—Claro que sí. Estoy en la universidad.

El hombre se volvió, diciendo algo que John no logró captar, y sirvió la cerveza. Para disimular la incomodidad John encendió un cigarrillo en la estufa de gas que ardía en un rincón. Echó una mirada a su alrededor. Era un lugar anticuado, con el suelo cubierto de serrín y pequeños toneles de adorno con etiquetas de coñac, ron y ginebra en los estantes. Alrededor de una mesa un grupo de trabajadores jugaba al dominó; el patrón los miraba mientras bebía una cerveza.

—Harold, Harold —exclamó en cierto momento—, ¿no sabes jugar mejor?

Si se retrasaba demasiado, pensó John, tal vez Jill ya se hubiera ido. Recordó que Elizabeth había indicado en la nota que debían marcharse temprano y, de todos modos, tenían que abandonar el *college* a cierta hora, probablemente a las nueve y media o las diez. Si quería hacer algo, había que actuar enseguida. Al retirarse el cigarrillo de los labios se le cayó al suelo, donde tras una tentativa preliminar, decidió dejarlo después de hacer el ademán de inclinarse. Un hombre harapiento lo recogió y tras apagarlo bien con los dedos se lo puso detrás de la oreja. John fue a buscar otra pinta y al volver encontró al hombre del cigarrillo sentado en la silla contigua a la suya.

—Acabo de terminar la jornada. He cerrado el portón del cementerio —explicó afablemente—. Para que ninguno se escape. Vaya, a este barril todavía le queda mucha pólvora.

Apuró su media pinta y se secó la boca satisfecho. John se fijó en que tenía un ojo de cristal y empezó a ponerse nervioso. El hombre encendió la colilla en la estufa de gas y se dispuso a confesarse.

—Me gané esta canica en Dunkerque. Sabe de lo que le hablo, ¿verdad? —Se dio unos golpecitos en el ojo de cristal —. Estuve allí. Vaya si estuve. Lo que me asombra es estar aquí ahora para contarlo.

Empezó a hablar a tal velocidad y con tono tan íntimo que John apenas entendía lo que decía, aunque dedujo que estaba contando su experiencia en el ejército. En cierto momento sacó un gran fajo de papeles, impresos militares y certificados sujetos con un clip, y los desplegó sobre la mesa. A continuación, tendió uno a John, y luego otro. El muchacho comprendió que le estaba pidiendo dinero.

—Quizá pueda usted echarme una mano, jefe. No soy

ningún mendigo. Yo tenía un oficio, como todo el mundo. Un trabajo especializado. Le diré qué era: carpintero; eso era. ¿Por qué no me echa una mano, jefe? Mire, no soy un pordiosero. Estuve en Dunkerque, me dieron de baja en el ejército, pero no me dieron un trabajo ni una pensión. ¿Cree usted que no he buscado trabajo? No soy un gandul, jefe. ¡Ja, ja, ja! Y tanto que he buscado. He hecho cola en la oficina de empleo durante tres, cuatro horas. Pero no sirve de nada, jefe, se lo aseguro. Ande, écheme una mano. Estuve en Dunkerque, jefe, no he tenido una vida tan fácil como usted. Y tampoco soy joven. Nos meten en el ejército y luego nos dicen que ya no servimos. Y sabe Dios que es verdad; no servimos para nada, maldita sea.

John quería que se fuese, lo deseaba tanto que le dio media corona y miró hacia otro lado. El hombre se levantó de un salto y se marchó como si le hubieran encomendado un recado. La puerta se cerró con estrépito y John se tapó la cara con las manos. Entonces el movimiento circular que sentía en la cabeza, y que con los ojos abiertos había conseguido controlar, se aceleró de repente. En la oscuridad tuvo la impresión de que su silla se inclinaba lentamente hacia la izquierda. Bastó que se destapase la cara para que poco a poco el local se enderezase. Luego comenzó a escorarse de nuevo hacia la izquierda. Resultaba penoso luchar contra esa sensación y volvió a cerrar los párpados. Una vez más la silla empezó a ladearse.

Necesitaba respirar aire fresco y encontrar un lavabo, de modo que terminó la cerveza y salió. En la calle la llovizna cayó sobre su rostro como un trozo de muselina húmeda. Como no sabía dónde estaba el lavabo y temía toparse con el hombre de Dunkerque, cruzó la calle y entró en el *college* de Eddy. Atravesó la puerta tambaleándose y el conserje lo miró,

pero no dijo nada.

De pronto hacía mucho frío. Las estrellas desfilaban glacialmente por el cielo. Se abotonó el abrigo y al palpar la botella se acordó de la fiesta de Eddy, donde habría un fuego, un sacacorchos y más bebida. Tenía que ir allí. Entonces se coló en su mente el comentario grosero que Eddy había hecho sobre Jill y se echó a reír, al tiempo que estiraba los brazos como si quisiera empujar la oscuridad. Lo más sensato era preguntar por la habitación de Eddy, caviló, pero en ese momento estaba frente a una pared sin ventanas y las únicas puertas a la vista parecían dar a cocinas o despensas. Tropezó, maldijo y chocó con un árbol. Entonces se detuvo y le explicó al árbol lo que estaba buscando. Mientras hablaba, advirtió que muy cerca había una escalera alumbrada por una luz azul; fue hacia allí y llamó a la primera puerta que encontró.

—Adelante —dijo una voz.

John forcejeó estúpidamente con el picaporte, hasta que desde dentro le abrió un joven con el cabello rubio y peinado hacia atrás con fijador y gafas con montura de concha.

—¿Sí? —dijo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Yo… —A John le costaba mover la lengua—. Yo… busco una fiesta… Una fiesta que da… que da… —No lograba recordar el apellido de Eddy—. Bueno, Eddy no sé cuántos. Ten, bebe un trago. —Sacó la botella del bolsillo—. Oh, lo siento. No está abierta. —Tocó el gollete—. No la he… descorchado.

—Pasa. Tengo sacacorchos.

El joven cogió la botella y se volvió. John lo siguió, arrugando el entrecejo a causa de la luz, y vio que el escritorio estaba sembrado de cuartillas con poemas inconclusos.

—A veces tenemos demasiado trabajo —comentó el joven —. Con respecto a tu fiesta, creo que se están celebrando varias docenas en el *college.* Lo único que puedo decirte es que en el patio siguiente se oye un jaleo tremendo.

Cogió un sacacorchos de un cajón lleno de cuchillos y puso dos copas sobre la mesa. John se desplomó en un sillón y, cuando el otro le pasó una copa, la vació de un trago.

—Es un jerez magnífico. ¿Dónde lo has comprado? No me importaría tener una docena de botellas. ¿De dónde lo has sacado?

Una vez que John se lo hubo dicho, sobrevino un período de olvido absoluto. Lo siguiente que supo fue que el joven rubio le estaba leyendo, con voz lenta y ondulante, un poema de una sola oración que parecía durar una eternidad. John no lo entendía; se sirvió más jerez.

—Oye, ¿hay un lavabo por aquí? —preguntó cuando el otro hizo una pausa para tomar aliento.

—Sí, en la escalera siguiente. Al salir, dobla a la derecha. Pero date prisa o perderemos la vena poética.

Dicho esto, el joven encendió una larga pipa de barro con el tizón que sujetaba con unas tenazas. A John no le resultó difícil encontrar el lavabo, que alumbraba una mortecina luz azul y olía a una clase de desinfectante particularmente fuerte. Al salir se equivocó de camino y entró en una habitación vacía, en cuyo hogar ardían melancólicos rescoldos. Encendió la luz y se tendió en la alfombrilla para entrar en calor; con los dedos desnudos echó más carbón, pero no logró avivar las brasas. Hacía un frío terrible. Cogió un libro de la mesa y lo metió entre el carbón. Después se quedó muy quieto, como una figura con los ojos abiertos dentro de una tumba, mirando una foto que había sobre el escritorio. Era el retrato de una

muchacha: Jill. Se arrodilló despacio para contemplarlo y, cuando lo tuvo entre las manos, el rostro se fue transformando hasta que dejó de ser el de ella. John empezó a temblar. Se protegió los ojos de la luz y de pronto, en el hogar, el libro estalló en llamas con un fuerte chasquido; al mismo tiempo, pareció que algo echaba a correr a su lado. Con la fotografía en la mano, avanzó frenéticamente de rodillas hacia la puerta, consiguió incorporarse y salió. Vio que había dejado manchas de carbón en la foto; ya que estaba manchada, decidió romperla.

Tenía que hacer algo. Tras ajustarse la corbata y limpiarse las manos en el abrigo llamó imperiosamente a una puerta y la abrió. La habitación estaba iluminada por tres velas dispuestas de manera simétrica sobre la mesa. Junto al hogar, mirándose al espejo, había un hombre que no se volvió cuando John entró.

—¿Me podrías decir dónde es la fiesta? —preguntó John.

No hubo respuesta, y poco a poco John se dio cuenta de que el hombre se reía por lo bajo, con un sonido apenas más fuerte que el de la correa de transmisión en un motor a medio gas. El viento que entraba por la puerta alargaba las llamas de las velas. John salió de nuevo al pasillo y vomitó sin hacer ruido. Después siguió adelante, oyendo lo que ya era un rumor inconfundible: cantos, gritos y maldiciones. Llegaba de todas partes al mismo tiempo, su eco se multiplicaba en las muchas paredes oscuras y se mezclaba con el sonido desapacible de un instrumento musical: una trompeta, o un cuerno de caza. Parecía rebotar en el cielo como si este fuese una bóveda húmeda y baja. Un avión cruzó el cielo dejando la estela de un suave rugido; John se quedó mirando sus luces y chocó con una pared.

De pronto la oscuridad se llenó de gente que corría de un lado a otro jadeando, atropellándose, exclamando: «¡Por allí! ¡No, por aquí! ¡Vigilad el portón del jardín!». John se pegó a la pared para evitar que se lo llevaran por delante y al cabo de unos minutos se percató de que a su lado había otras dos personas. Cuando se volvió a mirarlas, vio que ambas se inclinaban como si hicieran una profunda reverencia y empezaban a vomitar. Esperó pacientemente a que acabaran y entonces les preguntó:

—¿Sabéis dónde es la fiesta?

A cierta distancia, una explosión de júbilo anunció que habían arrojado a alguien a la fuente. John se sonó la nariz y, silbando sin afinar demasiado, volvió a ponerse en movimiento. Oía el ritmo vivaz de música de baile entre el estruendo de pasos y gritos, de modo que se encaminó hacia el lugar de donde procedía. A sus espaldas, oyó un clamor de voces que convergían; comprendió que estaba abriendo la marcha de regreso a la fiesta. Al pie de la escalera vio una botella intacta y un trozo de carbón. La música era cada vez más fuerte. Subió por los peldaños trastabillando y al llegar al descansillo se sentó en el primero del siguiente tramo, con la cabeza entre las manos; su cerebro era como un caballo encabritado que amenazaba con caer hacia atrás para aplastarlo. Supuso que iba a volver a vomitar, pero lo interrumpió la aparición de media docena de borrachos, que empezaron a subir ruidosamente por la escalera resollando y armando alboroto. Uno llevaba un trombón. John, sentado solo en el charco de luz, alzó la cabeza para mirarlos y murmuró algo al tiempo que buscaba su botella. Se dio cuenta de que no la llevaba. El pánico se apoderó de él cuando vio los cabellos enmarañados de los jóvenes, sus corbatas flojas y sus bocas babeantes, y tuvo la certeza de que iban a pisotearlo, pero de

repente el jaleo que armaban cesó como por parte de magia; arriba se abrió una puerta y un caudal de ruidos más intensos se desbordó por la escalera. Los borrachos se apretaron unos contra otros y alzaron sus pálidas caras para mirar por encima de la cabeza de John.

Este logró incorporarse y miró alrededor. Jill, Elizabeth y Christopher habían empezado a bajar por la escalera, las muchachas con los abrigos puestos, y el joven, con la camisa remangada y las rodillas de los pantalones mojadas, como si hubiera estado gateando por un charco. John retrocedió. Bajo la luz tenue, su cara carecía de expresión. En ese instante todo parecía claro y sereno. Cuando Jill pasó a su lado, la tomó entre sus brazos sin decir nada y la besó.

Elizabeth profirió una exclamación.

Christopher bajó corriendo, separó a John de la muchacha y le dio un puñetazo en la cara.

John retrocedió dando vueltas y fue a caer con el cuerpo doblado entre los borrachos, cuyos gritos se encontraron por encima de él. Cuando al fin consiguieron aferrarlo, lo llevaron a la oscuridad. El trombón lanzó un chillido triunfal. Christopher los siguió y por un momento las dos muchachas se quedaron solas en la escalera.

—¡Qué sinvergüenza! —exclamó Elizabeth, indignada.

Jill no dijo nada. Se había ruborizado y tenía los ojos llenos de lágrimas. El paraguas se le había caído y, cuando se agachó a recogerlo, rompió a llorar sentidamente, y su mano siguió tanteando en vano los escalones.

Una nueva salva de vítores indicó que John había acabado de cabeza en la fuente.

Cuatro días más tarde John estaba en cama con mucha fiebre,

consecuencia de una bronconeumonía. Cuando la fiebre subía, perdía la noción del tiempo, de modo que los días de enfermedad se desdibujaban hasta convertirse en un recuerdo tan vago como los de la infancia, mientras los sucesos de aquella noche cobraban una magnitud monstruosa. Al rememorarlos tenía la sensación de que su mente era como una mosca moviéndose sobre el enorme rostro de una estatua de piedra, incapaz de abarcar más de un rasgo a la vez.

Por ejemplo, aunque estaba en cama y a salvo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que aún yacía de bruces, empapado, sobre la hierba húmeda. Las briznas le hacían cosquillas en la cara; sentía frío en las manos, abiertas sobre el césped, y cómo las uñas arañaban débilmente la tierra. Luego, poco a poco, se daba cuenta de que en realidad estaba tendido de espaldas, con las manos a los costados, y con un esfuerzo atroz las percepciones se tornaban más claras. Al cabo de un rato la realidad volvía a naufragar y de nuevo se encontraba boca abajo, con el rostro sobre la fría hierba.

También el beso se tornaba cada vez más real. Sentía continuamente la suave presión de los labios de Jill, que en respuesta volvía a sus brazos. Era un recuerdo vívido. De vez en cuando tomaba conciencia de que solo le quedaban los labios magullados y el castañeteo de los dientes, y entonces seguía una nueva lucha que le provocaba náuseas. Las sensaciones fluctuaban.

Tampoco se había librado del tormentoso mareo que lo había dominado aquella noche. Había recorrido el jardín a cuatro patas, como un perro, parándose una y otra vez para agachar la cabeza y vomitar. Al borde de la hierba había vuelto a desplomarse, y eso era lo último que recordaba; a partir de ahí su memoria retrocedía para empezar de nuevo desde el principio.

Cuando la fiebre era más alta, algunas ficciones conseguían filtrarse entre esos recuerdos. Una de las primeras era que Jill y él yacían abrazados en el suelo de una habitación. Sentía los labios de ella contra los suyos, pero no el resto de la muchacha. Era como si no tuviera cuerpo. La estrechaba con fuerza, se apretaba desesperadamente contra ella, pero de nada servía, no podía sentirla. Todo estaba confinado a la boca, y se despertaba con los labios ardiendo.

Ese sueño se convirtió en el eje en el que convergían muchos otros. Una y otra vez culminaban en él los distintos sueños. Uno de los más diáfanos transcurría en una especie de cabaña donde Jill y él vivían desde hacía tiempo; estaba cerca del mar y tenía un frondoso jardín lleno de hierbajos y frambuesos. Se tendían juntos en el sofá y John experimentaba tal lasitud que llegaba a alarmarse, porque le parecía casi una traición. Hacía tanto que vivían juntos que el amor se había gastado como un abrigo viejo, estaba raído por el uso. Contemplaba a la muchacha a la que abrazaba, su rostro sereno y perfecto tan cerca, y lo pasmaba su propia indiferencia. Era un estado de ánimo fácil de definir: el aburrimiento de quien ha dejado de amar. Sin embargo, lo ocultaba frenéticamente, bajo capas y más capas de pensamientos insinceros y la besaba en el cuello, justo bajo la oreja. Ella arrugaba un poco la nariz, pero no hacía ningún comentario. Él se levantaba y con las manos en los bolsillos iba hasta la ventana, desde donde miraba malhumorado el jardín poblado de árboles. Entonces veía a Christopher, que se movía entre los arbustos buscando algo. Un terror irracional se apoderaba de John; sabía que Christopher no debía ver a Jill, pues de lo contrario se la llevaría, y estaba resuelto a impedirlo a cualquier precio, aunque ella ya no le importase mucho. Empezaba a hablarle a Jill atropelladamente, mintiendo,

intentando distraerla, pero para su horror ella se levantaba con la intención de asomarse a la ventana. Él la agarraba del brazo, la retenía y, como último recurso, la abrazaba con la esperanza de que la sensualidad nublara su mente; la estrechaba, aunque sabía que ella no dejaba de mirar por encima de su hombro, que Christopher la había visto y que ya se acercaba a la casa. Con esa vertiginosa nota de expectación el sueño empezaba a disolverse y se metamorfoseaba en el primero, donde una vez más yacían abrazados en el suelo.

No tenía la menor conciencia de su entorno. Las cosas pasaban delante de él como nubes grises en un cielo blanco. Había observado que la cama estaba debajo de una gran ventana, que la habitación no era la suya y que había un pequeño radiador eléctrico enchufado a la pared. Por la ventana veía agitarse las copas de los árboles. La habitación debía de ser la enfermería del *college,* que conocía de oídas, pero donde nunca había estado. La enfermera lo atendía, le llevaba la comida y le lavaba las manos con una esponja. De todo eso solo era consciente a intervalos, y unía los datos dispersos sin confiar demasiado en la imagen final que formarían. En realidad, no se le había ocurrido pensar que estaba enfermo.

En cambio, volvía a la urdimbre del sueño y se dedicaba a meditar sobre el fin del amor que habían compartido, pues el hecho de que en la vida le hubieran arrebatado a Jill no era toda la verdad. En algún lugar, quizá en sueños, o en otra dimensión, se habían unido y él había conseguido su propósito tan completamente como en la vida se lo habían negado. Y el sueño mostraba que el amor, consumado o frustrado, moría. Llegaba a dudar si Jill lo había aceptado o no, puesto que el resultado era el mismo, y esa duda, al crecer, derivaba en satisfacción o en frustración, que acababan fusionándose hasta

volverse inseparables. La diferencia entre ambas desaparecía.

John miraba los árboles, cuyas copas (lo único que veía por la ventana) se agitaban temerariamente. Las veía inclinarse a un lado y otro, alzarse como caballos impacientes, como olas de mar, doblarse y enderezarse con el viento. Estaban desnudas. Eran zarandeadas sin descanso y, sin embargo, resistían y recuperaban una vez más su plena envergadura. Parecían incansables. En ocasiones se inclinaban tanto que desaparecían de la vista para dejar libre por un segundo el rectángulo de cielo, pero enseguida regresaban y sus ramas orgullosas volvían a erguirse como astas de ciervos furiosos.

Si no había diferencia entre el amor consumado y el frustrado, ¿cómo podía haberla entre otros pares de opuestos? ¿Tendría que cargar toda la vida con el peso de elegir?

En realidad, ¿qué más daba? Cualquiera que fuera el camino que él tomase, en el fondo de la mente, en algún otro plano, la opción que había rechazado se desarrollaría simultáneamente y el desenlace sería el mismo. ¿Qué importaba qué camino se eligiese, si los dos llevaban al mismo lugar? Miró una vez más las copas agitadas por el viento. ¿Qué control podía esperar ejercer sobre la enloquecida superficie de las cosas?

La enfermera cerró la puerta sin hacer ruido y lo dejó dormido. A lo lejos, un reloj dio las once; había concluido el turno de mañana. La mujer avanzó hacia el dispensario por el pasillo alfombrado y al doblar una esquina se encontró con Rivers, el tutor principal. Fumaba en pipa y tenía una carta en la mano.

—Ah, señora Crawford, la estaba buscando… —Su voz fue apagándose mientras examinaba la carta—. Al parecer los padres de Kemp han decidido venir… Llegarán hoy; de hecho, ya están en camino y, según dicen, llegarán a primera hora de la tarde. —Levantó la vista—. Me temo que deberá quedarse

usted para recibirlos…

—¿Por qué vienen? —preguntó la señora Crawford con tono enérgico y sorprendido.

Rivers dio media vuelta y ambos caminaron lentamente hacia el dispensario.

—¿Para qué? —añadió la enfermera—. No hay ninguna necesidad de…

—No sé para qué vienen —dijo Rivers quitándose la pipa de la boca—. Les escribí para informarles de que Kemp tal vez tardaría una semana más en volver a casa, que estaba enfermo… Creo que les dije que tenía una bronconeumonía leve, pero no me acuerdo…

—Pues sin duda estarán asustados —repuso la señora Crawford—. No hay nada como la palabra «neumonía» para asustar a la gente. —Empezó a lavarse las manos en un rincón.

—Vaya, Dios sabe que no era mi intención —aseguró Rivers. Releyó la carta y volvió a meterla en el sobre—. ¿Cree usted que están alarmados porque el muchacho ya había tenido algo así?

—Normalmente no puedo estar segura, pero no me parece que Kemp tenga muchos problemas bronquiales —afirmó la enfermera secándose las manos—. Yo diría que es gente que se angustia por cualquier nimiedad, con lo cual la visita será un fastidio. No tenían ninguna necesidad de venir a molestar.

—No, claro, es lo que yo les dije, o intenté decirles —explicó Rivers con cierta impaciencia—, pero parece que no los convencí… Les dije que no había peligro. Y es verdad, ¿no?

—Sin duda. El chico está fuera de peligro. De hecho, hoy se encuentra un poco mejor. Acabo de dejarlo durmiendo y esta

mañana la temperatura le bajó un grado. Está fuera de peligro. En realidad, no ha estado en peligro en ningún momento.

—Eso es lo que yo les dije. —Rivers se guardó la carta en el bolsillo y sacó una caja de cerillas—. Tendrá usted que decírselo en cuanto lleguen y despacharlos lo antes posible.

Los Kemp llegaron a la estación poco después de las dos y media. Como suponía la enfermera, los había alarmado la noticia de que su hijo estaba en cama con bronconeumonía. La idea de visitarlo había partido de Joe; le había conmovido que John hubiera viajado a Huddlesford después del bombardeo y se avergonzaba secretamente de no haber estado allí para recibirlo. Por supuesto, no se lo había dicho a la señora Kemp. Sin embargo, al recibir la carta de Rivers anunció que partiría de inmediato a Oxford, presa de una turbia preocupación que ocultaba negándose porfiadamente a dar explicaciones. Contra toda lógica, estaba convencido de que de ese modo correspondería al amor que su hijo le había demostrado. Al principio exigió que la señora Kemp se quedara en casa, pero ella, que aún estaba nerviosa por la conmoción del bombardeo, no quería quedarse sola, y lo ocultó afirmando una y otra vez que no confiaba en las enfermeras. Así pues, al final partieron juntos, sin pensar en lo largo que sería el viaje ni dónde dormirían aquella noche.

La llegada fue una triste parodia de la visita que planeaban hacer para que John les enseñase la ciudad, lo que de alguna forma influyó en el silencio en que se sumieron mientras, ignorantes de que el *college* estaba lejos de la estación, caminaban con lentitud por las calles sombrías. Joe Kemp, que llevaba la gorra en la mano, se la puso de repente y miró los semáforos y los cines como si le asombrara que Oxford fuera una ciudad como cualquier otra. Para cruzar las calles tomaba a su mujer del brazo.

—¿No es aquí donde dijo que dobláramos a la derecha? —dijo la señora Kemp titubeando.

Preguntaron a un transeúnte.

No podían dejar de mirar con curiosidad los venerables edificios, las tiendas con nombres extraños y los autobuses de distintos colores, pero la angustia que subyacía en su silencio les impedía hacer comentarios. Joe solo se permitió una observación cuando, al pasar frente a una gran librería, vio un volumen con el escudo y el lema de la universidad estampados en dorado. Arrugó la frente mientras leía a trompicones:

—*Domimina… nustio… illumea.* —Se apartó lentamente del escaparate—. Es latín —dijo.

—Debe de serlo —repuso la señora Kemp.

Cuando llegaron al *college,* estaban tan nerviosos como su hijo la primera vez que cruzó sus puertas. Cohibidos, vacilaron y empezaron a leer las reglas para los visitantes que colgaban enmarcadas en la entrada. En ese momento salió el capellán, que se quedó mirándolos un instante y luego se alejó presuroso.

—Vamos, Joe, pregunta allí —urgió la señora Kemp.

Joe entró respetuosamente en la conserjería, se quitó la gorra y vio que el conserje asomaba la cabeza por la puerta interior.

—Quiero ver a John Kemp —dijo—. Soy su padre.

El conserje utilizó el teléfono. Cuando colgó el auricular, le dijo a Joe que fueran directamente al dispensario, donde los esperaba la enfermera.

—¿Y podría decirme dónde está…?

El conserje le indicó el camino y Joe lo escuchó

atentamente, asintiendo con la cabeza. La señora Kemp aguardaba fuera, mirando los tablones de los anuncios, que al comienzo de las vacaciones estaban casi vacíos. Buscó alguna mención a su hijo y no encontró ninguna. Había una noticia referente a las actividades de una sociedad literaria que firmaba Patrick Dowling en calidad de secretario.

Joe no entendió del todo las indicaciones del conserje, pero, como no quería pedirle que las repitiera, cruzó el patio con su mujer confiando en que más adelante alguien podría ayudarlos. Hacía viento. La mayoría de las habitaciones estaban vacías y tenían los postigos cerrados. Solo se usaban las de la planta baja, ocupadas por estudiantes que por alguna razón no se habían marchado al concluir el trimestre. A esa hora de la tarde el lugar parecía desierto.

—¡Qué antiguo! —comentó la señora Kemp señalando una pared con la cifra 1610 labrada en una placa de piedra.

Se detuvieron en el patio del Fundador, desorientados.

—Dijo que teníamos que pasar por otro arco —dijo Joe, indeciso—. Para llegar al jardín o algo así.

—Allí hay un estudiante. Pregúntale —susurró la señora Kemp agarrando con fuerza su bolso.

Era Christopher, que había salido de su habitación con abrigo, sombrero de fieltro y una maleta en la mano, y caminaba a grandes zancadas sin mirar a los lados. Acababa de echar un último vistazo a sus aposentos; ya había despachado sus baúles y las escasas pertenencias de John, al fin visibles, habían quedado patéticamente diseminadas. Se detuvo con impaciencia cuando el señor Kemp le salió al paso.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde está el jardín?

—Por allí. —Christopher señaló con la mano libre—. Allí,

¿lo ve? El tercer arco.

—Gracias. ¿Y dónde está el dispensario?

—¿El dispensario? Veamos… —Christopher frunció el entrecejo—. La segunda galería a la derecha. Al final del pasaje.

—Gracias, señor. Gracias —dijo Joe Kemp aliviado—. Se lo agradezco mucho.

Christopher no dijo nada y, sin preocuparse por descubrir con quién acababa de hablar, siguió caminando rumbo a la conserjería, donde lo esperaba Elizabeth, que había ido a buscar un taxi mientras él recogía sus pertenencias de la habitación. La joven no llevaba sombrero, pero sí abrigo de pieles, aunque el día no era especialmente frío.

—Ya era hora.

—¿Has conseguido uno? Qué buena eres.

Ella le cogió el brazo libre. Sin mencionar la cuestión ni una vez se las había ingeniado para darle a entender que en Londres estaría dispuesta a ser su amante, de modo que ahora todo iba como la seda entre ellos.

Christopher dejó la maleta en el suelo para buscar dos medias coronas. El conserje, sabedor de que el joven iba a darle una propina, salió de su cubículo.

—¿Así que ya se marcha, señor? —preguntó mirando el patio vacío—. ¿Nos dejará en paz por un tiempo?

—En efecto, Herbert. Me doy un respiro en mis arduas tareas. Bebe a mi salud durante mi ausencia. —Le tendió cinco chelines.

—Gracias señor —dijo el conserje—. Muchas gracias. ¿Conseguirá usted que se porte bien, señorita? La verdad, no

sé qué hará este hombre cuando el decano no lo vigile. Será como un perro vagabundo.

Elizabeth sonrió.

—Hablando de perros vagabundos —dijo Christopher—. ¿Ha decidido el *college* tener animales domésticos?

Señaló un perrito blanco que daba vueltas por el soportal, acercándose de vez en cuando a la pared para olisquearla con la cabeza gacha.

—Debe de haber venido de la calle —dijo el conserje, malhumorado—. ¡Ea! ¡No puedes entrar aquí!

El animal se encogió al oír la voz amenazadora y se acercó furtivamente a los jóvenes. Christopher miró su reloj y recogió la maleta. Fuera, el taxi giraba describiendo un amplio arco para detenerse junto al bordillo.

—Debemos irnos —dijo Christopher—. Hasta la vista, Herbert. Hasta dentro de mucho tiempo.

Con el bolso bajo el brazo izquierdo, Elizabeth se agachó, estiró una mano e hizo un ruidito cariñoso.

—Vamos, ven —dijo con tono zalamero. El perro la miró y se puso a gruñir.

---

[4]. La noche del 5 de noviembre, en la que se celebra el fracaso de la Conspiración de la Pólvora (levantamiento de los católicos ingleses contra el rey Jacobo I), se encienden hogueras y en ellas se queman muñecos de trapo que representan a Guy Fawkes.

Jill



Durante los primeros años de la II Guerra Mundial, John Kemp, un joven estudiante de clase humilde, llega desde un pequeño núcleo de provincias a la ciudad universitaria donde cursará sus estudios. En medio de un ambiente lúgubre, deprimido y profundamente intimidatorio elegirá, como salvoconducto emocional, a una chica anónima sobre la que dibujará una identidad alternativa, y la bautizará con el nombre de Jill. A partir de ese momento, comenzará el movimiento feroz de una espiral obsesiva sobre ella hasta que los acontecimientos experimentan un giro sorpresivo que pondrán al protagonista contra las cuerdas. Su vida y sus aspiraciones, así como sus deseos y anhelos darán paso a un relato poético y grandioso de uno de los maestros de la literatura inglesa de los años cincuenta.

Philip Larkin (Coventry, 1945-Hull, 1985). Estudió en la Universidad de Oxford. Su primer volumen de poesía, *El engaño* (1955), hizo que se reconociera su importancia como escritor al denunciar el entusiasmo político de los años 30 y los excesos emocionales los 40. Otras obras destacables los poemarios *El barco del norte* (1945), *Altos ventanales* (1974) y *Las bodas de Pentecostés* (1964); las novelas *Jill* (1946) y *Una chica en invierno* (1947), o los volúmenes de ensayo *Jazz: un diario 1961-68* (1970) y *Escritura solicitada* (1982). En 1993 se publicó su biografía, escrita por Andrew Motion.

Título original: *Jill*

Edición en ebook: febrero de 2021

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel
Maquetación: Daniel Matías
Corrección: Andrea Toribio y Laura M. Guardiola
Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-98-2

Índice